

Libre 3

García Márquez Diálogo

Borges Entrevista

Lezama Lima Lenguaje

Ribeiro Cuento

Bejar Discusión

Delgado Perú

Maldonado Denis Puerto Rico

Pompeyo Márquez Testimonio

J.E. Pacheco Yurkievich Poemas

Venezuela Antología

J.A. Goytisoló, Marta Traba,

Suescún, Curutchet Textos Notas

Severo Sarduy

COBRA



« Il amuse, entraîne, provoque, étonne, séduit...
Le plus représentatif, le plus doué et le plus drôle aussi
des « nouveaux nouveaux romanciers. »
F. WAGENER - LE MONDE

« Il suffit de lire une ligne, quelques mots assemblés par
Sarduy, pour l'identifier.
Sa langue est une des plus belles qui soient aujourd'hui. »
H. BIANCIOTTI - LA QUINZAINE LITTERAIRE

Traduit de l'espagnol par Ph. Sollers et l'auteur
Un volume de 176 pages 21 F

José Donoso

L'OBSCENE OISEAU DE LA NUIT

« Une des œuvres romanesques les plus originales
et aussi les plus troublantes de la littérature
latino-américaine actuelle. » **C. FELL - LE MONDE**

« Des créatures goyesques, un univers buñuelien,
le plus grand romancier chilien. » **LUIS BUNUEL**

Traduit de l'espagnol par Didier Coste
Un volume de 448 pages 36 F

Seuil



Libre

Revista crítica trimestral
del mundo de habla española

Número 3, Marzo, Abril, Mayo, 1972.

Colaboradores

Claribel Alegría
Rubén Bareiro Saguier
Carlos Barral
Alfredo Bryce
Fernando del Paso
Albina du Boisrouvray
Italo Calvino
Ernesto Cardenal
José María Castellet
Antonio Cisneros
Fernando Claudín
Julio Cortázar
José Donoso
Carlos Droguett
Jorge Edwards
Hans Magnus Enzensberger
Darwin Flakoll
Carlos Fuentes
Carlos Franqui
Gabriel García Márquez

Salvador Garmendia
Jean Genet
Jaime Gil de Biedma
Adriano González León
Juan Goytisolo
Luis Goytisolo
José Agustín Goytisolo
Rodolfo Hinostroza
Noé Jitrik
Roberto Juarroz
Enrique Lihn
Luis Loayza
Pompeyo Márquez
Plinio Apuleyo Mendoza
Carlos Monsiváis
Daniel Moyano
Freddy Muñoz
Juan Nuño
Julio Ortega
José Miguel Oviedo

José Emilio Pacheco
Octavio Paz
Teodoro Petkoff
Nélida Piñón
Sergio Pitlor
Ángel Rama
Julio Ramón Ribeyro
Vicente Rojo
Severo Sarduy
Jorge Semprún
Susan Sontag
Nicolás Suescún
Antoni Tàpies
Freddy Téllez
Marta Traba
Francisco Urondo
José Ángel Valente
Mario Vargas Llosa
Manuel Vázquez Montalbán
Saul Yurkievich

Este número aparece bajo
la dirección de Teodoro Petkoff
y Adriano González León

Jefe de redacción
Plinio Apuleyo Mendoza

Secretaria administrativa
Grecia de la Sobera

Publicación de Editions Libres S.A.
Oficina de Información en Francia
26, rue de Bièvre, Paris (5^e). Teléfono : 325.26.45
Sede social : Domaine de Sien, Echandens (Vaud)
Suiza.

Colaboraciones :

La entrevista con *Gabriel García Márquez*, realizada por Plinio Apuleyo Mendoza, tuvo lugar a comienzos de año en Barcelona.

La entrevista con *Jorge Luis Borges* fue concedida al estudiante peruano Alex J. Zisman, en Londres.

Freddy Téllez, colombiano (1946), autor del ensayo sobre Lezama Lima, reside actualmente en París, luego de haber cursado estudios de lingüística en la Academia de Ciencias de Berlín.

Pompeyo Márquez, actual secretario general del MAS (Movimiento al Socialismo), fue miembro del Comité Central y del Buró Político del Partido Comunista de Venezuela, y fundador del periódico «Tribuna Popular». Su artículo *Del dogmatismo al marxismo crítico* traza, a través de un testimonio personal de sus cuarenta años de lucha política, la trayectoria del movimiento revolucionario en Venezuela.

Carlos Delgado, autor del trabajo *Significado político y social del proceso revolucionario peruano*, es vicepresidente de SINAMOS (Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social), organismo creado por el gobierno peruano para promover la participación popular. Antropólogo, profesor universitario, es uno de los intelectuales civiles que más influencia ha tenido en el actual proceso revolucionario del Perú y se le considera el ideólogo principal del régimen.

Manuel Maldonado Denis, sociólogo y catedrático del departamento de ciencias políticas de la Universidad de Puerto Rico, es autor del libro *Puerto Rico, una interpretación histórico-social*, cuya cuarta edición fue publicada recientemente por la editorial Siglo XXI. El estudio que publicamos examina la dependencia de la isla bajo el colonialismo español y bajo el imperialismo norteamericano.

La entrevista con el dirigente revolucionario *Héctor Béjar* fue realizada por el sociólogo alemán Heinz Rudolf Sonntag, ex-profesor de la Universidad Central de Caracas y actualmente catedrático de la universidad Konstanz, Alemania.

Julio Ramón Ribeyro, narrador peruano, autor de las novelas *Crónica de San Gabriel* y *Los geniecillos dominicales* y cuatro libros de cuentos, desempeña actualmente en París el cargo de agregado cultural de la Embajada del Perú. *Los Jacarandás*, el cuento que publicamos, corresponde a su más reciente producción literaria.

Lizandro Chávez Alfaro, nicaragüense, con veinte años de residencia en México, obtuvo en 1962 el premio de cuentos Casa de las Américas. *Una red de agujeros* es un fragmento de su nueva novela, aún inédita.

Francisco Arturo Alvarado, nacido en Tela, Honduras (1950), es actualmente estudiante de literatura hispánica en la universidad del Estado de New York en Stony Brook. *Tololín* es el primer texto narrativo que publica.

Antonio Ramos Gascón, español, autor de los *Textos Breves*, es profesor de literatura en Pennsylvania State University. Esta es su primera publicación literaria.

Antología venezolana. Seleccionada por Adriano González León, incluye los nombres de Juan Sánchez Peláez, Francisco Pérez Perdomo, Rafael Cadenas, Eugenio Montejó, Ramón Palomares, Luis Alberto Crespo, José Barredeta, Víctor Valero Mora y Camilo Guevara.

José Emilio Pacheco, poeta y novelista mexicano, es autor de los *Tres poemas canadienses*, inéditos, que publicamos.

Saúl Yurkievich, poeta y ensayista argentino autor de cinco libros de poemas y de cuatro libros de crítica literaria. El poema que publicamos pertenece al libro inédito *Rimbomba*.

Nicolás Suescún, narrador y poeta colombiano, ex-director de la revista *Eco* de Bogotá, ha compuesto, mediante un procedimiento de *collage* y la utilización de recursos retóricos propios del lenguaje oficial, la parodia que publicamos bajo el título *Transcendental declaración*.

Marta Traba, crítico de arte y novelista argentina, hace una amplia reseña sobre la Primera Bienal Centroamericana de Pintura, a la cual asistió como jurado.

Autores

García Márquez

Entrevista

por Plinio Apuleyo Mendoza

Jorge Luis Borges

Entrevista

por Alex J. Zisman

Lezama Lima

o el Juego de la escritura

por Freddy Téllez

Entrevista con Gabriel García Márquez

Por Plinio Apuleyo Mendoza.

«Necesito silencio y muy buena temperatura para escribir desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde», dice García Márquez. El lugar donde trabaja, en su apartamento del barrio de Sarriá en Barcelona, corresponde bien a estas exigencias: un cuarto pequeño, con una ventana de planta baja que da a un trozo de césped y a una calle tranquila, de aspecto provincial. De noche, cuando llueve, se ve relumbrar la lluvia en el farol de la esquina, y uno tiene la impresión de que no está lloviendo en una gran ciudad, sino en el empedrado de una aldea, por la que no pasa ningún automóvil. Buena parte del cuarto está ocupado por dos muebles: una mesa mallorquina, amplia, con soporte de hierro forjado, vagamente episcopal, y un diván moderno forrado en tela roja. Todo está dispuesto en orden sobre la mesa, como en el taller de un relojero: carpeta, lápices, lámpara, un par de anteojos. En la pared, un poster comprado en el Boul Mich: brusca, la imagen de una máquina de escribir despedazada por las ruedas de un automóvil.

García Márquez tiene apenas dos años menos de la edad que siempre consideró como la ideal para un escritor: 43 años. («45 es la edad para escribir buenas novelas»). Hoy ha perdido el aire de argelino desamparado que tenía en París, cuando por culpa de su aspecto y de la guerra de Argelia los policías franceses lo metían a empellones en los coches celulares con demasiada frecuencia. Ahora, en la cuarentena, ha tomado más bien el aspecto macizo y seguro de un boxeador en retiro; algunos pelos grises se le enroscan en las cejas y en el bigote. Para trabajar viste un overol de mecánico con bolsillos cerrados por cremalleras, y calza unas pantuflas de abuelita (que así llama, por lo demás), forradas por dentro en lana. El overol le resulta una prenda no solamente cómoda, funcional, sino también reconfortante. Le recuerda el aspecto artesanal y duro de su oficio de escritor. Para decirlo sólo de una manera metafórica, es un oficio de hombres, escribió alguna vez, queriendo con ello significar que confía más en el esfuerzo sistemático, en el rigor del trabajo, que en la incierta inspiración.

García Márquez, que tiene por los artefactos y las innovaciones técnicas el mismo fervor fascinado de José Arcadio Buendía, utiliza para escribir una máquina eléctrica muy moderna.

Corrige a mano, en tinta negra, el trabajo del día anterior y saca en limpio antes de pasar los originales a una mecanógrafa, que viene por las tardes a su casa. Después del almuerzo, despatarrado en un sofá, en el fondo de un salón penumbroso y tranquilo con parlantes estereofónicos estratégicamente situados, oye varias horas de música. Música clásica; pero también Manzanero, también Toña la Negra o los Beatles. «La música clásica que más me gusta es la música de cámara romántica, sólo que la considero romántica desde Beethoven hasta Bartok.»

El teléfono empieza a sonar en su casa después de las cinco de la tarde. Son los amigos, que lo saben disponible a partir de esa hora. «Necesito alcohol y amigos para conversar», dice. El alcohol es buen whisky escocés. Acostumbra ir en grupo a un restaurante de las ramblas donde burgueses catalanes, pulcros y rasurados como si acabaran de salir de la peluquería, pasan largos minutos cavilosos estudiando el menú. García Márquez, que es un gastrónomo experto, pide cosas refinadas e inverosímiles (conejo con caracoles o pollo con langosta) con un aire solemnemente provocador, y un recóndito entusiasmo experimental que sigue perteneciendo a la estirpe de los Buendía.

«Yo pienso—escribió alguna vez—que soy el Vargas Vila de mi generación, y que tal vez por eso, inconscientemente, me vine a Barcelona.» Lo cierto es que la ciudad le gusta, así como París le produce una zozobra epidérmica (salvo en verano cuando el calor la convierte, según él, en un «Macondo de suecas semidesnudas en las terrazas de los cafés»). Suele dar largos paseos a pie por el barrio Gótico. Descubre sitios pintorescos: por ejemplo, una fonda llena de humo en la Calle de los Baños Nuevos donde uno no se sorprendería demasiado de encontrarse alguna noche, bajo los toneles de vino y las piernas de cordero colgadas del techo, a Cristóbal Colón.

Desde que regresó de Colombia y las Antillas, en setiembre de 1971, García Márquez ha trabajado sin interrupción. Terminó un libro de cuentos (1) en los ratos libres que le deja su última versión de El Otoño del Patriarca. Esta será una novela tan extensa como Cien Años de

(1) La increíble y triste historia de la cándida Eréndida y de su abuela desalmada.

Soledad, con cerrados capítulos de cincuenta páginas, y por lo que es dable suponer a través de las pistas dadas por G.G.M., escrita con un lenguaje que lleva el ritmo, el encadenamiento y el deslumbramiento verbal de un poema en prosa. Como es sabido, «El Otoño del Patriarca» alude también a la soledad: a la soledad del poder, a través de la imagen «totalmente nostálgica» de un dictador tropical. A este personaje de por sí desmesurado en la realidad, García Márquez le da un tratamiento mitológico: su dictador vive más de 200 años y según parece llega a los extremos de vender el mar y de arrendarle su país a los Marines a cambio de un cuarto lleno de juguetes. Todas las circunstancias de su largo tránsito por el poder tienen el mismo signo de hiperbólica desmesura, de atrevida fabulación.

El libro estaba virtualmente terminado hace un año. Releyéndolo, García Márquez tuvo la impresión de haber llegado a una versión muy cercana a su propósito, luego de dos tentativas fallidas. Pero lo hallaba demasiado ascéptico. Le faltaba, para decirlo con sus palabras, olor a guayabas podridas. Fue justamente esa la razón para trasladarse con su familia a la zona del Caribe el año pasado.

Por espacio de seis meses vivió en Barranquilla. Esta ciudad en la costa colombiana está para él asociada a remotas vivencias, vivencias que despiertan desde el momento en que se abre la portezuela del avión y entra una bocanada de aire caliente con olor a caimán. Todavía viven allí varios de sus mejores amigos. Con ellos pasa noches enteras bebiendo ron bajo los almendros de un traspatio, y hablando de cosas que rara vez tienen algún parentesco con la literatura. En un sector desolado de bodegas y cantinas próximo al mercado, está la polvorienta sala de redacción donde escribió su primera novela. Frente, el burdel donde vivía. Las cosas que han desaparecido con el tiempo (la tertulia del sabio catalán, la farmacia de su novia, el prostíbulo de la negra Eufemia) quedaron en las páginas de Cien Años de Soledad.

Contaminándose, pues, de hedores, sabores y colores del trópico, El Otoño del Patriarca avanza hacia su terminación. Pero es difícil preguntarle a García Márquez acerca de este libro, que es un libro en preparación y por lo tanto

vedado. No le gusta hablar públicamente de las cosas que está haciendo.

—Dime, ¿es una superstición?

—No me gusta contestar preguntas sobre los libros que estoy escribiendo, porque todavía forman parte de mi vida privada. Las pocas veces que lo he hecho me he servido de materiales dudosos, que han terminado en el cajón de la basura. Siento un poco de buena compasión por los autores que cuentan en entrevistas el argumento de su próximo libro: es casi una prueba de que las cosas no les están saliendo bien, y se consuelan resolviendo en la prensa los problemas que no han podido resolver en la novela.

—Pero del libro en proceso sueles hablar en privado con tus amigos. Con algunos, al menos...

—Eso es distinto; hace parte de mi método de trabajo. La reacción de ellos me ayuda a valorar mis materiales. Sin embargo, también esto debe tener su medida, pues si se habla demasiado y durante mucho tiempo de un tema en proceso, se corre el riesgo de perder el interés a fuerza de manosearlo. Eso mismo sucede después, durante el trabajo de corrección: hay que saber hasta dónde se llega para no echar todo a perder. En ese sentido, escribir es algo tan misterioso como cocinar.

—Me parece que crees poco en la inspiración. ¿Es cierto?

—Cuando se quiere escribir algo se establece una especie de tensión recíproca entre uno y el tema, de modo que uno atiza el tema y el tema lo atiza a uno. Hay un momento en que esa relación alcanza un punto ardiente en que todos los obstáculos se derrumban solos, los conflictos se apartan, y a uno se le ocurren cosas que no había soñado, y entonces no hay en la vida nada mejor que escribir. Esto es lo que se conoce como inspiración. Los románticos desprestigiaron la palabra, pero la situación es real, no como estado de gracia ni como soplo divino, sino por una reconciliación con el tema a fuerza de tenacidad y dominio.

—A veces suspendes deliberadamente, por semanas y aún por meses (¿o por años?) el libro que estás escribiendo. ¿Cuándo exactamente lo interrumpes?

—Cuando siento que declina esa relación intensa con lo que estoy escribiendo. Entonces vuelvo a reconsiderar todo desde el principio. Son las épocas en que compongo con un destornillador las cerraduras y los enchufes de la casa, y pinto las puertas de verde, porque el trabajo manual me ayuda a dominar el miedo a la realidad. Hasta ahora no me he equivocado : siempre que pierdo el entusiasmo de lo que estoy escribiendo, es porque hay una falla grande que no advertí a tiempo. A veces necesito años para descubrir donde está.

—*Le asignas mucha importancia al primer párrafo de tus libros. Alguna vez me dijiste que concebías perfectamente que uno tardara tres años en escribir este primer párrafo y tres meses en escribir el resto. De acuerdo con esto, ¿hay más probabilidades de que la falla esté justamente al principio?*

—La falla puede estar en cualquier parte del libro, pero lo malo es que cuando uno la siente ya ha trabajado mucho tiempo sobre ella. Por eso le pongo tanta atención al primer párrafo, porque él solo puede ser un laboratorio para establecer sin muchos sacrificios todos los elementos del estilo, estructura y lenguaje, y hasta la longitud del libro. *La Mala Hora* estaba planeada como una novela mucho más larga, pero en el curso de la escritura, que fue muy árdua y accidentada, fui modificando los planes sin acordarme más del principio. Cuando conocí a Angel Rama, en México, lo primero que me dijo, con toda razón, es que *La Mala Hora* empieza como si fuera un libro mucho más largo.

—*¿Donde sueles encontrar la solución?*

—Donde menos me lo imagino. La novela que estoy escribiendo ahora la suspendí en México, en 1962, cuando llevada casi 300 cuartillas, y lo único que se salvó de ellas fue el nombre de un personaje. La reanudé en Barcelona en 1968, trabajé mucho durante unos seis meses, y la volví a suspender porque no estaban muy claros algunos aspectos morales del protagonista, que es un dictador muy viejo. Como dos años después compré un libro sobre cacería en el Africa porque me interesaba el prólogo escrito por Hemingway. El prólogo no valía la pena, pero seguí leyendo el capítulo sobre los elefantes, y allí estaba la solución de la novela. La moral de mi dictador se expli-

caba muy bien por ciertas costumbres de los elefantes.

—*El año pasado, cuando te fuiste a Colombia, lo volviste a suspender.*

—Sí, pero no porque hubiera notado ninguna falla grande en el personaje ni en la estructura, sino porque hubo un momento en que no conseguía que hiciera calor en la ciudad del libro, y eso era muy grave, pues es una ciudad imaginaria del Caribe. No basta con escribir : *Hacia un calor tremendo*. Al contrario, es mejor no escribirlo y hacer que el lector lo sienta.

—*¿Cómo resolviste el problema?*

—Lo único que se me ocurrió fue cargar con toda mi familia para el Caribe, y estuve errando por allá casi un año, sin hacer nada. Cuando regresé a Barcelona revisé lo que llevaba escrito, sembré unas plantas de flores muy intensas en algún capítulo, puse un olor que hacía falta en otra parte, y creo que ahora no hay problema y que el libro va disparado sin tropiezos hasta el final.

—*¿Qué hiciste de especial durante ese viaje?*

—Simplemente viví en el aire del Caribe, que es el único mundo en que no me siento extranjero, y donde pienso mejor. Lo más interesante fue volver a las Antillas Menores : Antigua, Martinica, Guadalupe, Trinidad, Barbados, Curazao. Son unas islas hermosas y miserables, donde uno vuelve a convencerse de que los españoles, con todo lo que les reprochamos, son los únicos que pusieron los riñones en su empresa colonial, y los que de veras crearon un mundo nuevo. Los franceses y los ingleses no han dejado siquiera un idioma, y hay una separación radical entre los colonos y los nativos. Por un lado están los pueblos polvorientos y ardientes cuyas casas de madera se desbaratan con los ciclones, están los chinos cruzados de indios que lavan ropa y venden amuletos, y los hindúes verdes que salen de sus tiendas de marfiles para cagarse en la mitad de la calle, y por otro lado están los rascacielos de vidrios solares de los hoteles de los gringos, con su mar de topacio y sus playas privadas. Es un mundo sin términos medios.

—*¿Cómo te pareció Curazao?*

—Es una bella locura de los holandeses, lo único distinto en las Antillas. La ciudad es una

miniatura de Amsterdam, con canales interiores de puentes levadizos, y tulipanes en las refineries de petróleo, y casas de madera de colores muy vivos con techos para la nieve en un trópico de 30 grados. Yo llegué un martes cualquiera, pero el comercio estaba cerrado y había banderas en los balcones y música en la calle, porque era el cumpleaños de la reina de Holanda a 10 000 kilómetros a través del océano. No logré convencer a nadie de que aquello no tenía sentido porque en Amsterdam ya era miércoles y el cumpleaños de la reina había sido ayer. Todo es posible en Curazao : tú te sientas a tomarte una cerveza en la terraza de un café, y de pronto te quitan la mesa, y te dicen que te apartes, y es que un trasatlántico blanco está cruzando el centro de la ciudad por entre las vitrinas de las tiendas y las cocinas de los hoteles.

—*Viajas mucho. ¿Te has preguntado alguna vez por qué?*

—No sé por qué. Es una de las cosas que más me aburren, y todas las ciudades me parecen iguales y como ya te dije me siento extranjero en todas partes menos en el Caribe. Lo que me queda de los viajes son unas imágenes fugaces que permanecen para siempre en la memoria y que no sé muy bien para qué sirven. De mis siete años en México, que es una ciudad dura con gente que quiero mucho, no me va quedando más que el recuerdo de una tarde increíble en que estaba lloviendo con sol por entre los árboles del bosque de Chapultepec, y me quedé tan fascinado con aquel prodigio que me trastornó la orientación y me puse a dar vueltas en la lluvia sin encontrar por donde salir. En *Cien Años de Soledad*, alguien va a matar al coronel Aureliano Buendía cuando éste está escribiendo el poema del hombre que se extravió en la lluvia.

—*Es curioso, pero de París, en cambio, no parece conservar ningún recuerdo nostálgico. Es una ciudad que nunca hemos visto del mismo modo ¿Se debe a tu conocida fobia contra los franceses?*

—No, también conservo de París una imagen fugaz que compensa todas mis hambres viejas, y toda la grosería y la mezquindad de los franceses. Había sido una noche muy larga, pues no tuve donde dormir, y me la pasé cabeceando en

los escaños, calentándome en el vapor providencial de las parrillas del metro, eludiendo los policías que me cargaban a golpes porque me confundían con un argelino. De pronto, al amanecer, tuve la impresión de que todo rastro de vida había terminado, se acabó el olor de coliflores hervidos, el Sena se detuvo, y yo era el único ser viviente entre la niebla luminosa de un martes de otoño en una ciudad desocupada. Entonces ocurrió : cuando atravesaba el puente de Saint Michel sentí los pasos de alguien que se acercaba en sentido contrario, sentí que era un hombre, vislumbré entre la niebla la chaqueta oscura, las manos en los bolsillos, el cabello acabado de peinar, y en el instante en que nos cruzamos en el puente ví su rostro óseo y pálido por una fracción de segundo : iba llorando.

—*¿Cuál es tu sitio ideal para escribir?*

—Para mí el sitio ideal es la isla desierta por la mañana y la gran ciudad por la noche. Yo necesito silencio y muy buena temperatura para escribir desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, pero por la noche necesito un poco de alcohol y muy buenos amigos para conversar, y siempre tengo que estar en contacto con la gente de la calle y bien enterado de la actualidad. Esto corresponde a lo que quiso decir William Faulkner cuando declaró que la casa perfecta para un escritor es un burdel, pues en las horas de la mañana hay mucha calma para escribir, y en cambio todas las noches hay fiesta. Es curioso que esta declaración la publicó *The Paris Review*, cuando yo vivía en Barranquilla, y precisamente en un burdel.

—*Háblame de ese burdel. ¿Cómo era?*

—Era un hotel muy grande con cuartos de tabique de cartón, en los cuales se escuchaban los secretos de los cuartos vecinos. Yo reconocía las voces de muchos señores respetables de la ciudad, inclusive de algunos funcionarios del alto gobierno, y me enternecía comprobar que la mayoría no iba para hacer el amor sino para hablarles de sí mismos a sus compañeras de ocasión. Como yo era periodista mi horario de vida era el mismo de las putas. Todos nos levantábamos al mediodía, y nos reuníamos a desayunar en familia en alguno de los cuartos con las muchachas y sus chulos, y entre ellos una

famosa estrella del beisbol del Caribe, que era un tipo estupendo y un chulo mundial. Entre huevos fritos y cerveza helada nos intercambiábamos los secretos de la noche anterior. Es curioso que las muchachas comentaban siempre lo que habían oído en el cuarto vecino, pero no mencionaban nunca lo que les habían dicho a ellas, como si también en la ética de su oficio existiera el secreto de la confesión.

—Muchas gentes se preguntan si no te da miedo seguir escribiendo, después del éxito estrepitoso de *Cien Años de Soledad*. Supongo que te habrán hecho ya esa pregunta.

—Sí, me hacen esa pregunta con frecuencia, pero son gentes que desconocen por completo los problemas de la creación. Una carrera literaria, aunque su nombre parezca indicarlo, no es una competencia deportiva con uno mismo. Uno escribe cada vez el libro que puede escribir. *Cien Años de Soledad* la leí cuando revisé las pruebas de imprenta, hace cinco años, y sólo cambié dos palabras. La volví a leer hace unos meses, por casualidad, pues no tenía otra a la mano para un largo viaje de tren, y en ningún momento de su lectura se me ocurrió pensar si era más fácil o más difícil escribir algo mejor, aunque si ahora pudiera escribirla de nuevo no le cambiaría solamente dos palabras sino muchas páginas, y algunas cosas serían mejores. En todo caso, esa novela, como las anteriores y las futuras, fue el centro y la razón de mi vida mientras la estuve escribiendo, pero ahora es un león muerto, como decía Hemingway, y si alguna vez acepto que me hablen un poco de ella es solamente por buena educación.

—¿Qué es, pues, lo que te gusta de tus libros? —Escribirlos. Una vez terminados no me interesan. La prueba es que he tenido libros inéditos durante muchos años, guardados en un ropero, y que nunca le he llevado un original a un editor para que lo publique.

—¿Te incomoda el éxito?

—Me estorba, la fama me intimida, y la consagración se me parece mucho a la muerte, y por eso me molesta participar en espectáculos públicos y no he asistido nunca a ningún acto de publicidad de mis libros. Comprendo que esto puede terminar en algo aterrador. El otro día, a la salida del teatro, una señora me dijo en mi propia cara: «Usted no existe».

—¿Cómo te gusta ser leído?

—Es estupendo que lo lean a uno sin complejos, intelectuales, que la gente aprenda a perderle el respeto a la literatura. En realidad, todavía quedan demasiados rastros de cuando la cultura era un patrimonio oculto de aristócratas y hechiceros. Se nota hasta en la atmósfera de panteón de las librerías, donde nadie habla en voz alta, ni pisa fuerte, y donde no se atreve a entrar nadie que no sea un iniciado. Otra sería la suerte de la humanidad si todo el mundo supiera que *El Quijote* o *Gargantúa*, por ejemplo, no son esos aparatos sagrados de que hablan los pontífices, sino que son dos libracos muy divertidos con lo que todo el mundo puede morir de risa sin necesidad de saber latín.

—Veo que no tienes en casa muchos libros. Casi nunca has tenidos muchos. ¿Por qué?

—Tengo un enorme desprecio por los objetos, y no hago excepción con los libros. Mis únicas propiedades son mis aparatos de música. Los libros, una vez leídos, los regalo, pues siempre estorban en la casa, son feos y mal resueltos como elementos de decoración, y cuesta mucho llevarlos de viaje. Mario Vargas Llosa, que tiene por los libros un respeto sagrado, se crispó cuando le contaron que mi mujer quería leer un libro que yo no había terminado, y resolví la situación de un modo muy práctico: cada vez que terminaba una hoja la arrancaba del libro y se la pasaba a ella.

—Pero supongo que habrá alguno que te interese guardar...

—Si un libro me interesa de nuevo lo vuelvo a comprar, lo vuelvo a leer y lo vuelvo a regalar. *Edipo Rey* lo he comprado infinitas veces en el mundo entero y hoy no lo tengo. Los libros de Pablo Neruda me han costado la mitad de la vida. Mi biblioteca personal se reduce a unos pocos volúmenes que me gusta releer, pero que no son los mismos todas las épocas.

—¿Cuáles son los más constantes?

—Los más constantes son Conrad y Saint Exupéry, y no tengo nada de Tolstoi, aunque creo que la mejor novela que se ha escrito es *La Guerra y la Paz*.

—A propósito de autores. Has admitido en alguna época influencias de Faulkner y Virginia Woolf, para no hablar de Sófocles y de tus abue-

los, o de libros como el *Diario de la Peste* o el *Amadís de Gaula*. Rara vez mencionas a Hemingway y a Graham Greene. ¿No crees que estos autores ejercieron también alguna influencia en ti? En una época, según recuerdo, los leías con muchas atención...

—A Greene y a Hemingway no los menciono entre mis influencias porque sus enseñanzas tienen un simple carácter técnico, y yo entiendo que las técnicas literarias son valores de superficie que en última instancia no pertenecen a nadie. Una influencia real e importante es la de un autor cuya lectura lo afecte a uno en profundidad hasta el punto de modificar ciertas nociones que uno tenga del mundo y de la vida. Por eso menciono a Sófocles, a Kafka, a Faulkner, a Rimbaud...

—A Virginia Woolf.

—... a Virginia Woolf, a la poesía española del Siglo de Oro y a la música de cámara desde Schuman hasta Bartok. Algún crítico ha dicho que esta es una lista de burla, porque no encontró en mis libros ningún rastro de Virginia Woolf.

—¿Lo hay?

—Claro que sí. Yo sería un escritor distinto del que soy, y tal vez hasta un hombre distinto, si a los 20 años no hubiera leído esta frase de Mrs. Dalloway:

Pero no había duda de que dentro (del coche) se sentaba algo grande: grandeza que pasaba, escondida, al alcance de las manos vulgares que por primera y última vez encontraban tan cerca de la majestad de Inglaterra, del perdurable símbolo del Estado que los acuciosos arqueólogos habían de identificar en las excavaciones de las ruinas del tiempo, cuando Londres no fuera más que un camino cubierto de hierbas, y cuando las gentes que andaban por sus calles en aquella mañana de miércoles fueran apenas un montón de huesos con algunos anillos matrimoniales, revueltos con su propio polvo y con las emplomaduras de innumerables dientes cariados.

—¿Dónde la leíste por primera vez?

—La leí mientras espantaba mosquitos y deliraba de calor en un cuarto de hotel, por la época en que vendía enciclopedias y libros de medicina en los pueblos de la Guajira colombiana, y recuerdo que esa sola frase trastornó

por completo mi sentido del tiempo, y me permitió vislumbrar en un instante todo el proceso de descomposición de Macondo, y su destino final. Más aún; releéndola ahora, 20 años después, yo mismo me pregunto asombrado si esa frase no sería el origen remoto del libro que estoy tratando de escribir sobre el enigma humano del poder, y sobre su soledad, y su miseria.

—Volvamos a Hemingway. Dices que sus enseñanzas tienen un simple carácter técnico. Concretamente, ¿qué te enseñó?

—Dos lecciones prácticas. La primera fue cuando dijo que el trabajo de cada día debe suspenderse cuando ya se sabe por donde se va a empezar mañana. Yo tenía antes la costumbre juvenil de escribir compulsivamente hasta agotar en una jornada todo el material resuelto, y a la mañana siguiente me enfrentaba con el fantasma de la hoja en blanco, sin saber por dónde empezar, y cuando lo lograba ya estaba cansado y de mal humor. El consejo de Hemingway tiene además la ventaja de que le permite a uno seguir enriqueciendo en la mente, durante el resto del día, lo que se va a escribir mañana.

—¿Y cuál es la otra lección?

—Es todavía más sencilla. En uno de sus cuentos de toreros, Hemingway describe un toro que embiste al capote, pasa de largo, y luego se vuelve como un gato doblando una esquina. Sólo cuando leí eso caí en la cuenta de que muchas veces había visto un gato deblando una esquina, y sin embargo nunca había notado que lo hace de un modo muy especial y diferente al de los otros animales. Fíjate bien que el gato no se separa de la pared para doblar la esquina, sino que se desliza contra ella, de modo que hay un momento en que la cabeza está en una calle y la cola en la otra, porque tiene la espina dorsal doblada en ángulo recto. El toro en el ruedo hace lo mismo con una esquina imaginaria. Parece una tontería, pero esa sola frase de Hemingway me dio una óptica nueva para observar el mundo.

—¿Y Graham Greene?

—A Graham Greene le tengo que agradecer—y en efecto se lo he agradecido—el haberme enseñado a describir el trópico. A uno le cuesta mucho trabajo separar los elementos esenciales para hacer una síntesis poética en un am-

biente que conoce demasiado, porque sabe tanto que no sabe por dónde empezar, y tiene tanto que decir que al final no dice nada. Era ese mi problema con el trópico. Yo había leído con mucho interés a Cristóbal Colón, a Pigafetta y a los cronistas de Indias, que tenían una visión original, y había leído a Salgari y a Conrad y a los tropicalistas latinoamericanos de principios del siglo que tenían los espejuelos del modernismo, y a muchos otros, y encontraba una distancia muy grande entre su visión y la realidad. Algunos incurrieron en enumeraciones que paradójicamente cuanto más se alargaban más limitaban la visión. Otros, ya lo sabemos, sucumbían a la hecatombe retórica. Graham Greene resolvió ese problema literario de un modo que me pareció certero: con unos pocos elementos dispersos, pero unidos por una coherencia subjetiva muy sutil y muy real. Con ese método se puede reducir todo el enigma del trópico a la fragancia de una guayaba podrida.

—¿Qué otro consejo útil o enseñanza técnica aprovechable recuerdas haber recibido?

—Uno que le escuché a Juan Bosch en Caracas, hace como quince años. Dijo que el oficio de escritor, sus técnicas, sus recursos estructurales y hasta su minuciosa y oculta carpintería hay que aprenderlos en la juventud. En realidad, hasta los 30 años uno escribe a chorros, se le ocurre más de lo que puede digerir, y se piensa que los conocimientos artesanales son un estorbo y que es mejor la espontaneidad. En ese momento es verdad, pero cuando la espontaneidad se acaba uno se queda sin nada si no aprendió a tiempo la sabiduría, porque los escritores somos como los loros que no aprendemos a hablar después de viejos.

—*Cien Años de Soledad*, como es bien sabido, se aparta por completo de la sobriedad, el rigor y el realismo de tus tres libros anteriores. ¿Qué fue lo que te permitió romper aquellas estructuras racionalistas? ¿El hallazgo de un nuevo lenguaje?

—No, no fue el repudio de una técnica ni el hallazgo de un lenguaje, sino mi propio proceso de maduración política.

—A ver, explícate un poco.

—Empecemos por el principio. La educación en América Latina es tan rudimentaria y azarosa

que uno tiene que salvarse nadando solo. Yo estudié el bachillerato en un antiguo convento colonial sin calefacción y sin flores, en un pueblo de mentalidad estrecha, remoto y lúgubre, donde Aureliano Segundo fue a buscar a Fernanda del Carpio a mil kilómetros del mar. Para mí, que había nacido en el Caribe, aquel colegio era un castigo y aquel pueblo helado era una injusticia, y mi único consuelo era la lectura. Allí empecé mi formación literaria, leyendo a los poetas malos de las antologías oficiales, y empecé también mi formación política leyendo los libros de teoría marxista que me prestaba a escondidas mi profesor de historia. Cuando salí de aquel calabozo había cumplido 18 años y no sabía donde quedaba el norte, pero tenía ya las dos convicciones que han sido fundamento de toda mi vida: que el destino inmediato de la humanidad es el socialismo, y que toda buena novela debe ser una trasposición poética de la realidad.

—¿Influyó, pues, la convicción política sobre la convicción literaria?

—No. Los libros políticos que había leído enseñaban un método de interpretación de la historia mediante el análisis de la lucha de clases en las relaciones de producción, pero ninguno había tratado de enseñarme cómo se escribe una novela. Sin embargo, cuando publiqué *La Hojarasca*—nadando solo—mis amigos militantes me crearon un terrible complejo de culpa. Uno de ellos me dijo: *Es una novela que no desenmascara nada, y por lo consiguiente le hace el juego al imperialismo y a sus cómplices de la oligarquía nacional*. Ahora creo que es un argumento simplista y equivocado, pero creo también que estaba en el espíritu de aquella época y que me lo dieron de buena fe. El caso es que me obligaron a reflexionar. Ese era uno de los tiempos más sangrientos de Colombia, se estaban escribiendo muchas novelas infames sobre la violencia realmente infame que padecía el país, y yo sentí que era mi deber apartarme un poco de mis prematuras ideas literarias y enfrentarme con la realidad inmediata. Fue por pura buena suerte que no me rompí la crisma.

—¿A eso, pues, se debe que *La Mala Hora*, *El Coronel* no tiene quien le escriba y la mayoría de los cuentos de los *Funerales* tengan una estructura racionalista?

—Sí, esos tres libros son tres aspectos de un mismo tema central que tiene raíces muy profundas en la realidad de nuestro país. Su estructura racionalista está determinada por la propia naturaleza del tema. Pero de todos modos, como toda literatura premeditada, ofrecen una visión limitada, excluyente y estática de la realidad, y por muy buenos o muy malos que parezcan, son libros que se acaban en la última página. No quiero decir que me arrepienta de haberlos escrito, sino que constituyen un tipo de novela momentánea, y bastante más estrecha de la que yo me creo capaz de hacer.

—*Algunos críticos han llegado a verlas como tentativas, ejercicios o búsquedas fallidas para escribir Cien Años de Soledad. ¿Qué opinas al respecto?*

—No me parece justo. Son libros con su valor propio. Cualquier lector cuidadoso puede darse cuenta de que por el camino de *La Mala Hora* no se llega a *Cien Años de Soledad*.

—¿Cuándo comprendiste que debías cambiar de rumbo?

—Necesité casi siete años de reflexión, sin escribir una letra, para encontrar otra vez el hilo perdido desde *La Hojarasca*. Cuando decidí correr el riesgo de *Cien Años de Soledad*, y de los dos libros que estoy escribiendo ahora, fue porque mi propia madurez política me hizo ver que mis comisarios estaban equivocados, que el compromiso de un escritor con agallas no es solamente con la realidad política y social, sino con toda la realidad de este mundo y del otro sin preferir ni menospreciar ninguno de sus aspectos. Fue una especie de clarividencia ideológica que había de conducirme a una más amplia libertad de creación. La revolución cubana, con su explosión imaginativa y su atropellada humanidad, tuvo mucho que ver con esta recuperación de mi conciencia de escritor.

—*Vamos a hablar de Cien Años de Soledad, aunque lo hagas sólo por buena educación. Confesabas a tus amigos la aspiración de escribir un libro «donde ocurriera todo». Hablaste también de un «largo poema de la vida cotidiana». ¿Cuál era concretamente tu anhelo?*

—Mi ambición primitiva era encontrar una solución literaria integral, inmediata y única, para todas las experiencias que de algún modo me

hubieran afectado durante la infancia. No me daba cuenta, por supuesto, que esa misma ambición era una prueba de que todavía estaba un poco en un limbo infantil, pues lo primero que aprende un escritor maduro es que uno no escribe lo que quiere sino lo que puede.

—*Muchos críticos han entendido el libro como un parábola o alegoría de la evolución de la humanidad...*

—Pues mi propósito era mucho más modesto y simple. Sólo he querido dejar una constancia poética y más bien compasiva del mundo de mi infancia, que transcurrió en una casa grande y triste, con una hermana que comía tierra y una abuela ciega que adivinaba el porvenir en las aguas dormidas, y numerosos parientes de nombres iguales que nunca hicieron mucha distinción entre la felicidad y la demencia, ni nunca perdieron el candor ni se ganaron la lotería. Esto es lo que yo entiendo por un largo poema de la vida cotidiana.

—*Pero los críticos han encontrado en el libro otras cosas más complejas...*

—Si los críticos han encontrado otras cosas más complejas, puede ser que en realidad se me hayan salido por válvulas inconscientes, pero también puede ser porque los críticos, al contrario de los novelistas, no encuentran en los libros lo que pueden sino lo que quieren.

—¿Cómo debe interpretarse el papel de la fábula en *Cien Años de Soledad*?

—Como una tentativa de romper los límites estrechos que los cartesianos y los estalinistas de todos los tiempos le han puesto a la realidad para que les cueste menos trabajo entenderla. Creo que esos límites no son físicos sino intelectuales, que nos han enseñado a ver las cosas de un modo y no queremos verla de otro modo, y yo no estoy haciendo nada nuevo cuando trato de romper esos condicionamientos mentales mediante trasposiciones poéticas.

—*Trasposiciones poéticas de una realidad...*

—Claro. En mis libros no hay una sola línea que no esté fundada en un hecho real. Mi familia y mis amigos viejos lo saben muy bien. Hay quienes me dicen: «Es que a ti te suceden cosas que no le suceden a nadie». Yo creo que le suceden a todo el mundo, pero no tienen la sensibilidad para registrarlas, ni el hábito para verlas, y que

la gran mayoría de las personas cultas simplemente las rechazan y las ignoran por simple prejuicio intelectual.

—Podríamos concluir, pues, diciendo que, a la inversa, las cosas que suceden en *Cien Años de Soledad* parecen tanto más naturales cuando más se desciende de nivel cultural?

—Sí, yo conozco gente del pueblo raso que ha leído el libro con mucho cuidado, con mucho gusto, pero sin una admiración especial por un autor que al fin y al cabo no les cuenta nada que no se parezca a la vida que ellos viven. Algunos, comentando las peripecias de los Buendía, me han contado otras cosas que yo hubiera querido para mi libro.

—¿Te concedes una libertad total de fabulación? ¿Quieres decir, puedes inventar cualquier cosa?

—Referido a términos de trabajo, eso que estamos llamando fabulación mientras encontramos el nombre exacto, plantea problemas muy interesantes. Yo creo que toda novela es una representación cifrada de la realidad—o como he dicho alguna vez: una adivinanza del mundo—pero esa representación, a cualquier profundidad y a cualquier latitud, tiene una naturaleza propia, con sus leyes precisas e inviolables. El buen novelista no puede hacer lo que le da la gana, porque corre el riesgo de decir mentiras, y eso es mucho más grave en la literatura que en la vida real.

—¿Podrías ilustrar esto con un ejemplo?

—Yo no tenía más de cinco años cuando fue a nuestra casa un electricista a cambiar el contador. Lo recuerdo como si fuera ayer, porque me fascinó la correa con que se amarraba de los postes para no caerse. Volví varias veces. Una de ellas, encontré a mi abuela en la cocina tratando de espantar una mariposa con un trapo, y diciendo: «Siempre que ese hombre viene se mete en la casa esta mariposa amarilla». Ese fue el embrión de Mauricio Babilonia. Pero lo interesante es que por razones técnicas muy difíciles de explicar me convenía que las mariposas de la novela fueran azules. No conseguí cambiarles el color. El personaje resultaba falso con las mariposas azules, y no empezó a moverse con vida propia mientras las mariposas no tuvieran el color de la realidad.

—¿Pero no ocurre también la situación contraria? Es decir, ciertas cosas de la realidad que no logran pasar en el libro porque allí no resultan verosímiles.

—Sí, mi experiencia más ilustrativa en ese sentido es la de Santa Sofía de la Piedad, que en la realidad se había vuelto leprosa. Estaba previsto que ese sería también su destino en la novela: al descubrirse la lepra, abandonaría la casa sin despedirse, y se iría a morir en un leprocomio para no contagiar a nadie. Todo el carácter del personaje está construido sobre la prudencia, la bondad y el espíritu de sacrificio que harían verosímil aquel desenlace, y sin embargo tuve que cambiarlo a última hora, porque dentro del mundo de la novela parecía un recurso truculento para despachar un personaje.

—Quiero hacerte una pregunta sobre el lenguaje, atendiendo el clamor de algunos amigos que suelen preocuparse desconsideradamente por las afirmaciones que a veces largas por ahí. En algunas declaraciones estableciste una oposición entre el español hablado y el español escrito. Decías textualmente: «Tratamos (los novelistas latinoamericanos) de escribir una novela con el español hablado, cuando en realidad debemos escribirlo con el español escrito. ¿Que querías decir concretamente con esto?

—Lo que quise decir es que el inglés, el francés o el italiano se escriben como se hablan, mientras que en castellano hay una división profunda entre la lengua hablada y la lengua escrita. Quise decir que un diálogo en castellano que es bueno en la vida real no es necesariamente bueno en la novela. Todavía no estamos muy lejos de aquella súplica ejemplar de la literatura española: *Decídmelo, buen hombre, ¿no tenéis por ventura un mendrugo para esta pobre parvula famélica?*

—¿Pero a qué se debe, en tu opinión, esa división profunda entre el castellano que se habla y el castellano que se escribe?

—Me parece que eso se debe a que el castellano hablado anda por la calle, y en cambio al castellano escrito lo tienen preso desde hace varios siglos en ese cuartel de policía del idioma que es la Academia de la Lengua. Tratar de liberarlo, reduciendo cada vez más la distancia entre el castellano escrito y el castellano

hablado, es una tarea en que debemos empeñarnos los escritores de lengua castellana, y en la que de hecho estamos empeñados los novelistas latinoamericanos.

—En Colombia se precian de hablar muy buen castellano. ¿Que opinas tú? ¿Cuál es el mejor castellano?

—Yo creo que el mejor castellano es el más impuro porque lo va cambiando la necesidad cotidiana. Las gentes cultas de Colombia, que se precian de hablar el mejor castellano del mundo, hablan en realidad una forma atrasada del dialecto madrileño, en tanto que los escritores colombianos, los serios y respetables, se rompen la cabeza por escribir como los clásicos del siglo XVI. El castellano bueno es el de México, mezclado de nahuatl, de inglés, de francés, de invenciones maliciosas, inteligentes y vitales, dispuesto a romper todas las leyes por conseguir una expresión. La forma en que ha logrado sacarle partido a ese idioma dinámico es lo que ha hecho que el lenguaje de Juan Rulfo sea tan hermoso y eficaz.

—Pasando a otro tema: ¿sigues yendo al cine? En una época, recuerdo, parecía apasionarte más que la literatura.

—Hasta los 30 años fui al cine casi todos los días, hice crítica de cine, asistí a los festivales, estudié dirección de cine en Roma, y no hablaba sino de cine como toda la gente de cine. En México hice algunos guiones, muy malos, según dicen los que saben, pero también conocí la industria por dentro y me pareció que era imposible hacer un verdadero trabajo de creación con unas normas tan estrechas. El caso es que ahora no voy al cine más de dos veces al año, y casi siempre por ver las películas de mis amigos del Brasil que son las únicas que me interesan, tal vez porque su mundo es tan delirante como el mío y sus autores tan locos como yo quisiera ser.

—¿Cuáles son los directores que más admiras?

—En un repaso general de todo el cine que he visto me parece que los directores que más admiro son Orson Welles, sobre todo por *Una Historia Inmortal*, y Kurosawa, sobre todo por *Barba Roja*. Pero la película que más me ha gustado no es de ninguno de ellos sino *Jules et Jim*, de Trouffaut, y después *El General de la*

Rovere, de Rossellini. Lo que más me ha apartado del cine, como espectador, no es el cine mismo, sino los trámites y las condiciones que se imponen para ver una película. Tiene que ser a una hora que te fijan, hay que hacer cola para comprar la entrada, no puedes elegir el lugar que te guste, tienes que soportar a los que llegan tarde, a los que se besan sin consideración, y por último la película, que casi siempre es mala. Si hubiera que hacer todo eso para leer, nadie leería.

—¿Crees, pues, que el cine es un arte en crisis?

—Lo que pasa es que el cine está en la edad en que estaba la música cuando sólo se podía escuchar en los conciertos. Yo oigo música cuando menos tres horas diarias, pero nunca voy a los conciertos, porque es como asistir a una boda o a un funeral: todo el mundo está demasiado serio, te imponen el programa que quieren a una hora fija, y luego tienes que compartir tus opiniones en el intermedio. De modo que la música la tengo en casa con sólo apretar un botón. El día en que esto sea posible con el cine, y lo será pronto, sin duda, veré más películas que ahora. Pero aun entonces seguiré pensando que el cine no será un arte, y ni siquiera una diversión de buena calidad, mientras esté condicionado a un régimen industrial.

—Antes de terminar esta entrevista quisiera oírte hablar de Camilo, de Camilo Torres. Fue discípulo mío en el colegio, y tuyo en la universidad. ¿Hace cuánto tiempo? 24 años, creo. ¿Qué impresión te produjo entonces?

—Entonces era una persona más bien imprevisible. Tú lo recuerdas. Nos reuníamos a hablar de poesía y de política, como siempre, en aquellos cafés ruidosos y fúnebres donde los borrachitos del amanecer se hacían los dormidos para quedarse solos con las meseras. En la mesa estaba Camilo, que era el más serio, estabas tú, que eras muy malcriado, estaba yo, que era un costefío cimarrón, y estaban otros compañeros de universidad que nunca volvimos a ver porque se volvieron ministros, y muchos otros a quienes se los llevó el carajo. Bogotá era entonces una ciudad más vieja que ahora, más helada pero menos lúgubre, y había una niebla matinal con olor a hollín y muchos entierros por la calle, y los últimos tranvías eléctricos mataban en las esquinas a los últimos percherones de los carros de cerveza.

—¿Te acuerdas de cuando Camilo se metió de cura?

—Sí, se fugó para el seminario, sus padres lo alcanzaron en la estación del tren y lo encerraron en un cuarto como se hacía entonces con las señoritas que se fugaban con su novio. Allí lo encontré, con una ruana gris, repartiendo sus libros entre sus amigos, y hablando de una vocación de sacrificio que nadie había sospechado. Esa fue la primera vez que lo vi como era: absolutamente sereno pero absolutamente decidido.

—Exactamente la misma actitud que tenía cuando se metió al monte. ¿Dónde lo volviste a ver?

—En París, casi diez años después, y aún tenía la misma sonrisa en los ojos y el mismo sentido del humor permanente aunque un tanto pueril, pero ahora me parece que ya se le notaba algo de su predestinación un poco prematura. Creo que su fuerza mayor radicaba en que nunca perdió la inocencia.

—¿Y la última vez?

—La última vez que lo vi fue en Bogotá, cuatro años antes de su muerte, cuando nos llevó a la casa a un ladrón...

—Ah, sí, el ladrón. Yo estaba contigo cuando se presentó con él. ¿Qué quería?

—Quería que le cuidáramos al ladrón mientras le encontraba trabajo. El ladrón era un hombre sigiloso y sombrío, que masticaba la comida con una rara tenacidad, y que nos contaba en la mesa sus aventuras de domicilio. Una de ellas era la versión urbana de *El Viejo y el Mar*: necesitó la noche entera, sin ayuda de nadie, para robarse el refrigerador de un apartamento situado en el cuarto piso, pero cuando llegó a la calle estaba amaneciendo y lo abandonó en la esquina porque no tuvo como llevarse. Camilo le encontró trabajo, lo reintegró a la vida civil, pero un policía que lo había conocido en sus tiempos de ladrón se lo encontró una noche bien vestido y con un poco de dinero en el bolsillo, y simplemente lo mató de un tiro. Camilo me contó que había reconocido y sepultado el cadáver, y estoy seguro de que ya entonces sabía que se iba a morir con un fusil en la mano.

—Gabo: ¿Cómo te definirías políticamente?

—Soy un comunista que no encuentra donde sentarse. Los viejos partidos comunistas están formados por hombres honrados y castos, esterilizados por el catecismo y apaciguados por la reverenda madre soviética, que ahora está más interesada en hacer buenos negocios que en patrocinar la revolución. Esto es evidente en América Latina. Aparte de la ayuda económica que le ha prestado a Cuba, y que ha sido muy grande, la Unión Soviética no ha tenido la menor reticencia en negociar con los regímenes más reaccionarios del continente, sin ninguna reserva de orden político. Acuérdate que los carros armados de la policía de Colombia, con los cuales matan a los estudiantes en la calle, fueron fabricados y vendidos por la Unión Soviética y bendecidos en la plaza pública por el arzobispo.

—¿Cómo concillas esto con tu adhesión al socialismo?

—Lo que pasa es que esos trueques sin escrúpulos son apenas síntomas de un sistema que se parece cada vez menos al socialismo. Pero a pesar de eso yo sigo creyendo que el socialismo es una posibilidad real, que es la buena solución para América Latina, y que hay que tener una militancia más activa. Yo intenté esa militancia en los comienzos de la revolución cubana, y trabajé con ella, como recuerdas, unos dos años, hasta que un conflicto transitorio me sacó por la ventana. Eso no alteró en nada mi solidaridad con Cuba, que es constante, comprensiva y no siempre fácil, pero me dejó convertido en un francotirador desperdigado e inofensivo.

—El año pasado anunciaste en un periódico de Caracas tu deseo de afiliarte al nuevo partido venezolano MAS (Movimiento al Socialismo), que surgió como una escisión del partido comunista. ¿Que alcance tiene para ti esta adhesión política?

—No fue una simple declaración de prensa. El Mas es un partido juvenil e imaginativo de una gran claridad doctrinaria, con una política nacional propia que se sustenta en la realidad, con un estupendo espíritu de sacrificio personal, y una decisión revolucionaria que no puede fallar. Al mismo tiempo, y esto es formidable y nuevo, sus militantes saben que la seriedad política no es incompatible con los bailes

modernos, con las películas de vaqueros y con el sentido del humor, y no les da vergüenza enamorarse. Yo estoy identificado con sus planteamientos, soy amigo personal de muchos de sus dirigentes, y estoy convencido de que van a hacer la revolución en Venezuela.

—Alguien va a señalar que como colombiano no puedes afiliarte a un partido de Venezuela...

—Me gustaría establecer ese precedente, para ir abriendo huecos en la ficción de las nacionalidades latinoamericanas. La exportación de revoluciones fue el signo de nuestros países hasta que se inventó la legalidad de embargo de la no intervención. Bolívar se fue peleando y haciendo política hasta Bolivia, San Martín se subió hasta donde le alcanzó el caballo, Petión exportó su independencia desde Haití, y los caudillos federalistas del siglo pasado andaban como por su casa desde México hasta la Argentina. El general colombiano Rafael Uribe Uribe, que no alcanzó a hacer 32 guerras pero de todos modos las perdió todas, peleó una vez del lado de la Venezuela liberal contra las tropas del régimen arcaico de su propio país. Y creo que fue honesto y consecuente. Por cierto que ese

régimen arcaico es el que se ha ganado en Colombia todas las guerras, y todavía subsiste.

—Una última pregunta: una pregunta de cajón: ¿cuál es el mayor riesgo que ves para un joven escritor en América Latina?

—Creo que hay dos peligros: la estrechez ideológica y la prisa por publicar. Como jurado de concursos, y por los manuscritos que me mandan para que los lea, me parece que muchos están escritos solamente para tumbar al gobierno, y la gran mayoría están terminados de cualquier modo para llegar a tiempo. Es cuestión de paciencia: son los editores quienes viven de los escritores, y no al contrario, de manera que es los editores a quienes corresponde el trabajo de buscar a los escritores. Y de hecho lo hacen. Que me lo crean a mí, que no sé que hacer con tantos editores en el teléfono, y sin embargo necesité cinco años para que me hicieran el favor de publicarme mi primer libro. Esto parece un consejo, y nunca me ha gustado darlos ni recibirlos. Pero no importa, déjalos así. Al fin y al cabo, no sé por qué tengo la impresión de que ésta es mi primera entrevista de viejo.

A.Z.—¿ Cree que una formación como ha tenido usted, basada en tertulias con Cansinos Assens, Macedonio, es todavía posible ?

J.L.B.—Eso depende de ustedes. No hay absolutamente ninguna imposibilidad. Ahora, cuando yo pienso en mi juventud, cuando pienso en tertulias, de Cansinos Assens en Madrid, de Macedonio Fernández, la confitería de Alonso en Buenos Aires, me acuerdo que estábamos movidos por distintas pasiones. Por aquellos años, (estoy hablando de más o menos 1919, mil novecientos veintitantos) las pasiones eran la metafísica y la literatura. En cambio ahora creo que a los jóvenes les interesa la política y los deportes, dos temas que me parecían indignos de atención por aquellos años. La política existía. Yo era amigo de Ricardo Güiraldes, que era conservador. Luego, ahora yo soy conservador. En aquel tiempo yo era anarquista individualista. Eduardo González Lanuza era comunista. Lo que se entendía por comunismo entonces, es muy distinto de lo que se entiende ahora. Y otros tenían distintas opiniones; pero nosotros nunca hablábamos de eso; nos interesaban otras cosas. Yo creo que hay otra diferencia también: que ahora los escritores piensan en el fracaso y en el éxito. En aquel tiempo, nadie pensaba en esas cosas. Pensábamos en escribir para nosotros mismos. Cuando yo publiqué mi primer libro, *Fervor de Buenos Aires*, en 1923, hice imprimir 300 ejemplares y los distribuí entre mis amigos, salvo cien ejemplares que llevé a la revista «Nosotros». Recuerdo que uno de los directores, Alfredo Bianchi, me miró aterrado y me dijo:

—¡ Pero cómo ! ¿ Usted quiere que yo venda estos libros ?

—¡ No !—le dije yo—A pesar de haber escrito un libro no estoy completamente loco.

(Borges sugirió a Bianchi que metiera copias en los sobretodos de la gente que venía por allí, y así fue como algunos «habitantes de los sobretodos» llegaron a publicar artículos sobre el libro.)

Yo era amigo de Leopoldo Lugones, evidentemente el escritor más ilustre de la República Argentina en aquella época. Ahora, yo no sé cuántos ejemplares se imprimirían de sus obras, pero no creo que llegaran a mil. Tardaban dos o tres años, o cuatro o cinco, en agotarse. Así que nadie pensaba de un modo comercial en la literatura, y nadie esperaba que le pagaran

tampoco. Ahora ya en Buenos Aires se habla de «best sellers», y son pocos los escritores que no piensan hacer comercio de sus libros. El ambiente ha cambiado. Vivimos en un mundo comercial desgraciadamente.

A.Z.—Usted decía que en su juventud no se interesaba tanto en la política, pero usted ha sufrido a manos de ella...

J.L.B.—¡ Ah, bueno ! cuando hubo una dictadura evidentemente sí. Eso no era cuestión de política, eso era una cuestión de ética. El gobierno había sido tomado, digamos, por un rufián. Desde luego mucha gente sufría. Por ejemplo: mi madre estuvo presa, mi hermano estuvo preso, un sobrino mío también. Yo tuve un «detective» en la puerta de calle esperándome todas las mañanas. Al principio yo hice una broma bastante tonta con él, que era, ya que me seguía, llevarlo a largas caminatas y can-sarlo; pero al cabo de dos o tres días me cansé de ese juego bobo, me di vuelta y le dije:

—Creo que nos hemos visto.

—¡ Pero y claro ! Si yo todas las mañanas estoy esperándolo.

—¿ Usted conoce mas o menos cuales son mis opiniones políticas ?

—Sí, son las mías exactamente, ¿ estamos ? el gran Perón es una porquería.

—Estoy de acuerdo—le digo yo.

—Bueno, yo pienso lo mismo, pero yo tengo que seguirlo a usted porque yo soy un «detective». Tengo que cumplir con mi deber.

—Bueno—digo—si yo fuera un buen argentino, como fueron mis mayores estaría conspirando; pero me avergüenza decirle que no estoy conspirando.

(Tomaron una taza de café juntos. Borges no volvió a verlo hasta después de la revolución. Seguía de «detective», pero esta vez siguiendo a peronistas y opositores.)

A.Z.—Muchas veces en sus cuentos hay una violencia latente y un clima sangriento que contrasta con su persona aparentemente pacífica. ¿ Es que ahora usted una vida de acción ?

J.L.B.—Bueno, posiblemente yo he añorado durante toda mi vida una vida de acción. Yo no he llegado ahora recientemente a la casi ceguera. Desde chico ya sabía el destino que me esperaba. Yo había visto a mi padre, a mi abuela inglesa ciegos. Yo sabía que mi bisabuelo inglés había muerto ciego también. Muchos de mis mayores fueron militares: mi abuelo que

inició su carrera militar a los catorce años, murió el año 74 en una de las revoluciones; otro, comandó una carga de caballería peruana en la batalla de Junín. Si, es posible que haya sentido cierta envidia de ese tipo de vida y que me fue negado. No, pero ahora creo que no; ahora creo que el destino de escritor no es un destino menos rico que el de otros.

A.Z.—O sea que usted cree que sus antepasados habrían aprobado su vida retirada.

J.L.B.—Sí. Además entre ellos también hubo gente de vida retirada; por ejemplo, Pedro Juan Crisóstomo de Lafinur y todo el lado inglés de la familia, que fueron pastores protestantes, doctores en letras; uno de ellos, Haslam, fue amigo personal de Keats; y además, creo que es un error el suponer que lo que se llama «vida retirada» sea una vida pobre; no, posiblemente sea una vida más rica que la vida del hombre de acción. Es una vida que transcurre casi en el presente. Quizá sea mejor pensar en la vida sabrosa que ejercerla ¿ no ?, y ahora estoy preparando un libro de cuentos. Van a ser cuentos más bien tranquilos.

A.Z.—¿ A qué se debe este cambio ?

J.L.B.—Bueno, se debe a que yo (está mal que lo diga pero por qué no decirlo), a que yo he ejercido o ejerzo alguna influencia en las letras de mi patria. Hay muchas personas, entre ellas jóvenes que están escribiendo cuentos de violencia, a la manera de mis cuentos de cuchilleros o de soldados, cuentos con laberintos y con espejos a la manera de otros cuentos míos, y entonces, ¿ para que voy a hacer yo lo que otros están haciendo por mí y están haciéndolo mejor que yo ? Voy a tratar de hacer algo distinto. Ya en el último libro mío *El Informe de Brodie*, hay cuentos tranquilos y esos, que para otros serían cuentos cotidianos, para mí constituyen, como digo, una especie de modesta aventura personal.

A.Z.—Muchos de sus cuentos están escritos para librarse de una angustia o tensión interior...

J.L.B.—Sí, por ejemplo el cuento *Funes el Memorioso* lo escribí, como digo en el prólogo, porque yo sufría mucho de insomnio; (todavía a veces suele visitarme) y lo curioso es que, después de escribir ese cuento, hubiera conjurado el insomnio, porque el insomnio ya se hizo más raro, y luego desapareció. De modo que ese cuento fue sin saberlo, una operación así terapéutica y mágica. Otros cuentos no tienen un

origen tan articular como éste. Por ejemplo los cuentos de laberinto se refieren simplemente a la perplejidad que nos da el mundo y que infiere en la metafísica; ya que Aristóteles dijo que el asombro era el principio de la filosofía.

A.Z.—¿ Qué parecido encuentra entre Funes y usted, y cómo concilia el pensar con el recordar ?

J.L.B.—Yo pensé: bueno, si el hombre tuviera una memoria perfecta, entonces estaría abrumado por esa memoria. Y entonces de allí llegué a la idea de estructurar mi cuento de Funes que muere abrumado por su memoria.

A.Z.—¿ Considera cómplice al lector ? ¿ No cree que también le transmite esa angustia de la que trata de librarse al escribir sus cuentos ?

J.L.B.—Bueno, si lo he hecho tengo que pedirles disculpa a ustedes. Yo no he tratado de infundir angustia en nadie. Además cuando escribo, pienso sobre todo en el cuento o en el poema; es decir no pienso en los resultados de lo que he escrito; y el cuento, una vez publicado, lo dejo que siga su vida propia. Y ahora hay muchos críticos que se apoderan de mis cuentos y que los enriquecen considerablemente ¿ no ? porque ven en ellos propósitos que yo no tenía. No sé si han visto esa representación de un actor inglés basada en cuentos míos (*Borges and Myself* por Charles Lewsen) ¡ Muy raro !; es una especie de monólogo frenético basado en fragmentos míos. No sé si me ha gustado, pero me impresionó mucho. Sentí cierto horror: ¡ pero sí ! ¡ pero cómo ! ¡ yo me he pasado la vida tejiendo pesadillas ! El lo ha hecho de un modo muy angustioso, y tenía que hacerlo de esa manera para que no le resultara muy tedioso. La representación es sacada de una época a otra, de la prosa al verso. Estaba rodeado por un semicírculo de espejos de los cuales me defendía mi ceguera. Había grandes libros en el suelo, libros en blanco que simulaba leer y el corría de un lado para otro, bailaba, gritaba, y yo sentía como si todo mi pasado se precipitara sobre mí; una forma de sensación muy incómoda, pero producida por un arte admirable.

A.Z.—En una ocasión llamó usted a su libro, Historia Universal de la Infancia, «el irresponsable juego de un tímido». ¿ Cree haber superado esa timidez y desconfianza íntima ?

J.L.B.—Sí, la he superado puesto que ahora escribo cuentos que declaró ser cuentos. En

cambio, en aquella época yo me veía como poeta; yo leía muchos cuentos, me gustaban muchísimo, pero pensaba que no tenía derecho a escribirlos, que yo era un intruso en ese terreno. Entonces elegí ese género intermedio tomado de las *Vies Imaginaires* de Marcel Schwob. Elegí ese género intermedio de tomar personajes reales, por ejemplo The Tichborne Claimant, por ejemplo Billy the Kid, por ejemplo Morell, El Redentor de Esclavos. Al mismo tiempo les inventaba vidas y circunstancias; pero fue una especie así de «half way house», digamos, entre el hoax—una especie de broma que yo le hacía a los lectores—y el cuento.

A.Z.—*Pierre Ménard, el autor del Quijote, contrasta con su propia originalidad. Lo concibió como un juego o como una antítesis?*

J.L.B.—No, yo creo que lo concebí como un juego. No pienso que lo concebí como una antítesis. Lo concebí como un juego y me pareció que ese era el tipo de idea que podía interesarle a un francés. Por eso lo hice en francés, pareciéndome inverosímil que un francés reescriba o se proponga escribir un libro en nuestro idioma. Creo que el nombre de Pierre Ménard corresponde a un personaje real, pero más o menos oscuro, digamos un matemático así de menor cuantía, es decir, un nombre que le sonara a la gente sin que pudieran precisar muy fácilmente. Y eso ayudaba naturalmente a mis juegos ¿no?

A.Z.—*¿Nos podría hablar sobre Tlön, Uqbar, Orbis Tertius? ¿Qué parecido cree que habría entre la puesta en práctica de las ideas de sus filósofos favoritos y Tlön?*

J.L.B.—Bueno, si ese cuento está basado en la filosofía idealista desde luego; en Berkeley, Schopenhauer, los hindúes. Pero hay también otra idea en ese cuento, y es la idea de que lo que llamamos realidad, puede ser modificado por un libro. Ahora, eso desde luego ha ocurrido muchas veces. Creo que si no se hubiera escrito la *Biblia* por ejemplo, o los *Diálogos* de Platón, viviríamos en un mundo distinto; eso es evidente. Allí yo lo llevé, digamos, a un grado imaginario. Imaginé una enciclopedia—me gustan mucho las enciclopedias—. Me imaginé la enciclopedia de un país imaginario. Es una especie de repertorio general de un país imaginario, con su historia, su metafísica, su religión, las elegías de esa religión. Yo pensé que si se compilara un libro así, ese libro evidentemente

más ordenado que la realidad en que vivimos y que ignoramos podía llegar a influir en esa realidad y reemplazarla. Pero todo eso es un juego evidentemente. Aun así Tlön es un cuento muy ambicioso.

A.Z.—*¿Y sus otros cuentos?*

J.L.B.—No son cuentos arbitrarios. No creo que la literatura fantástica sea arbitraria; creo que la literatura fantástica es un modo de expresar emociones, es decir, que un cuento como *La Biblioteca de Babel* está basado en la idea que otros han expresado del número indefinido pero no infinito de combinaciones que pueden hacerse con letras del alfabeto; además creo que ese cuento sirve para transmitir una imagen de pesadilla. Esa imagen de pesadilla corresponde a un estado angustioso. Posiblemente si yo no hubiera sentido ese estado angustioso de pesadilla no hubiera escrito el cuento, o si lo hubiera escrito hubiera sido un cuento muy frío. Simplemente hubiera hablado de una biblioteca en la que están contenidos todos los libros posibles, es decir, todos los libros posibles en todos los idiomas en cuanto estos pueden ser expresados por las veintitantas letras del alfabeto y los signos de puntuación y nada más; pero creo que en ese cuento he hecho algo más; creo que he llegado a expresar una imagen bastante horrible del universo.

A.Z.—*¿Cómo define el estilo? ¿Qué importancia tiene para usted? ¿Cree que es peligroso?*

J.L.B.—Bueno, aquí voy a plagiar como tantas veces a Bernard Shaw. El dijo que en cuanto a estilo, un autor puede tener el estilo que le da su convicción. Es decir, el estilo depende de las convicciones. Creo que lo importante cuando uno escribe es dar con la entonación adecuada a lo que uno quiere decir; por eso, si uno está escribiendo un poema, lo más importante es los dos a tres primeros versos; y quizá en prosa, las dos o tres primeras líneas, porque esas líneas ya dan el tono con el cual uno debe hablar; uno puede equivocarse y hacerlo demasiado llano, o es más común lo segundo: uno puede equivocarse y hacerlo demasiado enfático.

A.Z.—*¿Qué cualidades aprecia usted en un escritor?*

J.L.B.—Yo diría que todas las cualidades humanas; aprecio la imaginación por ejemplo; aprecio también la sinceridad. A usted le parecerá raro que aplique esto a la literatura fantástica, pero creo que nuestra imaginación

acepta lo que ha sido imaginado por un autor, es decir que no creo que la literatura sea puramente verbal. Yo creía que era posible lograr una página perfecta escribiendo una frase y luego intentando dos clases de variaciones sobre los adjetivos; ahora no creo que se pueda escribir así, por medio de un acto combinatorio.

Borges pregunta:

—De donde es usted señor?

—Yo soy peruano.

—Entonces estamos unidos por la batalla de Junín ¿no?, por la Orden del Sol que me dieron en el Perú. Fue una cosa muy conmovedora porque a mi bisabuelo Suárez, el Gobierno del Perú le dió la Orden del Sol. Suárez era primo del abominable dictador Juan Manuel de Rosas, y en los azares de la vida de entonces la Orden se perdió, aunque está en un cuadro al óleo que tenemos en casa. Y luego, el Gobierno del Perú me honró con la misma Orden, de modo que la Orden volvió a la familia al cabo de cuatro generaciones. La tengo en casa. Me siento vinculado al Perú por muchos motivos, pero también por esa carga de caballería peruana que comandó mi bisabuelo que tenía 26 años, Isidoro Suárez, y que decidió la batalla de Junín porque Bolívar estaba por retirarse.

A.Z.—*En el Perú nos enseñaban que el que salvó la batalla fue Rázuri, al atacar sin previa orden.*

J.L.B.—Yo nunca oí eso, pero posiblemente sea cierto. Hay un libro que se llama *La Batalla de Junín* y hay seis o siete testimonios, entre ellos el de Miller, que no era argentino; y los otros desde luego son de argentinos, de modo que son un poco sospechosos. El atribuye esa decisión a Suárez. Hay dos versiones de la *Oda a la Batalla de Junín* de Olmedo, y ese nombre que usted dice, no figura; en cambio, en una de las versiones figura el nombre de mi bisabuelo Suárez y luego en la otra lo suprimió porque el poema era un poco largo. Pero en fin, si fue un peruano me parece bien, no vamos a librar la batalla de Junín otra vez a tiros. Ahora, tratándose de algo así brusco, es muy posible que no se sepa muy bien quien fue. Yo tengo que defender a mi bisabuelo, y usted a un peruano. Estamos en nuestra ley. Pero desde luego lo importante es que fue un regimiento de caballería peruana el que decidió la victoria, y el hecho de que lo comandara un argentino no creo que

importara. Es que fue una empresa común de las diversas regiones de América para librarse de la opresión española o para dejar de ser español.

—El autor peruano que yo he conocido era Alberto Hidalgo, de Arequipa.

A.Z.—*Ya ha fallecido hace un par de años.*

J.L.B.—¿Ha muerto? Tenía una tertulia y yo asistía a esas tertulias. Era un poeta que correspondía al Ultraísmo. Correspondía así a pequeños poemas hechos de imágenes inconexas; y luego hablaba así muy mal de todos los demás escritores.

A.Z.—*¿Y Huidobro?*

J.L.B.—No. Creo que Huidobro era un escritor más importante que Hidalgo desde luego.

A.Z.—*¿Estaba usted metido en esa polémica que se desarrolló en España a raíz de la creación del ultraísmo?*

J.L.B.—No, yo no estaba metido en nada de eso; no, no, yo no estaba. Hubo una polémica entre mi futuro cuñado Guillermo de Torre y Huidobro. Además lo que le dijo Guillermo de Torre era absurdo. Le dijo por ejemplo, que el tenía que proveerse de un buen stock de adjetivos. Bueno, es un buen stock de adjetivos que ideó la literatura ¿no?; pero es una idea así de académico español, esa idea de venerar a los sinónimos.

A.Z.—*¿Considera a Neruda y a Octavio Paz de su generación?*

J.L.B.—Sí, pero conozco muy poco la obra de Paz; yo he hablado con él muchas veces y tengo la impresión de un hombre muy inteligente. Ahora, quienes lo han leído me dicen que él es superior a su obra.

A.Z.—*Baroja, un escritor que vivía entre montones de libretos y papeles, sin embargo imaginaba las más desaforadas acciones, viajes, luchas. ¿Tiene alguna afinidad con él?*

J.L.B.—No, no creo; y pero yo lo he leído y lo he admirado mucho. Recuerdo sobre todo *El Arbol de la Ciencia*. Ahora, esas memorias de un hombre de acción me parecen lo menos memorable suyo. Pero hay como un tono así de desparpajo que me gusta; el hablar así de todo con cierta libertad por ejemplo. Baroja es un hombre que no está atado por ninguna superstición. El ha hablado desdeñosamente de escritores generalmente admirados, por ejemplo de Valle Inclán o de Ortega y Gasset, creo que de Una-

mino también. Ha sido una persona simpática me parece. Me gustaría haberlo conocido personalmente. Mi hermana lo conoció.

A.Z.—¿ *Qué piensa de la literatura oriental?*

J.L.B.—Me ha interesado muchísimo; sobre todo la filosofía persa y la filosofía china. Estoy escribiendo ahora un libro sin mayores pretensiones eruditas, con Alicia Jurado. Estamos escribiendo una especie de handbook, de manual de introducción al Budismo.

A.Z.—*En un examen de Cambridge hicieron la siguiente pregunta: «Borges is a considerable and a compassionate moralist and a humanist possessed of a strong loyalty to the human community and to common sense. Discuss. ¿Usted cómo respondería a esta pregunta?»*

J.L.B.—Bueno, me considero halagado al ver que me consideran así, pero yo nunca me había visto de esta manera. Cuando he escrito, lo he hecho por razones hedónicas, por razones de placer personal. Me parecía raro cuando vivía esa especie de pesadilla, de ese actor del que yo le hablé, a pesar de que yo había escrito esos cuentos tan angustiosos a veces riéndome solo ¿no?, haciéndolos como un juego... Ahora, está bien formulada esa pregunta.

A.Z.—¿ *Está de acuerdo con ella?*

J.L.B.—Sí.

—Teníamos que escribir aproximadamente 45 minutos sobre ese tema.

—Caramba, yo no sería tan longevo como usted. Sería más efímero. Creo que 45 minutos no quieren decir nada, porque en 45 minutos pueden escribir 45 palabras; pero se espera algo más ¿no?

A.Z.—*Usted a expresado admiración por el pueblo judío. ¿Admira a los judíos como pueblo o como individuos?*

J.L.B.—Pues yo diría que como individuos, porque los pueblos son abstracciones. No se si existen esas abstracciones, salvo como convicciones solamente de los individuos. Pero también hay el destino de la nación judía o del pueblo judío que me ha interesado. Y eso ha sido llevado por tantas cosas como todos nosotros, ya que nuestra cultura es inconcebible sin el cristianismo, y el cristianismo es inconcebible sin el Nuevo Testamento, y es inconcebible sin el Viejo Testamento, de modo que de un modo todos estamos dentro de un mundo judío, de un mundo que tiene una parte judía más allá de nuestras creencias personales. Por ejem-

plo yo no creo en un dios personal y no estoy seguro de ser cristiano. Ahora estoy seguro de no serlo, pero no importa. Mi padre era ateo, pero era ateo dentro de la sociedad cristiana, y eso ya lo modifica y hasta creo yo por ejemplo que sin duda ser protestante y ateo católico son dos cosas distintas. La religión no es solo una serie de creencias; es una serie de hábitos mentales, de creencias y de prácticas éticas, es decir una religión es una cultura.

A.Z.—¿ *A usted le dieron el Formentor junto con Beckett? ¿Encuentra algo en común con él? ¿en qué se diferencian?*

J.L.B.—Conozco muy poco la obra de Beckett. Fui a ver una pieza que se llama «En attendant Godot», pero no me quedé para esperarlo, porque sabía que no iba a aparecer; yo no me quedé esperando a Godot, que evidentemente es God, Dios. No, conozco muy poco la obra de él y no me sentí especialmente honrado con esa compañía. Posiblemente el pensó lo mismo de mí; pero con todo para mí fue muy útil eso, porque en Buenos Aires la gente casi no se daba cuenta de que yo estuviera allí; en cambio, cuando me dieron ese premio en Europa,—y Europa impresiona mucho en Buenos Aires, un país muy snob el nuestro—entonces ya la gente se dio cuenta de que yo existía; entonces ya empezaron a hablar de mí, directamente, porque antes me veían, bueno, el hijo de Leonorcita Acevedo, el nieto del Coronel Borges... Me veían en función de otras personas. Pero después de haber recibido ese premio me vieron como a un individuo.

—Yo he corrido un episodio que quizá les haga gracia a ustedes. Yo estaba empleado en una pequeña biblioteca municipal, y habían llegado algunos de los volúmenes adicionales de la enciclopedia Espasa, y entonces un compañero mío estaba hojeándolo:

—¡Qué raro!—me dice—aquí está su nombre.

—Sí,—le dije—yo no sabía, ¿qué dice?

—Borges, Jorge Luis, escritor, argentino nacido en tal fecha, ha publicado tales libros...

—Pero ¡qué raro!—me dice—usted lo conocerá.

—¿Yo?—le dije—No, no nos hemos encontrado pero me han hablado de él, que tiene mi mismo nombre.

—¡Qué casualidad!—me dice—dos nombres y el apellido iguales.

—Yo le dije: sí, pero esa casualidad se ha dado

Luego comprendí que él pensaba que una persona que figura en una enciclopedia tiene que ser una persona así completamente ajena a la gente que el trataba y que no podía ser el auxiliar primero que él veía todos los días. Enton-

ces no le dije nada; supongo que ahora ya se habrá enterado,—porque ahora ya me han dado premios y todo eso—de que yo soy ese mismo Jorge Luis Borges de la Enciclopedia.

CeDInCI

Freddy Téllez

Lezama Lima o el juego de la escritura

Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo (5.6).

Aquello que se deja describir puede también ocurrir... (6.362.)

Ludwig WITTGENSTEIN,

Tractatus logico-philosophicus.

Que la literatura de nuestros días sea fascinada por el ser del lenguaje, no es ni el signo de un fin ni la prueba de una radicalización: es un fenómeno que enraza su necesidad en una vasta configuración donde se dibuja todo el esqueleto de nuestro pensamiento y de nuestro saber.

Michel FOUCAULT,

Les Mots et les Choses.

1. Paradiso y lo barroco.

Son conocidos los argumentos de la crítica que adjudica a la producción de Lezama Lima el calificativo de barroco. Por un lado, y esto parece ser referencia obligatoria al emplear el término, se lo coloca en base al manido concepto de tradición, junto a la figura de Góngora, modelo del barroquismo en las letras; por otro, se argumenta con facilidad de recursos, sobre las características arquitecturales de la obra. Es posible (y cierto, inclusive) que la obra de Lezama Lima sea barroca, que el juego explosivo de su lenguaje denote (y todo *Paradiso* es una muestra) las amplias posibilidades de significación de sus palabras, que su arquitectura recalque la monumentalidad y la proliferación, sin caer en la redundancia estéril (¿ luego no se lo ha llamado barroco *esencial*? (1)); como es posible y cierto que Lezama Lima continúe (y algo más) la tradición gongoriana y muchas otras (¿ cuál es el escritor que como tal no deba recurrir a un material literario dado, que lo rebasa y lo *sitúa*?). Es fácil ver que *Paradiso* no pasa de ser, bajo el ejercicio de una tal crítica, el objeto ambiguo de una clasificación, consecuencia primera de toda enumeración ya sea brillante y erudita. La obra es tomada así como un producto acabado, espacio homogéneo en donde reina la subjetividad del creador y sus leyes. Lo demás pertenece al orden del consumo, que como tal, excluye de su dominio las rigurosidades de la producción.

Y si se ha podido cuestionar misteriosamente la existencia novelesca de *Paradiso*, es en base a la sanción que expresa en última instancia las leyes del mercado (todo producto « malo » es rechazado). Es natural que para aquellos, que asombrados ante el fluir de la diversidad aplastante del lenguaje lezamiano, de sus saltos y sinuosidades sorprendivas (2), tenga algún sentido cuestionar lo incuestionable. Creemos más útil para una finalidad crítica, demostrar el porqué de aquellos elementos que dentro de la obra no cabrían en una concepción determinada (a priori) de la novela, antes que tratar de forzarla con definiciones y esquemas. Es el lenguaje en su acto de escritura y no el cumplimiento de reglas determinadas (desconocidas por otro lado) sobre cómo hacer una novela o cómo crear un personaje, lo que hace que en *Paradiso* precisamente esas reglas y esos personajes estén subordinados a los imperativos de esa materia en ebullición que forma e informa el libro. Solamente así podemos entender que José Cemí no sea el protagonista que debiera ser (M. Trajtenberg, MARCHA, 1434, 1969), o que le falte la trama « que de coherencia narrativa a la vertiginosa multiplicidad de su contenido » (J. Cortázar, *La vuelta al día en ochenta mundos*). De lo que se trata no es de acomodar dentro de criterios comunes (la noción de barroco es por excelencia el « passe-partout » de la crítica (3)) las complejidades de la obra, haciendo de éstas una suma muerta de características *dadas*, y de la obra, el lugar cerrado de su ejercicio. Es decir, de lo que se trata es como dice el mismo Cortázar, de entender que « lo esencial del libro no depende para nada de que sea o no sea una novela. »

2. El libro y su estructura.

El gran y podríamos decir único protagonista de *Paradiso* es el lenguaje y sus posibilidades, y por tales posibilidades habría que entender la obra en cuanto tal. Es como si en ella todas las funciones que conforman la existencia de un personaje, estuvieran representadas por el juego incesante de su lenguaje y que aquello que podríamos llamar su gramática, o sea, el principio de su coherencia y movimiento, fuera el fin y el comienzo de la totalidad del libro. Algo así como:

gramática—personajes—trama—gramática.

Es lo que nos permite comprender el trabajo que desempeña la escritura como espacio y desarrollo narrativo de *Paradiso* por la misma escritura en su función estructurante: « que hacia mientras trascurría el relato... »; « ... a quien vimos en capítulos anteriores, etc. » La escritura deja de ser entonces un simple medio en el proceso cerrado del consumo (el que determina el acabamiento del producto como *Obra*), para asumir en sus consecuencias (4) su propia productividad.

Esta incidencia de la escritura sobre el libro no es otra cosa que la manifestación de su propio tiempo: es el propio juego de la escritura quien determina la sucesividad de los acontecimientos fictivos. Pero esta vez, el tiempo es incorporado al espacio mismo de la escritura, y no directamente al espacio general del libro como unidad: A los diferentes personajes, diferentes nombres (yo = presente, tú = futuro, el = pasado) del *Artemio Cruz* de Fuentes, corresponde el rompimiento de la linealidad espacial del libro. Al rompimiento espacial (diversas lecturas, salto de contextos, intercalamientos) de *Rayuela* de Cortázar, corresponde la discontinuidad general del tiempo de sus diferentes lecturas. En *Paradiso* por el contrario, el tiempo no es un componente de la totalidad del libro en cuanto estructurador o desestructurador de su espacio, como en *Artemio Cruz*, sino el elemento externo de una duración (como en *Rayuela*, aunque en ésta es continua y discontinua simultáneamente, en cuanto que hay dos lecturas diferentes), que como elemento interno a la narración determina su desarrollo lineal (desde ese punto de vista *Paradiso* no es más que el « recuento » de la vida de José Cemí) y que como elemento externo al libro determina su estructuración. Desde ese punto de vista *Paradiso* no es más que el mal recuento de la vida de José Cemí subrayado por la crítica.

La estructuración de este tiempo escritural (5) se ejerce en el espacio interno a su productividad: la ficción; determinando por un lado, el desarrollo (linealidad) del contenido fictivo y por el otro, las contingencias de cada uno de sus elementos—los que forman en su diversidad la arquitectura de la obra. Es su poeticidad la que en última instancia resulta de esa imbricación entre tiempo y ficción, si por poeticidad entendemos el ejercicio en el plano del lenguaje de aquellos elementos (imágenes, metáforas,

paralelismos, distorsiones) que de una u otra forma conforman el campo de la llamada literatura. Es perceptible que aquí, el tiempo escritural se ejerce no ya en el dominio de su espacio productivo, es decir, como *praxis*, que por su estatuto se opone al proceso jerárquico del consumo de la palabra—bajo la sanción del *logos* de nuestra cultura—sino en aquello que pudimos llamar la gramática (6) de su lenguaje (ver esquema). En otros términos: si por un lado la escritura como *praxis* se muestra explícitamente en su juego temporal (suspendiendo y continuando la ficción) por otro, esa misma escritura se reduce al nivel de lo fictivo, determinando su movimiento. La ficción es ahora en su manifestación temporal el hilo conductor del espacio de la escritura (7)—ver esquema. Valoración de lo fictivo que en los marcos de una escritura establece su maquinaria poética, donde metáfora e imagen son los elementos de un trabajo.

« Yo creo que la maravilla del poeta es que llega a crear un cuerpo, una sustancia resistente enclavada entre una metáfora, que avanza creando infinitas conexiones, y una imagen final que asegura la pervivencia de esa sustancia, de esa *poiesis*. » (Cf. *Orbita de Lezama Lima*, ed. UNION, La Habana, 166, p. 31.)

Bajo las ambigüedades de la formulación, el « procedimiento » (V. Chklovski) poético, como el de los formalistas rusos, no da lugar a la hipótesis de la inspiración. El poeta como criatura (creador) que cumple los designios maravillosos de un poder sobrenatural no tiene lugar en el « sistema poético » de Lezama.

« Mi sistema poético se desenvuelve (...) dentro de la historia de la cultura y de la imagen, no dentro de un frenesí energuménico. » (op. cit., p. 37.)

El poeta « dispone y elabora » una materia prima, dada en « la historia de la cultura y de la imagen ». « Todo el trabajo de las escuelas poéticas no es más que acumulación y revelación de nuevos procedimientos para disponer y elaborar la materia verbal, trabajo que consiste mucho más en la disposición de las imágenes que en su creación. » (V. Chklovski, *L'Art comme procédé* (1917), in *Théorie de la littérature*, Seuil, 1965, p. 78). Aquí, la « teoría de las influencias » carece de sentido. *Paradiso* puede ser « gongoriana » o « proustiana » (cf. J.R. Ribeyro, *Notas sobre Paradiso*, ECO, nov. 67) en la

medida en que su espacio es el poder de apropiación y reelaboración de una escritura general. Sobre esto volveremos.

3. La ficción y su juego.

Solamente la valoración del trabajo fictivo en el espacio del lenguaje (metáforas, imágenes, etc.), es lo que nos permite concebir la productividad total del libro como escritura (praxis) (8). Es lo que en su complejidad podemos seguir a través del capítulo XII, montaje fictivo de cuatro textos independientes entre sí. El capítulo se deja analizar pues, en un número par de constituyentes; por un lado, cuatro textos sin (aparente) relación que llenan el espacio material del capítulo, por otro, cuatro espacios (intervalos) que entre sí distribuyen el contenido y determinan su estructura y su relación:

- | | | | | | | |
|------|---|---|---|---|----|-------------------------|
| I. | 1 | 2 | 3 | 4 | 1. | Un capitán de legiones. |
| II. | 1 | 2 | 3 | 4 | 2. | Un niño. |
| III. | 1 | 2 | 3 | 4 | 3. | Un paseante. |
| IV. | 1 | 2 | 3 | 4 | 4. | Un crítico musical. |

El capítulo se cierra con un pequeño texto que de manera más evidente se aísla de los restantes. En él se relata las incidencias de un juego de tabas que dos centuriones realizan «sobre las ruinas de una academia de filósofos paganos». Hasta aquí el orden de la taxonomía agota en su crudeza la ordenada evidencia del texto. Cada elemento se da a la simétrica racionalidad de su descripción. Más allá, en el nivel de la ficción, solamente el juego de su maquinaria permite el acceso a su realidad, donde cada elemento se sitúa bajo la luz de su relación:

El elemento 3 desempeña la función de enlace entre las diversas ficciones (que llamaremos I), a nivel tanto de su carácter fictivo propio (un hombre enfrentado a la «irrealidad» de sus sueños y visiones) como de su situación como personaje (el paseante que recorre simbólica y realmente los textos entre sí). El niño posee su necesidad fictiva en cuanto sostén físico del tiempo simbólico de la gran imagen que se construye (ficción II). Es el comienzo biológico de

una vida enfrentada a la decadencia de la misma, simbolizada por el viejo crítico musical. La sustitución del cuerpo del anciano por la figura del niño, ante la mirada asombrada del paseante, cumple simbólica y realmente los designios de la ficción (II). El capitán de legiones tendría a su vez dos relaciones, la primera como personaje prehistórico al acaecer real de la narración fictiva; la segunda se situaría en la mitología propia a su configuración histórica («intérprete inspirado de los dictados de la pitia»), que lo conectaría con la simbólica de la ficción (II). Su muerte permitirá situarlo en la ficción (II), cuando la esposa del crítico musical lo ve usurpando el lugar mortuario de su marido. La primera relación fictiva del capitán de legiones permite por otro lado, situar el pequeño texto conclusivo de los dos centuriones en una especie de secreta relación (prólogo/epílogo). En él se recrearía como en un espejo, la simetría de los elementos de la ficción (II) con la simétrica casualidad (?) del juego de dados y de la matemática arquitectura de las ruinas:

«El cuatro aportado por los dos dados, uno al lado del otro, como si las dos superficies hubiesen unido sus aguas. Quedó el cuatro debajo de la cúpula en ruinas, al centro de la nave mayor a igual distancia de las dos naves colaterales.» (p. 538)

Es de anotar que el carácter hipotético de esta conclusión (de allí el condicional de nuestro lenguaje) corresponde a las posibilidades propias del juego fictivo, en donde la combinación de sus elementos se da al cálculo de sus probabilidades (9). ¿De qué otra manera se descubriría, por ejemplo, la relación que en la ficción del capítulo, juega la simbólica de los números pares? (pares los componentes del capítulo, pares los números de la taba, par la edad del crítico musical etc.) y que incidirían simultáneamente en un intento de abolición del tiempo a través de la circularidad del espacio (las transformaciones de lo mismo en otro—anciano/niño—la interrelación causa/efecto etc.). Adentrarnos en la maquinaria fictiva de una praxis que se quiere literaria, es descubrir «otra escena» (Freud) a la nuestra, y por ahí, irreductible a nuestra lógica—pero «cercana» a ella en cuanto que es su modo de acceso en el orden del lenguaje. Es ese funcionamiento simbólico de la literatura que exige hoy no el rechazo de

una cultura que ve allí lo *anormal* o, lo que es lo mismo, la reclusión (ignorancia) dentro de las nociones vacías (lo mágico, lo fantástico etc.) de la crítica en su simulacro de científicidad. La ficción es por definición el campo de lo *posible* porque es *al mismo tiempo* el dominio de lo *imposible*. Aquí las astucias de una razón (hegeliana-aristotélica) descubre sus filiaciones inconscientes en la lógica bivalente de nuestro lenguaje. Y las dualidades de una dialéctica se hacen dialéctica (lenguaje) de las dualidades, para demostrar sus *límites* y aseverar *su* razón. Que el poeta haga recurso a la biblioteca de la cultura occidental en su diversidad y movimiento es aquí el acto de significación de esos mismos límites. Los nombres (Hegel, Aristóteles, Pascal, San Agustín, Heidegger) pierden su capacidad de *nombrar* para adquirir su función de *significantes*. El *potens* de los etruscos, la *terateia* griega, la *ocupatio* de los estoicos, el signo invertido de Heidegger más la tradición católica, no son sino los sedimentos de una escritura en proceso de transformación. La ficción se quiere total y subversiva. En ella los dualismos propios al lenguaje, ya sea el de las lenguas naturales o el de la lógica matemática fundada sobre aquel (10), se insertan en una nueva dimensión. El poeta la denomina poesía. Bajo el título *Poesía, poema y poeta*, encontramos el «razonamiento»:

«Eliminación de todo dualismo, de la causalidad, de las diecisiete categorías kantianas y de lo condicionado kantiano.» (J. Lezama Lima, *Sobre poesía*, Casa de las Américas, 47, 1968, p. 107).

Nueva dimensión que subvierte integrándolas a su movimiento (lógica), no sólo las antinomias de un lenguaje sino los sedimentos (nombres, temas, citas) de su superficie. La poesía es así escritura, trabajo, transformación, «producción *significante*» dice la teoría.

«El *potens* aparece entre los etruscos, el sí es posible. A esto *se añade* el latino Hoc age, házlo. El *potens* por la imagen hace posible la *sobrenaturalidad*, el virgo *potens*.» (Ibid., p. 107; los dos últimos subrayados son nuestros.)

El «sí es posible» de los etruscos *más* el trabajo del poeta, igual ficción («sobrenaturalidad»). Bajo la cruda apariencia de la adición la escritura transforma textos. La ficción es el «producto» que la trabaja, y así, de producto a pro-

ductora la ficción «asiste al nacimiento de «su» escritura (y) plantea la ficción de su propio nacimiento». (J.-Louis Baudry.)

Dos cosas resultan ahora claras: la primera es el gesto normativo del rechazo de una crítica. La ficción puede ser denominada *anormal* puesto que la referencia obligatoria que se le impone, en un intento «inocente» de *racionalización* analítica, es precisamente la *ratio* por excelencia de nuestro lenguaje. «Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo (y) lo que está más allá de (sus) límites es simplemente un absurdo (Unsinne).» Que sea precisamente el discurso lógico de Wittgenstein quien «reafirma», en un acto *limite* sintomáticamente ignorado, la *última ratio* de una cultura, adopta aquí posiblemente su «verdadera» significación. El poeta la descubre esta vez bajo el discurso filosófico de nuestra cultura. Ella constituye, dice Lezama, la «contracifra del poeta como unidad expresiva»:

«Mi sistema poético se desenvuelve, como es lógico pensar, dentro de la historia de la cultura y de la imagen, no dentro de un frenesí energuménico. Así *inscribo* (sub. nuestro) en su umbral una serie de sentencias de muy profunda resonancia. La primera es de San Pablo, y dice: *Charitas omnia credit*. La caridad todo lo cree. A su lado, coloco una de Juan Bautista Vico: *Lo imposible creíble*.» (*Orbita de Lezama Lima*, ed. UNION, La Habana, 1966, p. 37.)

El mismo gesto que sanciona la ficción como *anormal* (imposible) es el que condena a la ignorancia el pensamiento *limite* de Ludwig Wittgenstein, o rechaza por «hermético» el lenguaje del poeta. Más allá o más acá de ese gesto racional, en la otra escena que inaugura la inscripción del poeta, se indica «el encanto exótico de otro pensamiento» (Foucault).

La segunda, y/o anverso de la anterior, es inmanente a la propia ficción, y por ahí, a la escritura como praxis *significante*. Cuando se acepta el texto como producto se lo desconoce como trabajo. Pero no como la simple actividad que se repartiría entre los términos de una inspiración: autor-creación-obra, sino como el proceso complejo de transformación de un *espacio inter-textual* (cf. supra). Espacio (transformativo) en cuanto *puesta en escena* (11) de unidades (textos) *significantes* sometidos al trabajo inscriptivo de la escritura. El corte que hicimos sobre el capítulo XII no deja dudas

sobre el agenciamiento espacial, simétrico, riguroso, de una escritura en su trabajo. *Paradiso* exige el estudio de su funcionamiento en términos no de « descubrimiento de verdades » que se agregarían al libro como obra cerrada, delicias de una crítica reinante, ni en los términos de una cierta rigurosidad, que al quedarse en la descripción de un espacio, desconoce su trabajo (ficción). El capítulo podría ser tratado de dos maneras esencialmente diferentes. La primera —que es también una forma de lectura permitida por el mismo capítulo—, inferiría de la suma vertical de los textos (1 + 1 + 1 + 1; 2 + 2... etc.) más que su estructura, la yuxtaposición de sus elementos. De tal forma el capítulo no sería sino un collage semi-arbitrario (como todo collage) de ficciones. Lo que sería quedarse al nivel de la descripción. La segunda, para encontrar realmente su relación interna, debe situarse al nivel de la ficción y conocer la producción de su gramática (12). De tal manera el capítulo es un montaje que produce su propia necesidad.

4. La existencia práctica de la llamada literatura latinoamericana marca con su irrupción, el estatuto de un saber que aunque análisis positivo de un espacio de escrituras « dispersas » (historia de escrituras textuales y no yuxtaposición de « obras ») posibilite franquear los límites ambiguos de la crítica para elaborar en su complejidad la teoría no ya de la literatura sino de la praxis significante a la obra en ella. Pues si el « arte » en general adopta en los marcos restrictivos de nuestra cultura, el privilegio ambiguo de lo fictivo, la reflexión segunda de la crítica no escapa totalmente a la gratuidad de dicha caracterización. Su racionalidad propia, aquella que por definición marca su surgimiento como crítica, está determinada por las contingencias del Verbo como palabra y sanción. La crítica de arte es en nuestra cultura, la *sanción* de lo fictivo para la constitución tranquilizante del Museo. No es extraño que su discurso sea el ejercicio de la Retórica. De lo que se trata es de conservar el Orden, en la « platitude » de la belleza. Se comprende entonces, el recurso apremiante a una realidad (la del orden económico y social), que en un mismo acto defensivo, excluya por irreal su propia ficción. Se comprende también, el estatuto de la Literatura como dominio de las Bellas Letras y extensión supletoria de la Realidad. Su constitución en

el orden de la burguesía, marca en un acto que perdura, nuestro acceso a su propia realidad, que es en juego a determinar, la realidad de nuestra propia ficción. La escritura fictiva es esa práctica « que puede atravesar el espesor de los registros » sociales pasando por la producción de lo falso de la ficción para denotar doblemente lo « verdadero ». Por eso el « mérito » mayor de la literatura es indicar en su lenguaje doble (1), la existencia cruzada de los diversos montajes que nos soporten (y que soportamos) y (2) la urgencia y la dificultad de su conocimiento (de su destrucción). Pues—y parafraseando a Foucault—si se piensa que la ficción es a la vez el desorden, la peligrosa alteridad de nuestra cultura, pero también un fenómeno que tiene sus regularidades, sus leyes y sus tipos,—percibimos el lugar que podría ocupar una teoría de su producción. Por último, si se ha podido decir que la nueva literatura latinoamericana crea las condiciones de posibilidad de un nuevo tipo de acceso a su material, con ella cambia también nuestro acceso a su realidad. « Cambiar los montajes de la sociedad pasa por la exploración de todos los niveles y por la experiencia de todas las demoliciones. Y sobre todo por la ficción misma por el peligro y la virulencia de la invención. » (J.-Pierre Faye.)

(1) Severo Sarduy, *Las estructuras de la narración*, in *Mundo Nuevo*, 2, 1966, p. 24.

(2) Es comprensible que Julio Cortázar, ese maestro en construcción y destrucción de libros, critique aquellas partes de *Paradiso* en donde se deja ver la poca importancia que Lezama le concede a la impecable estructuración del libro. Sería falso hablar de una falta de estructuración novelesca en *Paradiso*, a todas vistas impensable si se tiene en cuenta que toda unidad (fictiva o no) implica por definición una relación necesaria de sus elementos. Lo que se halla en juego en última instancia es la diversa concepción del trabajo escritural en ambos escritores. Sobre esto volveremos.

(3) René Wellek, *Grundbegriffe der Literaturkritik*, Kohlhammer, 1965, p. 57-94.

(4) Que la lectura « cortaziana » de *Paradiso* haya podido denominar « cursi » tal proyecto, nos muestra en que medida el lector vive inconcientemente los códigos de su lenguaje. Hecho doblemente corroborado en este caso, en el gesto impositivo de una literatura, que al plantearse la perfección de la novela en su acabamiento retórico como producto, retoma inconcientemente el signo que lo posibilita : la concepción cultural del libro « como fenómeno (relato) o literatura (discurso) » (Kristeva). Una tarea por realizar al nivel de la « literatura latinoamericana », debe traer a luz el trabajo, a ratos silencioso e « incomprendido », latente en las « obras » particulares de una escritura plural. Es de prever desde ya, el lugar a desempeñar por los textos de *ruptura* de un Cortázar.

(5) Tomamos el concepto de : Julia Kristeva, *Le texte clos*, in *Langages*, 12, 1968, p. 121.

(6) « ... the speaker makes infinite use of finite means. His grammar must, then, contain a finite system of rules that generates infinitely many deep and surface structures, appropriately related. » N. Chomsky, *Language and Mind*, Harcourt, Brace and World, 1968, p. 15.

Si bien la lingüística actual (gramática generativa) se « presta » más a los propósitos investigativos de la literatura (en oposición a la lingüística taxonómica), creemos que de todas maneras el campo general de la lingüística se ha mostrado « inadecuado » para el tratamiento científico de los problemas específicos de la literatura (cf. R. Barthes, *Linguistique et littérature*, in *Langages*, 12, 1968). Por lo que respecta a la utilización de los conceptos de la lingüística en contextos ajenos a los que fueron definidos científicamente, remitimos al libro de Michel Foucault, *Les Mots et les Choses*, Gallimard, 1966, y al libro de J. Derrida, *De la Grammatologie*, ed. Minuit, 1967.

(7) Es lo que a otro nivel se expresa en el privilegio de la palabra (del Logos), sobre la instancia de la escritura (su praxis). Cf. J. Kristeva, art. cit., p. 125.

(8) Es de comprender que el *gesto* (lo que se muestra en su dificultad como los trazos dispersos de un trabajo en la evidencia de los conceptos : quien podría negar por ejemplo, que el libro sea escritura, o que el campo de la literatura sea el lenguaje?) de una tal empresa « crítica » sea el correlato opuesto de una

cultura que destierra de sus límites por « inexistentes » (no evidente), las contingencias de la praxis (ficción). En la evidencia del *producto* se oculta su *trabajo*. (Ph. Sollers).

(9) Se sabe que Lacan propone denominar *sciences conjecturales* a las llamadas ciencias humanas. Cf. *Écrits*, Seuil, 1966.

(10) Julia Kristeva, *Recherches pour une sémanalyse*, Seuil, 1969, pp. 246-278.

(11) Que todo espacio defina su función en base al trabajo que necesariamente pone en juego, es algo cuya deuda se reclama del teatro : escena transformativa de un trabajo puesto en juego y del juego de ese trabajo (re-presentación). Poder de un espacio sobre el cual los formalistas rusos llamaban ya la atención. Tynianov en un artículo de 1923 escribía dentro de unos paréntesis a desarrollar : « ... se debería tomar conciencia de las formas espaciales como formas dinámicas *sui generis*. » Cf. *La notion de construction*, op. cit. p. 117, subrayado por él.

(12) Esta sería en términos generales la situación de la llamada crítica literaria en su relación con la lingüística. Por un lado el privilegio de la descripción taxonómica (phono-logia estructuralista) como medio de acceso al orden de la literatura (phono, logos) ; por otro, la valoración de un espacio transformativo (gramática generativa) como el trabajo de una escritura (grama) lo que no niega la taxonomía sino que la desplaza.

CeDInCI

Estudios

Pompeyo Márquez

Del dogmatismo
al marxismo crítico

Carlos Delgado

Significado político y social
del proceso revolucionario peruano

**Discusión con
Héctor Béjar**

por Heinz Rudolf Sonntag

Manuel Maldonado Denis

Puerto Rico : Sociedad
colonial en el Caribe

Pompeyo Márquez

Del dogmatismo al marxismo crítico

Pompeyo Márquez, dirigente revolucionario venezolano, inició su experiencia carcelaria y política a los quince años, en un campo de concentración, junto a la desembocadura del Meta en el Orinoco. Repartidor de farmacia, empleado de comercio, mecanógrafo, ayudante de contabilidad, secretario de oficina en el Hospital de la New Goldfield en el Perú, oficinista en una empresa de ladrillos refractarios, su actividad política estuvo ligada durante cuarenta años al Partido Comunista de Venezuela. Miembro del Comité Central y del Buró Político, fundador del periódico «Tribuna Popular» y delegado ante el 20 y 21 Congresos del P.C.U.S., su admirable capacidad organizativa fue puesta a prueba en la Secretaría del P.C.V. durante nueve años de clandestinidad frente a la dictadura perezjimenista. Hoy en día ocupa el cargo de Secretario General en el M.A.S. (Movimiento al Socialismo). Libre, en atención a su relevante trabajo político e ideológico, le pidió que narrara sus experiencias en torno a la iniciación revolucionaria, la concepción absolutista del partido, el trasplante esquemático y el mecanicismo histórico, su visión sobre el stalinismo, el impacto del XX Congreso, los debates dentro del P.C.V., la voluntad de lucha y la vía venezolana al socialismo. Todo ello por considerarlo de un excepcional interés polémico y de singular proyección para la América Latina. He aquí su relato.

Ingresé al movimiento revolucionario a la edad de quince años, en 1937, y al movimiento comunista en 1939. Estaban en pleno apogeo las repercusiones de la acción militar soviética sobre las fronteras finlandesas y era asunto de mucha resonancia las consecuencias del pacto concluido entre Alemania y la U.R.S.S. La idea que teníamos del internacionalismo proletario se centraba en la solidaridad con «la construcción del socialismo en un solo país» y estaba presidida por la necesidad de la lucha antifascista a cuya cabeza se colocó la primera y única potencia socialista existente para aquel entonces.

Casi la totalidad de lo que tomábamos como tesis básicas del marxismo-leninismo se remitía a la experiencia soviética y, entre ellas, en forma destacada, las relacionadas con la dictadura del proletariado. (Sin referirnos a la década del 20, cuando la tendencia al trasplante era expresar esa dictadura en la forma de soviets obreros,

campesinos y soldados.) En este periodo, el énfasis sobre la dictadura del proletariado era de tal naturaleza que toda la visión leninista sobre la democracia socialista era colocada en lugar subalterno. Si tal situación tenía un marco histórico que singularizaba la experiencia soviética, la hacía necesaria en determinadas circunstancias y períodos de la U.R.S.S., a estas alturas resulta evidente que no podía ser transformada en principio universal para quienes en el mundo combatían por el socialismo.

Después de los años 30, el concepto de «democracia socialista» se asoció cómodamente a la «Constitución staliniana», pero la opción de la democracia socialista como forma de superación histórica de la democracia burguesa no tenía ningún desarrollo en esos años ni los tuvo tampoco en los subsiguientes.

El concepto de Partido.

En lo referente al tipo de partido, regía una concepción ultracentralista, de la «disciplina de hierro», del comunista «hombre de temple especial» y una serie de frases hechas que si bien alcanzaron en determinados momentos jerarquía moral en la realización de una tarea heroica, también es cierto que sirvieron para falsear la relación entre revolucionarios y el «resto de los mortales» y para adulterar la visión leninista del instrumento revolucionario. Así, se cultivaba en relación al partido una visión mítica de la realidad, desconociendo todo lo que es condicionamiento histórico y por lo tanto se abonaba el terreno para las verdades eternas «marxistas-leninistas-stalinistas». El centralismo democrático deviene en un concepto formal. Se trataba de un *Qué hacer* y de *Un paso adelante, dos pasos atrás* en una versión acomodaticia y sacralizada, que desconocía la dialéctica vivaz al ritmo de las situaciones con que Lenin abordó estos problemas.

La idea de la hegemonía del partido como «Estado Mayor» de la revolución pretendía hacernos creer en una especie de poder especial para manejar los hilos del acontecer social. Nos convertía en algo así como grandes responsables de todo cuanto sucedía para bien—especialmente en este caso—o para mal, del movimiento popular. Recuerdo como nos atribuíamos victorias en las cuales no teníamos arte ni parte e igualmente tremendas autocríticas ante derro-

tas de envergadura en las cuales nuestra culpa no podía ubicarse dentro de las principales causas del fracaso. El mito de este tipo de « Estado Mayor » obliga a eso. Esto ha llevado a que otros juzguen a los P.C. con el mismo lente, sobre todo en los fracasos. Esta idea de la hegemonía llega a grados ridículos al ser tomada como distintiva de organizaciones minúsculas, sin ningún peso específico en su respectiva sociedad. En nombre de este « principio » se conducen como dueños de toda la clase obrera y depositarios de una hegemonía consustancial al mero nombre de partido comunista, a lo cual suman la pretensión de no compartir con nadie tales imaginarias funciones de « vanguardia ».

Lo que en el marxismo se le asigna a la clase obrera (como capacitada para dirigir el derrocamiento del viejo orden y la construcción de la nueva sociedad) es confinado, por obra y gracia de esta dogmatización grotesca, a un solo partido. Y por allí se abre paso la noción de « partido único » como sinónimo de Estado socialista, aunque existiesen otras experiencias en las cuales otros partidos obreros y populares han desempeñado papel destacado y predominante.

Definición del país.

Otra formulación mal comprendida, y todavía hoy fuente de confusión, es la referente a los dos tipos de revolución : la democrático-burguesa y la socialista. Se repetían irreflexivamente consignas como : « Por la democracia hoy, por el socialismo mañana » y, parodiando a Lenin, se decía que « Venezuela sufría más por falta de capitalismo que por exceso de él ». Dentro de tales moldes estereotipados, el porvenir socialista se convertía, y se convierte, en algo muy lejano para nuestro país y, por tanto, es fácil que el comunista se transforme en un propagandista de las excelencias de la U.R.S.S. En la prensa de la época—y para colmo en muchas publicaciones de hoy de los P.C.—este recurso ocupa lugar preferente.

El concepto de los stadios de desarrollo recorridos por algunas sociedades desde el comunismo primitivo hasta el capitalismo, se trató de aplicar por la fuerza, porque sí, a sociedades como la venezolana, donde el proceso de formación de nuestra nacionalidad es tan complicado y sufre tantas incidencias con hechos como

la conquista por los españoles, la importación de esclavos de Africa, la población indígena, los diferentes grados de civilización, de relaciones de producción, de formas institucionales. Las propias palabras de Marx hubieran sonado como herejía, cuando al hacer referencia a los cinco estadios de desarrollo histórico, decía que esas « abstracciones » tomadas en sí mismas y consideradas fuera de la real historia, no tienen ningún sentido. Lo que Marx no quería que fuera una receta (y por algo también habló del « modo de producción asiático », en torno a lo cual se han suscitado nuevas investigaciones y polémicas) fue degradado hasta este punto. El « marxismo » se limitaba en esto a acomodar las épocas de acuerdo al esquema prefijado. Basta leer la historiografía marxista venezolana para comprobar cuanto decimos. Afortunadamente ya existe una reacción contra esa manera de interpretar la historia.

Mi generación fue educada en la versión oficial que, a través del prestigio y de los recursos de la U.R.S.S., Stalin divulgó sobre el marxismo-leninismo. Conoció en forma adulterada y unilateral los grandes debates teóricos que tuvieron lugar desde el propio nacimiento del partido bolchevique. Trotzki no pasaba de ser el cabecilla de una « banda de espías y de saboteadores antisoviéticos »; lo mismo Bujarin y otros. Rosa Luxemburgo fue una « desviada » del leninismo. A Gramsci no se le mencionaba. No « existía », y hasta la fecha no se conoce ninguna edición de « Lenguas Extranjeras »—principal fuente para la divulgación del marxismo—de sus obras. Conoció, pues, un marxismo sin debate, donde el sólo nombrar o leer a los que no estaban « benditos », significaba cometer un delito, tomar una actitud « antipartido ». No se necesita argumentar más sobre las repercusiones de este hecho en una formación teórica y cultural llena de lagunas y deformaciones, agravada ésta por las dificultades para conseguir, en una Venezuela sin libertades democráticas, textos marxistas. Yo tuve que copiar a máquina el « Imperialismo » de Lenin, la « Economía Política » de Segal, prólogo a la « Introducción a la Crítica de la Economía Política », de Marx. Esta situación solo fue parcialmente superada a partir de 1945, con nuevas restricciones entre el 52 y el 57.

Venezuela no contó con la *tradición de partido socialista*, la cual con todas sus limitaciones

dio oportunidad para divulgar el marxismo y sirvió de base para la formación de los partidos comunistas. Se trataba de un país donde no hubo experiencia de luchas obreras durante los 36 años de este siglo, donde el socialismo ni siquiera es presentado como opción teórica al aparecer el auge de masas de 1936, después de la muerte del dictador Gómez. Un país donde la función divulgadora del socialismo se veía limitada por las medidas represivas, por el bajo nivel cultural y el predominio de las más variadas tendencias y matices de los fundadores del partido : en algunos de ellos el marxismo era muy deficiente, y su revolucionarismo, como lo demostraron durante muchos años, apenas sobrepasaba los linderos del jacobinismo y de un anticlericalismo pequeño burgués a la vieja usanza. En fin, todo esto tenía que producir un movimiento popular con una débil presencia del marxismo lúcido y con una insuficiencia en la función clave de fusionar el socialismo científico con el movimiento obrero. No puede olvidarse esta situación como una de las causas que explican la debilidad de los marxistas entre la clase obrera. Esto no niega en nada méritos revolucionarios indiscutibles, ni tampoco los personales sacrificios de algunos de los pioneros del marxismo en Venezuela. Ellos, marcados por la época descrita, hacían esfuerzos por aplicar lo mejor posible aquel marxismo dogmático, el único que conocían, a la realidad venezolana. De esta aplicación, así como de las influencias e intereses internacionales, sólo se podía obtener resultados superficiales y una política de clases libresca, que tenía en la práctica consecuencias seguidistas frente a otras políticas. Vaya como ejemplo las deformaciones en la línea del « frente único antifascista », la acogida que se dió al « espíritu de Yalta » expresada en el browderismo, y también, sirva de ejemplo, las actitudes sectarias y hasta candorosas, como la consigna de « formación de soviets » y la « alianza obrero-campesina » en contraposición al frente único.

No es una recriminación a nadie en particular, sino la confrontación de una época (que para el P.C.V. se continúa después de la escisión) de pobreza teórica, de trasplantes mecánicos de fórmulas, de análisis de la formación económico-social sólo en términos económicos y las referencias a los fenómenos superestructurales, sociales, anclados en varias « sentencias »

marxistas sobre las clases y el Estado. Ello no implica negar algunos aportes realizados en el estudio de la estructura económica a nivel de las fuerzas productivas, o en el aspecto político, a nivel de las consecuencias neocoloniales que la penetración imperialista ha tenido en nuestro país.

¿ Tiempo perdido ?

Alguien podría preguntarse si considero perdido este tiempo de mi vida. Es evidente que tengo que estar insatisfecho de todas las limitaciones relatadas, pero también es evidente que para un revolucionario existe un resultado altamente apreciable : afirmar y desarrollar ininterrumpidamente una voluntad de lucha. Considero un tesoro inapreciable la experiencia acumulada a lo largo de estas décadas. Ella me permite, al analizarla críticamente,—creo, con mayor propiedad—observar los desniveles entre la aplicación dogmática del marxismo y la realidad. Es esta misma experiencia vivida la que me lleva a la búsqueda permanente de maneras de enfrentar las nuevas realidades, de encontrar causas más profundas de los fracasos, de comprender la necesidad de una reelaboración global, y no de parches, a todo el mensaje que los marxistas veníamos presentando a nuestro pueblo. Si se quiere, se puede decir que hoy me siento más ortodoxamente marxista, al querer colocar en correspondencia las fuentes teóricas, el método con toda su vivacidad, con la conducta revolucionaria. Restituir los nexos entre la teoría y la práctica y luchar de este modo para devolverle al marxismo, en política, su carácter científico. Si algo puedo decir de mi experiencia vivida es que el gran ignorado en el Partido Comunista de Venezuela fue Carlos Marx.

El XX congreso.

Muchas veces era tocado por la inquietud que lleva a preguntarse por la suerte del marxismo y veía alborozado cualquier indicio de vitalidad creadora. Por ejemplo, recuerdo la significación del XX Congreso del P.C.U.S. Asistí a él después de seis años de clandestinidad y regresé al país para volver a ella. Pero no tuve la oportunidad de escuchar lo que se ha llamado el « Informe Secreto de Jruschov ». El día que dicho material iba a ser leído los delegados extranjeros—inclui-

das figuras como Thorez y Togliatti—fueron notificados que había un «receso en las deliberaciones». Sólo pude enterarme del contenido del informe tres meses más tarde, cuando después de haber estado en China, volví a la Unión Soviética. El XX Congreso no solamente rescita a muchos muertos y rehabilita procesos revolucionarios antes descalificados, sino que reaccionando contra descomunales deformaciones del socialismo, descorre el velo de la necesidad de un gran debate y de una reelaboración de conocidas tesis del marxismo-leninismo. La discusión subyacente y la que se realizaba mediante variados cauces, toman nuevos bríos. Era posible esperar resultados mucho más profundos y positivos de los que hasta ahora ha tenido, pero el estímulo inicial no tardó en ser obstruido y hoy es más fácil explicarse por qué el análisis del Congreso sobre el stalinismo era sustancialmente limitado. Pienso que allí se reveló apenas una parte de la tentativa de Jruschov, sometida a tensiones contradictorias y dispuesta sobre una estrategia gradual que no pudo desarrollarse.

El universo marxista se ha conmovido debido a necesidades internas del instrumental teórico y a las presiones objetivas de la época. Ambas cosas, desde luego, íntimamente vinculadas. Pensemos en la agria discusión chino-soviética, en las posiciones de los P.C. de España, Italia y Rumania, en la distintiva presencia yugoslava, en la revolución cubana, en la resistencia vietnamita. Pensemos también en los sucesos de Hungría, en las crisis polacas y el reclamo de un perfeccionamiento del socialismo, en la intervención sobre Checoslovaquia. Tengamos presente a Chile y la singular dinámica de los fenómenos anti-imperialistas en algunos países de América Latina. No es posible comportarnos como marxistas «satisfechos».

El propio imperialismo vive una nueva fase, la del capitalismo monopolista de Estado. El centro único del imperialismo, el «gendarme mundial» de las fuerzas reaccionarias, también se rompe y hoy Estados Unidos, entre sus dificultades militares, económicas (monetarias, entre ellas), diplomáticas, y la aparición de movimientos críticos a los más diversos niveles en su propio territorio, se ve constreñido a tomar más en cuenta a sus «socios imperialistas» de la comunidad europea, de Alemania Occidental y del Japón.

EL MAS.

Todo esto es ampliamente conocido. No creo estar aportando nada nuevo al respecto. Pero es imprescindible señalarlo como marco de referencia a lo que sucedió en el movimiento comunista venezolano, al debate interno planteado, a la aparición del *Movimiento al socialismo* (M.A.S.), en un momento importantísimo desde el punto de vista internacional—cuando la onda renovadora crece en todo el mundo y tiene reflejo en nosotros y desde el punto de vista nacional—cuando el fracaso de un mensaje estereotipado, de un lenguaje de trasplantes y de fórmulas hechas, de métodos de trabajo con las masas y de vida interna, habían hecho crisis después de 10 largos años de duros combates armados y no armados, y de una derrota político-militar que obligaba no a la ritual autocritica sino a un verdadero replanteamiento de toda la perspectiva revolucionaria venezolana, replanteamiento que tenía que comenzar por reconocer las insuficiencias y limitaciones del propio P.C. y de su dirección.

En el curso de este intenso debate fuí desarrollando muchos de mis puntos de vista y rectificando otros. Me encuentro en capacidad de recordar todo un largo camino recorrido y de reestudiar a la luz de las nuevas realidades históricas tesis básicas del marxismo-leninismo. Confieso que esos desarrollos tenían puntos de partida en muchos de mis trabajos, en particular los de los últimos 10 años. Y al releerlos puedo ser crítico conmigo mismo y proyectar lo que puedo considerar mi aporte a la elaboración colectiva de las tesis programáticas, la política y la búsqueda de las formas organizativas que debe adquirir en nuestro tiempo un instrumento revolucionario al servicio de la transformación socialista de la sociedad venezolana.

Un año de intensa actividad después de la escisión del P.C.V., ha reforzado mi convicción que dentro de los moldes dogmáticos y la subordinación internacional es imposible tener éxito. Además, mantenerse con los viejos esquemas de la «unidad popular» o de la «unidad obrera» —por ejemplo—es continuar a la cola de los partidos reformistas y populistas y hasta de la gran burguesía. Hoy tratamos de elevar el análisis de la realidad nacional liberándonos del solo enfoque económico y de los comodines

sobre la superestructura como si fuera el techo de un edificio que sólo sirve para acusar los temblores en el piso. Intentamos penetrar en los cambios que se han operado en todo el cuerpo social y descubrir las tendencias de fondo que anuncian el final de una fase histórica, el agotamiento del capitalismo dependiente, y el comienzo de un viraje para la historia de la sociedad venezolana. Ya no consideramos la penetración imperialista de un modo que coloca en segundo plano, muy en el fondo, las clases concretas que dominan el Estado y las formaciones políticas que detentan el gobierno. Subrayamos la lucha contra ellas y la necesidad de reedificar la sociedad sobre nuevas bases, lo cual no niega los momentos que debe atravesar la marcha hacia el socialismo.

A fin de precisar la modalidad venezolana es necesario reelaborar el papel de los factores culturales como agentes de cambio, la significación de profesionales, científicos, técnicos, artistas, el rol de los estudiantes, de la juventud. Debo decir que la realidad nos ha dado en las narices a este respecto. También debe replantearse el papel de la clase obrera, comprender sus nuevas capas y el fenómeno de sus capas atrasadas. Se trata de reconocer su papel como clase en general y sus particularidades dentro del proceso productivo vivido bajo la égida del neocolonialismo norteamericano y de la burguesía asociada. Quien de verdad crea en el rol obrero no debe mitificar el concepto sino proponerse el rescate de la clase, lo que resulta inseparable de una conducta política audazmente socialista. Para nosotros han quedado atrás los tiempos del fantasmal «interés de la nación».

En fin, buscamos aparecer ante el país como una fuerza que no quiere remendar al sistema, sino sustituirlo por algo nuevo, distinto, por el socialismo. Remachar esta opción emancipadora y socialista, presentarla con su propio perfil, decirle a las grandes masas populares después del fracaso de fórmulas dictatoriales abiertas, de fórmulas dictatoriales «democrático-representativas», de fórmulas reformistas y politiqueras, que hay algo nuevo, realmente distinto, que es la opción que encarnan los marxistas. Y que hoy proyectar esa imagen, ese diseño de una nueva sociedad, de una nueva Venezuela, interpretar los sentimientos de la Venezuela emergente, de la Venezuela insatisfecha, im-

pone pasar por lo que algunos llaman «aislamiento» analizando y practicando estos la política a través de las siglas tradicionales, de las formaciones políticas existentes, no tomando ni siquiera en consideración tanto el descrédito de esas formaciones políticas en importantes capas sociales como el hecho de que amplias masas no se encuentran hoy ni encarnadas ni encuadradas dentro de dichas formaciones.

Debo decir que todas estas ideas no estaban totalmente claras en nosotros—y enfatizo lo que a mi corresponde—al iniciarse el debate en el seno del partido comunista, ni al siguiente día de la escisión.

Estábamos convencidos que no podíamos obedecer la «orden» que algunos dirigentes del P.C.V., incondicionales del P.C.U.S., veían a través de un artículo de un seudonimista de «Pravda». Como estamos convencidos que no podíamos—ni podemos—descender a ningún terreno antisoviético, entendido éste como la negación del papel de la U.R.S.S. en el escenario revolucionario mundial, y nunca como renuncia a nuestro derecho a disentir de cualquier acto o política del P.C.U.S. y de la U.R.S.S., así como de cualquier otro Estado socialista o Partido revolucionario en el poder o fuera de él.

Estábamos convencidos de que la revolución venezolana la tenemos que hacer los revolucionarios venezolanos, y que nadie más nos la va a hacer. Esta es una idea, en mí, que forma una constante de mi pensamiento. Lo escribí desde hace muchísimos años con mi nombre o con el seudónimo de Santos Yorme desde la clandestinidad perézjimenista, o con los seudónimos de Carlos Valencia y Daniel Chierrinos en la última década de lucha semi-legal, clandestina y armada, y desde la prisión del Cuartel San Carlos, antes de la fuga en febrero de 1967. Estábamos convencidos de que la inventiva y la imaginación de los revolucionarios venezolanos tiene que ir acompañada del estudio, de la investigación, de la utilización de las más diversas técnicas, del aprovechamiento de los descubrimientos y formulaciones fuera del campo marxista, de los aportes de otros pensadores e investigadores no marxistas, o que se autotitulan marxistas pero no se encuentran encuadrados dentro de los partidos comunistas, para la reelaboración de nuestro mensaje. Y con esto retomábamos el método seguido por

los clásicos del marxismo-leninismo : Que no podíamos renunciar a determinados términos porque no fueran ideados por marxistas, como no lo hiciera Marx con respecto a los economistas, filósofos y sociólogos de su época ni tampoco Lenin con la palabra imperialismo. Que la cuestión radica en la reestructuración de todos esos datos y aportes, de todos esos puntos de referencia, y la presentación de una teoría coherente, de un plan global de la lucha de clases en Venezuela y el desemboque socialista de esa lucha de clases. Estábamos convencidos que teníamos que replantear todo lo relacionado con la democracia socialista, con el pluralismo ideológico y el pluralismo partidista, con la posibilidad de funcionamiento de una oposición dentro de los márcos de un Estado socialista. Convencidos de que en este aspecto había que aprender críticamente de las décadas de socialismo en la U.R.S.S. y en otros países, y estudiar históricamente el *cómo* y *por qué* de la aparición de determinados desarrollos en los países socialistas existentes. A estas alturas de nuestro siglo, la opción del socialismo, de la democracia socialista, frente a la opción capitalista, imperialista, democrático representativa, tiene que sufrir modificaciones. Esto fue calificado de « socialismo bobo », por quienes hoy suscriben programas a nombre del « socialismo democrático » que no es lo mismo que la democracia socialista. El papel del hombre en la sociedad socialista, como productor y propietario de los bienes fundamentales de la sociedad, como actor y autogestor, como centro de la distribución de la riqueza, como hombre libre, desalienado de la opresión capitalista, de la propiedad privada sobre los medios de producción, del poder coercitivo del patrono, del terrateniente, de un Estado al servicio de la explotación del hombre por el hombre, instrumento de una minoría explotadora sobre una mayoría explotada en este camino avanzamos hoy sin temores, en una elaboración que tome en cuenta la experiencia internacional, pero que sea la expresión en este aspecto de lo que llamamos la VIA VENEZOLANA AL SOCIALISMO.

Marxismo dogmático en crisis.

Lo más importante para mí es que veo crecer a un movimiento impetuoso, con gran penetración en la juventud, incluidos jóvenes obreros ; con un poder de atracción hacia fuerzas emergentes como ciertos grupos cristianos. Y estamos seguros que no pasará inadvertida para jóvenes generaciones militares que no pueden permanecer ausentes del drama nacional y de los impactos de una situación internacional.

Siento la frescura que expande el MAS, y cómo el pensamiento, mi pensamiento, para seguir este relato en su forma personal, se hace más fluido y flexible, más al encuentro de las nuevas corrientes y con ello al método marxista lo veo, como no lo veja antes, sin « chalecos de fuerza », sin rigideces, con toda su dialéctica.

Esto influye notablemente en el tipo de organización revolucionaria, en el debate, en la democracia interna, en la forma como compaginar centralismo y democracia, centralización y descentralización, responsabilidad colectiva e individual, espíritu de iniciativa y disciplina, relación con las masas en forma más fluida y penetrante.

El marxismo dogmático está en crisis. El porvenir de los marxistas está en volver a esos Marx y Engels críticos, a ese Lenin creador que sabía captar lo que envejecía en la teoría y las nuevas consignas y los nuevos mensajes para las cambiantes situaciones de una época definida por él como de guerras y de revoluciones, como de tránsito del capitalismo al socialismo, cuando calificó a éste de antesala de un nuevo orden social que estaba maduro, a escala universal. Claro está, volver a los clásicos y continuar el desarrollo del marxismo.

La gran responsabilidad que le atribuimos al MAS, quienes ocupamos cargos de dirección en él, es que sus éxitos rebasan las fronteras nacionales para convertirse en victorias de quienes rompen mitos, frases hechas, verdades eternas, prestigios consagrados e intocables y se plantean un marxismo contemporáneo.

Carlos Delgado

Significado político y social del proceso revolucionario peruano

« El carácter pacífico de la Revolución Peruana refleja mucho su esencia y su sentido. Es errada y estéril la noción de que no puede haber proceso revolucionario sin violencia y sin sangre. Existe revolución en un país cuando sus estructuras tradicionales se transforman, cuando se alteran los regímenes de propiedad, cuando se transfiere poder económico, y por ende, político de unos a otros grupos sociales, cuando se modifican sustantivamente las seculares relaciones de subordinación y dependencia, cuando grandes sectores emergen vigorosamente al escenario social y político con nuevos y sentidos intereses económicos comunes, cuando el sistema tradicional de dominación está siendo liquidado y cuando, en fin, el pueblo empieza a ser el gran protagonista de su historia y se gobierna para los más y no para los menos. Y todo esto está ocurriendo en el Perú desde el advenimiento del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada (1). »

Un breve ensayo como éste no puede pretender agotar la rica y amplia temática a que alude su título. Puede aspirar tan sólo a señalar algunos de los rasgos fundamentales de un proceso cuyo propio acaecimiento obliga a repensar profundamente los enfoques de interpretación política hasta hace poco en boga en los países de América Latina. Una de las primeras lecciones de la experiencia peruana de los últimos tres años es, justamente, que ella no puede ser comprendida a partir de las perspectivas de análisis tradicional, sujetos a rígidos esquemas de conceptualización por entero incapaces de explicar satisfactoriamente un fenómeno de alta originalidad como el que está ocurriendo en el Perú.

De hecho, casi todos los intentos realizados para interpretar el proceso peruano han partido del error fundamental de utilizar supuestos analíticos, categorías descriptivas y formas de razonamiento político que, en su conjunto, corresponden a un momento histórico cualitativamente diferente del que ahora vive el Perú. En otras palabras, se ha intentado dar cuenta de un fenómeno enteramente nuevo a través de un instrumental heurístico de evidente inadecuación y cuya propia y casi total obsolescencia no permite ni siquiera percibir en profundidad todo lo que hay implícito en lo inédito y novel del fenómeno mismo. En tales condiciones, la inter-

pretación se torna ejercicio de aplicación mecánica de esquemas que poco o nada tienen que ver con la rica y dinámica fluidez de una realidad cuyo significado más profundo permanece elusivo y escapa a la esterilidad inherente a todos los esfuerzos por encasillarla en el hierático inmovilismo de los dogmas.

En el fondo de todas las críticas adversas a la experiencia que se está desarrollando en el Perú, se encuentran dos ideas íntimamente ligadas entre sí. La primera es que una institución castrense no puede, por su propia naturaleza, emprender una transformación social y la segunda, que esa insigne tarea histórica está exclusivamente reservada a las organizaciones políticas, a los partidos, como expresión revolucionaria de una determinada clase social. Estas dos ideas forman parte sustantiva del pensamiento político clásico de la izquierda latinoamericana, tributaria teórica de las distintas vertientes de un pensamiento revolucionario europeo y, más recientemente, asiático, de reconocida aunque diferencial filiación genéricamente marxista.

La circunstancia anotada en la última parte del párrafo anterior, aconseja recordar, aunque fuera de manera sumaria, algunos hechos que tienen singular relevancia para la ponderación de la posible validez de aquellas dos nociones fundamentales del pensamiento tradicional de izquierda en América Latina. En primer lugar, gran parte de la rica herencia teórica de Marx se perdió sin remedio cuando el marxismo fue virtualmente sacralizado, al propio tiempo que castrado, por la profunda y perdurable prostitución stalinista. La sacralización del marxismo se agravó hondamente en países como los nuestros en los cuales, por diversas razones que sería largo reseñar aquí, los partidos comunistas, férreamente sujetos al control absoluto de Moscú, fueron por completo incapaces de trabajar, ni siquiera mediocrementemente, aquella fértil y diversificada herencia teórica. De hecho, entre nosotros esos partidos tuvieron el monopolio de la « verdad oficial » sobre el marxismo. Sólo cuando el imperio político-ideológico-partidario del stalinismo se resquebrajó después de la muerte del sucesor de Lenin, y especialmente a partir del vigésimo congreso comunista ruso de 1956, el pensamiento marxista empezó a reflorcer en América Latina, pero justamente en las manos de quienes siempre se situaron a

(1) Alocución del Presidente Alvarado.

distancia del establo sacro de los que, hace más de cuarenta años, César Vallejo llamara desde Europa « los escribas », « los eunucos », del marxismo.

En segundo lugar, lo señalado anteriormente explica, por lo menos en gran parte, el traslado mecánico de los planteamientos elaborados en Europa por los pensadores marxistas del siglo diecinueve a las condiciones fundamentalmente distintas de América Latina en el presente siglo. El mimetismo intelectual de los intérpretes oficiales del marxismo sacralizado no les permitió, por ejemplo, moverse con soltura creadora en el difícil pero decisivo terreno de la temática « clasista ». De aquí resultó un rígido, mecánico y, a todas luces, anti-histórico enfoque político de los problemas de « clase » en América Latina. La verdadera invención de un proletariado como el de Marx, no fue, sin embargo, la única de las deformaciones impuestas por el dogmatismo de sus presuntos seguidores stalinistas en nuestro continente; también lo fue el rechazo total, el verdadero desprecio, a los enfoques y análisis institucionales, en favor de una perspectiva exclusiva y—en nuestras condiciones—infantilmente « clasista » de todos los problemas sociales, económicos y políticos.

En tercer lugar, por las mismas razones de dependencia cultural, de tributarismo ideológico, el clásico pensamiento marxista tradicional en América Latina—que en la medida en que nunca fue en realidad contemporáneo, fue real y profundamente reaccionarlo—no pudo jamás entender la posibilidad de un rol histórico diferenciado en instituciones aparentemente similares en distintos partes del mundo. Ayuno de verdadero sentido crítico y creador y, por tanto, ayuno también de originalidad, tal pensamiento nunca fue capaz de avizorar, por ejemplo, la posibilidad de que las instituciones castrenses jugaran en los países del Tercer Mundo de hoy un papel radicalmente diferente de aquel que para Europa les asignaba la literatura revolucionaria europea del siglo diecinueve.

En cuarto lugar, la definitiva conversión del pensamiento marxista oficial, es decir, del stalinismo, en ideología y en verdad eclesiástica, no sólo produjo el profundo agostamiento de gran parte de la tradición creadora del marxismo auténtico, sino que, inevitablemente, la cubrió de esa opacidad que adquieren los

planteamientos de probabilidad e indagación cuando, alejados del campo libre y cuestionable de la ciencia, devienen medio-verdades y mediodogmas, es decir, postulaciones cargadas de emocionalismo e irracionalidad y, en consecuencia, totalmente inadecuadas para permitir una versión verosímil de la realidad y sus problemas. En una situación así las proposiciones teóricas se convierten en expresiones de certidumbre total, se osifican, se rigidizan y devienen verdades cuasi escolásticas que, al propio tiempo que generan feligresía incuestionable y fanática, dan origen también a las heterodoxias y a las herejías. Todo esto, en su conjunto, oblitera más aún las posibilidades de que, dentro de una tradición teórica así atacada de dogmatismo, se logre garantizar el desarrollo de nuevas formulaciones y de nuevos planteamientos que empujen las fronteras iniciales de la teoría y contribuyan a hacer de ella la viviente realidad, flexible y dúctil que concibieron sus creadores. Las inter-relacionadas ideas de que una institución militar no puede iniciar una transformación revolucionaria y que tal tarea tiene necesariamente que ser emprendida por un partido político como vanguardia iluminada de una clase social, no pueden escapar en forma alguna a la gravitación de los cuatro factores que acabo de comentar, porque proceden de una tradición intelectual y política donde esos factores han operado con apreciable intensidad, particularmente durante los últimos cuarenticinco años. Y esto debe ser tenido muy en cuenta cuando se consideran tales ideas vis-a-vis el fenómeno concreto del proceso político-social peruano de los últimos tres años. Desde la perspectiva completamente diferente de la « politicología » norteamericana proceden también algunas de las críticas que descartan la naturaleza revolucionaria del proceso que está ocurriendo en el Perú. Es un lugar común decir que los estadounidenses del norte nos conocen muy poco a los latinoamericanos. Pero es así. Y esto, en gran parte, porque nos miran desde una perspectiva que nos es fundamentalmente extraña, que muy poco tiene que ver con nuestra historia y con nuestra realidad, que para nada se sitúa en el cauce de nuestra tradición cultural más profunda y verdadera. En estas condiciones, la « politicología » norteamericana frecuentemente no pasa de ser periodismo erudito, banalidad recubierta de alarde

libresco, anecdótico elevado con ligereza al rango de historiografía improbable.

Para la crítica de esta estirpe, lo que acontece en el Perú, por tratarse de un fenómeno originado en la intervención de militares, es simplemente una expresión de patología política característica de un continente tumultuoso e indisciplinado, inmaduro y pintoresco. O, en su defecto, regresión lamentable que vulnera la esencia de « las libertades democráticas », que rompe el penoso afianzamiento de los civilizados constitucionalismos occidentales y que pone en peligro el « desarrollo político » de los semi-bárbaros pueblos subdesarrollados de una folklórica cultura andina en realidad muy poco conocida. La superficialidad y el formalismo de una crítica que pocas veces penetra más allá de lo anecdótico y lo paramental—y que frecuentemente sólo se interesa por aquello que parece tener alguna relación con las inversiones económicas, políticas o culturales de los Estados Unidos en nuestros países—garantizan la imposibilidad de comprender lo que realmente sucede en esta parte del mundo. También en este caso, el significado del acontecimiento histórico permanece elusivo y distante para un « observador » verdadera y profundamente imposibilitado de observar.

Curiosamente, ambas vertientes críticas coinciden en el punto al que arriban cuando sostienen que lo que ahora ocurre en el Perú es un proceso de modernización, más no una experiencia revolucionaria verdadera. La razón es, al parecer, muy simple: las dos líneas de crítica surgen de un mismo error fundamental, a saber, la creencia de que las realidades políticas concretas pueden analizarse y ser entendidas, no a partir de ellas mismas sino a partir de los esquemas y supuestos de una dogmatizante teorización de « gabinete », construída fundamentalmente por quienes jamás se han adentrado en ellas para poder comprenderlas. A este básico error de origen se añade otro quizás mayor, el de no cuestionar la validez de los supuestos y elevar los esquemas a la categoría de dogma inapelable. En síntesis, así como puede saberse mucho de sociología, pero muy poco de la realidad social, así también puede saberse mucho de « politicología », pero muy poco de la realidad política. Aquí puede radicar gran parte de la explicación del hecho al parecer insólito de que hasta hoy los análisis de

« tendencias del proceso revolucionario peruano »—verdaderos vaticinios de nigromante—hayan representado, en realidad, auténticos saltos al vacío, cuando no frustantes ejercicios de prestidigitación, dignos de mejor causa. Porque prácticamente ninguna ha cumplido.

Nueva actitud de la Fuerza Armada.

La intervención militar de Octubre de 1968 fue resultado de un largo proceso de maduración en el seno de la Fuerza Armada peruana. Por lo menos durante quince años la institución castrense se preparó para cuestionar el papel que tradicionalmente había desempeñado en la azarosa vida republicana del Perú. Ese papel fue el de garante del statu-quo económico-social, el de institución que aseguró la permanencia del orden establecido. El cuestionamiento de su rol tradicional llevó a la Fuerza Armada a una redefinición completa de su imagen institucional, a un profundo cambio de mentalidad y de actitud, a una alteración sustantiva de su posición en la vida política del Perú.

Los cambios iniciales empezaron a poco de concluir la segunda guerra mundial. La inquietud de los oficiales peruanos por estudiar y comprender los problemas sociales y económicos del país, encontró una vía institucional cuando en 1952 se fundó el Centro de Altos Estudios Militares. El análisis de la experiencia que representó aquella conflagración internacional y su secuela de acontecimientos políticos, por un lado, y el estudio acucioso de la problemática socio-económica del Perú, por otro, mostraban muy claramente la indesligable relación entre problemas de la seguridad nacional y aquellos del denominado frente interno. Estos últimos derivaban de los hondos desequilibrios propios del subdesarrollo y de la condición imperializada de la economía peruana, fundamentalmente sujeta al dominio extranjero. Así, los problemas cruciales del frente interno eran problemas de seguridad nacional. En tanto permanecieran irresueltos, el Perú no podía dejar de ser un país débil y vulnerable. Y en tales condiciones, la Fuerza Armada se encontraba incapacitada para garantizar de manera efectiva y real la seguridad del Perú como territorio, como nación y como Estado.

El estudio de la problemática social y económica del país llevó, además, a la convicción de que las

opciones políticas resultaban inevitables. En otras palabras, frente a los problemas fundamentales del Perú no se podía mantener una actitud neutral. O se estaba en favor de que continuasen o se estaba en favor de que fueran resueltos. Y en ambos casos, inexorablemente, se tenía que optar por una posición política; conservadora en el primero, revolucionaria en el segundo. Tal dilema devino decisivo. Porque al resolverse, vía la segunda alternativa, quedó perfectamente en claro la absoluta imposibilidad de seguir manteniendo aquel presunto apoliticismo castrense, hondamente estimulado por los grupos oligárquicos, y que históricamente siempre significó, en realidad, preferencia por la opción conservadora.

El abandono del apoliticismo como posición institucional fue consecuencia directa del enfrentamiento con los problemas estructurales de la sociedad peruana. Tal hecho resultó verdaderamente decisivo para el replanteamiento de todo el cuadro político nacional, porque significó el reconocimiento militar de que los problemas de la nacionalidad en el Perú planteaban la inevitabilidad de una acción política revolucionaria. Y tal ocurrió precisamente en el momento en que los partidos políticos más importantes del país, como veremos más adelante, habían abandonado en forma definitiva todas sus posiciones siquiera potencialmente revolucionarias. En consecuencia, aquel cambio posicional de la institución castrense representó el punto de partida de un fenómeno en virtud del cual la Fuerza Armada devino instrumento de transformación. Esto, a su vez fue el comienzo del posterior y definitivo rebasamiento del aparato político tradicional por la acción militar desde el Gobierno Revolucionario.

A todo lo anterior habría que agregar otros factores que contribuyeron al cambio de mentalidad y de actitud de las instituciones castrenses peruanas. En primer lugar, debe considerarse el hecho de que la gran mayoría de la oficialidad de la Fuerza Armada proviene de los sectores populares e intermedios y se caracteriza por su origen provinciano. No existe, en consecuencia, ningún nexo fundamental que vincule a los oficiales peruanos con los intereses oligárquicos ni con la clase dominante.

En segundo lugar, la propia mecánica de la organización castrense determina la rotación

permanente de los oficiales en todos los establecimientos militares del país. Esto determina su contacto con virtualmente todos los aspectos más dramáticos de la realidad del país. El conocimiento directo de esa realidad complementó de manera muy importante el entrenamiento profesional y teórico que llevó a los oficiales peruanos a comprender la hondura y la complejidad de los problemas fundamentales de nuestra sociedad y jugó un papel muy importante en el proceso de plasmar la convicción de que el papel tradicional de la Fuerza Armada en el Perú tenía que ser drásticamente revisado. En tercer lugar, la experiencia de la lucha antiguerrillera en 1965 desempeñó también un papel significativo en el esfuerzo por redefinir la imagen tradicional de las instituciones castrenses. La guerrillera nunca movilizó masivamente al campesinado peruano; pero probó la profundidad de los problemas sociales agrarios, puso en evidencia, desde un ángulo nuevo, la intensidad de la injusticia social en el campo y mostró la aptitud de reducidos grupos urbanos, principalmente de jóvenes estudiantes y profesionales, para emprender un curso de acción revolucionaria en un país de profundas desigualdades sociales y de grandes problemas irresueltos que afectaban el diario vivir de la mayoría de peruanos.

En tales condiciones surgió con claridad el convencimiento de que la agitación revolucionaria en el agro no podía ser explicada satisfactoriamente a partir de considerarla en forma simplista como resultado de la penetración de agentes extremistas. La guerrilla, por el contrario, tenía que ser interpretada como consecuencia directa de un ordenamiento social profundamente desequilibrado e injusto, cuyos problemas demandaban una política socio-económica transformadora, y no soluciones de carácter represivo.

Estos fueron los principales factores que originaron el profundo cambio posicional de la Fuerza Armada. La culminación de este proceso institucional ocurrió en el momento más crítico de la desviación pro-conservadora de los partidos que en el Perú habían ganado respaldo popular al amparo de una prédica presumiblemente revolucionaria y progresista y que dominaron la política peruana durante los últimos años del período pre-revolucionario.

Los Partidos Peruanos.

El Apra, Acción Popular y la Unión Nacional Odrriista co-gobernaron desde 1963. El apoyo electoral de estos partidos se refleja en el hecho de que ellos eligieron a casi la totalidad de los representantes al parlamento del régimen anterior. Se trataba de partidos de muy distinto origen, pero cuyos posiciones finales convergieron en una común defensa del orden establecido. La troika gobernante que de hecho conformaron sus líderes mesiánicos y eternos ejerció el poder para garantizar la continuidad del statu quo económico-social del Perú. Es, por tanto, inexacto sostener que el gobierno peruano de 1963 a 1968 fue responsabilidad exclusiva de Belaúnde y su partido. El y los suyos gobernaron desde el ejecutivo. Pero Odría, Haya y sus seguidores lo hicieron desde el Parlamento, «primer poder del estado», según rezara la repetida y ambiciosa consigna política de los partidos que dominaron el congreso durante el último régimen civil.

El Apra fue un movimiento inicialmente revolucionario, sobre todo en su período germinal anterior a 1931. Los síntomas de su acomodación al orden establecido empezaron a manifestarse a partir de 1945. Pero del mismo modo que la grande y heroica clandestinidad de 1932 a 1945 sirvió para ocultar los primeros cambios de posición doctrinaria y política en el comando ejercido por Haya de la Torre, la dura y brutal persecución del odrriismo durante ocho largos años hizo imposible ver con claridad el franco desviacionismo conservador del liderazgo aprista, recubierto de justificativos tácticos durante la convivencia con el pradismo entre 1956 y 1962, pero ya inocultable y sin posibilidades de rectificación a partir de este último año. La involución proconservadora tuvo expresión definitiva y culminante cuando la dirección aprista, a espaldas de su propia militancia, selló su capitulación ideológica frente al odrriismo en el pacto de 1963. En virtud de esa alianza se unieron los perseguidos y los perseguidores de otra hora con el común propósito de defender pequeños apetitos de poder y con la finalidad ostensible de acoderarse a la reacción derechista para impedir que los hondos problemas sociales y económicos del país fueran resueltos.

Por su parte, Acción Popular históricamente representó un movimiento aluvional de división del Apra desde afuera. Hábil y oportunista, Belaúnde, compañero de ruta de la dirección aprista desde 1945, procedió diez años más tarde a ocupar el campo político del progresismo reformista que el Apra había abandonado en el gran viraje que representó la convivencia. A partir de 1956, Acción Popular creció a expensas del aprismo, engrosando sus filas con antiguos militantes del Apra y con grupos políticamente provenientes de la anchurosa zona de influencia que este partido había logrado construir en largos años de lucha antidictatorial en el Perú.

De otro lado, el belaundismo jamás fue un movimiento coherente, lúcido, capaz de representar una vía efectiva de realización revolucionaria en el Perú. Su liderazgo jamás tuvo calado histórico. Copió los aspectos paramentales de la organización y del comportamiento público que habían servido el Apra para convertirse en el más importante partido político del Perú. Pero su dirigencia, dueña de todos los defectos y de ninguna de los virtudes de esa dirigencia aprista que antes de claudicar se sazónó en un largo historial de adversidad y lucha, no podía llegar a ser la conductora de un pueblo que afanosamente buscaba un rumbo revolucionario para transformar el viejo régimen establecido.

Finalmente, el odrriismo fue expresión residual de las antiguas tendencias conservadoras y de ese «lumpen proletariat» político del que suelen nutrirse los caudillos autoritarios de derecha. La Unión Nacional Odrriista representó en el Perú el último ejemplo de movimiento sin clara finalidad política. En el mejor de los casos, constituyó la manifestación larvaria del gran partido conservador que el Perú nunca tuvo. Fue, en cierto sentido no exento de contradicciones, expresión política de los intereses económicos de un latifundismo de inevitable liquidación histórica.

Estos fueron los grupos que co-gobernaron el Perú en la etapa inmediatamente anterior a octubre de 1968. Constituyeron el fundamento de un sistema político tradicional establecido sobre la base de la efectiva discriminación de la gran mayoría del pueblo peruano que jamás tuvo intervención política real y cuyos intereses nunca fueron representados de modo verdadero por ningún partido en el país. Tuvieron, además,

por encima de ostensibles rasgos de diferenciación, algunas fundamentales características comunes. Fueron partidos oligárquicos en el sentido de que en ellos el poder de decisión radicaba en grupos dirigentes desprovistos de la más leve capacidad de renovación. Fueron también partidos de liderazgo mesiánico, inapelable, absolutista y total. No es una casualidad que en cada uno de ellos el poder final de decisión estuviese en las manos de un « jefe nato » y, por tanto, vitalicio. Odría, Belaúnde y Haya, en efecto, manejaron « sus » partidos fundamentalmente de la misma manera en que los viejos caciques políticos solían manejar « sus » departamentos. Los adjetivos posesivos que aparecen entrecomillados son, en este caso, más que simples categorías gramaticales. Denotan la realidad de un fenómeno político concreto.

Odría, Belaúnde y Haya sintieron siempre que la Unión Nacional Odríista, Acción Popular y el Apra eran una especie de propiedad privada, un gran feudo político. En el más profundo de los sentidos, esos partidos fueron « suyos », les pertenecieron como verdaderos cotos de caza dentro de los cuales sus dueños siempre ejercieron un poder absoluto. Entre estos caudillos mesiánicos y las figuras pintorescas de los viejos caciques regionales de antaño no existen, en rigor, diferencias esenciales de estilo político. Los primeros pueden ser más refinados y cultos, pero a todos los hermana un mismo tipo de comportamiento político concreto.

En presencia de vastos sectores sociales emergentes, de profundos problemas económicos, de hondas tensiones en los sectores mayoritarios del país, el sistema político dominado por tales partidos no podía brindar una alternativa de solución. Sus dirigencias, todas por igual comprometidas en el mantenimiento del orden tradicional, fueron absolutamente incapaces de proporcionar el liderazgo que el Perú necesitaba para plantear un curso de acción revolucionario y transformador. Más aún, sus dirigencias tampoco supieron comprender el decisivo cambio posicional de una institución de poder tan importante como la Fuerza Armada. La significación de un hecho así pasó para ellos totalmente desapercibida. Esta suerte de daltonismo político—porque no se trató simplemente de un caso de miopia—tampoco les permitió comprender que un cambio igualmente sustantivo había ocurrido también en la Iglesia Católica, otro de

los grandes pilares que tradicionalmente sostuvieron el statu-quo económico-social en el Perú. Lo señalado en el párrafo anterior constituye la principal razón de que los centros del poder del sistema tradicional de partidos interpretan la intervención militar de octubre 68 como un nuevo golpe militar. Este error de interpretación fue también cometido por quienes no supieron percibir que esa intervención representaba la profunda ruptura cualitativa de una añeja tradición política del Perú. Firmemente aferrados al estereotipo de la institución militar como perpetua defensora de todo sistema económico tradicional y contrario a los intereses populares, descartaban sin discusión alguna cualquier posibilidad de que el estereotipo perdiese validez. Tal actitud constituyó ejemplo típico de inercia interpretativa y de ciega aceptación de los dogmas. Se concebía que los partidos políticos originalmente revolucionarios pudieran, sí, esclerosearse y degenerar hasta devenir instrumentos de poder totalitarios y burocratizados, pero se rechazaba de una institución castrense, garante tradicional de un ordenamiento de grandes injusticias, pudiera convertirse, por proceso contrario, en instrumento de grandes transformaciones sociales.

Revolución « desde arriba ».

Lo que hoy está ocurriendo en el Perú representa el comienzo de una revolución iniciada « desde arriba ». La claudicación de los partidos de base popular creó un hondo vacío que, ante la impostergable necesidad de transformaciones estructurales encaminadas a resolver los problemas básicos del país hubo de ser llenado en 1968 por la única institución entonces capaz de emprender una acción revolucionaria en el Perú. La Fuerza Armada asumió el liderazgo político que otros habían abandonado y, malgrado el dicum de dogmas y de esquemas, dió principio a un proceso encaminado a modificar sustancialmente las relaciones fundamentales de poder en la sociedad peruana. Si los enfoques interpretativos tradicionales no pueden dar cuenta de una realidad así, no es ésta la que debe ser ignorada, sino aquellos los que deben modificarse. Las transformaciones emprendidas por el gobierno peruano no pueden ser válidamente descritas en términos de una simple política de modernización. Lo que hoy se cuestiona no son

los aspectos parametales del sistema capitalista dependiente bajo cuyo signo el Perú llegó a ser un país sub-desarrollado y sujeto al dominio imperialista. Lo que se recusa es el sistema mismo. No se trata de introducir en el Perú reformas incrementales para relegitimar el orden tradicional, sino, por el contrario, de reformas estructurales destinadas a reemplazarlo por otro cualitativamente diferente.

En un país donde más de la mitad de la población económicamente activa deriva sus ingresos del agro, una reforma que destruye el latifundio y sustantivamente modifica el régimen de propiedad de la tierra, es una medida revolucionaria de carácter nacional. Al afectarse la base agraria del Perú, se afecta todo su universo social. En otras palabras, en países como el nuestro, una reforma agraria de esta naturaleza, lejos de ser una medida de alcances sectoriales, representa una transformación de la totalidad del conjunto social.

La modificación sustantiva de la tenencia de la tierra agraria y la transferencia del poder económico de los grandes latifundistas a las cooperativas y a las comunidades campesinas, significan también una fundamental transferencia de poder político. Por eso, en países como el nuestro, una reforma agraria de este tipo equivale a una revolución social. Así lo comprendió José Carlos Mariátegui al sostener que la tarea revolucionaria fundamental en el Perú tenía que ser la lucha contra el feudalismo— independientemente de que ahora cuestionemos la propiedad con que Mariátegui usara en este caso la expresión « feudalismo ». La liquidación económica, y por ende política, de los grandes centros de poder oligárquico agrario afincados en los inmensos latifundios azucareros es un hecho político del más alto valor revolucionario. Se pueden discutir—y aceptar—numerosos errores de aplicación de la reforma agraria, pero aquel hecho sustantivo no puede ser ignorado. Por haber transferido poder económico a los trabajadores del campo y haber iniciado la liquidación del latifundismo, el proceso de reforma agraria significa el ingreso de vastos sectores campesinos a la vida política real del país.

Esto altera fundamentalmente y por completo la estructura del sistema político tradicional e inevitablemente decreta la caducidad de los partidos del periodo pre-revolucionario. Por la propia naturaleza de su estructura, de su liderazgo,

de su temática fundamental, tales partidos no pueden expresar la nueva dimensión de la realidad peruana ni el dinamismo social a ella inherente. En este aspecto críticamente importante, los partidos políticos tradicionales han sido definitivamente rebasados. El proceso revolucionario tendrá que encontrar su propia forma de expresión política. Pero, por todo lo anterior, ella no puede ser la de los viejos partidos del Perú.

Esto plantea a la Revolución Peruana un crítico problema : determinar la forma que esa expresión política habrá de adquirir en el futuro. Aquí puede surgir la tentación de organizar un nuevo partido político en esencia similar a los anteriores. Tal sería, a mi juicio, un profundo y grande error. Porque el riesgo de caer nuevamente en la viciada realidad de un partido como instrumento de poder intermediador y expropiatorio, es demasiado grande.

Aquí, sin duda alguna, gravita un peso enorme de inercia intelectual y valorativa. En mayor o menor grado, tendemos a considerar que la institución de poder político denominada « partido » es un fenómeno natural de la vida del hombre organizado en sociedad. Y, sin embargo, sabemos bien que no es así, que se trata de una institución relativamente reciente en la experiencia de las sociedades que pertenecen, o históricamente se hallan vinculadas, a la llamada civilización occidental. El hecho de que tal institución sea la única que nos ha sido conocida, no debería conferirle la inevitabilidad de las realidades « naturales ». Ni debería hacernos olvidar que, virtualmente en todos los casos conocidos en el presente siglo, los partidos han devenido instrumentos de intermediación manipulados por pequeños camarillas expropiatorias del poder político del pueblo.

Lejos de ser mecanismos realmente democráticos de participación popular en los múltiples niveles de las decisiones políticas, los partidos—por lo menos en su versión conocida hasta hoy—han llegado a ser organismos de encubrimiento e instrumentos de manipulación. Siempre, en efecto, existe la oligarquía partidaria que habla « en nombre » de la estructura organizativa del partido, que a su vez « representa » al partido en su totalidad, en tanto que éste « expresa » los deseos de una clase que, finalmente, ella también, « traduce » las aspira-

ciones del pueblo y la nación, en cuyo nombre se organiza políticamente en el partido!

Es en verdad extraño ver como hemos llegado a convencernos de que esta ilusión, este espejismo deformante, constituye la realidad. Sin embargo, la universalidad de este hipertrofiado fenómeno de reificación en cadena parece generar esa enorme fuerza inercial que nos lleva casi inevitablemente a la conclusión de que todo proceso revolucionario debe expresarse políticamente en la imagen y la realidad de un partido. En puridad, no tiene por qué ser así. Pero este problema representa el desafío quizás más importante de la Revolución Peruana. Su enfrentamiento pondrá a prueba nuestra capacidad de vislumbrar y discernir una nueva manera de resolver la cuestión de cómo debe concebirse la expresión política de un vasto y profundo cambio societal.

Personalmente, creo que no son las minorías esclarecidas de un comando político las que, por sí y ante sí, deben solucionar este problema. Pienso que, sin caer en un espontaneísmo ingenuo y sin sentido, debemos confiar en que un pueblo auténticamente liberado es un pueblo capaz de generar sus propias formas de expresión política. Por la menos esto puede decirse en favor de un antidogmático planteamiento de apertura : toda la experiencia histórica que nos es accesible demuestra que las minorías luminosas han generado siempre burocracias represivas. En nombre de uno u otro mito, de uno u otro ideal, tales burocracias, por su absolutismo, por su fanática intolerancia y por su apetito insaciable de poder, han terminado por ser indistinguibles de cualquier oligarquía gobernante del pasado.

Con respecto a los problemas anteriormente reseñados, la Revolución Peruana no tiene hasta el momento una respuesta definitiva y cabal. En esto, como en mucho, ella se mantiene fiel a su profesión de ser proceso abierto. Justamente en esto radica su valor capital como experiencia radicalmente creadora. Pero también aquí es donde más ha sido incomprendida, porque se le ha juzgado en función de los periclitados enfoques interpretativos de una perspectiva política a la que es fundamentalmente extraña. En efecto, las más conocidas apreciaciones del fenómeno peruano yerran al no captar su naturaleza esencialmente procesal. Se le juzga estáticamente, como si cada momento de su desarrollo fuese

un instante acabado y final, independiente del sentido y del acontecer del proceso como totalidad histórica.

En cierta forma, es como si para registrar la ocurrencia de un hecho y captar su significado, el observador sólo usara, por así decirlo, un implemento de fotografía, incapaz de captar el movimiento, y no un aparato filmico que pudiera aprehender la fluidez y el dinamismo que constituyen la médula de su más honda significación. Así, algunas vulgarizadas versiones críticas de la Revolución Peruana constituyen documentos puramente fotográficos. Son colecciones de registros estáticos. En el mejor de los casos, captan con claridad acontecimientos puntuales que, por el estatismo del enfoque con que son percibidos, no pueden, sin embargo, dar una versión verosímil y válida de una realidad cuyo más profundo sentido es su carácter procesal. La crítica «peruanista», en el campo político por la menos, no ha llegado a la época del film. Todavía no sabe captar el movimiento.

Por tanto, tampoco puede captar el significado profundo y decisivo de un proceso que, a tres años de iniciado, alcanza su plena madurez posicional en un planteamiento como éste del General Velasco en su Mensaje a la Nación el 28 de julio de este año :

« En la sociedad a que nosotros aspiramos, la riqueza debe... tener un carácter fundamentalmente social, en base al reconocimiento profundamente humanista de que su fuente final radica en el trabajo creador del hombre y de la sociedad. Sólo así habrá de ser posible devolver al esfuerzo de los hombres su enaltecedora condición de elemento liberador a través del cual ellos mismos se realicen a plenitud, con plenitud de dignidad. Y sólo así habrá también de ser posible que el trabajo, lejos de seguir siendo fuente de servidumbre y alienación, redescubra y conquiste su más profunda significación liberadora... Por ello, el ordenamiento social que estamos construyendo deberá basarse en el concepto global de una democracia de participación, es decir, de una democracia para la cual los hombres libremente organizados intervienen en todas las esferas de decisión y ejercen directamente, o con el mínimo de intermediación, todas las formas de poder en sus dimensiones económicas, sociales y políticas... En una sociedad así la riqueza y el poder no podrán ser privilegio de nadie y, consecuentemente el poder

de decisión, lejos de constituir el monopolio de los privilegiados o del Estado, radicará en cada uno de sus integrantes. Por todo lo anterior, esta

Revolución se inscribe, con toda su probada autonomía conceptual, en la tradición más ilustre del pensamiento libertario socialista y humanista. »

CeDInCI

Discusión con Héctor Béjar

por Heinz Rudolf Sonntag

Heinz Rudolf Sonntag : Compañero Héctor Béjar, usted ha sido comandante guerrillero, usted es socialista, usted ha sido encarcelado por los regímenes que han gobernado al Perú, durante varios años. Hoy día, liberado de la cárcel, usted trabaja como redactor de una revista que apoya abiertamente la política del actual régimen militar en el Perú. Este régimen se autodenomina revolucionario y nacionalista. Sin embargo, muchos observadores del continente y del mundo entero consideran este régimen no revolucionario y solamente nacionalista, por decirlo así, a medias. La primera pregunta es la siguiente : ¿ Cómo ha llegado usted a formar parte de una revista que apoya al gobierno del Perú, que apoya a un régimen militar ? ¿ Cómo coincide eso con sus opiniones políticas socialistas ? ¿ Cómo se compagina eso con su pasado comandante guerrillero ?

Héctor Béjar : Hay coherencia en estas etapas. Estoy aquí porque, como socialista, quiero contribuir a la lucha por la independencia y por la transformación de mi país y así como estuve en la guerrilla o en la prisión, ahora apoyo, como usted dice, a este gobierno porque ha iniciado un ciclo de profundas transformaciones sociales. Quienes se limitan a calificar a este régimen como nacionalista y nada más, olvidan que no puede haber en este momento en América Latina ningún nacionalismo real que no sea revolucionario.

H. R. S. : Pero la cuestión es saber si el nacionalismo, que muy probablemente es revolucionario en sí mismo, también tiene como objetivo planteado y pensado llevar adelante ese nacionalismo hacia una posición verdaderamente socialista en el caso concreto del Perú.

H. B. : El objetivo de todo socialista es impulsar en su país un proceso que lleve al pueblo, a las mayorías dominadas, al poder. En el Perú se han abierto estas perspectivas aunque para un observador que no esté perfectamente enterado del proceso peruano, esto pueda parecer sorprendente; la dinámica iniciada lo está llevando no solamente a apoyarse en el pueblo, que eso ya lo hemos visto en América Latina en muchas oportunidades, sino a abrirle al pueblo la posibilidad real de acceder al poder a través de nuevas instituciones autogestionarias. Si en alguna forma puede definirse esta etapa, es

justamente como la transferencia de poder económico de la vetusta oligarquía tradicional a las grandes masas populares. Lo estamos viendo en la Reforma Agraria (con todos los defectos que la R. A. pueda tener en su aplicación) y en cada una de las medidas que se han venido adoptando. Y lo vamos a ver especialmente en el próximo y vigoroso impulso a la movilización social. Yo comparto su opinión: no puede haber revolución plena sin pueblo. Evidentemente, este proceso necesita, para ser culminado, de la participación popular, en una etapa de transferencia de poder, para que las mayorías hasta hoy marginadas estén en condiciones de tomar en sus manos las riendas de la economía y la política del país.

H. R. S. : Vamos por partes. Si bien es cierto que una de las cuestiones fundamentales de un régimen socialista es la cuestión de quiénes sustentan el poder económico, social y político, hay otras preguntas que habría que hacerse. Un régimen socialista se define por otras cosas, tales como la organización del trabajo, la forma de propiedad, la forma institucional de propiedad sobre los medios de producción, a cuestiones de la administración, de la gestión de las fábricas, etc. Eso es una parte que, a mi modo de ver, hasta ahora no se la ha explicado muy bien. Aparente o realmente hay un intento de establecer más bien una coalición de clases en vez del predominio de las masas populares, en el momento actual.

H. B. : En primer lugar, aquí hay un problema muy importante. ¿ Qué entendemos por socialismo ? Porque en este momento en el mundo se dan muchos modelos de socialismo, y hay algunos que es dudoso que en realidad lo sean. Queremos el socialismo, pero, ¿ Qué significa este término para nosotros ? Una nueva sociedad en la que el poder económico y político pertenezca a las mayorías nacionales, en que los medios de producción sean de los productores.

H. R. S. : Y la administración de los medios de producción esté en manos de las masas...

H. B. : Naturalmente. Entendemos nosotros, en último término, por socialismo, la propiedad, la administración, la gestión de los medios de producción por parte de los productores. ¿ Cómo es que este fenómeno se va a dar en

este país ? ¿ Por qué es que la dinámica de este proceso nos está llevando justamente a esto ? En primer lugar, el Estado está adquiriendo una gravitación cada vez más fuerte en el rumbo económico y político. Y si este Estado deja de trabajar en función de los intereses de un grupo para hacerlo en función de los intereses de toda la nación; si simultáneamente gran parte de los servicios estatales son transferidos al pueblo organizado, tenemos los elementos claves que pueden llevarnos en el futuro a una etapa superior socialista y autogestionaria a la que habremos arribado por un camino peruano, originado en nuestra realidad.

H.R.S. : Ahora bien, aquí surge mi segundo interrogante. Usted mismo ha dicho que este es un Estado burocrático. Usted mismo lo ha dicho, y es obvio que el Estado se apropia día a día de más sectores de la economía y de la sociedad. Eso es cierto. Pero ¿ cómo superaremos esa contradicción ? El Estado burocrático, ¿ cómo puede ser llevado a ser un Estado popular ? Es más, este Estado burocrático, es un Estado muy particular, está dominado actualmente, en sus puestos más altos, por militares. Y raras veces se ha visto en el mundo que los militares realmente estén dispuestos a ceder el poder definitivamente a las masas populares. Si es que lo ceden, subyace un supuesto teórico muy claro; tienen que cederlo bajo la disposición de tomarlo otra vez en el momento en que ellos lo consideren necesario. Le planteo este problema como socialista, porque es un problema de índole estratégica muy grande.

H. B. : Evidentemente, ese no es un problema exclusivo de esta revolución. Es un problema de todas las revoluciones. Todas las revoluciones en el mundo hasta este momento han creado estados fuertes. Hasta este momento también estos Estados no han hecho otra cosa que fortalecerse, contrariamente a las previsiones de los revolucionarios, que propugnaron su debilitamiento en beneficio de una « administración de las cosas », por el pueblo.

Se han fortalecido y han creado sus propios intereses, apartados, cada vez más de los intereses de las masas. Eso ha sucedido y sucede en todas las revoluciones del mundo. Por consiguiente, es un problema también para esta revolución. Y creo que es uno de los problemas vitales de esta revolución. ¿ Cómo, mediante

qué mecanismos, los actuales dirigentes, se desprenderán de su actual poder ? Lo que usted señala es un hecho real. Evidentemente, un Estado fuerte que es detentado no solamente por militares, sino por una especie de alianza entre militares, intelectuales y técnicos civiles, es un Estado que, quizá, pueda resistirse en algún momento a ser transformado en una institución mucho más cercana, mucho más representativa de las masas. Pero eso es justamente una contradicción que es parte de la dinámica de todo el proceso y que debe ser resuelta por los nuevos mecanismos de participación popular.

En este aspecto, el papel de los socialistas y de los revolucionarios conscientes de esta problemática, es fundamental. Como lo decía al comienzo : porque entendemos eso, estamos acá. Justamente porque este es el problema, a fin de cuentas.

H. R. S. : Usted ha introducido un nuevo elemento para mis dudas. Ha dicho que la capa dominante del Estado en este momento es una coalición entre militares y técnicos. Los técnicos, no sólo por su extracción de clase, sino por su propia formación, tienen una vinculación clasista y una preferencia con respecto a la forma de organización social que no tiene absolutamente nada que ver con el socialismo.

H. B. : No hay que olvidar dos cosas. Hay dos diferencias que, para mí, son bastante importantes, entre lo que está sucediendo en los países socialistas, especialmente en los países socialistas del Este europeo, y lo que está sucediendo en el Perú. En primer lugar, en esos países socialistas la capa tecnocrática es una capa ya conservadora. Si usted quiere, esta capa burocrática ha sido una creación de la revolución, del nuevo sistema, está entrampada con el nuevo sistema, y tiene, por eso mismo, características más bien conservadoras, antes que revolucionarias. En el Perú es diferente. La parte de la capa tecnocrática no vinculada a las grandes empresas, o como usted quiera llamarla, la capa de los técnicos que está dirigiendo la economía del país junto con los militares, sale de una sociedad dominada, tiene intereses que, en este momento, entran en contradicción con el sistema hasta hace poco imperante. Entonces, su actitud es diferente. Y, por lo mismo, para mí, su posición es mucho

más revolucionaria que la de otros. Por otro lado, nosotros no debemos olvidar que en un país como el Perú la lucha contra la dominación imperialista es mucho más gravitante sobre esa capa dirigente, que en Europa. Es bastante diferente la situación de un proceso que, si usted quiere, está un poco solidificado, institucionalizado, de la situación de un proceso que sigue una dinámica contra un enemigo exterior, una dinámica en la cual la alianza de militares y técnicos no es suficiente, sino que impone su extensión a una alianza mucho más grande, mucho más fuerte que tiene que comprender al pueblo... Ahí está el punto más importante de la cuestión para cualquiera que estando al frente de este proceso tenga una mentalidad avanzada. Es indispensable, hasta por razones de la propia subsistencia frente al poder extranjero, apoyarse en una organización popular que no sea solamente la organización popular incondicional a la dirección, sino, sobre todo, una organización, popular actuante, capaz de desarrollar sus propios gérmenes de poder, capaz de desarrollar su propia política. Esa es una de las particularidades más interesantes de este proceso.

H. R. S. : Bueno, pero no dejo de insistir. Se puede tener la sospecha, y algunos observadores e intérpretes del proceso peruano han mantenido esta tesis de que la alianza entre militares y técnicos es en el fondo una expresión muy particular de una alianza clasista entre los militares y la burguesía, una supuesta burguesía nacional. ¿Qué opinión le merece este concepto?

H. B. : Yo creo que una de las más grandes equivocaciones de quienes analizan este proceso desde fuera del Perú, y también de algunos que lo analizan desde adentro, está en identificar el grupo dirigente de este proceso con la burguesía nacional. Es una equivocación abismal. Primero porque en estos países, tal como usted ha dicho, no existe propiamente una burguesía nacional. Lo único que ha existido aquí han sido directorios formados por ejecutivos peruanos, pero en realidad controlados y dirigidos por el imperialismo norteamericano, por los intereses de los monopolios norteamericanos. Entonces, mal podría esta «burguesía» nacional iniciar, ni siquiera soñar con iniciar un proceso como éste. Este proceso no se debe de ninguna

manera, a la burguesía nacional. Es más bien una expresión coherente, condensada, lograda, de las aspiraciones que desde hace unos 40 años, han venido acumulando la pequeña burguesía y todo el pueblo de este país. Si observamos la evolución que hemos tenido desde el año 1930 hasta la fecha, nos daremos cuenta de que han habido tres instituciones, fundamentalmente, que han tenido composición social de clase media : el Ejército, la Universidad y más recientemente la Iglesia, instituciones que a pesar de su composición social, estaban entrapadas dentro del sistema.

Por otro lado hemos tenido desde comienzos del siglo, una oligarquía conformada por propietarios de tierras, por banqueros y por representantes de monopolios norteamericanos, oligarquía que ha gobernado este país hasta hace poco, mediante instituciones prestadas, indirectamente. En el Perú nunca ha existido un partido oligárquico. Nunca hemos tenido tampoco un Ejército de casta oligárquica. Y menos aún hemos tenido una intelectualidad oligárquica. La oligarquía tuvo que servirse de la pequeña burguesía para gobernar indirectamente a este país. Y así tuvo que recurrir a militares como Benavides, Sánchez Cerro, Odría, para que sirvieran de gendarmes de sus intereses. Tuvo que alquilar también a algunos intelectuales y mantener a través de ellos cierta dominación sobre la universidad.

Pero poco a poco, el estudiantado universitario, la intelectualidad, la iglesia, fueron escapando al control oligárquico y tomando las banderas de la independencia nacional y la transformación social. Porque los intereses, las expectativas de esas capas medias no tenían absolutamente nada que ver con los intereses y las expectativas de las clases dominantes de este país. Lo que usted ha observado durante todo ese período, no es sino un proceso por el cual estos grupos van tomando autonomía, van elaborando su propia estrategia enfilada hacia el desarrollo independiente del país. Ahora, yo me explico su desconfianza de marxista con respecto a la pequeña burguesía...

H. R. S. : Desconfianza que ne he expresado aún.

H. B. : Pero hay algo que no se puede discutir : el papel revolucionario que las capas medias vienen jugando desde hace bastante tiempo en

este país. Que han jugado en la década del 30. Que han jugado en las guerrillas, porque a las guerrillas no fueron sino pequeño-burgueses de las universidades. Que empiezan a jugar a través de la oficialidad militar. El proceso tenía que darse, proceso que se ha venido gestando a través de todos estos años y en el que ahora nosotros descubrimos hilación y coherencia. Ahora, naturalmente, esta pequeña burguesía aporta al proceso no solamente sus cualidades, sus características positivas frente a la dominación, sino también algunas características negativas. Ahí estamos de acuerdo. Pero nadie podría discutir que su posición frente al imperialismo es una posición revolucionaria. Porque es una posición que no tiene ninguna atadura con el estado de cosas anterior.

H. R. S. : Es precisamente cuestión de estrategia. Si las masas populares no tienen una estrategia, este juego se quiebra. Por eso es precisamente que tengo dudas, no desconfianza, dudas con respecto al papel de la pequeña burguesía. Si es que la pequeña burguesía realmente tiene, como usted dice, un papel tan importante, tan destacado en este proceso, ¿dónde está la estrategia que puede transferir esta revolución de las manos de la pequeña burguesía a las manos de las masas populares? ¿dónde está el mecanismo por el cual las masas realmente comienzan a tomar el poder?

H. B. : Eso es una vez más el problema de toda revolución. ¿Qué hubiera sucedido si nosotros hubiéramos hecho la revolución? No habríamos cumplido en esencia sino el mismo papel dirigente que está cumpliendo, en este momento, esta coalición de militares y técnicos. ¿Qué hubiéramos logrado? Quizás un proceso mucho más popular que éste, pero seguramente un proceso que, de todas maneras, habría sido dirigido por una vanguardia ilustrada que no puede provenir de otro lugar, en estos países, sino de los núcleos culturizados de la pequeña burguesía. Entonces, el problema hubiera sido exactamente el mismo : ¿Cómo lograr que el Estado, gobernado por estos señores, que a través de una lucha popular y guerrillera, habían llegado al poder, se transformara en un Estado realmente popular? Habríamos repetido el problema de toda revolución. Ahora bien, ¿por qué no existe una estrategia de las masas populares? Simplemente, porque las masas popula-

res en este país siempre fueron discriminadas y alejadas de la menor gravitación sobre los núcleos de decisión del país. Entonces, de lo que se trata en primer lugar para un revolucionario, es aproximarlas a esos núcleos de decisión y lograr que influyan cada vez más sobre ellos; hasta un punto tal que su papel ya no sea simplemente influyente, sino determinante. Yo creo que allí está el problema fundamental de la estrategia revolucionaria en un fenómeno como el actual en el Perú. ¿Cómo lograr eso? Eso no se va a poder lograr, de ninguna manera, si no existe una concientización de las masas populares, simultánea con una organización y una movilización de las mismas dentro del proceso. No hay otra salida. Y el problema está planteado. Estoy absolutamente de acuerdo con usted en que aquí no vamos a tener, de ninguna manera, una apertura hacia una etapa superior si es que las masas no intervienen, por sus propios medios. En eso estamos. Y una cosa más. Estoy absolutamente seguro que esa etapa va a llegar acá. Absolutamente seguro. Porque, como le repito una vez más, no es suficiente, felizmente, en este país, en este proceso, la simple dirigencia por una alianza entre militares y técnicos. El problema es tan grave, tan agudo en un país dominado como éste que, de ninguna manera, un proceso de este tipo podría incluso subsistir si no se apoyara, en determinado instante, en una amplia organización popular.

H. R. S. : Y ahora viene la pregunta concreta ; hasta ahora hemos discutido, en el fondo, cuestiones teóricas de cierto alcance y en cierto nivel. Pero ahora tenemos que entrar en el proceso peruano propiamente dicho. La movilización y organización de las masas no se ha dado, hasta hoy. ¿Cómo va a darse? ¿Cómo es el proyecto? Segunda pregunta : en el proyecto, ¿cómo garantiza una estrategia revolucionaria que estas organizaciones y esta concientización no sean concientización y organizaciones manipuladas, sino que, en un momento dado, se conviertan en una expresión autónoma y autóctona de la dinámica de las propias necesidades y deseos de las masas?

H. B. : Creo que la garantía para eso está justamente en que en un país como éste, es imposible movilizar al pueblo manipulándolo. Ha llegado a una etapa muy alta de lucha aunque,

aparentemente, exista más bien un adormecimiento popular. Pero el pueblo ha tenido tantas experiencias políticas, de apoyo a determinados líderes que después lo traicionaron, que aquí no va a moverse manipulado. Y la mejor garantía del proceso está allí, justamente. Ahora bien, sin embargo éste sigue siendo un peligro. Comparto con usted los temores por este peligro. Creo que si en este proceso, el pueblo fuera simplemente manipulado y movilizado solamente a cumplir decisiones que han sido previamente adoptadas, y no a cumplir decisiones en las que pueda intervenir, eso sería un factor de frustración del proceso.

H. R. S. : Aquí estamos absolutamente de acuerdo. Muy bien, entonces, ¿Cómo evitar esa frustración? ¿cómo construir estas organizaciones? ¿adónde ir? Esa es la pregunta que tendría que hacerle ahora.

H. B. : Bueno, las organizaciones se construyen sobre el camino; es el pueblo quien debe hacerlas, animado, impulsado por los dirigentes revolucionarios del proceso.

H. R. S. : Pero eso es una fe en el espontaneísmo de las masas...

H. B. : No, no es solamente espontaneísmo : Si usted ha visto por ejemplo el Plan Nacional de Desarrollo para 1970-75, encontrará allí un capítulo sobre movilización social donde se establecen varios postulados sumamente interesantes; primero que el objeto de la movilización social dentro de este proceso no es otro que el de ir contra la dependencia externa y la dominación interna promoviendo a las masas hacia una participación real a través de sus propias decisiones. Yo creo que eso, dicho por el Gobierno Revolucionario, tiene una importancia tremenda. Es decir, que esa convicción revolucionaria en este momento, ya no es solamente la de un grupo avanzado; es el objetivo del Gobierno. Ahora bien, ¿cómo es que eso se va a lograr en la práctica? No se puede sin la intervención de elementos de avanzada, de hombres que comprendan el problema y que entiendan perfectamente dónde reside la problemática de las revoluciones contemporáneas, y, naturalmente, de la Revolución Peruana. Yo pienso que allí el papel de los revolucionarios es históricamente urgente porque si la izquierda no participara, si renunciara a jugar un

papel activo y positivo dentro del proceso, estaría contribuyendo a su frustración.

H. R. S. : ¿Y los grupos de izquierda colaboran con el Gobierno?

H. B. : Hay elementos de izquierda que sí colaboran, pero la izquierda organizada no. Se encuentran todas las gamas, desde la posición de participación plena en el proceso, sin que esto signifique naturalmente participación incondicional, participación plena en el sentido de trabajo pleno...

H. R. S. : ... Pero no acritica. Esa participación podría ser una participación crítica también.

H. B. : Por supuesto, una participación crítica. Porque naturalmente, quien esté participando en el proceso, de ninguna manera renuncia a su capacidad de análisis de lo que está pasando, y a su capacidad de influir positivamente en el proceso en el sentido de hacerlo avanzar. Ahora, desde esa posición, hasta la de quienes aseguran que esto es fascismo encuentra usted todas las gamas.

Yo tengo la esperanza de que la evolución futura va a asegurar que los elementos más avanzados, los elementos pensantes de la izquierda, vayan siendo ganados a la lucha por una independencia nacional con revolución. Si así no lo fuera y si paralelamente el proceso siguiera su propia dinámica, la izquierda opositora se verá ante una alternativa de vida o muerte : participa o simplemente se resigna a ser aislada, minimizada, atomizada, hasta la ínfima expresión.

H. R. S. : El otro asunto que antes habíamos tocado es la movilización social. En una conversación que mantuve con un personaje adscrito directamente al Gobierno, esta persona mantuvo que la movilización significará la construcción de organismos y organizaciones autónomas para cada sector social. Esto hace sospechar que se trate de una sociedad corporativista al estilo del fascismo italiano en los primeros días de su existencia; ahora, no estoy utilizando la palabra fascismo en el sentido peyorativo sino como descripción de una forma de organización social que se ha dado en Italia sólo durante los primeros años de la existencia del fascismo. Cada sector social tenía, según esta fórmula, su representación que, a su vez,

tenía la tarea de concientizar este sector para el objetivo, para la así llamada revolución fascista. ¿Usted piensa que lo que está planteado en el Perú en este momento, es una movilización de esta naturaleza?

H. B. : La verdad es que la realidad peruana es sumamente compleja. Hay comunidades campesinas, proletariado industrial, proletariado minero, proletariado agrícola, los que se llaman con cierta exageración sectores marginados, y tiene usted la clase media, el estudiantado. En fin, el panorama social es sumamente complejo. La movilización va a ser mucho más compleja de lo que usted cree porque hay que reestructurar las comunidades; sistematizar las cooperativas, generalizar y también reestructurar los sindicatos. Es decir, crear organizaciones donde no existen. Va a ser mucho más compleja que la simple organización corporativa. Esto no tiene nada que ver con la representación que podrían tener por un lado el proletariado y por otro lado los industriales y por otro lado el Estado; esta trilogía no tiene ninguna relación con el fenómeno peruano.

Los lineamientos concretos, los lineamientos precisos de cómo va a ser la movilización, no están aún estructurados porque deben surgir del proceso mismo. Sería un error partir de un plan absolutamente precisado de cómo se va a organizar un pueblo; el pueblo se organizará de acuerdo a sus propias decisiones.

H. R. S. : Pero aquí tenemos, Héctor Béjar, el problema que discutimos antes, una fe en la espontaneidad; ustedes creen en la espontaneidad con que se crea la organización de las masas : se van a concientizar, se van a movilizar, etc, etc. Yo sinceramente le digo que no creo en eso.

H. B. : Yo pienso que si no creemos en la espontaneidad estamos perdidos. Porque, evidentemente, todo proceso revolucionario es en algún porcentaje, mayor o menor, espontáneo. Ahora, el problema está en cómo promoverlo; allí yo sí admito su pregunta. El problema para nosotros está en cómo promover el proceso.

H. R. S. : No, eso no he preguntado, yo he preguntado sencillamente quién, cuál vanguardia va a promover esta organización. Esa es mi

pregunta. Yo sé que no se puede dictar cómo va a ser esta organización...

H. B. : Entonces, usted admite cierto margen de espontaneidad.

H. R. S. : Desde luego, pero aparte de este margen de espontaneidad tiene que haber, existir, formularse en algún nivel, un grupo, una vanguardia, una persona, si usted quiere, una ideología, una estrategia, una política que lleve adelante esta forma de organización, que empuje hacia esta organización. Me explico, ése es mi planteamiento.

H. B. : Esa ideología, esa estrategia, ese equipo revolucionario de vanguardia se irá creando a través del proceso mismo ¿ responde eso a su pregunta?

H. R. S. : Es una respuesta muy redonda a una pregunta muy larga.

H. B. : Sí, el problema es éste, naturalmente. Tiene que haber un sistema de apoyo, de promoción, una dirección de toda la movilización, no sé si eso responde a su pregunta. Eso está planteado en los documentos del Gobierno, no le estoy diciendo ningún secreto. Está planteado, léalo usted, en las exposiciones más importantes de los elementos representativos del Gobierno. Si bien es cierto que los lineamientos generales de la ideología de esta revolución están dados, también es cierto que esta revolución sigue siendo un proceso abierto, y ésa es otra de sus características más fascinantes. Lo cual quiere decir que tanto parte de la ideología como parte de las formas de organización y parte de la estrategia está por crearse o está siendo creada a través de la vida misma, del proceso mismo. Ahora, eso no se crea en forma totalmente espontánea. Hay gente que lo crea, pero, naturalmente, se va creando en la medida en que se va enfrentando realidades y necesidades. Si este proceso saliera simplemente de un laboratorio, no sería revolucionario. Eso sí podría ser señalado como fascismo. Es decir, si se dijera « la cosa va a ser así y vamos a dirigirla a tal objetivo con tales métodos, con tales lineamientos, con tales formas de las cuales no nos podemos salir », estaríamos perdidos. Y además no podría hacerse, sería impracticable. Naturalmente, hay un elemento de espontaneidad, un elemento por crearse en todos estos aspectos y eso es también, como le

repito, una de las características más positivas, más nuevas, fascinantes, que tiene el proceso peruano.

H. R. S. : *El Che, en una oportunidad dijo que « cuando lo extraordinario llegue a ser lo cotidiano entonces habrá revolución ». Estoy lejos de mirar al Che como al último profeta y al último poseedor de la verdad revolucionaria, él hubiera estado lejos de esto también. Sin embargo, me parece que en esta frase hay algo muy lindo, muy bello, muy poético que se refiere a una revolución, y eso es la construcción de una nueva sociedad y la construcción de un nuevo hombre. ¿ Usted cree que en el proceso abierto al que ha hecho referencias, en esta revolución que está llevándose a cabo en el Perú, se dará esta poesía revolucionaria, esta belleza revolucionaria ?*

H. B. : Si no se da esa poesía revolucionaria, simplemente no hay plena revolución.

H. R. S. : *Claro que no, pero en el momento no se observa nada, uno llega al término...*

H. B. : No, tanto como que no se observa nada, no. Porque ese hecho no significa que en este proceso no haya cosas sorprendentes. Cualquier observador que haya visto los ejércitos latinoamericanos y que observe el ejército peruano de cerca, va a llegar a muchas comprobaciones sorprendentes. Es novedoso, por decir lo menos, que un ejército latinoamericano sea capaz de expulsar a las antiguas familias oligárquicas y a los monopolios norteamericanos de los grandes complejos azucareros; de ocupar el latifundio más grande del mundo en Casa Grande, de poner fin al poderío de la que fue la familia más influyente de este país, la familia Prado. Bueno, mire, hay cosas que lo menos que podemos decir es que son simplemente novedosas. Ahora, eso no quiere decir que eso sea todo. La revolución es mucho más que eso. Como usted dice, es la creación de un hombre nuevo. Yo pienso que eso va a empezar en una etapa superior de este proceso, una etapa a la que cada día debemos acercarnos más. Porque también creo que está en la condición de todos y cada uno de los hombres que están dirigiendo el proceso, que cada vez estamos llegando más a un punto muerto que hay que atravesar con audacia. Ese punto muerto está en la falta de participación popular. En el momento en que

el pueblo empiece, irrumpa en este proceso, entonces sí habrá toda la poesía, toda la belleza y todas las posibilidades de construcción de un hombre nuevo que hasta ahora no se ha dado ni en el país ni en el mundo. Y puede ser, estoy seguro de que hay posibilidades de que se dé acá.

H. R. S. : *Hay algunas cosas que habría que mencionar por lo menos brevemente. Primero, algo que antes ya habíamos insinuado aunque no discutido a fondo : Algunas medidas económicas del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas indican que se está intentando construir una nueva sociedad. Me refiero al problema de las inversiones extranjeras, me refiero al papel que atribuyen los que dirigen esta revolución, a los empresarios nacionales, y a cosas por el estilo. ¿ Usted no encuentra una contradicción entre estas medidas y lo que anteriormente ha expresado como el objetivo verdadero de esta revolución, como el proceso verdadero de esta revolución ?*

H. B. : Es muy interesante referirnos las medidas económicas del régimen. En primer lugar, vamos definiendo. Las medidas económicas de este régimen han tenido un primer resultado, el de dar al Estado peruano un papel determinante en la dirección de la economía del país, diferencia cualitativa con la anterior situación, en la que dependía del poder extranjero. Sin embargo, la gigantesca tarea del desarrollo, que no significa simplemente crecimiento económico sino que significa sobre todo transformación social, tiene un precio que hay que pagar. No es cierto que pueda ser hecho solamente por esfuerzo interno, aunque también es verdad que los planes económicos del régimen a largo y mediano plazo establecen como fundamental el esfuerzo interno. Aquí hay una realidad que es la realidad apremiante, la realidad dramática de todos los países del Tercer Mundo : el desarrollo, ya sea en un país que vive una revolución socialista como Cuba o un país que vive un proceso revolucionario sui-géneris como el Perú, no puede plantearse aparte de cierto financiamiento externo. Ahora bien, ¿ cuál es el problema de una revolución como la peruana ? Entendiendo que el financiamiento externo no debe tener papel predominante, también se entiende el peligro de que el financiamiento que viene de una sola

fente no tenga otra resultante que la renovación o el agravamiento de la dependencia, o sea justamente lo contrario de lo que se buscaba con la transformación social. La revolución peruana es sumamente pragmática en ese aspecto. Sabe que si bien es cierto que no puede prescindir del financiamiento externo, la única forma de escapar a un nuevo sistema de dominación es buscando el financiamiento externo en todas las fuentes, buscándolo tanto en las fuentes del capitalismo como en las del socialismo, buscándolo en los dos o en los tres centros del poder mundial en estos momentos. Y por eso en este momento delegaciones gubernamentales buscan financiamiento tanto en Japón como en China; tanto se plantea al BID créditos para los programas de desarrollo en el Perú como a la Unión Soviética. Esta es una política que puede parecerse pragmática y poco ideológica, pero yo la prefiero a cierta política ideológica que ha llevado a unos países a salir de la dependencia de Estados Unidos para caer en la dependencia de la Unión Soviética. Entonces el problema es ése. Ahora bien, no solamente se busca financiamiento privado externo, sino también se busca financiamiento privado interno. Es cierto. Pero eso no puede llevarnos a concluir que lo que se busca es una coalición con la burguesía, de ninguna manera. Porque si usted observa el cuadro de la economía nacional en este momento va a encontrar que el Estado tiene el monopolio del comercio exterior, tiene el control de las divisas, tiene el control de la mejor parte de la banca, va a tener el control de la industria básica, porque la Ley de Industrias reserva la industria básica para el Estado. Todos los nuevos proyectos mineros son estatales y por eso es que el Estado peruano puede permitir la inversión privada, moderadamente rentable a los inversionistas, en determinados sectores de la economía del país en los que no se puede prescindir de ella. De esa manera el proceso peruano se libra de entrar en el círculo vicioso de otras revoluciones que por estatizar demasiado y demasiado pronto se encontraron sin poder financiar todo el desarrollo y tuvieron que prescindir de grandes sectores económicos sometiendo a sus pueblos a tremendos sacrificios y haciendo llegar a sus economías a graves lagunas, a graves puntos muertos. Para mí, el modelo que aquí se ha escogido es el más ade-

cuado, el más flexible, el más pragmático también, si usted quiere. Pero indudablemente también el que asegura no solamente que la economía tenga un crecimiento flexible, sino que además este crecimiento se refleje en el crecimiento político; porque no se olvide que favorecer acá una estatización absoluta de toda la economía del país, significa favorecer también una estatización política del país. Y en la medida en que se asegura flexibilidad en el manejo de la economía del país garantizando la decisión fundamental de la economía para el país mismo, para la nación peruana, estará también usted favoreciendo un crecimiento político sumamente variado, sumamente dúctil, libre si usted quiere. Que ésa es la revolución política que nosotros como revolucionarios queremos darle a nuestro país, porque también la experiencia de las revoluciones que ya tienen medio siglo nos lleva a tener un gran recelo de esa estatización tan grande que al comienzo se presenta como liberadora pero que muy pronto aparecerá como opresora en todo, tanto en el plano económico como en el plano político.

H. R. S. : *Según lo que usted ha dicho, me parece que las medidas que quiere tomar el Gobierno Revolucionario en el Perú van mucho más allá de estas medidas relativamente moderadas. ¿ Usted cree que eso se puede dar, primero sin la renuncia de los inversionistas extranjeros a invertir en el Perú, y, segundo, sin una intervención de los Estados Unidos, una intervención directa, masiva, ya sea a través de la CIA, ya sea a través del ejército, pasando por encima del temor de que se cree un nuevo Viet Nam en América Latina ?*

H. B. : Le voy a responder a su pregunta diciéndole que justamente por eso estoy acá, y he optado por esta decisión. Yo soy de aquellos convencidos de que el imperialismo no renuncia a sus posiciones, como creen algunos teóricos de la izquierda mundial en este momento, porque simplemente haya cambiado de fase; es justamente la observación que usted hace la que nos lleva a permanecer mucho más unidos a este proceso porque, sin dramatizar ni exagerar, sabemos que existen serios peligros externos. Aunque comprobemos que la situación ha cambiado desde 1964 acá, y muchas

cosas han cambiado en América Latina, eso no nos debe llevar a subestimar el peligro externo que indudablemente existe.

H. R. S. : *Usted ha sido atacado por otros compañeros socialistas revolucionarios en el Perú y tengo entendido, también en otras partes de América Latina. ¿ Eso le preocupa?*

H. B. : A cualquiera le preocupa ser atacado. Pero las responsabilidades de cualquier revolucionario en este momento tienen que estar muy por encima del temor a los ataques. Es decir, cierto terrorismo verbal que se usa de parte de cierta izquierda, no debe presionar sobre nosotros para nuestras propias decisiones. Lo que tiene que determinar nuestras decisiones es la defensa de nuestro país, de nuestro pueblo, el análisis político de lo que está sucediendo en una situación determinada y en un país determinado. Si los ataques se produjeran, nosotros no variaríamos nuestra posición.

H. R. S. : *Y la última pregunta. Se ha hablado que dentro de las Fuerzas Armadas como institución existen serias contradicciones. Y se ha dicho incluso que estas contradicciones podrían llevar a un golpe dentro de la Revolución Peruana, un golpe que tendría como objetivo establecer situaciones a la brasileña y a la argentina en el Perú. Suponiendo que eso fuera así, ¿ el compañero Héctor Béjar tomaría otra vez las armas para levantarse contra un intento de esta naturaleza?*

H. B. : Hasta el momento la actitud institucional del ejército es sumamente homogénea y de respaldo a este proceso, sin que eso signifique que el ejército, como toda institución de este país, esté libre de naturales contradicciones. Si se diera eventualmente una intervención extranjera, o si el proceso revolucionario fuese atacado por la fuerza, dentro del país, los revolucionarios no vacilaríamos en defenderlo por cualquier medio. Y entonces podría ser que, como el Che, sintiéramos nuevamente debajo de nuestros talones los costillares de Rocinante...

Manuel Maldonado Denis

Puerto Rico : sociedad colonial en el Caribe

1. El problema de la dependencia : bajo el imperialismo español.

Cuando intentamos definir lo privativo, lo característico de los pueblos del Caribe dentro del contexto de los pueblos de la América Latina tenemos que llegar a la conclusión que lo que mejor los define es su situación de dependencia económica, política y militar frente al imperialismo norteamericano. El carácter mismo del Caribe como « frontera imperial »—como tan acertadamente lo ha descrito Juan Bosch—ha determinado el que, en su ámbito, la presencia de una u otra potencia colonial haya determinado la existencia colectiva de sus habitantes sin otras consideraciones para los habitantes de nuestras islas que las que se derivan oblicuamente de los intereses metropolitanos. Así, la determinación que sitúa el Caribe en el papel del « Mediterráneo norteamericano » será hecha tomando en consideración los imperativos de la expansión comercial e industrial del pujante capitalismo norteamericano en el siglo XIX. Los designios expansionistas de los Estados Unidos hacia el oeste y hacia el sur no iban a detenerse por consideraciones baladíes tales como las de « los derechos de los habitantes » de estos territorios. El racismo y el Darwinismo social que constituían las ideologías predominantes en el imperialismo decimonónico y de comienzos del siglo XX proveían la necesaria justificación o racionalización para el predominio de aquellos pueblos. El Senador Beveridge, por ejemplo, podrá afirmar en el Senado de los Estados Unidos que el papel de las razas superiores era uno de carácter netamente imperialista : « No renunciaremos a nuestra parte en la misión de nuestra raza, custodios bajo Dios de la civilización del mundo—nos dirá en la retórica de su época—porque Dios no ha estado preparando a los pueblos teutónicos y anglófonos por mil años para nada sino para la vana y ociosa autocontemplación y admiración. ¡ No! El nos ha hecho los maestros organizadores del mundo para establecer el sistema donde reina el caos. El nos ha hecho aptos en gobierno para que podamos administrar dicho gobierno entre pueblos seniles y salvajes (1). »

Dentro de esta tónica general de hegemonía imperialista se insertan los pueblos del Caribe a manera de lo que Darcy Ribeiro ha designado como « pueblos testimonio », es decir, pueblos

que aún no han entrado plenamente en el devenir histórico como autores, sino como espectadores. La acentuación de la dependencia a las metrópolis respectivas que signan « la herencia colonial de América Latina » (2) es a su vez el resultado—como bien ha indicado Celso Furtado—del proceso mediante el cual la división internacional del trabajo que cristaliza a mediados del siglo XIX bajo el liderato de Inglaterra sitúa a nuestros pueblos en el papel de exportadores de materias primas, primordialmente en el renglón de los productos tropicales (3). Todo ello se desenvuelve en el contexto de una herencia colonial basada—a partir de 1700—en una sociedad de amos y esclavos y su corolario : el sistema económico basado en la explotación en grande escala de grandes plantaciones por una aristocracia europea y blanca. De ahí esa enajenación propia del « homo caribiensis » tan cabalmente definida por Gordon Lewis al afirmar que este « ha sido enseñado a despreciar su propia sociedad y a adorar una sociedad ajena que lo acepta sólo a regañadientes ; de esta manera ha sido atrapado—enajenado y sin hogar—entre dos mundos que lo rechazan (4). » Para decirlo de otra manera, el problema esencial de los pueblos del Caribe ha sido su herencia colonial bajo las metrópolis que le han impuesto su impronta de países carentes de autodeterminación, herencia que de otra parte ha servido para remachar esa condición de alienación colectiva que tan agudamente padecen nuestros pueblos. El legado colonial y neo-colonial ha promovido a su vez esa situación de inmovilismo, de aparente petrificación de las estructuras que apuntalan la dependencia y que hacen aparecer tan estériles los esfuerzos repetidos por transformarlas.

La dependencia que sirve a manera de denominador común de los pueblos Caribeños debe vislumbrarse en forma de una especie de continuo que nos permita establecer los diversos grados

(1) Citado en Richard Hostadter. *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays* (Nueva York : Knopf, 1965, p. 176).

(2) Véase el valioso libro de Stanley (J.) y Barbara (H.) Stein : *La herencia colonial de América Latina* (México : Siglo XX, 1970).

(3) Véase Celso Furtado : *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana* (México : Siglo XVI, 1969).

(4) Gordon K. Lewis, *Puerto Rico : Libertad y poder en el Caribe* (Río Piedras : Editorial Edil, 1969). Este libro fue publicado originalmente en inglés por Monthly Review en 1964. Véase también del mismo autor : *The Growth of the Modern West Indies* (New York : Monthly Review Press., 1969).

de dependencia que padecen nuestros pueblos. No debe por lo tanto hablarse de dependencia como una cuestión absoluta, sino de grados. ¿Es Puerto Rico más dependiente de los Estados Unidos que la República Dominicana, o que Trinidad? Si es así, ¿cuales serán los criterios que nos permitirán precisar el verdadero carácter de dicha dependencia?

Todo ello nos lleva por fuerza a plantearnos el problema antitético al planteado, es decir, en qué consiste la independencia de los pueblos del Caribe, y si la independencia en cuanto tal es de suyo garantizadora de la eliminación de los vínculos de la dependencia. La autorizada voz de Aníbal Quijano Obregón nos pone en guardia contra esta idea al señalar: «Las sociedades latinoamericanas ingresaron en la historia del desarrollo del sistema universal de interdependencia, como sociedades dependientes a raíz de la colonización ibérica. Su historia puede ser trazada, en gran parte, como la historia de las sucesivas modificaciones de la situación de dependencia, a lo largo de la cual las diversas sociedades de la región han venido alcanzando diversas posiciones sin lograr salir, hasta el momento, de ese marco general (5).» No obstante, sería peligroso llegar a la conclusión opuesta tal y como nos la sugieren algunos de los ideólogos del colonialismo en el Caribe, vale decir, que la independencia como tal carece de sentido en nuestro tiempo y que mas valdría a los pueblos dependientes acogerse a una «libre asociación» como la que rige en Puerto Rico, la cargada que inevitablemente evoca esta proposición en la América Latina es prueba fehaciente de que aún tiene vigencia la aseveración de uno de los grandes líderes nacionalistas puertorriqueños de principios de este siglo,—José de Diego—cuando afirmó: La Independencia, la soberanía, es la libertad matriz y primaria de los pueblos: la soberanía es la fuente de todos los derechos: la independencia colectiva puede generar, en verdad, todos los despotismos, pero también todas las libertades, en tanto que todas las libertades secundarias no pueden generar la superior unidad de la soberanía nacional, que es la creadora, y todas la otras libertades son

como criaturas de ella emanadas e incapaces de suprema creación.»

Como un curioso dato histórico, fueron Cuba y Puerto Rico las dos Antillas que hasta fines del siglo XIX no habían logrado aún su independencia de España. Actualmente Cuba, primer país socialista de América, busca precisamente a través de su Revolución erradicar el legado de dependencia que continuó imperando en su seno años después de lograda la independencia política de España, mientras que Puerto Rico es el único país restante en el Caribe que continúa aún bajo un sistema colonial al estilo clásico. Pues en el resto del Caribe la situación de la penetración imperialista, si bien no tomó el cauce de la intervención directa como en Puerto Rico, no obstante se manifestó desembozadamente en la ocupación militar de Haití, Nicaragua, México y Santo Domingo por efectivos militares norteamericanos. Lo mismo puede decirse respecto a la intervención inglesa en la Guayana, o de los repetidos intentos de Francia y Holanda por ahogar los deseos de autodeterminación de sus colonias en el Caribe. Los Estados Unidos, mediante la creación de lo que «los intelectuales para-militares» del Pentágono llaman los «client state», ha pretendido imponer su versión de la «Pax Americana» en el Caribe. Puerto Rico es, precisamente, el caso más extremo de un «client state», con el agravante de que carecemos de la más elemental potestad para determinar las decisiones básicas que nos afectan vitalmente. Ahora debemos preguntarnos, ¿cuáles han sido los determinantes esenciales de esta situación de prolongada dependencia colonial, dado el hecho de que uno de los más importantes sucesos históricos de la post-guerra ha sido el proceso de liquidación del colonialismo concebido en su forma clásica? En lo que expondremos a continuación trataremos de ubicar a Puerto Rico dentro del contexto del Caribe y más particularmente dentro del contexto Antillano. Veamos.

Exterminio de la población aborígen.

Los arqueólogos como Ricardo Alegría han calculado la población aborígen de la isla de Boriquén en el momento del descubrimiento entre unos 50 000 y 70 000 habitantes (6). Los profesos-

(5) Citado por Tomás Amedeo Vasconi, en Teonito Dos Santos y otros, *La crisis del desarrollismo y la nueva dependencia* (Lima: Moncloa Editores, 1969), p. 145. Véase sobre el mismo tema a Helio Jaquaribe y otros, *La dependencia política-económica de la América Latina*, (México: Siglo XXI, 1969).

(6) Véase a Ricardo Alegría, *Descubrimiento, conquista y colonización de Puerto Rico, 1943-1959* (San Juan: Colección de Estudios Puertorriqueños 1969). También Felipe Pichardo Moya, *Los aborígenes de las Antillas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1956) y Salvador Brau: *La Colonización de Puerto Rico* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1966).

res Stein, refiriéndose al período de la colonización ibérica, nos dicen en un pasaje de gran relevancia para nosotros: «Las consecuencias inmediatas de la conquista y la ocupación de las regiones más densamente pobladas de la civilización amerindia fueron catastróficas. Una combinación de enfermedades epidémicas (viruelas, sarampión, tifoidea), de trabajo excesivo y la consiguiente debilitación física y el choque cultural inducido por el remodelamiento de una sociedad comunal conforme a líneas individualistas orientadas hacia el lucro produjo en los siglos XVI y principios del XVII uno de los descensos demográficos más desastrosos en la historia universal. Entre 1492 y alrededor del 1550, lo que podemos denominar el complejo de la conquista literalmente aniquiló a las poblaciones indígenas de las primeras regiones de contacto cultural europeo y amerindio: el Caribe (7). Esta hecatombe demográfica, como tan acertadamente lo ha puntualizado Celso Furtado (8), es una de las características básicas de la región del Caribe. Lo que Ricardo Moya llamó «la temprana extinción de los indoantillanos» se perpetra prácticamente durante los primeros cincuenta años de iniciada la conquista y colonización de las Antillas. La siguiente explicación de Furtado es plenamente aplicable en el caso de la extinción de los aborígenes puertorriqueños, hecho consumado y para mediados del siglo XVI: «La implantación de una economía minera por los españoles, que exigió grandes desplazamientos de población, acarrió la desorganización de gran parte de la producción de alimentos y, además, desarticuló la unidad familiar en lo que se refiere a una parte de la población. El propio proceso de la conquista daba lugar a desplazamientos forzados de población, particularmente de la población adulta masculina, la que prácticamente se extinguía en las marchas y trabajos forzados que exigía el conquistador. Por otro lado, la necesidad de extraer de las poblaciones que permanecían en las regiones agrícolas un exadente alimentario destinado a abastecer a los que trabajan en las minas, o que daban apoyo logístico a estos trabajos, o que simplemente permanecían en las ciudades, imponía una fuerte presión sobre la reducida población agrícola limitando la duración de la vida media. Finalmente, el

efecto de las epidemias provocadas por el contacto con portadores de nuevas enfermedades contagiosas desempeñó un papel no menos significativo en dicha hecatombe demográfica.» El sistema de capitulaciones y encomiendas, unido a la esclavización de los indios de Puerto Rico, signó el período recién descrito con la marca de la explotación clásica de corte colonial característica de la conquista y colonización española (9).

Resulta propio que apuntemos aquí la diferencia existente entre la situación demográfica en el Caribe en los comienzos de la conquista ibérica y aquella que caracterizó a los países donde existió una civilización precolombina de gran complejidad. En países como Perú y México se dio lo que Mariano Picón Salas llamó en una ocasión la yuxtaposición de las culturas hispánicas e indígenas, mientras que en el marco Caribeño las culturas indoantillanas apenas si pudieron sobrevivir el embate de los conquistadores. De una parte, está el hecho corroborado por los arqueólogos como Ricardo Moya de que «ningún grupo indoantillano conoció el uso arquitectónico de la piedra, ni supo trabajar los metales, y así, lo propiamente monumental y las técnicas y riquezas de la orfebrería fueron características extrañas a todos (10)». De otra parte está una organización social mas rudimentaria que la que conocemos como característica de las grandes civilizaciones precolombinas. Los intentos de resistir el reclamo del invasor no dejaron de darse, sin embargo, y los caciques como Gueybaná y Caunabo si bien no pudieron realmente encender una insurrección indígena capaz de expulsar a los españoles de Quisqueya y Borinquen—pueden considerarse como precursores de la gesta extraordinaria que siglos más tarde había de realizar el gran indio Tupac Amaru. (Para nosotros los Antillanos tiene una gran importancia este gesto insurreccional de los indoantillanos, pues contribuye a echar por tierra el mito colonialista de la «docilidad» de los aborígenes de las Antillas. Como parte del proceso de descolonización intelectual que requieren nuestros pueblos, procede el estudio a fondo de nuestras raíces indígenas, de las aportaciones de los indoantillanos a nuestra cultura, etc.).

(9) Véase Eugenio Fernández Méndez: *Las encomiendas y la esclavitud de los indios de Puerto Rico, 1508-1550* (San Juan: Ediciones El Cerné, 1970).

(10) Pichardo Moya, op. cit. p. 12.

(7) Stein y Stein, op. cit. p. 39-40.

(8) Furtado, op. cit. p. 20-21.

Es ya casi un tópico de la historiografía de América que el exterminio del indio en el Caribe condujo a la introducción de la esclavitud negra a nuestros territorios. Cabe indicar como un hecho curioso aquel que nos indica el gesto fútil del imperio español al decretar la abolición de la esclavitud de los indios cuando estos ya se hallaban en franco proceso de desaparición. En Puerto Rico el escenario está ya listo para la llegada de los primeros esclavos procedentes de África.

La sociedad colonial.

Un historiador económico nos dice que «la apertura del Nuevo Mundo contribuyó al desarrollo del capitalismo porque los primeros exploradores y navegantes buscaban directamente en los países productores: algodón, seda, especias y azúcar, artículos ya de consumo corriente, amén de otros productos hasta entonces desconocidos, como maderas de tinte y de ebanistería añil, café y tabaco (11)». La mano de obra del esclavo vendrá a sustituir, en las Antillas, la manguante mano de obra indígena. El comercio de esclavos, al proveer el excedente que permitía la acumulación de capital de las metrópolis europeas, se convierte en un lucrativo negocio capaz de rendir pingües beneficios a quienes practicaban dicho comercio.

En Puerto Rico las vetas auríferas tan codiciadas por los colonizadores españoles fueron agotándose rápidamente, hasta el punto de que, al conocerse la noticia de que se habían descubierto ricos yacimientos de oro en el Perú, por poco queda despoblada la isla ante el grito de «Dios me lleve al Perú.» El gobernador colonial tuvo que tomar medidas drásticas—tales como amenazar a los que intentaran escapar hacia el Perú con cortales la planta de los pies—con miras a evitar la despoblación de la isla. Ello debe tomarse en consideración desde la perspectiva del escaso número de habitantes europeos que residían en la isla. Según Brau, en 1510 la población europea no excedía de 300 personas. Cuando se realiza el primer censo (1530) el total de la población de Puerto Rico (incluyendo indios y negros) era de 1,523 habi-

(11) Henri Seé : *Origen y evolución del capitalismo moderno* (México : Fondo de Cultura Económica, 1952), p. 46. Véase también al respecto a Eric Williams : *Capitalism and Slavery* (The University of North Carolina Press, 1944).

tantes, de los cuales había solo 369 blancos. El mismo historiador nos indica que ya por 1510 se estaban trayendo esclavos negros a las Antillas, y que el propio Rey de España había ya expedido varias cédulas donde autorizaba la trata de esclavos en las colonias españolas.

Asimismo una Real Cédula, expedida en 1519, propende al fomento y cultivo de la caña de azúcar, expresando éste que : «La católica reina mi madre e yo tenemos mucha voluntad que la isla de San Juan se pueble y ennoblezca de todas las cosas de plantas e otras granjerías como lo son e están estos reinos, y por ende yo vos mando que con mucha diligencia entendáis en que los vecinos de dicha isla hagan ingenios de azúcar; e a los que tuvieran lugar para ello le favorezcáis e ayudéis con todo lo posible, así en hacellos prestar de nuestra hacienda para ayudar a hacer los dichos ingenios, como en dalles libertades e de los provechos de la tierra, etc. (12). Es así como comienzan a establecerse en Puerto Rico los ingenios azucareros, si bien puede decirse que las condiciones paupérrimas de la isla hicieron sumamente difícil en sus comienzos el «despegue» de dicha industria. Es, precisamente la importación del trabajo esclavo para la realización de las tareas atinentes al cultivo de la sacarina lo que permite la explotación en gran escala de la gran plantación para beneficio del empresario.

La esclavitud no será abolida en Puerto Rico hasta el 22 de marzo de 1873. Por lo tanto esta institución servirá para fijar los perfiles generales de la sociedad puertorriqueña a lo largo de su desarrollo histórico desde los comienzos de la conquista hasta bien entrado el siglo XIX.

Me parece que en tal sentido proceden algunas consideraciones de carácter teórico. No cabe duda alguna de que, como hemos dicho anteriormente, la esclavitud negra constituirá el medio esencial mediante el cual la minoría europea impondrá su patrón de explotación sobre aquellos que serán la fuente primordial del excedente que permite a ésta incrementar la rentabilidad sobre sus inversiones. La relación amo-esclavo es, pues, eje esencial de las relaciones sociales durante el período formativo de la sociedad puertorriqueña. No debemos pasar por alto, sin embargo, el hecho que esa economía esclavista se hallaba estrechamente vinculada al

(12) Citado en Brau, op. cit., p. 459.

desarrollo mismo de la economía capitalista. Las economías de los colonias eran más bien extensiones periféricas de las economías metropolitanas, que a su vez se hallaban bajo el imperio del mercado mundial. Lo que se desarrolla en Puerto Rico, por lo tanto, es más bien una economía de tipo pre-capitalista, básicamente exportadora de materias primas o semi-elaboradas, asentada sobre la explotación de la mano de obra esclava y dependiente de las fluctuaciones del mercado mundial.

En adición a los esclavos negros, el excedente que hacía posible la explotación se extraía de los obreros conocidos como «jornaleros libres». Dichos jornaleros fueron sometidos a lo largo del siglo XIX a la leva forzada, restringiéndoseles la movilidad y obligándoseles a portar las libretas de jornaleros que les situaba a la merced de sus patronos. Una muestra del carácter represivo de las libretas de jornaleros puede captarse de la lectura del «Bando de Vagos» del Gobernador López-Baños—(1838) y del Reglamento del Gobernador Pezuela (1849). Así nos resume este último Cruz Monclova : «Se declaraba jornalero a toda persona mayor de diez y seis años, que careciendo de capital o industria, se dedicara al servicio de otra, ya en las labores del campo o las artes mecánicas, por todo o parte del año, mediante salario. La condición de jornalero la determinaban los jueces de los pueblos. Todo jornalero estaba obligado a inscribirse en el registro correspondiente a cargo del juez de su domicilio; y a proveerse de una libreta de matrícula, renovable cada año, que éste obtenía gratuitamente del juez y le sería reemplazada, en caso de extravío, también gratuitamente. El jornalero tenía además la obligación de llevar consigo la libreta, y si era habido sin ella debía sufrir ocho días de trabajo en cualquier obra pública, con pago solamente de medio jornal. Venía asimismo obligado a estar constantemente colocado. Cuando no lo estuviera, el juez de su pueblo debía proporcionarle trabajo en obras públicas o privadas, en cuyo caso se le abonaría jornal íntegro, según el uso del lugar. Y finalmente tenía la obligación de trasladarse a vivir en su respectivo pueblo y a construir en él su bohío o habitación, salvo el caso en que, con anterioridad a dicha fecha, presentara al juez una papeleta firmada por algún hacendado, labrador o ganadero del distrito, declarando que se obligaba a recibir a

éste en su propiedad, en calidad de mozo de labor o dependiente (13). Aunque las libretas son abolidas por el Gobernador Primo de Rivera en 1874, al caer la Primera República su sucesor el General Sanz Posse restituye la institución mediante el Infame Bando de Vagos (1874).

Bajo la economía colonial decimonónica, la elite colonial de aquel entonces pretendía así—una vez abolida la esclavitud—perpetuar sus privilegios a través de un sistema de servidumbre capaz de garantizar que el excedente extraído anteriormente seguiría fluyendo sin mayores interrupciones. Como ha señalado un estudio reciente de Roberto Mesa sobre el colonialismo español en el siglo XIX, los antiguos esclavistas sustituyeron la mano de obra barata de los «coolies» chinos y de los propios jornaleros libres de la colonia, asegurándose al mismo tiempo de que los esclavos que resultasen liberados continuarían soportando las onerosas cargas de nuevas formas de servidumbre (14). No es hasta entrado el fin del siglo XIX que un obrero anarquista español influido por Pablo Iglesias, Santiago Iglesias Pantín, comienza en Puerto Rico la ingente tarea de organizar a los obreros puertorriqueños. Hasta ese momento—cuando Puerto Rico se halla ya al filo de la intervención militar norteamericana de 1898—el jornalero puertorriqueño padecía los rigores de un régimen de explotación económica que disimulaba muy mal las antiguas formas de servidumbre.

En esta estructura social producto del colonialismo español encontramos que la pequeña clase de profesionales que componían la clase media de aquel entonces se hallaba también a la merced de la élite colonial que dominaba la isla. El gran comercio al por mayor y al detal, así como las instituciones bancarias que monopolizaban el crédito, se hallaban predominantemente en manos de una minoría de comerciantes y banqueros españoles. En ese sentido los «criollos» que ya para el siglo XVIII comenzaban a tomar un perfil definido frente a los de la «banda allá», eran realmente una clase domi-

(13) Lidio Cruz Monclova : *Historia de Puerto Rico en el siglo XIX*, Tres Tomos (Río Piedras : Editorial Universitaria, 1957-1964), Tomo II, p. 388-389.

(14) Roberto Mesa : *El colonialismo en la crisis del XIX español* (Madrid : Ciencia Nueva, 1968). Véase también del mismo autor su artículo «El colonialismo en la ideología española», en *Boletín Informativo de Ciencia Política* (Madrid), número 3, marzo de 1970, p. 53-67.

nada, prácticamente a la merced de las prácticas usureras de la minoría española (15). Al describirnos la división entre liberales y conservadores durante el siglo XIX, nos dice el historiador Cruz Monclova: « En el seno del sector conservador figuran los que disfrutaban la magistratura civil y militar de la colonia; los grandes almacenistas y comerciantes, generalmente españoles, que tenían el dominio de las relaciones con los exportadores de la península y los medios para la refacción y compra de la producción insular; sus agentes y relacionados, y algunos terratenientes y profesionales que, juntamente con aquellos, formaban el elemento demográfico de mayor importancia económica de la colonia. Mientras, en el sector liberal reformista se agruparon la mayor parte de los profesionales, de los pequeños agricultores, ganaderos, industriales y comerciantes nativos... y la gran masa de las clases media y llana, que juntamente, con las anteriores, constituían el elemento demográfico de mayor importancia social en la isla (16). »

Realmente esta división señalada por Cruz Monclova resalta la división de clases que emanaba directamente del propio sistema colonial imperante en Puerto Rico. En la cúspide, lo que hemos llamado le elite colonial, compuesta predominantemente del elemento peninsular residente en Puerto Rico, si bien no puede éste separarse tan nítidamente del sector mas acomodado del elemento criollo. De otra parte la mayoría de la población boricua, con todas las correspondientes gradaciones sociales. No obstante, el sistema colonial español se mantiene inamovible durante el siglo XIX, no empero los esfuerzos de los independentistas criollos por lograr la independencia de Puerto Rico a través de la revolución armada.

Según notaremos mas adelante en el transcurso de esta exposición, en Puerto Rico no logra materializarse un movimiento insurreccional análogo al que se enciende en la Cuba con el Grito de Yara de 1868. De los últimos dos « flo-

rones de la corona española », Puerto Rico es el que sufre con mayor rigor la condición colonial bajo España, si bien no puede negarse que el pueblo cubano experimentó una brutal represión a manos de los colonialistas españoles como reacción ante su alzamiento revolucionario.

Privilegios y represión.

De hecho, el decadente imperio español concentra en sus colonias restantes todo su poderío así como toda su obstinación de potencia en oca. Cualquier concesión a Cuba o Puerto Rico era denunciada por los conservadores en la metrópoli y por los incondicionales en las colonias como un paso hacia la separación. El férreo sistema colonial imperante en Puerto Rico se asentaba sobre las bases del poder material y espiritual de la metrópoli ejercido en forma autoritaria y represiva. Salvo durante los breves interludios de gobierno en la metrópoli, la política colonial puertorriqueña estuvo dominada, a todo lo largo del siglo XIX, por los conservadores—primordialmente peninsulares—que como hemos visto dominaban fundamentalmente las bases de la economía colonial. En Puerto Rico no surge nunca una burguesía criolla como la que nos describe Moreno Fraginalls refiriéndose a la Cuba decimonónica cuando afirma: « El desarrollo azucarero de la Isla transformó al criollo terrateniente en hombre de modernísimo sentido económico, creando la mas sólida y brillante clase burguesa de América Latina (17). » Por el contrario, las guerras de independencia en Haití y Sud América vierten sobre Puerto Rico todo un contingente de personas acaudaladas—realistas en su mayor parte—que huyen del proceso emancipador de la América Latina y se refugian en este bastión de la corona española. Ello, unido a la presencia hegemónica del peninsular, hace del criollo propiamente hablando un intermediario, un supeditado al poder económico de esta elite colonial. En Puerto Rico también se produce lo que Moreno Fraginalls llama la « sacarocracia », pero nunca con el poderío económico que aquel le atribuye a ésta en la sociedad cubana.

La preocupación esencial de la elite colonial decimonónica en Puerto Rico fue la de aferrarse a sus privilegios como tal. Esta intentó por todos

los medios de impedir que la esclavitud fuese abolida. Para lograr dicho fin utilizó dos argumentos principales: el peligro de la anarquía y la revolución ejemplarizada por Haití, Santo Domingo y Sud América, de una parte, y el carácter esencialmente inferior de la población criolla de la otra, hecho éste último avalado por el elemento africano presente en la constitución de nuestra sociedad. En cuanto a lo primero, es perentorio recalcar el pavor que la elite colonial puertorriqueña manifestaba frente a sucesos como la revolución haitiana. El espectro de la abolición de la esclavitud creaba en la mente de los esclavistas los más ominosos temores de una guerra racial, donde al desencadenarse el « salvajismo » africano quedarían prácticamente exterminados de raíz todos los baluartes de la civilización. Comp bien ha indicado Fanon en su radiografía del colonialismo, nada es mas conveniente al colonizador para justificar su acción inferiorizante con respecto al colonizado que el consabido bestiario. Entonces, los mas increíbles relatos, que van desde el rapto hasta la antropofagia se invocan de consuno para exaltar el carácter « bestial » del oprimido. En todo el Caribe, esta inferiorización tomó un carácter racista muy marcado. Como han indicado con agudeza los Stein; « el supremo legado social del colonialismo fue la degradación de la fuerza de trabajo, indio y negra, en todo lugar de América Latina. El que miembros de los grupos mezclados ocasionalmente fueran incorporados al grupo dominante durante el período colonial o se distinguieran en la lucha por la independencia no es un argumento persuasivo de la integración racial en las sociedades colonial y post colonial. Hacer este tipo de argumentos es elevar la actividad sexual casual al nivel de planificación familiar y considerar el crecimiento de la población mestiza o mulata como un índice de integración racial e igualdad. Por el contrario, podría argüirse que la rigidez de las barreras a la movilidad social ascendente—las barreras de color, nacimiento y carencia económica en la América Latina colonial y poscolonial—permitieron a la elite absorber un insignificante porcentaje de los grupos mezclados mas agresivos, conservando así la esencia de la estratificación social. (18) Si bien podrían indicarse, posibles excepciones a este aserto, creo que la

(17) Manuel Moreno Fraginalls « Azúcar, esclavos y revolución (1790-1868) » en Casa de las Américas, (La Habana), número 50, 1968, p. 36.

historia de la sociedad puertorriqueña bajo la dominación española demuestra la certeza del juicio de los Stein.

Bastaría con leer la *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico* de Díaz Soler, o *La Historia de Puerto Rico en el siglo XIX* de Cruz Monclova para darse cuenta de hasta que punto está presente en la elite colonial el germen del prejuicio racial contra los africanos. No obstante, como toda elite, la que nos preocupa incorporaba en su seno a ciertos elementos de razas negras o mulatas, cimentando así su control sobre la población. Lo mismo puede decirse de la incorporación de ciertos elementos entre los criollos blancos que de esta forma lograban acceso a ciertas prerrogativas dentro de la estructura del poder colonial.

No es hasta 1897 que los puertorriqueños alcanzan por primera vez—bajo las disposiciones de la efímera Carta Autonómica—una cierta dosis de gobierno propio. Durante todo el siglo XIX estos habían padecido el gobierno autoritario y unipersonal de los Gobernadores—Generales españoles. Pero ya el gesto español resulta demasiado tardío. De hecho, es mi opinión que la Carta Autonómica de 1897 es como he dicho en mi libro—el « canto de cisne » del colonialismo español, acasado por un flanco por la revolución cubana iniciada por Martí en 1895 y por el otro por los designios expansionistas de los Estados Unidos. Para ese momento histórico, un sector del liberalismo puertorriqueño, de corte autonomista, parece representar la última esperanza del decadente imperio español en Puerto Rico. Es así como un grupo de hombres representativos de la débil burguesía criolla logra que se le dé una participación un tanto generosa en el gobierno de los asuntos internos de la colonia. Efímero será su poder, pues el 25 julio de 1898 las tropas norteamericanas ocuparán la isla de Puerto Rico.

Las guerras de independencia de la América Latina habían despertado en el Libertador Bolívar el deseo de liberar a Cuba y a Puerto Rico del colonialismo español. Su deseo se manifestó en hechos concretos: su correspondencia revela que en varias ocasiones Bolívar estuvo a punto de enviar un ejército libertador a Cuba y Puerto Rico, pero se vió forzado a desistir por dos razones principales: de una parte estaba su cálculo referente al ulterior debilitamiento de

(18) Sein y Stein, op. cit., p. 114-115.

(15) Fray Iñigo Abad, nuestro primer historiador, ya hace notar el hecho de que en Puerto Rico « dan el nombre criollos indistintamente a todos los nacidos en la isla de cualquier casta o mezcla que provengan. A los europeos llaman blancos, o usando de su misma expresión, hombres de la otra banda ». Fray Iñigo Abad y Lasierra *Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*. (Rio Piedras: Editorial Universitaria, 1959, p. 181.) Este libro fue publicado originalmente en 1796.

(16) Cruz Monclova, op. cit., p. 42-43.

España si Inglaterra entraba en guerra con aquella (hecho que no se realizó); de otra parte estaba la tenaz oposición de los Estados Unidos a cualquier cambio en el «status quo» una vez liberadas las antiguas colonias de Tierra Firme, hecho demostrado hasta la saciedad por la posición que sus plenipotenciarios adoptan en el Congreso de Panamá.

Desde el momento de la independencia latinoamericana, por consiguiente, los Estados Unidos, a través de la Doctrina Monroe pretenderán establecer un dique efectivo contra la liberación de Cuba y Puerto Rico del imperio español. Bajo el pretexto de que no se permitiría la ingerencia de ninguna potencia europea en el hemisferio sur, los Estados Unidos estaban de hecho dando su apoyo al colonialismo español en las Antillas.

Desde los comienzos de la independencia norteamericana, los designos imperialistas de la nueva República quedan manifiestos. Sus gobernantes—al mismo tiempo que buscaban la expansión hacia el oeste—miraban hacia el sur con crecientes ansias de dominio. Cuba era el principal objeto de la codicia norteamericana, pero también lo eran Puerto Rico, Haití y Santo Domingo.

Reiterando la posición norteamericana en cuanto a Cuba y Puerto Rico, el Secretario de Estado Seward consignará en 1861: «Los Estados Unidos tienen una política tradicional respecto a las islas de Cuba y Puerto Rico. En vista de la vecindad de dichas islas a nuestras costas, los Estados Unidos han considerado su deber y su derecho vigilar e impedir que dichas islas pudieran caer en manos de una potencia hostil. Los Estados Unidos han alimentado constantemente la creencia de que algún día puedan adquirir esas islas por medios justos y legales con el consentimiento de España. En el interín, los Estados Unidos han considerado lo más conveniente, para su seguridad presente y ulteriores intereses, que Cuba y Puerto Rico permanezcan en la posesión y dominio de España.» (19) Durante esa misma década presenciaremos los infructuosos intentos norteamericanos por anexarse a Santo Domingo, en abierta connivencia con Buenaventura Báez. El historiador Cruz Monclova nos apunta que los Estados Unidos llegaron a hacer una oferta

para la compra de Cuba y Puerto Rico, pero la cosa no pasó de ahí.

Con el desarrollo de una gran armada tal y como lo concibiera el Almirante Mahan, los Estados desplazaron a Inglaterra como la gran potencia naval del hemisferio. Este hecho queda subrayado cuando Olney con motivo de la disputa entre Inglaterra y Venezuela por la Guayana (1895), emite su famoso corolario a la Doctrina Monroe: «Estados Unidos es, hoy, prácticamente soberano en América, y su fiat es la ley en los asuntos en que interviene.»

El estallido del Maine en la Bahía de la Habana es el detonante que desata lo que John Hay llamó «our splendid little war». La derrota de la flota del Almirante Cervera en la Bahía de Santiago—tan patéticamente descrita por Pablo de Azcarate en su libro *La guerra del 98* (20)—sirvió para dramatizar la impotencia española frente al empuje del nuevo imperio que le imponía su condiciones. Patético también resulta el pedido que hace España a los Estados Unidos el primero de agosto del 1898: «Espera el Gobierno de S.M. que tratándose simplemente de una dación en pago, los Estados Unidos no mostrarán empeño en imponer al que reputan obligado, la dura ley de enajenar lo que sin haber estado jamás en litigio, tiene un precio de afeción especialísima. Desearía saber, pues, si el Presidente de la República acogería el propósito de admitir la sustitución de Puerto Rico por otra forma de compensación territorial», sobre todo cuando se le contrasta con la tónica de la respuesta del Presidente McKinley a las demandas españolas: «Primera, la renuncia por España a toda pretensión a su soberanía o a sus derechos sobre Cuba y a la inmediata evacuación de la isla. Segunda; el presidente de los Estados Unidos, deseoso de dar prueba de una señalada generosidad no presentará, ahora, una petición de indemnización pecuniaria. Sin embargo, no puede permanecer insensible a las pérdidas y los gastos ocasionados a los Estados Unidos por la guerra, ni a las reclamaciones de nuestros conciudadanos con motivo de los daños y perjuicios que han sufrido en sus personas y bienes durante la última insurrección de Cuba. En consecuencia, está obligado a pedir la cesión a los Estados Unidos y la evacuación inmediata

(20) (Madrid: Alianza Editorial, 1968.) Véase también al respecto a Melchor Fernández Almagro: *Historia política de la España contemporánea*, 3 tomos. (Madrid: Alianza Editorial, 1968.)

por España de Puerto Rico y de las demás islas que se hallan actualmente bajo la soberanía de España en las Indias Occidentales, así como la cesión en los ladrones de una isla que será designada por los Estados Unidos. Tercero, por las mismas razones los Estados Unidos tienen título para ocupar y ocuparán la bahía y el puerto de Manila, esperando la conclusión de un tratado de paz que deberá determinar la intervención (control), la disposición y el gobierno de Filipinas.» (21)

La suerte estaba echada. Con la ocupación militar de Cuba, Puerto Rico y Filipinas el «splendid little war» marca el comienzo de un nuevo capítulo en la historia norteamericana: el de la adquisición de colonias de ultramar. El complejo Mesiano que esta acción aparejaba consigo puede notarse en las instrucciones del Presidente McKinley a la delegación americana fechado el 16 de septiembre de 1898 donde el mandatario afirma: «La marcha de los acontecimientos regula y se impone a las acciones humanas, confesando, sin reserva, el propósito que ha inspirado todos nuestros esfuerzos, y manteniéndonos fieles a él, no podemos dejar de comprender que, sin deseo ni designio por nuestra parte, la guerra nos ha impuesto nuevos deberes y responsabilidades que debemos cumplir y satisfacer como incumbe a una gran nación sobre cuyo desenvolvimiento y carrera, desde su mismo principio, el Señor de todas las naciones (Ruler of Nations) ha claramente inscrito el alto mandato y empeño de la civilización.» (22)

Puerto Rico pasará a manos del nuevo ocupante en calidad de «botín de guerra» una vez terminada la desigual contienda. La menor de las Antillas mayores iba de una mano a otra sin que en momento alguno se le consultase acerca del tránsito y sus implicaciones. Desembarcan las tropas yanquis por la bahía de Guanica el 25 de 1898. Una nueva experiencia colonial comienza desde aquel momento para nuestra Patria.

2. El problema de la dependencia: bajo el imperialismo norteamericano.

Parte de la labor de la nueva historiografía latinoamericana ha consistido en desmistificar

(21) Citado en Pablo Azcarate, op. cit., p. 161-162.
(22) *Ibid.*, p. 171.

nuestra historia, en romper sin piedad los mitos mediante los cuales las clases dominantes habían distorsionado los hechos históricos mismos para poner la historia al servicio de sus propios fines de dominación. Ha sido necesaria una crisis de la propia sociedad latinoamericana para que las más flagrantes fallas de las interpretaciones histórico-sociales de la historia de América hayan salido a la luz. En cierto modo podemos decir que la historiografía y la sociología tradicionales, como las sociedades mismas que les sirvieron como trasfondo, se hallan en un estado de profunda crisis. Lo dicho es cierto no únicamente para la sociología y la historia latinoamericanas, sino también de la sociología y la historia de los Estados Unidos. Todos los conceptos utilizados tradicionalmente a manera de apoyaturas convenientes para una interpretación social favorable a los intereses del sostenimiento del «statu quo» han estado demostrando, frente a la tozudez de los hechos históricos mismos, sus profundas imperfecciones.

La historia misma de los países del Caribe ofrece una buena ilustración de lo dicho. Como «frontera imperial», el Caribe ha estado sujeto en un grado superlativo a toda la influencia desbocada de la comovisión imperialista, tal y como esta ha sido comunicada a sus habitantes por las diversas metrópolis que nos han regentado a lo largo de la historia. El propio estereotipo del Caribe como un plácido lugar de sol y palmeras donde sus hombres se agotan en el sexo y el ron ha dado pábulo a no pocas interpretaciones de nuestra historia como una de pueblos cuya indolencia innata les condena al más abyecto subdesarrollo. Las propias elites coloniales han contribuido también a este menoscabo de lo nuestro, aduciendo muchas veces teorías acerca de nuestro carácter que no distan mucho de las racionalizaciones para la dominación imperial que a tales efectos ofrecen los ideólogos de la metrópolis. En un excelente ensayo escrito recientemente, el sociólogo dominicano Franklin J. Franco ha contribuido a desenmascarar el verdadero prejuicio antiafricano que late en la hispanofilia de algunos de los escritores más consagrados de la historia dominicana. (1) Otro tanto puede decirse del

(1) Franklin J. Franco: *La ideología del Trujillato la Ahora*, 31 de mayo de 1971.

análisis del concepto de «negritude» en Price-Mars realizado por Rene Depestre, del análisis de la ideología de la elite colonial cubana hecha por Moreno Fraginalls y José Luciano Franco, así como de lo que el autor del presente trabajo ha pretendido hacer respecto a la ideología colonialista en Puerto Rico.

Uno de los grandes mitos urdidos por la ideología colonialista ha sido el que pretende eximir al imperialismo norteamericano de todo designio imperialista respecto a la América Latina. La elaboración de esta tesis ha quedado la mayoría de las ocasiones a cargo de ciertos sectores de la elite intelectual latinoamericana, que ha pretendido en muchas ocasiones guardar un silencio cómplice en la intervención del imperialismo en los asuntos internos de nuestros países. Puerto Rico, quizás más que ningún otro país latinoamericano, es una viva ilustración de lo expresado. Es aquí donde la tesis del «imperialismo bobo» ha tenido sus más destacados exponentes. Es en nuestra Patria donde el canto del «puente entre las dos culturas del hemisferio» ha servido para perpetuar nuestra condición colonial y para dulcificar el verdadero carácter de nuestra dependencia.

La tesis del «imperialismo bobo» es muy sencilla. Los Estados Unidos entraron en la guerra hispanoamericana no por motivos expansionistas, sino porque súbitamente tuvieron que afrontar las responsabilidades de una potencia mundial. Realmente el imperio adquirido por los Estados Unidos en 1898—dicen los ideólogos criollos del imperialismo bobo—fue adquirido en un momento de lo que los norteamericanos llaman «absent mindedness». En cuanto a las demás intervenciones yanquis en el hemisferio, éstas han sido producto de los errores—si acaso—de algunos gobernantes, pero nunca una consecuencia inevitable del propio desarrollo del capitalismo norteamericano.

La nueva historiografía norteamericana—a la que allá han dado en llamar la de los «historiadores revisionistas», ha puesto todas estas nociones en su debida perspectiva. Sobre la política expansionista de los Estados Unidos en 1890 nos dice el historiador Walter La Feber: *Para Mahan, William MacKinley, Theodore Roosevelt y Henry Cabot Lodge, las posesiones coloniales, tal y como éstos las definían eran piedras de toque hacia los dos grandes premios: los mercados latinoamericanos y asiáti-*

cos. Esta política se asemejaba mucho menos al colonialismo tradicional que al nuevo período de expansión industrial y financiera de 1850-1914. Estos hombres no visualizaban «colonizar» a la América Latina o a Asia. Si querían explotar estas áreas económicamente brindándoles (especialmente a Asia) los beneficios de la civilización occidental y cristiana. Para hacer esto, estos expansionistas necesitaban bases estratégicas desde las cuales los carriles marítimos y los intereses interiores en Asia y América Latina pudiesen ser protegidos. (2)

Cuando los Estados Unidos comienzan su expansión hacia el Oeste una vez establecida la República, nos dice el profesor Van Alstyne, su experiencia imperialista no se distingue básicamente de la de Inglaterra, ya que: «ambos imperjos fueron criaturas de fuerzas naturales—de la emigración y la colonización, del comercio y de la religión, así como del deseo de expandir su influencia política. Pero en ninguno de los casos fue la expansión inintencionada, inplanificada u olvidadiza. Cada imperio seguirá un patrón estratégico, y la historia de cada cual muestra la influencia de mucha planificación y dirección consciente». (3) Y el prominente historiador William Appleman Williams nos apunta que con el desarrollo de la economía corporativa, los líderes norteamericanos de aquel momento histórico «recalaron crecientemente el papel de la política exterior en la solución de los problemas domésticos e iniciaron conscientemente un amplio programa de imperialismo sofisticado. Subyacente en dicha expansión, y sustentándola hasta entrado el siglo XX, estaba la idea central de que la expansión económica ultramarina proveía el sine qua non de la prosperidad doméstica y la paz social.» (4)

La intervención norteamericana de la República Dominicana en 1965, así como la de Indochina en el momento actual, son capítulos adicionales que podrían añadirse—si es que ello fuese necesario—a la historia imperialista de los Estados Unidos. La ocupación e intervención de Puerto Rico, que data ininterrumpidamente desde 1898, ofrece la más flagrante ilustración de la

(2) Walter La Feber: *The New Empire, An Interpretation of American Expansion 1860-1898* (Ithaca, Cornell University Press, 1963), p. 91.

(3) Richard W. Van Alstyne: *The Rising American Empire* (Chicago: Quadrangle Books, p. 965), p. 100.

(4) William Appleman Williams: *The Contours of American History* (Chicago: Quadrangle Books, 1966), p. 355.

perpetuación en nuestra isla de un colonialismo al estilo clásico, si bien éste ha sido maquillado con el propósito de ocultar sus máculas más visibles.

La anexión de Puerto Rico a los Estados Unidos en 1898 promovió un interesante debate constitucional en la metrópoli, cuando el «status» del recién adquirido territorio ultramarino se planteó ante la consideración del Congreso norteamericano. Como un hecho curioso, cabe destacar el de que la oposición a la expansión ultramarina provenía no sólo de algunos liberales que veían con preocupación el nuevo papel imperialista de los Estados Unidos, sino también de los racistas sureños que temían que la incorporación de territorios con un alto porcentaje de negros pudiesen entrar eventualmente a la unión como estados de ésta. Cuando se está discutiendo en el seno del Congreso la primera ley orgánica (que regiría en Puerto Rico a partir de 1900) el Senador Bate, de Tennessee, exclamaría en actitud de protesta: «Bajo este nuevo orden de expansión, ¿que sucederá con las Filipinas y Puerto Rico? ¿Se convertirán en estados con representación aquí de estos países, de esa masa, heterogénea de mestizos que componen su ciudadanía? Ello es objetable al pueblo de este país, como debe ser, y ellos pondrán un alto a ello antes de que se realice. Jefferson fue el mas grande expansionista, pero ni su ejemplo ni su precedente permite ninguna justificación para la expansión sobre territorio en mares distintos, sobre pueblos incapaces de gobierno propio, sobre religiones hostiles a la Cristiandad, y sobre salvajes adictos al canibalismo y a la cacería de cabezas como sucede con algunos de estos isleños (5).»

Si bien no todos los congresistas se expresaron con igual franqueza, es indiscutible que el mesianismo norteamericano no concebía que los pueblos recién adquiridos pudiesen ser capaces de regir sus propios destinos. El racismo, el Darwinismo social en boga durante aquella época, no concebía que los pueblos como los nuestros fuesen capaces, de manejar sus propios asuntos. Por la tanto procedía la tutela de estos, ya que algunos pueblos, como algunos hombres, se hallaban aún en la minoría de edad. Era por lo tanto menester que los países de las razas superiores les guiasen de la mano para su propio beneficio.

(5) Congressional Record, Senado, abril 2, 1900, p. 3612.

Régimen de inferioridad política.

Así sucedió en Puerto Rico. Cuando el General Nelson W. Miles emite su famosa proclama al ocupar militarmente a la isla, su alocución va envuelta en la retórica de la democracia. Hablaba el General Miles de procurar a los habitantes de Puerto Rico «los privilegios y bendiciones de las instituciones liberales de nuestro gobierno», pero no es hasta 1900—dos años despues—que se establece un gobierno civil en Puerto Rico. Los líderes puertorriqueños, que habían experimentado una breve dosis de gobierno propio bajo la Carta Autonómica de 1897, se encontraron primero con el establecimiento de un gobierno militar y luego con la aprobación de una ley orgánica—que no se aprueba hasta 1900—que es un retroceso en materia de gobierno propio para los puertorriqueños.

La negativa a conceder un régimen más generoso de gobierno propio se asentaba sobre la premisa de que no estábamos capacitados para gobernarnos. El autor de la primera ley orgánica que regiría en Puerto Rico por ley del Congreso desde 1900 a 1917 lo dice con toda claridad en un discurso que pronuncia en el Congreso: «El pueblo de Puerto Rico difiere radicalmente de cualquier otro pueblo para quien hayamos legislado anteriormente. Ellos han tenido una experiencia diferente, sobre todo en materia de gobierno. No han tenido experiencia alguna que los califique—a la luz del testimonio aducido ante nuestro comité en las vistas celebradas—para la gran labor de organizar un gobierno con todos los importantes negociados y departamentos que necesita el pueblo de Puerto Rico (6).»

Una vez declarada dicha intención Puerto Rico quedaba sometido a un régimen de inferioridad política que habría de subsistir hasta nuestros días. El escenario queda preparado para el paso posterior de la penetración económica de los grandes intereses de las corporaciones norteamericanas. La aplicación a Puerto Rico de la tarifa arancelaria vigente en los Estados Unidos asista un rudo golpe a la agricultura criolla. La devaluación de la moneda en un 40 % de su valor original sirve para rematar el dominio norteamericano de la economía, pues de un

(6) Speech of John B. Foraker, of Ohio, in the Senate of the United States (Washington: Government Printing Office, 1900), p. 6.

plumazo reduce el valor de las tierras y reduce además el poder adquisitivo de los criollos. Dicha devaluación—como ha indicado recientemente el profesor José Antonio Herrero—tiene consecuencias más desastrosas aún para la economía puertorriqueña que el huracán de 1899. Privado de sus tradicionales mercados europeos como consecuencia de la nueva situación creada por el cambio de soberanía, el café puertorriqueño sufre un rudo golpe del cual no habrá de reponerse.

Según el estudio de los Diffie realizado en 1931, para 1899 los agricultores puertorriqueños eran dueños del 93 % de las fincas existentes en Puerto Rico, de forma tal que en la isla « un gran número de personas pertenecientes a la población rural eran dueños de sus hogares y residentes permanentes de la isla (7). » Del área total de Puerto Rico = 3,435 millas cuadradas, el 41 % estaba dedicado al café, el 15 % a la caña de azúcar, el 32 % a comestibles y sólo el 1 % al cultivo del tabaco. Con la apertura de Puerto Rico a la penetración económica de los consorcios azucareros norteamericanos, para 1930 el 44 % del área total cultivable de la isla estaba dedicada a la producción azucarera. Durante las primeras tres décadas de dominación colonial estadounidense, la inversión absentista ascendió a \$ 120 000 000 (8). Para esta misma fecha el 60 % de la producción del azúcar estaba dominada por cuatro grandes corporaciones absentistas, y lo mismos podía decirse del tabaco (80 %), servicios públicos y bancos (60 %), líneas marítimas (100 %) (9). Como puede notarse, el proceso de la concentración de la riqueza en manos de las grandes corporaciones Yankis nos convirtió en una colonia productora de azúcar. Esta economía del monopolio creó además un vasto proletariado rural que laboraba inmisericordiamente por salarios que se hallaban por debajo del nivel de subsistencia. El estudio de la Brookings Institution (1930), hecho a petición del propio gobierno colonial, indica que para ese momento Puerto Rico era « una comunidad de obreros agrícolas », y concluye diciendo : « En términos generales el nacimiento, las enfermedades, los

accidentes y la muerte son soportados sin que se haga mucho esfuerzo para aliviarlos. En las casas de la montaña del jíbaro una encuentra con demasiada frecuencia que la enfermedad y el sufrimiento son aceptados con un fatalismo impotente (10). »

Este « fatalismo impotente » que muchos ideólogos colonialistas pretendieron atribuir a características innatas de nuestro pueblo, era el resultado directo de la conversión de Puerto Rico en un veneno de explotación imperialista. Si el excedente había sido extraído durante la dominación española a través de la esclavitud y de otras formas de servidumbre, ahora era extraído a través de la explotación de mano de obra barata y de las materias primas brindadas por nuestro territorio.

Debilidad de la burguesía

En los comienzos de ese decenio, la enajenación del patrimonio nacional puertorriqueño llegó hasta el punto de que el líder nacionalista Pedro Albizu Campos podría exclamar en 1932 : « El imperialismo Yanki, en lo moral, nos ha conducido al desprecio de nosotros mismos ; en lo material de propietarios nos ha convertido en peones, y de peones en mendigos sentenciados a muerte. »

En ese momento, un pequeño grupo de la débil burguesía puertorriqueña servía a manera de intermediarios entre la isla y los grandes consorcios azucareros yankis. En esta conjuntura, se hacía patente una vez más—al igual que en el siglo XIX—la esencial debilidad de la burguesía puertorriqueña. Esta carencia de una burguesía nacional ha sido una constante del desarrollo económico de Puerto Rico y uno de los puntales primordiales de nuestra dependencia. Pues de la burguesía puertorriqueña podría decirse lo que Fanon apunta acerca de la burguesía de los países coloniales y neo-coloniales. Escuchémosle :

« La burguesía nacional descubre como misión histórica la de servir de intermediario. Como se ve, no se trata de una vocación de transformar a la nación, sino prosaicamente de servir de correa de transmisión a un capitalismo reducido al camuflaje y que se cubre ahora con

la máscara neocolonialista. La burguesía nacional va a complacerse, sin complejos y muy digna, con el papel de agente de negocios de la burguesía occidental. Ese papel lucrativo, esa función de pequeño gananciero, esa estrechez de visión, esa ausencia de ambición simbolizan la incapacidad de la burguesía nacional para cumplir su papel histórico de burguesía. El aspecto dinámico y de adelantado, el aspecto de inventor y descubridor de mundos que se encuentra en toda burguesía nacional está aquí lamentablemente ausente. En el seno de la burguesía de los países coloniales domina el espíritu de disfrute. Es que en el plano psicológico se indentifica a la burguesía occidental cuyas enseñanzas ha absorbido. Sigue a la burguesía occidental en su lado negativo y decadente, sin haber franqueado las primeras etapas de exploración e invención que son, en todo caso, un mérito de la burguesía occidental. En sus inicios, la burguesía nacional de los países coloniales se indentifica con la burguesía occidental en sus finales. No debe creerse que quema etapas. En realidad comienza por el final. Ya está en la senectud sin haber conocido ni la petulancia, ni la intrepidez, ni el voluntarismo de la juventud y la adolescencia (11). »

Al filo de la gran depresión, Puerto Rico se halla bajo el dominio de un régimen colonial cuyos principales colaboradores pertenecían a esta clase burguesa dependiente, débil, pero aun así capaz de servir de correa de transmisión del poder metro-político. En la base de la pirámide social, de otra parte, se hallaba la inmensa mayoría del proletariado rural y urbano y una pequeña burguesía de profesionales, intelectuales, pequeños comerciantes, etc. Cuando la depresión azota con fuerza al régimen económico de la metrópoli, la crisis estremece también los cimientos del régimen colonial imperante en Puerto Rico. La depresión acentúa aún más el verdadero carácter de nuestra dependencia colonial y hace trizas los mitos acerca de la omnipotencia del capitalismo estadounidense. El radicalismo nacionalista cobra fuerza considerable en la isla y el imperio decide cambiar de táctica haciendo ahora extensivos a Puerto Rico toda una serie de programas de ayuda económica que, sin alterar fundamentalmente nuestra condición colonial, no obstante

fuesen lo suficientemente amplias como para intentar amelonar las más flagrantes injusticias del sistema. Eso será todo. Las estructuras capaces de perpetuar la dependencia a lo largo de las líneas del colonialismo clásico continuarán vigentes.

Cuando accede al ejercicio del poder colonial un partido reformista con retórica radical en 1940 —el Partido Popular Democrático dirigido por Luis Muñoz Marín la situación política de Puerto Rico no ha cambiado un ápice. Como en 1900, el poder fundamental que afecta a la nación puertorriqueña residía en el Congreso de los Estados Unidos. A partir de ese momento, comienzan a gestarse nuevas formas de dependencia económica dentro del viejo marco estructural de la vieja dependencia política.

En verdad, el Partido Popular Democrático cabalgará en la cresta de la ola del reformismo novotratista que Franklin D. Roosevelt inicia en la metrópoli. Parece reconciliar, desde el primer momento, los anhelos nacionalistas de justicia social de nuestro pueblo.

Para 1948, la situación comienza a definirse en sentido contrario. Comienza a cristalizar el programa conocido como « Operación manos a la obra », cuya teoría general consiste en promover un programa de industrialización para Puerto Rico. Para cimentar este « capitalismo de invernadero », se propone utilizar hasta el máximo la circunstancia de que nuestra isla, aun siendo un territorio de la unión norteamericana, estaba no obstante exenta de pagar contribuciones al Tesoro de los Estados Unidos. Así, la exención contributiva industrial se convierte—bajo la dirección de Teodoro Moscoso, primer administrador de la Administración de Fomento Económico—en uno de los señuelos básicos mediante los cuales se pretende atraer capital (generalmente norteamericano) a Puerto Rico. El otro señuelo era el de la mano de obra barata. Es así como comienza el programa de Fomento Económico, que sin duda se convertiría en una de las principales atracciones—junto con el « clima industrial adecuado »—de nuestro Puerto Rico. Las empresas a establecerse en Borinquen quedaban exentas—por un período de hasta 17 años—del pago de tributos al erario puertorriqueño. Como puede imaginarse el lector, la rentabilidad sobre lo invertido era extraordinaria. El *Wall Street Journal* podría regodearse en la siguiente descripción de Puerto

(7) Bailey W. Y., Justine W. Diffie, *Porto Rico : a broken Pledge* (New York : The Vanguard Press, 1931), p. 21-22.

(8) Harvey S. Peloff : *Puerto Rico's Economic Future* (University of Chicago Press, 1950), p. 28.

(9) Diffie y Diffie, *op. cit.*, p. 150.

(10) Victor S. Clark (compilador), *Porto Rico and its Problems* (Washington, D.C. : The Brookings Institution, 1930), p. 13, 21, 27, 37.

(11) Franz Fanon : *Los condenados de la tierra* (México : Fondo de Cultura Económica, 1961), p. 139-140.

Rico como paraíso de los inversionistas tan cerca a nuestros días como el 1966 : « La alarmante tasa de desempleo, que se estima entre un 12 y un 30 %, está ayudando a atraer las industrias de Estados Unidos a Puerto Rico en lo que puede considerarse un récord, dada la escasez laboral que afecta a nuestro país. De una parte, los impuestos personales y sobre la propiedad, además de los arbitrios y pagos de licencias, son suspendidos a menudo por un período de hasta 17 años, dependiendo del producto de una compañía y de cuanto ésta ayuda a la industrialización del área. En adición, el gobierno puertorriqueño concede subsidios generosos para todo, desde transportación hasta entrenamiento (12). »

El énfasis sobre la industrialización puso de lado el sector agrícola puertorriqueño. Privado además dicho sector de la protección arancelaria de que disponen los pueblos soberanos, comienza en un proceso precipitado de declinación que no se ha detenido hasta el día de hoy. La industria azucarera, hasta el 1940 nuestra más importante industria, yace hoy en ruinas con el cierre sistemático de ingenio tras ingenio. El café, el tabaco, la ganadería, los frutos menores, todos han sufrido el impacto de este proceso de destrucción de la agricultura puertorriqueña. Se ha acentuado por la tanto la situación dependiente de nuestra economía, toda vez que, para usar los términos del profesor Gordon K. Lewis, « Puerto Rico produce lo que no consume y consume lo que no produce ».

El crecimiento elefantásico del sector industrial se ha podido palpar en una gran concentración poblacional en las áreas urbanas y en la despoblación paulatina pero sistemática de las zonas rurales. Lo que el Informe Brookings describió una vez como « una comunidad de trabajadores agrícolas es hoy todo menos eso ». Más de un 60 % de la población puertorriqueña vive hoy en zonas urbanas. El éxodo rural-urbano se ha manifestado también— a partir de la segunda guerra mundial— en un éxodo masivo de puertorriqueños hacia Estados Unidos. Una de las políticas del Partido Popular consistió en estimular esta emigración, justificándola bajo una teoría llamada « la válvula de escape ». Un prominente demógrafo puertorriqueño ha llamado la atención hacia el hecho de que este es « uno de los mas grandes éxodos de población

que registra la historia », y que ello ha traído como consecuencia que « si añadimos al total de emigrantes el número de hijos que éstos hubiesen procreado en la Isla de haberse quedado, llegamos a la conclusión de que entre 1940 y 1960 la Isla dejó de ganar alrededor de un millón de personas como resultado de esa emigración en masa ». La misma fuente señala que durante la década del 1950 el 70 % de los migrantes eran personas de 15 a 39 años (13). Este enorme desplazamiento poblacional ha significado, desde luego, que Puerto Rico sea un país con una tercera parte de su población viviendo fuera de su territorio. Con una ligereza casi criminal el gobierno colonial ha decidido lavarse las manos en la cuestión de los emigrantes, y todos los días embarcan hacia la metrópoli cientos de obreros agrícolas que van a engrosar allá el ejército de reserva compuesto por los peor pagados de todos los obreros de la metrópoli.

Clases medias y marginales.

Lo que se ha expandido considerablemente con el programa de « industrialización por invitación » ha sido el sector terciario de la economía, es decir, la clase media burocrática y profesional que prolifera como consecuencia de los nuevos programas gubernamentales. Esta clase se ha convertido en un importantísimo factor tendiente hacia el conservadurismo político, siendo como es un prominente sector demográfico en nuestras áreas urbanas, pero particularmente en las grandes ciudades. Esta clase es, asimismo, un puntal esencial de una « economía de consumidores » (consumer economy) que, bajo las circunstancias de un país que apenas si produce nada— más del 90 % de los artículos de primera necesidad en Puerto Rico tienen que ser importados— imita los patrones de consumo de la clase media metropolitana. Si alguna clase ha absorbido la cosmovisión imperialista, ha sido la clase media puertorriqueña. Si en algún sector poblacional de Puerto Rico encontramos el fenómeno de la alienación como secuela del colonialismo, es en este sector. De otra parte, es de la clase media de donde proviene por lo general todo ese estrato que

(13) José Luis Vázquez Calzada, « La emigración puertorriqueña : solución o problema », *Revista de Ciencias Sociales*, vol. VII, num. 4, diciembre 1963.

constituye el grupo de los intelectuales, cuya concepción del mundo choca frecuentemente con la sustentada por los componentes de su propia clase. Pero es éste un sector minoritario numéricamente si se le compara con el enorme contingente que componen, los habitantes de las numerosas urbanizaciones que proliferan alrededor de las grandes ciudades.

En las grandes ciudades como San Juan el propio éxodo rural urbano ha cimentado todo un sector arrabalero, tan hábilmente descrito por el fenecido Oscar Lewis en su libro *La Vida*. Este sector marginalizado es de una gran importancia numérica, sobre todo en las elecciones por el dominio del municipio de San Juan. En el seno de esa comunidad surge el lumpenproletariado urbano, una fuerza que ha sabido ser utilizada recientemente por el actual gobierno en su represión del movimiento independentista.

La industrialización de Puerto Rico se ha ubicado mayormente cerca de los grandes centros urbanos. Esto significado, de hecho, la despoblación de la campiña, dándose el caso de que ya encontramos prácticamente varios « pueblos fantasmas » en el interior de la isla, algo análogo a las « Casas Muertas » que describe Miguel Otero Silva en una de sus novelas acerca de Venezuela. Esto a su vez ha creado una enorme desproporción entre el nivel de vida de la ciudad y el campo. El desempleo— increíblemente alto de por sí si tomamos en consideración que se estima hasta en un 30 %— alcanza cifras realmente alarmantes en algunos pueblos del interior de la isla.

Esta situación de desempleo y subempleo, en adición a la creación de un vasto ejército de reserva obrero, es explotado por el propio régimen mediante prácticas tales como la distribución de alimentos excedentes del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, lo que el pueblo llama « el mantengo ». De acuerdo con cifras proporcionadas por el propio Departamento de Agricultura estadounidense, una de cada 3 personas en Puerto Rico está recibiendo « mantengo ». Esto, como es natural, acentúa los hábitos de dependencia y se le hace aparecer como una dádiva del generoso gobierno norteamericano.

Existe sin lugar a dudas una especie de aristocracia obrera que disfruta de salarios relativamente altos. Pero esta es una minoría de la

fuerza obrera, que de otra parte se halla prácticamente sin sindicalizar— el 18 % del total de la fuerza obrera puertorriqueña pertenece a sindicatos o uniones obreras. Este hecho, como puede colegirse, incide negativamente en el desarrollo de la lucha de clases y es un factor retardatario en las reivindicaciones de las masas obreras. Esto es parte, además, de toda la política de desaliento a la formación de uniones obreras que ha servido como norte a todo el programa de Fomento Económico.

Señalé anteriormente, al intentar una precisión de los lineamientos generales de la economía y la sociedad puertorriqueña, el carácter de intermediarios que le cabe primordialmente a la burguesía y pequeña burguesía puertorriqueña. Ello resulta aún más evidente si tomamos en consideración el hecho de que el 78 % de las empresas establecidas en Puerto Rico son de propiedad norteamericana. La gestión enajenadora de nuestro patrimonio nacional que anteriormente realizaran las grandes compañías azucareras, es hoy función de las grandes compañías petrolquímicas.

En este instante se debate en Puerto Rico la suerte de los ricos yacimientos de cobre que se encuentran ubicados en el centro mismo de nuestra isla. Dichos yacimientos— cuyo descubrimiento ha dado un mentís rotundo a la tesis colonialista de que somos un país sin recursos naturales— han promovido la codicia de las grandes corporaciones explotadoras del cobre de ese riquísimo filón de nuestro patrimonio nacional. En todo caso, el problema continúa siendo el mismo : se trata de la carencia de poderes de nuestro pueblo para tomar las decisiones que sirvan a sus mejores intereses. El marco restrictivo del régimen colonial ciñe efectivamente el ámbito de acción del pueblo puertorriqueño y le impone una camisa de fuerza que le condena al inmovilismo. Setenta y un años han transcurrido, y todavía pueden enumerarse las siguientes potestades del Congreso norteamericano que cobraron vigencia en el 1900, según se desprende del testimonio presentado por el Lcdo. Yamil Galib en una ponencia que éste hiciera en 1965 :

En virtud de ese poder ilimitado, el Congreso (de Estados Unidos) recluta nuestras juventudes y las envía a la guerra, determina quiénes pueden entrar y salir de nuestro territorio mediante las leyes de inmigración y emigración ; mantiene aquí un tribunal federal que procesa y enjuicia

(2) *The Wall Street Journal*, 27 de diciembre de 1966.

a puertorriqueños bajo leyes federales; controla la radio y la televisión y sin su anuencia no puede erigirse en nuestro país una torre emisora ni enviarse o recibirse mensaje alguno a través de estos medios de comunicación. Censura libros y obras de arte a través de sus agentes en las aduanas federales; controla nuestro comercio y nuestra economía mediante el monopolio, hasta donde es posible hacerlo, como mercado consumidor. Mantiene un absoluto e increíble control sobre los fletes marítimos y aéreos entre Estados Unidos y Puerto Rico que le impone a nuestro país un sobreprecio calculado entre 40 y 50 millones de dólares anualmente.

Interviene con exclusividad en las leyes sobre quiebra, naturalización y ciudadanía. Mantiene poder ilimitado de expropiación de nuestras tierras y nuestras propiedades, y aunque pudiera alegarse que ese poder no lo ha ejercido siempre en forma abusiva, el hecho de no existir limitación alguna a este respecto es inequívoca señal de que nuestro territorio y nuestra riqueza están a merced y siguen siendo posesión y pertenencia de Estados Unidos.

Controla la delegación aérea y marítima. Dirige con exclusividad las relaciones exteriores. Nos prohíbe fijar nuestros propios aranceles por el artículo 3º de la Ley de Relaciones Federales, reservándose para sí la única arma que podríamos esgrimir para proteger nuestras empresas de producción contra competencias ruinosas de los poderosísimos productores de Estados Unidos, llevándonos a la paradójica situación de que un país pobre compre a los precios del país más rico del mundo; a que en el intercambio de mercaderías tengamos anualmente una balanza desfavorable para nosotros en una suma que fluctúa entre 250 y 300 millones de dólares y que nuestra balanza, sea adversa a Puerto Rico desde que los norteamericanos pusieron pie en nuestro suelo.

Mantiene el Congreso control sobre la industria azucarera. No nos permite intervenir en los tratados comerciales que negocia Estados Unidos con otros países, ni aun en aquellos aspectos que nos afectan adversamente; controla correos y moneda y establece las determinaciones fundamentales sobre las normas que rigen en el negocio bancario. Cubre tierra, mar y aire puertorriqueños con su ejército, marina y aviación sin siquiera tomarnos el parecer ni el consenti-

miento para encubrir las apariencias de un sistema que tiene la pretensión de ser democrático.

Puede sostenerse, en fin, que está en manos del Congreso de Estados Unidos casi todo lo que directa o indirectamente afecta la vida de Puerto Rico.

Es este dominio ejercido en forma directa sobre los asuntos que determinan la vida de los puertorriqueños lo que nos hace—no una neo-colonia como la República Dominicana o Haití—sino una colonia en el sentido clásico del vocablo.

Podría además argumentarse que el esquema clásico del imperialismo es perfectamente aplicable a nuestra isla. Está de una parte la intervención militar y la ocupación del territorio por una potencia extranjera. Este hecho persiste en Puerto Rico desde el 1898. De otra parte encontramos la explotación de las materias primas y la fuerza de trabajo del país colonizado, bajo condiciones leoninas para éste. Esta situación se acentúa además a través de un proceso despiadado de asimilación cultural que amenaza con destruir la cultura nacional puertorriqueña. Es esta ofensiva cultural, dirigida a la total erradicación de toda conciencia nacional puertorriqueña, la carta principal del imperialismo en Puerto Rico. Pues la penetración cultural estadounidense ha tenido como propósito alienar al puertorriqueño de su propia cultura y desarraigarlo de sus vínculos con los países de habla hispana—particularmente de América Latina. Es este proceso sistemático de disolución cultural el más insidioso y pernicioso de los mecanismos mediante los cuales en Puerto Rico se ha perpetuado una situación colonial que ya resulta un anacronismo en nuestro tiempo. Antes de citar quisiera terminar el siguiente pasaje del libro del profesor Gordon Lewis sobre Puerto Rico. Dice así:

Desde un principio al niño puertorriqueño se le ha enseñado historia americana antes que historia de Puerto Rico. Sus capacidades se han desarrollado dentro de una atmósfera colonial, donde los medios de comunicación de masas han representado al populacho una cultura que no es la de ellos, y a la que han aprendido atribuir todo lo que dentro de su experiencia ha sido digno de encomio. Los mismos símbolos lingüísticos del me y de la autoridad son los del poder dominador. Así, el estudiante puerto-

riqueño todavía se las arregla, con bastante frecuencia, para llamar a su maestro «mister» en vez de maestro o profesor, como si el maestro fuese un norteamericano. Esto no se aplica solamente al pasado, pues como ha señalado René Marques, el sentimiento ancestral de desamparo del individuo puertorriqueño todavía le es psicológicamente imbuído a través de métodos modernos de educación que son algo más sutiles que los usados anteriormente. En vista de que la carga de resolver los aspectos inconvenientes de la comunicaciones entre los gobernados y los gobernantes en situaciones coloniales ha sido siempre tarea forzosa de los gobernados, a los puertorriqueños se les ha obligado a aprender inglés en vez de los americanos aprender español. La desvalorización de la cultura local ha estimulado un correspondiente autodesprecio en los individuos que la componen. Para algunos, el autodesprecio ha adquirido

la forma de una sumisión ciega al estilo americano, expresado por un impulso imperioso hacia la identificación e incorporación con la elite del poder gobernante; impulso que con frecuencia es entendido sólo a medias por sus víctimas; y los sentimientos de culpa así engendrados han sido encubiertos frecuentemente con el recurso de identificar a Puerto Rico con la «Civilización Occidental» en vez de con los Estados Unidos, de forma tal que términos como «la crisis de Occidente», «cultura occidental», «el mundo libre» y así sucesivamente juegan un papel terapéutico en la psicología de ese tipo de puertorriqueño. Para otros, de otra parte, la respuesta a una situación tan intolerable para espíritus sensitivos y tan poderosamente apoyada por todas las instituciones de la sociedad, privadas y públicas, políticas y económicas, ha sido el refugiarse en sentimientos de rencor, inferioridad y chauvinismo.

Narrativa

Julio Ramón Ribeyro

Los Jacarandás

Lisandro Chávez Alfaro

Una red de agujeros

Francisco Arturo Alvarado

Tololín

CeDInCI

Antonio Ramos Gascón

Textos breves

Julio Ramón Ribeyro

Los Jacarandás

La casa estaba allí, intacta, con su alta cerca de adobe que daba sobre la Avenida de los Jacarandás. Había venido a pie desde la Plaza de Armas, con su maletín de viajero en la mano, recordando lo que leyera una vez de las ciudades perfectas, las que se pueden pasear de un extremo a otro en un cuarto de hora. Todo estaba igual, los guayabos de la huerta, los tres eucaliptos y hasta las habitaciones en las que halló el mismo viejo desorden. Por ellas anduvo hasta el anochecer, rodeado de voces silenciosas y hasta de la música silenciosa que salía de la radiola, donde el disco continuaba inmóvil, con la aguja detenida en el último surco.

—He hecho bien en venir—dijo Olga—La casa queda tan cerca de la oficina. Así, cuando me sienta sola, salgo y te voy a hacer una visita. Lorenzo observó la cama, cubierta con una manta indígena de dibujos geométricos y le pareció ver una mano crispada sobre la tela policroma. Entonces cogió la Guía Turística que estaba en la mesa de noche y salió a la Avenida de los Jacarandás.

No tomó hacia el Arco de los Españoles, donde la ciudad terminaba al borde del río y los potreros, sino que se encaminó hacia el centro. La calle 28 de Julio estaba desierta a esa hora. Los lugareños cenaban en sus casas y los forasteros, incapaces de habituarse a tantos campanarios y a tan pocos esparcimientos, bebían en los bares o veían en el único cine una película de vaqueros. Lorenzo pasó frente al solar del Rector, la más bella casa de la ciudad, con su pórtico de piedra gris y su portón colonial. Más lejos se detuvo frente a la iglesia de Santa Ana y quedó observando su fachada.

—Mira ese elefante—dijo Olga—Allí al lado de los Apóstoles. ¿Qué cosa querrá decir?

Nadie pudo nunca explicarles porqué el picapedrero anónimo que labró ese frontis depositó ese animal al lado de las figuras sagradas.

Ya estaba en la Plaza de Armas. Una sola persona se paseaba a esa hora: el Rector. Daba sus diez vueltas nocturnas al cuadrilátero adornado con palmeras serranas, fumando su pipa. Lorenzo se le acercó.

—Me alegro que haya regresado, doctor Manrique, pero siento que no sea para quedarse. Los alumnos estaban tan contentos con usted. ¿Y cómo van sus asuntos?

—Mañana me ocuparé de ellos. Si no hay problemas, parto el sábado en el próximo avión.

—Esta tarde fue a verme miss Evans—prosiguió el Rector—Espero que se acostumbre. Sería conveniente que converse un poco con ella, antes de dejarle el puesto.

—Viajamos en el mismo avión, esta mañana, pero no hablé casi con ella. Prometí darle mi guía de la ciudad.

Miss Evans había gritado esa mañana cuando el bimotor, después de sobrevolar durante un cuarto de hora el techo de nubes, picó súbitamente por un claro buscando el aeropuerto.

—No se asuste—dijo Lorenzo—Estos pilotos son muy seguros. Cuando saben que no se puede aterrizar regresan a Lima.

Pero miss Evans ya sólo se preocupaba de admirar los tejados de la ciudad y sus treinta y siete iglesias que el avión, inclinado sobre un ala, mostraba a vuelo de pájaro.

—¿Qué quiere decir Ayacucho?—preguntó.

—El Rincón de los Muertos.

El Rector había concluido su décima vuelta.

—Pase mañana por casa, en la noche—dijo—Véngase a comer.

Lorenzo se despidió para dirigirse al Hotel de Turistas, aún inconcluso, pero habitado a medida que sus habitaciones iban siendo terminadas. Miss Evans estaba justamente en la puerta, conversando con el guardián.

—Para comer, el Baccará señorita. La segunda calle a la derecha.

Estaba en pantalones y se había echado a los hombros un pochito ridículo, inauténtico, fabricado en serie en la capital.

—Aquí le traigo la guía—dijo Lorenzo—Es apenas un folleto, pero le puede ser útil.

La acompañó un trecho por la Plaza de Armas.

—Qué diferencia con la costa—dijo miss Evans.

—Aquí sí que se respira aire seco. ¿Y ha visto el cielo? Nunca he visto tantas estrellas juntas.

El vestíbulo del cine se iluminó y al son de una ruidosa guaracha emergió una población hablantina que fue inundando la plaza.

—¿Usted no viene a comer?

—No. Fíjese, allí queda el restorán.

Cuando retornaba a su casa por el portal de la Prefectura surgió Ichikawa del zaguán de su bazar.

—Arreglado profesor. Hablé por radio con la compañía. No hay problemas. Puede viajar en el avión del sábado.

Lorenzo evitó la calle 28 de Julio, por donde el Rector volvía a su solar y tomó cuesta arriba

una calle paralela. No había pavimento ni otra luz que la del cielo. En una de esas casas viejas, descuidadas, que tenían cuatrocientos años y se venían casi abajo, vivió el rebelde Francisco de Carbajal, decapitado por orden del Pacificador La Gasca.

—Me parece que he retrocedido varios siglos—dijo Olga—Nada ha cambiado aquí. Me siento feliz, Lorenzo. Pero estos paseos cansan.

Lo que tenía que hacer lo había apuntado en una libretita. Su cabeza se había vuelto volandera y todo lo olvidaba. Temprano fue a ver a la propietaria de la casa.

—Creí que ya no regresaba de Lima, profesor Manrique. ¡Y tanta gente pidiéndome que le alquilara la casa! Ya no viene el profesor Manrique, me decían.

Lorenzo le pagó los dos meses corridos durante su ausencia y prometió entregarle las llaves el sábado, antes de su partida.

—¿Sabe usted? Al doctor Alipio lo han criticado mucho. ¡Lo que dice de él la gente! Mucha labia, pero de ciencia nada.

Lorenzo vaciló, sin saber por dónde proseguir y por último fue a ver al Alcalde. Encontró sólo a su secretario, jugando naipes con un amigo. En la mesa del despacho había una ronera y una sartén con chicharrones.

—Ah, de eso no entiendo nada, profesor. El Alcalde debe saber, pero viene poco por aquí. Búsquelo en su casa o en la cofradía de Santa Ana. O hable mejor con el Juez.

Lorenzo había olvidado las costumbres de la ciudad. Se vivía de acuerdo a un orden viejo, enigmático, plagado de hábitos aberrantes. El médico recogía a los viajeros del aeropuerto en su camioneta, el Alcalde tocaba tambor en las procesiones, el diácono curaba orzuelos y uñeros, el Obispo salía los domingos con un caballo para pintar paisajes campestres, el tendero Ichikawa era radiotelegrafista y agente de la Compañía de Aviación, el doctor Flores, profesor de Zootecnia, cantaba boleros en la emisora local y el Alcalde de la Universidad había sido antes capitán de un barco mercante.

—¡Viva el Perú!

Del bar del Hotel Sucre, en la sombra de los portales, emergió un sujeto escuálido, con sombrero, llevado en hombros por dos mestizos. Lorenzo se dejó caer en una de las bancas de la Plaza de Armas, viendo al Juez Logroño saludar a los transeúntes mientras viajaba hacia su ofi-

cina cargado por sus secretarios. Luego miró las torres de la catedral y lo que vio fue un gallo asomado a la ventana de uno de los campanarios, que extendió las alas y lanzó un estridente cocorico.

—En esa torre vive alguien—dijo Olga—He visto a veces que ponen ropa a secar.

Lorenzo se puso de pie de inmediato y siguió las trazas del Juez que, al llegar ante su despacho, descendía de los hombros de sus ayudantes, se abotonaba el saco, se quitaba el sombrero y hacía esfuerzos para cruzar con dignidad el dintel del Juzgado.

Al entrar a su bufete lo encontró reponiéndose delante de una tasa de café.

—Sobre eso aquí no hay precedentes ni jurisprudencia—dijo—Vea más bien al Alcalde o al escribano Manzanares. Tienen que darle una partida, además.

Cuando retornó a la Plaza de Armas para ir a la escribanía salían de la universidad alumnos y profesores a beber algo en los portales durante la recreación que separaba dos cursos. Lorenzo los evitó tomando una calle angosta que bajaba hacia el barrio de los curtidores. Los zaguanes de las antiguas mansiones coloniales estaban ocupadas ahora por pequeños artesanos que se obstinaban en perpetuar, sin mucha ilusión, oficios barrocos, cuyos temas principales eran la iglesia, el retablo y el toro. Lorenzo distinguió una mujer que venía del barrio bajo, ondulando bajo el resplandor solar. Durante un rato su visión se ofuscó, hasta que reconoció a miss Evans, que avanzaba hacia él, con una máquina de fotos colgada del hombro. Sonriendo le dio el encuentro.

—¿Ya vio a sus alumnos?

—Esta tarde doy mi primera clase, doctor Manrique. El Rector me va a presentar. ¡Qué miseria hay allá abajo! ¡Cómo apestan esas casas! Caminaron juntos de regreso a la Plaza de Armas.

—En el Hotel de Turistas no hay agua caliente. Anoche tuve que ducharme en agua helada. Y no sirven nada, tuve que tomar desayuno en la calle.

—A pesar de eso, terminará por gustarle la ciudad—dijo Lorenzo.

—¿Por qué dejó el puesto, entonces?

—Por asuntos, personales. Pero es una ciudad en la cual, con un poco de esfuerzo, miss Evans, se puede realmente ser feliz.

Dejó a miss Evans en el centro de la plaza con ánimo de seguir interrogándolo y se dirigió a la escribanía. El actuario Manzanares le dijo que necesitaba dos testigos, una partida del registro civil y una autorización del Juez. Lorenzo fue a almorzar al barrio alto, a una posada donde sólo comían arrieros y cargadores. En el camino vio un viejo que llevaba en los hombros una vaquilla desollada y más allá dos niños indígenas descalzos que pateaban, jugando al fútbol, una enorme mariposa azul.

—Acércate—dijo Olga—Pon el oído aquí, en mi vientre. ¿No sientes nada? Un poco más abajo. Escucha bien. Se mueve.

Había olvidado también que era la ciudad de los clérigos. En sus correrías de la tarde se cruzó con el canónigo Salas que se escarbaba la oreja peluda con un palo de fósforo, con monseñor Lituma que regresaba de su chacra con un manojo de cebollas en la mano, con los padres Huari, Lezcano y Torrejón, con doce seminaristas que venían de jugar un partido de fútbol en el Colegio Fiscal. Cuando anochecía sólo le faltaba conseguir a los testigos y ubicar al doctor Alipio, que había partido de mañana al campo para practicar una operación urgente.

Lo encontró en su consultorio, justo cuando en los bocales de su sala de espera (esos bocales que el primer día le parecieron peceras con especies raras) colocaba en formol el tumor que había extraído esa mañana.

—Ocho kilos—dijo—La donante se llama Petronila Cañas y tiene cuarenta y dos años. Dentro de una semana estará otra vez de pie y faneando.

—Disculpe que lo moleste, pero usted es el único que tiene aquí una camioneta. Yo quería...

—A sus órdenes, profesor. Para usted, lo que quiera. Mañana a las seis paso por la Avenida de los Jacarandás.

El portón del Rectorado estaba entreabierto. Un camino de grandes lajas irregulares partía en dos la huerta penumbrosa y conducía directamente desde el zaguán hasta las escalinatas de la mansión. Lorenzo eludió las oficinas, ya cerradas, y se detuvo frente a la mampara del hall, igualmente entreabierta. Sonó el timbre para anunciarse y entró. El Rector estaba de pie al lado de su barcito portátil, con una chaqueta jaspeada y un pañuelo de seda al cuello.

—¿Un whisky o un pisco?

Lorenzo se sirvió un whisky.

—La universidad es como un barco encallado entre cerros turbulentos y resecos—dijo el Rector—Y la misma ciudad es como una nave encallada en un arrecife pelado, réprobo. Será difícil sacar todo esto a flote, doctor Manrique.

Lorenzo dejó discurrir un rato al Rector, mientras observaba la comodidad de esa vieja casa, sus muros invulnerables y esa forma casi musical como se distribuía el espacio, a partir de la amplia sala, en series simétricas de habitaciones, que terminaban por unirse después de contornear el claustro interior.

—Los terratenientes están contra mí—decía el Rector—La Universidad los espanta. Ven convertidos en alumnos a quienes estaban acostumbrados a tener como sirvientes. Para ellos la universidad es la subversión. Y si aciertan, tanto mejor.

El timbre lo interrumpió cuando empezaba a despotricar contra monseñor Lituma por un asunto de pared medianera entre la catedral y la universidad.

—Tengo otros invitados—dijo avanzando hacia la puerta.

Miss Evans apareció con un geranio en la mano. —Disculpe, doctor, pero me pareció tan grande, tan limpio. Lo arranqué en el jardín de la entrada. En Lima están llenos de polvo.

—Dicen que los plantó el Marqués de la Feria, hace trescientos años—dijo el Rector—Lo mismo que los jacarandás de la avenida, ¿no los has visto? Pero claro que es mentira. Lo único que hizo el Marqués fue construir esta casa.

—¿Que tal su clase?—preguntó Lorenzo.

Miss Evans se quitó el abrigo, se sirvió el whisky que le ofreció el Rector y se sentó en el suelo sobre un cojín, al lado de la estufa.

—Habrá que trabajar mucho. El nivel de los alumnos es un poco bajo.

Volvió a sonar el timbre y aparecieron dos mozos extremadamente fornidos, que desde el umbral hicieron con los brazos amplios saludos. La visión de miss Evans, que había extendido las piernas y levantado un poco su falda para calentarse en la chimenea, los transformó de inmediato en dos imperiosos gallitos. García, con la cintura muy quebrada, daba pasos elásticos por el hall, mientras Sepúlveda blandía con firmeza su vaso en la mano, como una antorcha olímpica y, a falta de qué decir, miraba con

énfasis a sus interlocutores, sacando el mentón.

Lorenzo se hundió en el fondo de su sillón y quedó silencioso, observando consumirse los leños. Un mayordomo indígena, con saco y guantes blancos, apareció con un azafate y sirvió bocaditos. El Rector distribuía whisky mientras García, renunciando a sus desplazamientos, encalló en el suelo al lado de miss Evans.

—Ayacucho es una ciudad campeona, señorita. Buen clima, procesiones, todo barato. Y bailes también, para quienes conocen. Yo y mi compañero somos profesores de gimnasia en la universidad. Sólo hay que llevar algo de beber y se arma la fiesta hasta la madrugada.

El mayordomo hizo un signo y el Rector abandonó su vaso sobre el bar.

—Podemos pasar a comer.

La mesa estaba puesta en una de las arcadas del claustro. El Rector tenía la costumbre de servir un vino francés que había descubierto en el bazar de Ichikawa. García, impregnado de furia gálica, invitaba en ese momento a miss Evans a visitar el gimnasio, mientras Sepúlveda le enseñaba al Rector la forma de respirar después de un ejercicio violento a fin de evitar las palpitaciones. Lorenzo vio caer ante sí una pantalla de tristeza, de invencible aburrimiento.

—¿Es cierto que regresa el sábado a Lima?

Miss Evans, desde el otro extremo de la mesa, lo interrogaba.

Lorenzo distinguió su rostro, se le borró, volvió a verlo, esta vez claramente, y al fin pudo decir:

—Pasado mañana. He venido sólo...

Se interrumpió. El Rector carraspeó.

—... para una diligencia.

En el resto de la comida apenas habló, limitándose a escuchar distraídamente al Rector contarle a miss Evans la historia de esa universidad, la biografía de sus principales dignatarios, los avatares de sus clausuras y aperturas en los últimos tres siglos, en tanto que Sepúlveda y García perdían la voz en los meandros de una discusión banal sobre acrobacia.

—Tomaremos el café en la sala—dijo el Rector. Lorenzo se abandonó de nuevo en su sillón y encendió un cigarrillo. El Rector, después del café, sirvió un pisco bendito, fabricado por los redentoristas de Huanta y colocó en la radiola un disco de música ayacuchana. Sepúlveda se acercó al exmarino para contarle la película

que había visto el día anterior, Drácula contra el hombre Araña, mientras García, sacando un pañuelo blanco, ofrecía mostrarle a miss Evans algunos pasos de huayno.

—Me disculpan—dijo Lorenzo poniéndose de pie—Tengo mañana un día muy agitado. ¿Estarán ustedes en el gimnasio en la mañana? Pasaré por allí. Tengo que pedirles un favor.

—Mande usted—respondió Sepúlveda.

Despertó tarde, de una noche plena de ensueños. En su memoria sólo indicios, una abadía gótica, un bosque rojizo, otoñal, una serpiente. Desayunó en el bar de los portales y se dirigió al gimnasio. Sepúlveda, en pantalón de franela blanco, se entretenía en las barras paralelas, mientras García, en malla negra, delante de sus alumnos, daba saltos mortales sobre una colchoneta elástica.

Lorenzo los llevó a un rincón.

—Necesito que me sirvan de testigos esta tarde.

—Encantado, profesor. ¿Matrimonio?

García intervino de inmediato.

—No le haga caso, profesor. Lo que pasa es que Sepúlveda se ha templado de la inglesita. Ya no sabe ni lo que dice. Quedamos firmes, entonces. Venga a buscarnos a las seis.

Cuando Lorenzo se retiraba, García le pasó la voz.

—Anoche la acompañamos hasta su hotel. Nos contó que de chica había hecho ballet.

En la Plaza de Armas quedó parpadeando, cegado por el sol matinal. Vio al canónigo Salas salir de la catedral llevando cogida de la cintura una imagen de la Inmaculada, a los padres Huari, Lezcano y Torrejón que abandonaban el restorán Baccará con las manos cruzadas sobre el vientre. Un grupo de indígenas surgió a paso ligero del barrio bajo llevando hacia el mercado enormes bloques de sal amarrados a la espalda. —Mira mis pies—dijo Olga—Están hinchados. Yo no quisiera que me atendieran aquí. En esta ciudad, donde ni siquiera se conoce la rueda, ¿cómo puede haber un buen médico? Dos meses antes, me llevas a Lima.

Lo despertó de su siesta el cláxon de un automóvil. Atravesó la huerta habitado aún por las imágenes de los indios cargadores, de la lluvia que estalló esa tarde, de la botella de vino que se bebió antes de adormilarse y al abrir el portón vio, nitidamente, al doctor Alipio sentado al volante de su camioneta Chevrolet.

—Mire los jacarandás—dijo—El chaparrón los

ha rejuvenecido. De aquí a una semana, flores. Son las seis en punto, profesor. Palabra cumplida.

Lorenzo entró nuevamente a casa. Se lavó la cara con agua fría, se peinó con esmero y poniéndose corbata y saco volvió a salir.

—Tenemos que pasar por el gimnasio. Me esperan Sepúlveda y García.

—¿Testigos?

—De los fornidos.

La camioneta se dirigió a la Plaza de Armas, recogió a los acróbatas y tomó el camino del cementerio. En la puerta los esperaba el escribano Manzanares.

Los cinco empezaron a caminar entre las tumbas guiados por el panteonero. Un sol tardío, en el cielo ya despejado, alumbraba en el oriente la Pampa de Ayacucho.

—El Rector quiere hacer un monumento a la batalla—dijo Alipio.

—Aquí está—dijo el panteonero.

Era un cuartel donde los muertos eran metidos en nichos superpuestos. Con un cincel el panteonero picó el borde de la lápida de cemento y la extrajo de un tirón, dejando ver el extremo de un ataúd.

—Nuestro turno—dijo Sepúlveda cogiendo el féretro de su asa de hierro.

—¿Me permiten?—dijo el escribano—Unas firmas por aquí.

Después de firmar el acta de exhumación, Sepúlveda tiró de la argolla y ayudado por García extrajeron el cajón. Alipio y Lorenzo metieron el hombro y entre los cuatro cargaron el ataúd hasta la verja y lo introdujeron en la camioneta.

—Triste cosa—dijo García—¿Cuando uno piensa! Con lo que le gustaban los chicharrones a la señora Olga.

—¿Donde Ichikawa?—preguntó el doctor Alipio.

—No, a casa—dijo Lorenzo—Me dijo que mañana pasaría el camión para llevarnos al aeropuerto.

Anoche en la Avenida de los Jacarandás. Dejaron el ataúd en el centro de la sala en penumbra. Lorenzo, silencioso, rodeado de sombras que tosían, carraspeaban, trataba en vano de acordarse dónde estaba el conmutador de la luz.

—Lo dejamos—dijo al fin García—Tendrá usted

que hacer todavía antes de su partida. Ha sido un placer.

—Me siento mal—dijo Olga—Tengo aquí una opresión en el pecho. No puedo respirar bien. Pon otra vez ese disco de Vivaldi, por favor.

Entrada la noche salió nuevamente a la calle. Recorrió toda la Avenida de los Jacarandás hasta el Arco de los Españoles, cruzó los potreros, llegó al borde del río, retornó por el Convento de las Clarisas y a pesar de que se desató una ventolera prosiguió su caminata por los barrios altos, sus callejas enlodadas por el chubasco de la tarde. Al descender hacia la Plaza de Armas vio al Rector que parecía retornar a su solar sin haber dado sus diez vueltas, ahuyentado por el viento. El cine anunciaba la reposición de Drácula contra el Hombre Araña y absorbía una procesión de tenaces, encorvados insomnes. Le faltaba sólo ver la espadaña de Santo Domingo y para llegar a ella pasó ante el Hotel de Turistas. Después de observarla, de perfil y de frente, regresó por el hotel y al llegar a la esquina se detuvo esperando que amainara ese viento carnicero, que descendía cada vez con menor ímpetu de los barrios altos. En la torre de la catedral, en la ventana enigmática, flaméo y quedó rígido, cubista, un calzoncillo.

Volteando, distinguió a miss Evans que salía del hotel y avanzaba hacia él erguida, elástica, abotonándose el cuello de su impermeable.

—Me voy a un cambio de aros. Sus amigos atletas me invitaron anoche. ¿Cómo será eso? Es donde un señor Bendezú.

Lorenzo entrecerró los ojos un momento como si buscara, dentro de él, algo perdido y volvió a abrirlos.

—Eso queda por el Correo—dijo—La acompaño un trecho. Así me despediré un poco más de Ayacucho. Mañana regreso a Lima.

—¿Por qué le gusta tanto Ayacucho? Es una ciudad sin campiña. Dicen que para ver árboles hay que ir hasta Huanta. Mañana haré un paseo por allí.

—Me parece que ya se lo dije una vez. Porque aquí, con un poco de esfuerzo, se puede ser feliz.

—¿Y qué ha venido a hacer esta vez? El Rector me dijo que debería quedarse, que podría doubalar el curso de inglés. Usted enseñaría a un grupo y yo a otro.

—¡Cuidado!

Miss Evans dio un ágil salto para evitar un charco de agua.

—Se nota que ha hecho usted ballet.

—¿Quién se lo dijo?

—Sus amigos. Pero ya lo sabía. Lo sabía desde hace muchísimo tiempo.

Estaban ya frente a la casa de los Bendezú. A través del portón que se abría en un alto muro de adobe llegaba el ritmo de un cha cha cha. Miss Evans estaba callada, escrutándolo en la oscuridad, apretando en las manos su carterita de charol.

—¿No entra?

—No.

Fue despertado nuevamente, pero no por el claxon de un automóvil, sino por unos puños que aporreaban con regularidad y firmeza la mampara de la sala, en esa mañana de sábado. Lorenzo vio a través de los cristales la figura de Ichikawa, que después de haber empujado la verja y atravesado la huerta, llegaba ruidosamente hasta el borde de su sueño.

—Suspendido el vuelo, profesor. Hablé por radio con Lima. Allá está nublado y no pueden despegar. Aquí tampoco está claro. Ya no viene el avión hasta el lunes.

Lorenzo, amarrándose el cordón de la bata, miraba aturcido a su alrededor. Vio el ataúd. —Disculpe que lo haya despertado, pero viene temprano para advertirle.

Como Lorenzo no decía nada, Ichikawa miró también el ataúd y se sacó el sombrero.

—Quiero reiterarle mi pésame, doctor. Son cosas que pasan en la vida.

Lorenzo se dirigió hacia la mampara y la abrió.

—Espero que el lunes sea en serio. Yo ya no tengo nada que hacer aquí.

—Comprendo, doctor.

Antes de retirarse, Ichikawa vaciló un momento.

—¿Es cierto lo que dicen del doctor Alipio? Dicen que no quiso venir, que estaba en una comida.

—Es mentira—respondió Lorenzo cerrando la mampara.

El féretro seguía en medio de la habitación. Lo empujó contra la pared y se alejó unos pasos para observarlo. Regresó a él y lo cubrió con los tres ponchos que había comprado por una miseria a los campesinos que se aventuraban por los portales. Por la ventana contempló su huerta y le pareció ver asomar entre los guaya-

bos, tras la cerca, anunciadora, lozana, la copa de un jacarandá.

Se preparó entonces un café a la carrera, se afeitó y se encaminó rápidamente hacia la Plaza de Armas. El ómnibus que hacía el servicio a Huanta estaba a punto de partir. Detrás del padre Torrejón y de tres sacerdotes redentoristas, la distinguió.

—¿Y qué? Ya lo hacía a usted volando hacia Lima.

—Contratiempos de última hora, miss Evans. Parto el lunes. Quiero ver de cerca la campiña. El ómnibus dejó en cinco minutos la ciudad y se internó por ese paisaje que el Rector había definido, para siempre, como de cerros turbulentos y resecos. De los peñascales descendían ejércitos de plantas espinosas, cactus, tunares, maguey, hasta el borde de la carretera.

—Ayer en la fiesta me enteré de una cosa.

—¿Estuvo bien el cambio de aros?

—Me salí temprano. Llegó un momento en que todos estaban borrachos. Yo no sabía que era usted viudo.

—¿Y qué más le contaron sus amigos?

—Que su mujer está enterrada aquí.

Lorenzo quedó callado, mirando por la ventana. Seguían descendiendo hacia el valle de Huanta.

—Es un tema que prefiero no tratar—dijo cuando aparecieron los primeros naranjales.

El ómnibus se detuvo en un caserío para recoger a un grupo de indígenas.

—Bajemos aquí—dijo Lorenzo—En Huanta no hay prácticamente nada que ver.

En un instante estuvieron en la calle de tierra viendo el ómnibus alejarse hundiéndose sus llantas en un surco de lodo. Atravesando una zona de maleza y árboles enanos llegaron al río, en cuyo lecho corrían aguas cargadas y sucias. Las observaron un momento sin decir nada.

—En realidad, la campiña me aburre—dijo Lorenzo—Soy un hombre de ciudad. ¿Regresamos?

De nuevo en la carretera esperaron en vano un ómnibus, un camión que los llevara de vuelta a Ayacucho. Miss Evans aludió a unos sánduches que había olvidado en el hotel y Lorenzo propuso entonces entrar a uno de los tambos camineros. Les prometieron bistec con huevos fritos y para comenzar les pusieron por delante dos enormes botellas de cerveza. Estaba tibia. Miss Evans al llevarse la mano al mechón de la frente atrapó una mosca.

—Pienso insistentemente en el Mandrake Club—dijo Lorenzo—Cuando viví en Londres me hice socio por dos libras esterlinas. Iba de noche por allí para comer spagettis y jugar ajedrez.

Lorenzo midió el silencio que siguió a esta frase, notó que se estiraba insoportablemente, al punto que su cabeza de llenó de zumbidos espontáneos, que no podían venir del exterior sino de su propia zozobra.

—Nunca me has contado lo que hiciste de muchacho cuando viviste en Londres—dijo Olga

—¿Con quién andabas? ¿tuviste alguna novia?

—Lo conozco—dijo al fin miss Evans—Queda en Soho, cerca de los baños turcos.

—¿No bailamos allí una noche, en el salón que estaba al lado del bar? Poco antes de Navidad.

—Tocaban un New Orleans, una cosa de Sydney Bechet si no me equivoco, una cosa pegajosa que se llamaba Absent Minded Blues.

—Pero entonces te llamabas Winnie. Y eras enfermera. Y pelirroja.

—Me sigo llamando Winnie. Es mi segundo nombre. Vivien Winnie Evans. En cuanto al color del pelo...

Lorenzo observó a miss Evans, vio sus pequeñas pecas negras sobre un cutis de una blancura que el Rector llamaría seguramente cerúlea o alabastrina y se echó a reír con tal fuerza que la arrastró en su risa y no sólo a ella sino a un grupo de camioneros que comían en la mesa vecina. El posadero también refa avanzando con los bistecs montados. Lorenzo notó que una mosca había aterrizado en su huevo y dejó de reír. La cerveza tórrida que había bebido le regresaba a la boca.

—Se diría que es una farsa—dijo—Pero, ¿por qué no puede ser verdad?

—Puedo darle más detalles—añadió miss Evans sonriendo—Recuerdo nitidamente muchas cosas. ¿Qué cuadro había tras el mostrador, encima del espejo?

Lorenzo vaciló.

—No vale la pena hacer estas bromas.

—¿Por qué?

—Creemos que pasamos por los mismos lugares, miss Evans, que nos cruzamos con la misma gente. Pero es una ilusión. Pasamos sencillamente cerca. Si la vida es un camino, como vulgarmente se dice, no es un camino recto ni curvo. Digamos que es un espiral.

—¿Y adónde lleva?

—Al rincón de los muertos.

El posadero se acercó para preguntar si querían algo más, pero Lorenzo pidió la cuenta. Estaban otra vez en el camino, mirando el cielo que se había despejado, a la espera de un ómnibus. Miss Evans se alejó hasta el borde de una acequia para arrancar un ramo de retamas. Lorenzo la quedó observando desde lejos, la vio plegar las rodillas, inclinar el talle.

—¡No, miss Evans!—gritó—Usted no es Winnie! Winnie era la inglesa que conocí hace siete años en el Mandrake Club y era también mi mujer, la que murió de un ataque al corazón hace dos meses, cuando esperaba bebé! Miss Evans lo miraba ahora muy seria. Desde lejos, erguida sobre sus largas piernas, lo seguía mirando, mientras estrechaba contra su busto las retamas. Y empezó a caminar hacia él, sonriente.

—Eso último es mentira—dijo—Winnie no era su mujer—y cogiéndolo de la barbilla lo tiró hacia sí hasta sentir su boca.

Cuando regresaron, resplandecían los jacarandás bajo el sol tardío. Lorenzo empujó la mampara de la sala y abrió de par en par las ventanas que daban a la huerta.

—Tengo hambre—dijo miss Evans, sentándose en la cama de la colcha polícroma.

Lorenzo pasó a la cocina y sólo encontró media botella de un viejo pisco conventual y un pedazo de mortadela. Al regresar a la sala con la botella vio que miss Evans estaba a punto de coger el brazo del tocadiscos.

—No toque eso por favor.

Miss Evans obedeció regresando hacia la cama y Lorenzo, con su botella en la mano, buscando donde sentarse, divisó el ataúd cubierto con los tres ponchos. Cerró entonces la cortina de las ventanas y tomó asiento en una pequeña butaca de madera colonial.

—No sé si se daría usted cuenta—dijo miss Evans—Pero cuando subimos al avión me tocó sentarme al lado de su cura. Entonces, antes de que despegáramos, me pasé a su lado.

Lorenzo tomó un sorbo de pisco.

—No me di cuenta de nada, miss Evans.

—Y durante todo el viaje no me habló, salvo poco antes de aterrizar en Ayacucho, cuando el avión pareció caerse por un hueco de aire. ¿Por qué ofreció prestarme su guía?

—Porque en el hall del aeropuerto, en Lima, antes que llamaran a los pasajeros, me di

cuenta, sí, ahora lo sé, me di cuenta que Winnie estaba de nuevo entre nosotros.

Miss Evans se echó a reír.

—Invíteme un poco de eso. Ya vuelve usted con sus historias.

Lorenzo le pasó la botella a miss Evans y regresó a su butaca. Oscurecía. Estaban callados. La voz, nuevamente, se esforzaba por talar sus oídos. Lorenzo carraspeó varias veces, tratando de acallarla.

—Pon otra vez ese disco de Vivaldi, por favor. Y anda a buscar al doctor Alipio. Anda Lorenzo de una vez, te lo ruego.

Poniéndose de pie se acercó al tocadiscos, lo encendió y levantó la aguja.

—¡ No puede ser, no puede ser !

—¿ Cómo ?—preguntó miss Evans.

Empezó a sonar muy bajo las Cuatro Estaciones de Vivaldi.

—Quiero desenmarañar todo esto, tengo que acordarme bien de las cosas... Quiero saber porqué me demoré en ir a buscarlo, cuando ella me lo pedía. Yo pensé que eran caprichos, tantas veces se había sentido mal, cosas que se le ocurren a las mujeres, más aún cuando están en estado.

—No entiendo, doctor Manrique.

—Llovía, puesto que cogí su paraguas. Yo hacía una lista de los libros que pensaba encargar a Lima, una lista larguísima, no me acordaba de algunos autores. Tenía pereza además. Es cierto que el doctor Alipio tardó, porque estaba en una comida, una de esas comidas del lugar, que usted ya conoce, con botella de pisco y plato de chicharrones para cada invitado y discursos, interminables discursos. Pero yo tardé más en ir a buscarlo.

—¿ Y cuando regresaron ?

—Había terminado el disco de Vivaldi.

—¿ Y Winnie ?

—¿ Winnie ? Olga, dirá usted, miss Evans. Winnie era la inglesa. Olga se había quedado dormida como un pajarito, con la cabeza escondida bajo un brazo y una mano cerrada, crispada, la mano que me buscó, que me esperó y que al no encontrarme se hizo un ovillo sobre la colcha donde está usted sentada. Dormida ella y la otra vida que llevaba adentro. Como se dice, dormida para siempre. Entiéndalo bien, para siempre.

—Tranquílcese—dijo miss Evans—Vea.

En la penumbra le alargaba la botella.

Lorenzo se acercó y cuando la cogía del gollete miss Evans lo tomó del brazo.

—Siéntese aquí. Lo que me cuenta es terrible. Sus amigos me contaron que había muerto, pero yo no sabía cómo, los detalles. Discúlpeme yo no sé consolar, nunca he sabido hacerlo, ¿ me disculpa ?

—El amor—dijo Lorenzo—esto lo leí una vez en una lápida del cementerio inglés de Niza, el amor es tan amargo como la muerte.

Miss Evans quedó callada. Lorenzo la tenía aferrada de la mano. En el silencio, en la oscuridad, sólo escuchaba Lorenzo su propia respiración sofocada, un hálito que iba tomando cuerpo, como de otro hombre que le saliera de la boca.

—Y lo peor de todo es que la deseo, miss Evans. La deseo terriblemente. Unas ganas locas de aquí mismo, ahora mismo...

—¿ A quién ?

—A Winnie. Sí, deseo a Winnie, delante de Winnie, la otra.

—¿ De qué Winnie ?

—De la que está allí.

Miss Evans miró los ponchos que formaban una sombra aún más sombría que la misma oscuridad. La poca luz que se iba dibujaba una forma rectangular.

—Todo esto es insensato—dijo desprendiéndose de Lorenzo que, bruscamente, trataba de hollarle el cuello con los labios—Es una broma macabra, profesor Manrique. Lo siento mucho, pero no quiero hacerme cómplice de este juego. Tengo que irme además.

Lorenzo la abandonó en el acto, dejando que se pusiera de pie y buscara su cartera en la penumbra. Las Cuatro Estaciones apenas se escuchaban. La vio luego dirigirse hacia la mampara.

—Déjeme acompañarla.

Juntos atravesaron la huerta de los eucaliptos y llegaron a la verja. Miss Evans se sobrepuso. Sus manos estaban crispadas sobre su cartera.

—Le deseo un buen viaje, doctor. Créame que... Interrumpiéndose, le dio la espalda y comenzó a alejarse. Lorenzo esperó un rato, respirando copiosa, afanosamente el aire perfumado : los jacarandás. Cuando la vio a una veintena de pasos abrió la boca.

—¡ Miss Evans !

Miss Evans siguió su camino.

—¡ Winnie !

Seguía alejándose.

—¡ Olga !

Ahora, aminorando su andar, se había detenido, sin volver la cabeza.

Lorenzo avanzó hacia ella, cada vez más rápido y en el momento en que la alcanzaba, la vio volverse con el pelo suelto, pelirrojo, pecosa, juvenil, sonriente, los brazos caídos, entreabiertos.

—Olga—repitió—¡ Cómo es posible, otra vez ! La abrazó, besándola con tanta fuerza que perdieron el equilibrio y quedaron apoyados contra el muro. Cogiéndola al fin del talle la

hizo girar y la condujo enlazada hacia la casa. Miss Evans se dejaba llevar, mirando los árboles, que respiraban en la noche sin viento.

—¿ Cómo dijo el Rector que se llamaban ?

—Los jacarandás. Otra vez, Olga, paseándose bajo los jacarandás.

Quedaron un momento contemplándose. Lorenzo sonrió.

—¿ Qué pasa ?—preguntó miss Evans.

—Pensaba en lo del epitafio. Hasta los ingleses se equivocan.

CeDInCI

Desintoxicado por el diario baño de vapor, limpia la camisa, brillantes los zapatos y el portafolio, Talavera Rubio llega a tiempo de encontrar a Marte y Celeste cruzando la puerta del Astoria, cada uno con su bulto de cuadernos y libros escolares, cada uno respondiendo a la presencia del padre con esa apretada confusión de niños crecidos en sucesivos cuartos de hotel o apartamentos amueblados. Colmados de transitoriedad, de la madre han aprendido a reconocer al culpable, y del culpable han aprendido que su nomadismo es sólo el preámbulo a la opulencia que les espera a la vuelta de un día tan próximo que bien puede ser mañana. Y con él han aprendido a preservar el privilegio de ver lo invisible y creer lo increíble. Los tres juntos, caminando de la casa provisional a la escuela en turno, han atravesado portentos que para desplegarse nada más pedían que el padre les insuflara sus palabras.

En el amanecer tardío, todavía pendiente de la luz eléctrica, Talavera Rubio se detiene al pie de un arbotante, y Celeste le busca las manchas venéreas que, por las lecciones de la madre, debe traer un trasnochado, y Marte le ve la cara marcada por la repetición del embuste. Pero estos brotes de rencor duran solamente el momento que Talavera Rubio deja ver su ángulo penetrable. Rectifica rápidamente su posición, se les acerca, los acaricia, los saluda con nuevas variaciones de sus nombres, emprende con ellos el camino de la escuela, y es otra vez el contemporáneo de toda maravilla narrable; la imprevisible aparición que premia y castiga con igual abundancia; el único padre capaz de predecir un temblor, porque sólo él entre cincuenta millones de sordos puede oír con días de anticipación, el trueno original con que el centro de la tierra anuncia un sacudimiento. Les ha descrito la naturaleza de ese trueno lejano pero claro para sus oídos: como si un caballo corriera sobre montañas de bronce. Y si es fácil creer en su sentido pre-sísmico, mucho más fácil es admitir las repentinas obligaciones de su profesión de inventor insólito: noches enteras de grabaciones; de prácticas preparatorias de su personal para nuevos proyectos; semanas de viaje por ciudades donde todos duermen día y noche, y hace falta despertarlos a fuerza de relámpagos. Si lo ven tan raramente es porque trabaja para poder verlos en sus amancebros libres, para compartir con ellos ese

primer kilómetro del día, en el que andando, resolviendo pequeños enigmas, prometiendo, unas veces le ha lastimado vislumbrar la tramoya del desorden, y otras ha redondeado un nuevo recurso de subsistencia.

En la Avenida Alvaro Obregón toman el terraplén central, húmedo el suelo, húmedas las bancas vacías, bajo el follaje de fresnos y eucaliptos escalofriados por familias de pájaros pientes. En la frescura, palpita el vaho de sus voces moderadas por la quietud que apenas quebranta el escobar de los barrenderos o el preludio del tráfico rodado en tranvías y camiones que pasan con los fanales encendidos.

Todo es posible para el mentidor, menos detener la implacable marejada de durezas en la que debe engastar la realidad de su diaria mentira. Qué fácil sería su oficio si pudiera detenerla nada más el tiempo necesario para idear su nuevo argumento. Y Talavera Rubio la ve venir, rodando, sobre él que hoy no tiene nada que cobrar ni que vender. Una mirada de Celeste basta para restituirlo a su sitio material. Ostentando agilidad, se adelanta en súbita carrera, salta sobre una banca y baja con una rama de eucalipto en la mano; amasa las hojas contra el portafolio para avivar el zumo, y ceremoniosamente le obsequia a Celeste el aromoso gajo. «Hágame usted el favor de oler esta punta una burbuja dura y reluciente, un espejo en el que pueden observarse los astros y muchos otros acontecimientos: enjambres globulares, estrellas gigantes, enanas blancas, todo el platillo polvoso de la Vía Láctea, pero también lo que sucederá mañana en la esquina de Alvaro Obregón y Oaxaca; lo que dice la Madre Tierra antes, en y después de cada suspiro. Talavera Rubio siente haber tocado con sus palabras un núcleo resonante. Las recorre inversamente, las repica buscando el punto del que pudiera saltar una nueva sutileza vendible. Celeste ha configurado su ave agorera hasta tenerla acunada en sus brazos, y pregunta si sabe volar, pero el padre ya no está en posibilidad de oírla, y despide a los hijos dos cuadras antes de alcanzar la escuela.

La Madre Tierra retumba a cada uno de los pasos con que desanda el terraplén de la avenida. Es ella quien le pide que la venda vestida de estrella de televisión, y él accede, atravesado por la corriente de fanatismo que lo amplifica en los albores de cada nueva empresa. Sólo

falta levadura de actualidad para que surja un evento del tamaño de un concurso de belleza. En la competencia está el honor o deshonor de cada día. Ahí es donde los gigantes hacen y repiten sus milagros. Que se avasallen los que ya quedaron del lado meñique del orden, no él de cielo.» A ojos cerrados, la hija entrega al perfume toda su porosidad de adolescente; aspira y expira, agradecida, en tanto Marte aguza la vista y gira sobre sí mismo, vigilando las escasas rasgaduras del cielo cargado de gases plomisos. Escudriña por entre los árboles, por los rompientes del cemento. Lo que le niega la masiva inmundicia debe dársele su tenacidad, y por fin, hacia el sur de la ciudad, descubre un claro lo bastante profundo para que un grupo de estrellas le haga señales. Las denuncia a gritos; sube a una banca para acercarse a ellas. «¿Las conoces, papi?» Rememorando contemplaciones de vagabundaje, cuando entre un raído manual de astronomía y largas consejas marineras deletreaba el cielo azul sin mancha que no fuera oro, Talavera Rubio atina a reconocer la Constelación del Águila, con Altair refulgiendo al frente del grupo. Los niños tiemblan figurándose un águila de cabeza blanca, blanca, por sí sola once veces más brillante que el Sol. Siguiendo el dedo índice de Talavera Rubio, ven la curva de las alas extendidas para un vuelo que terminará muchos siglos de siglos después que el Sol se haya tragado el polvo de sus satélites. Quizás un día el águila pase por ese punto del universo que ellos van marcando al reanudar su camino a la escuela; tal vez sí, a una velocidad de trescientos veinte kilómetros por segundo, tal vez no; tal vez mueva la cola para cambiar de rumbo. Lo único cierto es que solamente ellos pueden viajar a voluntad. Ni siquiera necesitan desviarse de la Avenida Alvaro Obregón para ir con él, ¿a dónde? A Deneb que apenas está a mil cuatrocientos años luz de distancia. ¿A dónde? A la Nebulosa de Andrómeda. Se las muestra desde un estado en que la distancia ha sido abolida por la distancia. Ni cerca ni lejos, simplemente expuestos a la luz azul de sus siete espirales de polvo cósmico, que es como decir navega. Tan claro como verse un perfecto piquete insectil en el dorso de la mano, con su aureola de estrellas rojas desvanecidas entre el núcleo ardiente y las espirales.

Con un volante deseo de perder las referencias

de la Tierra, de llevarse nada más los mapas astronómicos grabados en la piel, se remonta y los remonta en la leve oscuridad punteada de soles. Esta es Trifid, inflada de estrellas por nacer. Esta es Ojo Negro. En sus pestañas verdes bailan mil millones de cuerpos habitados por lo desconocido.

Marte y Celeste siguen al pie de la letra el viaje que el padre describe a cielo cerrado, con exaltación de ciego perseguido que fuera a recuperar la vista en el instante de escapar entre dos galaxias. Y la visión de esa vastedad de vastedades chisporroteante de eternidad, no lo asusta ni reduce. Es él quien crece, desconociendo y negando su pequeñez de hombre en proporción a cuanto pueda alejarse de ella.

Bajo los ramajes de eucalipto, Marte quiere ser astrónomo y quedarse en ese cielo. Talavera Rubio le promete no sólo un telescopio, sino también cierto instrumento de penetraciones vivas (otro refajo de mundo pescado entre el fragor de alguna cantina). Hay en éste mucho más que lentes y metales. Es una especie casi extinguida, que vive en pantanos de muy pocos conocidos. Se le caza con trampas e invocaciones casi tan extinguidas como la misma especie. Es un ave muda, de plumaje pardo, cuello largo y patas agansadas. Tiene en media cabeza que aún pasaría a sus anchas las pruebas de un pentatlonista, o si así lo quisiera, derrocharía las gracias olímpicas de un gimnasta. Ooolím-picas. Es el valor físico de las palabras lo que genera el acto, y una vez más aquellas se cierran sobre él, con furia precisa, para darle la campanada inicial: Madres Olímpicas. Lo demás es transmitir el mensaje sonante.

Veinte pesos que no tiene resolverían los viajes necesarios para hacer las primeras gestiones. Ir al Hotel Astoria y arrancárselos del seno a la mujer, implicaría enfrentarse en mala hora a la cuenta rezagada en la administración, y después repetir el lance de manoteos y reclamaciones gimoteadas de uno a otro rincón del cuarto. Prefiere pasar por los humores resudados de una espalda cocinera, besarle un hombro con la promesa murmurada, mientras Doña Profunda remueve los caldos de sus ollas hirvientes. La fonda Los Pericos es uno de esos secretísimos recursos de Talavera Rubio, donde a su tiempo, siempre ha cosechado bastante más que un desayuno, y seguirá cosechando en tanto dure el voluminoso calor de la dueña.

Encorvado sobre un platón de barro, masticada enormes trozos de panza de vaca, suda a la doble temperatura de la sopa y de las potencialidades que atribuye a la preciosa clave encerrada en dos palabras : Madres Olímpicas. Las oye de cerca, de lejos, cantadas, declamadas, goteadas sobre millones de oídos; las ve creciendo en el centro de distintas pantallas; impresas en diseños y colores que compiten con los carteles de los Juegos Olímpicos; las arremolina en sucesivas alteraciones calidoscópicas, implantando en su memoria la composición de cada nuevo argumento; para anotarlos tendría que vencer el repudio al signo de muerte escondido en todo intento de lenguaje escrito. Es un horror que el tiempo ha elaborado en la base misma de su semianalfabetismo, y que únicamente la intransigencia del pequeño orden exterior lo obliga a tolerar como disolución necesaria en otros.

Provisto de nuevo entusiasmo vendedor, y de veinticinco pesos entregados por Doña Profunda a cuenta de un favor futuro, es el primero en peregrinar por las antesalas del Comité Olímpico. La promoción es aprobable, los derechos de especulación han sido tabulados e impresos para todo aquel que tenga algo decoroso que proponer, la solicitud seguirá su curso cuando llegue escrita, con clara y detallada exposición de beneficios colectivos. En los pasillos de Telecentro realimenta su alma con el picante fluido que desencadena las urgencias de lo efi-

mero; en los despachos se sienta dentro del reino donde no hace falta dudar que ha comprado los derechos olímpicos o que ha firmado contrato con los cuatro primeros patrocinadores. Los tiempos que exige, la formulación del presupuesto, serán discutidos con base en el proyecto de programa que deberá presentar por escrito. Un fabricante de redes y raquetas, arcos y flechas, también debe llevar por escrito la sinopsis de la magna promoción ante su consejo directivo.

En el puño y la letra de Talavera Rubio vive una familia de mendigas, disparejas y tambaleantes, que en veinte años nadie ha visto escritas, ni verá, mientras hayan escribientes y mecanógrafos nacidos para deletrear servilmente el enigma de puntos y comas. Con la memoria hirviente de dictados, baja del camión y se encamina al departamento de Pedro, su inevitable asesor. Va meciedo el portafolio, con un vago preguisto de gobernar formas y gentes que, sin saberlo, vivirán bajo el efecto de su invención. De once a doce de la mañana, el enanismo de las sombras cede espacio a la luz, y la ciudad parece contener más cosas andantes. Yendo de Este a Oeste, por la Plaza de las Tres Culturas fluye un mayor número de edificios en torno al pasaje semiflotante que cruza el predio indígena. Son más fuertes las piedras de adoratorio reacomodadas entre la Torre de Relaciones Exteriores y la misionera Iglesia de Santiago.

Francisco Arturo Alvarado Tololín

« Por entonces comenzaron también a adorar al demonio. Cada siete días, cada trece días le hacían ofrendas poniéndole delante resina fresca, ramas verdes y cortezas frescas de los árboles, y quemando ante él a un gato pequeño, imagen de la noche. »

Anales de los cakchiqueles.

La bruja Pancha Zacarías contaba sus días. Eran las doce de la noche en el reloj de la plaza de San Corquín Bien-Ora. Las lechuzas hacían sus ruidos en los árboles cercanos; tenían los ojos que parecían brillar como pequeños soles que conocen el secreto de la oscuridad; tenían las orejas bien puestas, listas a recoger las informaciones malignas que los diablos charlatanes se darían aquella noche de demonios. En los mismos árboles dormían cansadotes y bobos los haraganos zopilotes. La bruja Zacarías contaba sus días, días de tepezcuintle que había pasado por veinticinco años de su vida; hacía estas cuentas para calcular las horas que había vivido como tepezcuintle y las que había vivido como ser humano—más a menos—, pequeña información que necesitaba para pasársela a la posteridad de los demonios. Bastábale con sólo torcer el hocico y entre labios pronunciar la palabra *eltriuaczepet* tres veces para que en segundos su cuerpo se trasladara al del tepezcuintle más cercano. Y entre brincos y colazos pegaba unas grandes carreras de animal.

La Pancha había sido siempre fiel servidora de los diablos y por eso iba ahora a recibir su recompensa. Además de excelente hechicera y curandera, era la partera oficial del mundo soterrado. Entre sus manos habían abierto sus ojos a la oscuridad y sus pulmones a los herveros del infierno centenares, millares de diablos, diablillos, hijos de todos los demonios—de todos menos uno : el Cadejo, a quien nadie nunca le había conocido mujer. Era fea, fea como Satanás : su pelo era la viva fotografía de las tusas de maíz mal sembrado ; era gorda, con una panza que ni ella misma podía controlar ; y, por si fuera poco, era chaparra y patuda : no había café que le quedara, pues sus dedos eran ahusados y callosos y sus uñas, más que uñas, eran cascos de chanco del monte.

La hora había llegado. En un cuchitril embrujado y lleno de polvo del abandono humano, su diablo superior la esperaba para pasarle los planes que ella tendría que seguir al pie de la

letra. Doña Francisca (que era su verdadero nombre, pero por el cual nadie la conocía) iba a ser recompensada por su fidelidad a los grandes demonios. Su premio era el más alto honor que una bruja podría recibir del Toqoboqaroso. —Bruja de las altas montañas de San Corquín Bien-Ora—dijo el Cadejo coludo, a quien le gustaba pelar los dientes, dientes de caballo, y mover la cola, cada de yegua recién parida, al mismo tiempo—tendrás que obedecer todo lo que te diga para que tus deseos sean cumplidos. ¿ Estás de acuerdo ?

—¡ Sí !—dijo la voz chillona (e insoportable) de la bruja Pancha Zacarías,—¡ claro que estoy de acuerdo !

—Entonces—continuó el diablillo—tendrás que hacer con tus propias manos cincuenta calendarios, uno por cada año que estarás dormida. Estos calendarios te traerán juventud y belleza. Tanta como quieras. Una vez que hayas terminado, buscarás el lugar donde el sol calienta más y allí, en ese pedazo de horno maléfico protegido por mis cien mil poderes, pondrás los cincuenta calendarios boca abajo y con la numeración en orden brujo, es decir así :

				3					
				14	32				
			30	44	10				
		42	34	16	22				
		20	6	18	8	36			
49	38	24	40	28	47				
			1						
			26	12					
			*						
			46	0	5				
			39	25					
			50						
4	23	11	27	13	2				
	15	43	33	45	31				
		29	35	17	9				
			41	7	21				
			19	37					
				48					

* Esta numeración no por bruja carece de lógica; el lector aguzado—es decir, cualquier lector—sabría descubrir, detrás del aparente desorden, el orden simétrico, absoluto y peligroso de la perfecta asimetría.

Luego, cada año te despertarás a las doce de la noche del último día del mes de diciembre y en cinco segundos tocarás y quemarás con el

dedo meñique el calendario correspondiente, empezando con el año en que habrás de levantarte, hasta llegar al primer año de tu dormilona vida : en total estarás despierta solamente cuatro minutos con diez segundos, lo cual, para una bruja vieja y fea como tú, no será pérdida demasiado lamentable.

—¿ Eso es todo?—dijo la bruja con un salto que hizo tronar la casa del Cadejo al caer en sus cuatro patas sobre las tablas podridas del cuchitril diabólico.

—¡ No!—dijo el Cadejo, algo enojado por esos excesos brincatorios.—Además escribirás mi nombre y los de todos los demonios : el del Sisimite, el del Duende, el de la Siguanaba, etc., etc., etc., con tinta sangre de tu brazo izquierdo —porque encima eres una bruja-tepezcuintle zurda.

Hermosas ensoñaciones azularon su mente... Se veía saltarina y lozana como una moza nórdica o pálida y triste como una princesa triste, flotando por los jardines encantados de Versalles en su *tenue* de encaje Valenciennes, bordado de oro, luna y zafiros, mientras las aguas espejadas del estanque reflejaban la figura del apuesto mancebo, el príncipe esperado por largas, muy largas noches de desvelo y nostalgia, que hacia ella venía, en el cinto la espada y en la mano el azor, galopando galante sobre el lomo de un cisne espumoso. El se derrumbaría a sus pies y ella, entornando los párpados y sonrojando las mejillas, le tendería su mano, que desde luego sería blanca, delgada y leve. A una distancia prudencial, los sinsontes y los mirlos entonarían tiernos trinos, confundiendo sus melodías con las amorosas ondulaciones de los violines de Pego...

Estas imágenes se le quedaron guardadas y muchos años después, cuando apenas faltaban segundos para su primer parto, habrían de regresar a su memoria, delatándose en una sonora que quizás no fuera de satisfacción.

La Pancha Zacarías, contenta, pepenó sus instrucciones y con brincos de tepezcuintle y de bruja se largó de la madriguera del cuernudo. « Trato hecho nunca deshecho » repetía con los labios cerrados, mientras el Cadejo la miraba con una mirada rara.

El Cadejo era el más juguetón de todos los demonios y por lo mismo el más peligroso : la gente le tomaba confianza y hasta simpatía y cuando venían a darse cuenta tenían el alma varias veces empeñada. Era retozón y tramposo ; por las noches (sabido es que los diablos no duermen por hacer maldades) recorría las alcobas de San Corquín Bien-Ora, cosquilleando con sus cuernos a los adolescentes, hasta hacer que los más inocentes se orinaran de la risa y los más vivos se despertaran con el instinto en tensión y el ánimo inclinado a los placeres del pecado solitario.

Quien lo viera le supondría apenas veinte años —no por la frescura de su cara o la tersura de su piel, que bien ajadas las tenía, sino por la agilidad de sus movimientos y la picardía casi infantil de su expresión. No era una lindura—¿ qué diablo puede serlo?—, pero se le escapaba de la piel una cierta vibración, como una corriente eléctrica, que magnetizaba los cuerpos y las almas de cuanta fémina, humana o infernal, se le acercaba, atracción que alcanzaba niveles de verdadero paroxismo cuando descubrían que el muy diablo había sido bendecido con un miembro tan formidable que aún en las quietudes del reposo pudiera confundirse con su cola. Pero por más que se le destusaban y ofrecían, cimbreadose sensualmente al principio, contorneándose con lujuria luego, y al cabo revolcándose desbocadamente ante tan demoníaca monumentalidad, él sólo las miraba, y si en los diablos habitase la tristeza, diríamos que en esos momentos su mirada era triste. En sus setecientos ochenta y nueve años de vida nadie le había conocido mujer.

Mas no era su virtud la castidad. Aunque cierto respeto submundano por las buenas costumbres y las responsabilidades de su posición social (también el infierno tiene su burguesía) lo obligaban a guardar bajo tierra el secreto de sus peculiares preferencias, el Cadejo no conoció mujer porque no quiso conocer mujer. Y los hombres que conoció, diablejos adolescentes, maricas de las ciudades, navegantes solitarios, ancianos nostálgicos y prisioneros desesperados, no colmaban sus ansias de absoluto. Ninguno deseaba la belleza con tanta intensidad que lograra pepenarla, concentrarla y devolverla al mundo simplemente con mirarlo. El Cadejo era un demonio triste, porque era un demonio insatisfecho.

La bruja Pancha Zacarías contaba sus días, días enmelcochados de sueño. Los ojos le brillaban a luz de luna, pues, aunque dormía, los ojos los tenía abiertos y miraba el cielo como si estuviera despierta. Después de ese reposo de cincuenta años menos centavos de minutos, se despertó. En su cara tenía marcado un crucigrama dejado por el petate de los siete nudos. La champa en que vivía había perdido su techo, el viento poco a poco había volado las manacas que la cubrían. El tiempo se había ido tragando lentamente las paredes de lodo. De la casa sólo quedaban madera podrida y barro desboronado, que de milagro sostenían los objetos que la bruja había dejado colgados. La vieja Pancha había tenido bastante suerte en sus últimos cincuenta años : había llovido muy poco y nadie la había molestado. Cansada y con el cuerpo tieso como palo de guayabo, se quiso mover... fue bastante difícil. Después de mucho batallar por entrar en movimiento, logró alcanzar un huacal lleno de agua helada, que la despertó y desperezó. Fue corriendo a verse al espejo, que estaba lleno de polvo y telarañas—no porque hiciera cincuenta años que no lo limpiaba, sino porque nunca le había pasado un trapo. Aquí terminaban, por fin, ciento veinte años de vejez, ciento veinte años de fealdad. Aquí terminaba, para siempre siempre, la bruja, vieja y fea Pancha Zacarías. Mientras se acercaba al espejo veía ya, como si en realidad la estuviera viendo, la entrada al mundo—entrada triunfal y esplendorosa—de... ¿ cómo se llamaría ahora? Y le llegó el nombre inevitable : Francisca la Bella (como aquella Remedios de Macondo, que un día subió y subió y siguió subiendo hasta que la perdieron la vista, la imaginación y el recuerdo). Cómo quería la imagen que ya mismo saldría de aquel espejo, cómo quería el espejo, los espejos. Se mandaría a hacer uno de siete vidas, así como las del gato, que se podría caer siete veces y no quebrarse, porque siempre caería parado. Al cabo llegó y se vio. Y gritó, con ciento veinte años de furia en los pulmones :

—¡ Cadejo... cabrónnnnn...!, mientras le caía a escobazos a las sombras, a las rendijas, a los rincones, a la risa incontenible, escurridiza y tramposa que parecía salir de todas partes y venir de los mismísimos infiernos.

En realidad no hubo engaño. En aquel espejo había juventud. Y belleza—tanta belleza como

no habría podido siquiera soñarla la vieja (la que fuera vieja), la fea (la que fuera fea) Pancha Zacarías—que ya no era (no podía seguir siendo) Pancha Zacarías. Se había volteado al revés, como una funda vuelta, dejando en su lugar el cuerpo del más hermoso joven que imaginarse pudiera (o que desear pudiera el muy listo del Cadejo).

—¡ Cadejo... qué bien me la hiciste!

Toda la fuerza de sus deseos se había concentrado para crear, sin saberlo y sin quererlo, la imagen increíble que le devolvía el espejo.

—¡ Cadejo...! Cadejo...

Y qué más podía decir. Conforme no estaba—no podía estarlo—, pero su vista no se separó del espejo los tres meses que le tomó en bajarse la ira. Se mantuvo allí, inmóvil, contemplando, pensando, acostumbrándose, hasta que la inactividad puso toneladas en sus huesos y sintió miedo de quedarse tiesa para toda la eternidad. Entonces empezó a moverse : primero el ceño, que desfrunció, y luego los labios, que estiró en una sonrisa. Después de todo, algo es menos que nada y mucho es más que algo. Si se había soportado como bruja, vieja y fea, ya aprendería a acomodarse a esta nueva situación y quizás, ¿ por qué no?, a disfrutarla...

—Cadejo... Cadejito... mi Cadejito pícaro, lindón... y coludo

Cuando el Cadejo la vio (lo vio), sacudió sus colas—burlón satisfecho—y anduvo brincando, riendo y relamiéndose, los tres meses que Pancha Zacarías—ya no ; Francisca la Bella, tampoco ; ¡ Francisco el Bello!—se estuvo quieta (quieto).

Pero tampoco él estaría del todo conforme ; porque detrás, adentro o debajo de toda esa nueva hermosura, seguía habitando una bruja-tepezcuintle vieja, fea y Pancha.

Todo es cuestión de acostumbrarse. Y con el tiempo, pues—hasta se le coge el gusto.

Luego de tres años, tres largos (anchos y hondos) años ; luego de tres años de café y miradas detenidas por la mañana, de pasear por las aceras, cojidos de la mano, por las tardes, de sentarse acurrucados bajo las luciérnagas por las noches, y de quererse por las mañanas, por las tardes y por las noches, tiernamente, sublimemente, apasionadamente, como si cada

mañana, cada tarde y cada noche fuera la última mañana, la última tarde o la última noche de sus tiernas, sublimes y apasionadas vidas; luego de tres años de no ser Francisco más Pancha o más bruja, más tepezcuintle o más vieja (o más fea); luego de tres años de no escaparse el Cadejo por las madrugadas a cosquillar las partes de los adolescentes, luego de tres años de sábanas frescas y rimas de Bécquer; un buen día :
—Cadejo... Cadejito... tengo unas ganas bien ganas de mazapán frito con leche de coco, de sangre de marañón y té de cañafistula...

Y justo entonces el cadejo notó que hacía una semana que su Francisco sólo tejía y tejía...

—Francisco, tú...

Y éste bajó la vista y se sonrojó. Su vientre ya empezaba a redondearse.

El Cadejo lo pensó un poquito. Caray. Eso no lo esperaba. Pero después de todo. Y si siempre ha de llegar, ¿por qué no llamarle Tololín?

*Tololín, Tololín,
diablo y lindín.*

Stony Brook, Noviembre, 1971.

Antonio Ramos Gascón

Textos breves

designanse con el nombre de águilas incluídas familia de las falcónidas,
por su talla grande, cuerpo fornido,
pico alto— la base corvo
en la punta—, calzadas o no

fresca carne

divisar la

presa desde muy lejos
pliegan luego las alas
como bola de plomo sobre su víctima. No vacilan siendo algunas veces

Anidan en sitios
en caso de necesidad también en el

suelo.
más hermosa que el macho o dos
huevos (véase lám. Huevos, I, figs. 36 y 37)
con manchas pardas,

al nacer
por el macho y la hembra con igual solitud.
jóvenes

existencia errante, edad conveniente
aparean y fijan su residencia.

tiempo extraordinariamente largo
cientos cuatro años.

Aquila crysaetus,
envergadura con la nuca
y parte posterior amarillo herrumbre;

coloración varía, además
en las montañas altas

Europa, Asia, Norte de Africa y Norteamérica
Pirineos y no

tanto en los montes de Baviera
raras veces en el Riesengebirge

peligrosa mamíferos
también cabritos, avutardas

etc.; niños e incluso a los hombres adultos. No desprecia la carroña.

cierras medio dormido la pesada enciclopedia, reafirmas su estupidez, eructas sobre su escolástico lenguaje, destapas el bolígrafo y con la pinza del capuchón te limpias las uñas. Después, escribes.

De toda la literatura animal nada tan bello como las páginas de Erika Bz427, muerta por

asfixia en la primavera M601H5, según consta en el Archivo Popular del Gran Silo Trust and Savings. Por lo que puede deducirse de los legajos que consulté en la galería cuarta (sección de raros y peligrosidad social) Erika escribió treinta poemas, dos cuentos cortos y un ensayo de novela, narrada en primera persona por una excéntrica cigarra, homenaje, parece ser, a la que fue entrañable cómplice en atropellos y escenas de mal gusto: víctima por lo que dicen, y no suena descabellado, de una excesiva dosis de fórmica droga que con cierta regularidad Erika le inyectaba debajo de las alas. Me parece estar oyendo su gran discurso final, una mañana de junio, cuando luego de haber bebido, quizá demasiado, de la yerbecita azul Vermeer que tanto gustó desde su adolescencia, encarada en la última pica de una verja (verja, como ella escribiría) con lucidez de ebria se arrancó por peteneras

*queridas
queridas siempre en la cooperación y en el trabajo*

*queridas en el aburridísimo retiro invernal
y en las no menos aburridas*

faenas estivales

*queridas también en la monótona copulación
y en la como no siempre bien programada*

puesta de huevos:

*heme aquí sobre ti graciosísima majestad
masturbándome a gusto con las patitas traseras*

*miro por el cristal y cambio las imágenes
subo al cielo y si bajo los párpados*

me entrego dulcemente al maléfico placer de las tinieblas

*si abro los ojos la altura me purifica
con su voluntad deformadora*

*y hago saltar en cien mil planos vuestra
fiel intocable perenne domesticada realidad.*

Erika no pudo proseguir: una cagada de pájaro, quién sabe si un colibrí, le tapó la boca. Nadie recogió su cuerpo. Era época de siega. Frena bruscamente el coche utilitario en la calle: capullo no ves el disco rojo?

Hierve mansamente el repollo en la cocina. El mítico aroma de la infancia va inundando poco a poco tu cuarto. Enfundas el bolígrafo, surcas la mesa con la caperuza, rasgas el papel.

Habitación comedor. Fluorescente luz que lentamente deberá sustituirse por la tradicional de bombilla filamento. Antigua mesa de nogal sobre cuya superficie se ha presado una espesa capa de formica rayada.

A la izquierda, el televisivo diario de las diez. En frente, la descuidada mata de vello en la verruga de la abuela. La cariñosa calva de papá tan preocupado, encabezando la mesa. Mamá atenta como siempre, a la derecha. A tu lado la dolorida ausencia del hermano que cena con compañeros de oficina. Presidiendo la pared a tus espaldas, Sagrado Corazón solemnemente entronizado con las sagradas vísceras al aire.

Desfile victorioso—no por abundante exhibido sin recato—de la ácida verdura y su patata, sellado como siempre con la pescadilla circular mordiéndose la cola, o el huevo frito con puntilla, o tal vez el gallo pequeñito en su afán de presentarse con etiqueta de lengüado. Mientras tanto, el consuelo digestivo y reiterado : things go better with coke, nave y timonel impertérrito, viento en popa entre borrascas extranjerías. Regresas a tu mesa, abres el libro, lees las palabras iniciales.

Muy señor mío compláceme comunicarle que en la última junta fue unánimemente aprobada su petición de ingreso en nuestra Sociedad el presidente este humilde secretario y los miembros asociados todos dámosle la más sincera bienvenida a nuestra Casa la ornitofilia española está cada vez más necesitada de entusiasmos como el suyo adjunto tengo el gusto de enviarle el correspondiente carnet en breve Dios y los servicios postales mediante recibirá anillas de diferentes tamaños junto con el block de reseñas que incluirá las matrices para su personal expediente: has forzado la portezuela del casillero de las cartas, fijas un instante la bilis sobre la portera gorda, abres el sobre con el dedo.

Saludó el cabo de guardia cerrando el gesto con un ridículo y desproporcionado golpe de mos-

quetón contra el suelo. El oficial de semana ha dado un traspies semiborracho en la escalera que sube a la cantina, dejando rodar inmensos botes de leche condensada comprados en el economato militar, el chusquero se ordeña la nariz y estampa en las letrinas un moco bien cuajado. Es hora de dar la novedad al subteniente. Vea su merced que estos soldados que por aquí y allá levantan su fusil entre viñedos y maizales, no son astutos enemigos a punto del disparo, sino pacientes espantapájaros que escoba al hombro el buen campesino castellano acostumbra a situar con estrategia, no sea que un bando de esto o de lo otro ventile o merme sus cosechas. No pretenda, por el Divino Niño se lo ruego, que dé la voz de carga, porque aquéllos no tienen de soviéticos más que el trapo rojo que cubre su esqueleto de jara, y estos que mandamos, apenas saben disparar a las cintas de papel en las verbenas de sus pueblos, y ni tienen la marcial factura que vucencia les supone, ni pueden con el chopo al hombro, ni saben desplegarse en formación, ni ná de ná. Haga caso usía de éste que bien le quiso siempre y siempre respetó, déjese de zafarranchos de combate y ataquemos, en cambio, al cocido que ya espera en las cocinas, no vaya a ser, además, que al capitán de la Región le suene a despilfarro tanto peine disparado a tontas y a locas, y acabemos dando con los huesos en la tierra sin haber catado más que el seiscientos de ocasión y los quince días de permiso en Benidorm cada dos años.

Dichas y oidas estas razones, diéronse la vuelta hacia el cuatel y en menos que canta un tordo sentados se encontraban a la mesa, degustando las exquisitas papilionáceas, sorbiendo obscuramente la chicha y el tocino.

Fuiste ambicioso desde muy pequeñito, ya lo dijo mamá. Te sabía a poco la licencia militar, querías licenciarte en la familia, darte de baja de las actas académicas, pedir un retiro por setenta y ocho años en el partido verdadero, solicitar una beca vitalicia para estudiar a fondo el comportamiento y ecología del cuclillo en Islandia, aspirabas borrar tu nombre del registro que con letra redondilla dibujó en su

momento el oficial de la Alcaldía, toda imaginación te parecía poca para encontrar un país en que pedir ciudadanía, siempre te encontrabas demasiado responsable en tus sesiones de caústica autocrítica. Este pajolero niño lo quiere todo : advirtió el ama seca poco antes del destete ; nunca de vió tanta insolencia, acostumbraba a sentenciar el casto abuelo antes de palmarla por lo que resultó ser cáncer de ano ; disolvente personalidad en gestación con obvias tendencias hacia objetos ambisexuales, fue el diagnóstico del Padre superior en el colegio ; parece mentira que seas hijo de tu padre, lloró con lágrimas de sangre doña Norma ; esto ya no se puede tolerar, amenazó abierto puño en alto cuantas veces la mano de papá tan preocupado ; pequeño burgués al fin y al cabo, terminó por acusar el comité interfacultativo después de analizar con espíritu dialéctico tus idas y venidas, innecesarias provocaciones, incontadas faltas contra la fe proletaria y la disciplina de partido ; lo que pasa es que este chico es gilipollas, dijo simplemente, como quien quiere evitar la hipérbola barroca, el proveedor de ultramarinos que en la esquina surte al barrio de lentejas azafrán amojamado bacalao alguna vez que otra macarrones importados o perdiz en lata escabechada. Mas solitario pájaro, en cuál techo se vió jamás que yo ? Lloraste con Quevedo (hay que dar pistas a la crítica) aquella noche y no hubo Magdalena que empapara tus lágrimas o embadurnase de bálsamo tus pies con sus cabellos.

Toma un klines ! Pásame Pat el vino con casera ! Se está recalentando el plesiglas de los asientos ! No, si todavía llegaremos tarde a las news de Gundisalvo ! Por los clavos de Cristo, me haces el favor de no pegarme pellizquitos con las ligas ?

Arranca el cuatrolatas, mete primera el desvalido Citroen popular, acelera arrogante el ciento veinticuatro, el tímido isocarro inicia el trote lento, detrás, la inmensa caravana del Sixhundred Club : van entrando poco a poco ; el gran Retorno por el arco triunfal de Leganitos ; qué consuelo saberse todos dentro !

Continúan prosperando los gusanos de San-

sueña : vivir para ver esto ! Afortunado tú que nos dejaste, para dejar de verlo.

Es otoño en las alturas, la luz y el aire se están tiñendo de colores : si bate las alas me rozan tus plumas los costados y me hacen reír : pero nada comparable a la suavidad del planeo, colgado a tus hombros, acariciando el viento en perfecta conjunción : bajo nosotros espacio y tiempo confunden sus historias, sobre todo cuando pliega las alas y hacemos el picado para luego remontar.

Pelo negro de brillante untuosidad, camisa blanca renegrida en los bordes del cuello, nivea caspa cuajando mansamente en las solapas, menguada talla en airoso movimiento, cartera oscura grande marcando con ritmo pendular su andadura decidida, abre la puerta : ha subido un escalón, dos, tres, muchos : ojitos azules rubias cabezas se deshacen en cándido interés : con desenfado singular que sólo la raza en combinación con la costumbre logra, va dando suelta a la magistral lección torre de control anuncia la llegada del vuelo uno dos tres procedente de : forma la compañía de gastadores del tercer regimiento de tierra : alto mando de la plaza, autoridades municipales, el ministro del ramo, figuras de la industria, de las artes y las letras, el monseñor, dos toreros recién llegados de la gira, afortunado acertante de catorce resultados, cuatro padres del tercio familiar, director general de sanidad por si hubiese lugar a la inspección, armada gris con falo de borrico presta a contener si necesario la emotiva devoción de las anónimas masas que se apiñan transidas de piedad y de entusiasmos indescriptibles a prudente distancia de sus representantes orgánicos. Por la escalerilla de aluminio, convenientemente aterciopelada, la sin par sonrisa 147.839 de la mozita azul anunciando la salida por la región anal de la honorífica directiva de la congregación de Celadores : en tierra el séquito, irrumpe en sinfonía la banda mística y guerrera acompañada por delicado silbo de trombón : más tarde, sonoro silencio impuesto a toque de corneta : el esperado momento, la puerta principal ha sido abierta : entre los trémulos brazos del elegido custodio, con reverente pausa, desciende

la urna trasparente : con indolencia casi, reclinado sobre pliegues de bandera gualda y carmesí, el carismático miembro, por castellana paradoja incorrupto, reposa : vivo sin vivir en mí tan alta gracia espero que muero porque no muero
 nana nanita nea
 nanita rey mío, corazón de mi alma, nea, mírale, con su babita anticultura !
 duerme mi vida, nana, que mamá progresista tu sueño vela
 tusueño misueño eldetupadre que además de ser el tuyo el mío el de papá será algún día el de las gentes bien nacidas
 ingenieros del verso o artesanos del apiedrayel cemento
 duerme nanita mi niño nea
 no sea que lloren ella garta la garta el gartito

con sus delantitos como y se enfade Federico
 nanita querubín social
 que te mece mamita antimamá
 ilusión de mis entrañas hecha carne
 esperanza antes del pacto en el pacto y después del pacto
 duerme, contradicióncita superada, nea que tus ojos jamás verán al navegante
 nanita tesoro de proyecto
 que yo te sabré bautizar en otra iglesia
 nanita mi alma nana
 que te arrulla mamita camarada
 nea amor mío nea
 que te vela mamita compañera.
 Mamá :
 Qué :
 caca !

CeDInCI

Poesía

Antología venezolana

Juan Sánchez Peláez
 Francisco Pérez Perdomo
 Rafael Cadenas
 Eugenio Montejo
 Ramón Palomares
 Luis Alberto Crespo
 José Barrdeta
 Víctor Valera Mora
 Luis Camilo Guevara

CeDInCI

José Emilio Pacheco

Tres poemas canadienses

Saúl Yurkievich

Poética

Antología Nueva poesía venezolana

La presente antología corresponde a una personalísima elección, lo cual implica una abundante dosis de subjetivismo y humor peculiar. Todo trabajo de selección poética, para que sea legítimo, debe contar con su buena cuota de complicidad y aventura. Lo demás es puro ordenamiento serial, cuestión cronológica o historia elemental. Me complace destacar que, hace veinte años, un libro llamado Elena y los Elementos recorrió las compuertas, en la poesía venezolana, para una comunicación fulminante, donde lo erótico-imaginativo y el permanente salto mortal del vocablo dejaban en ruina prolongados momentos de retórica depreciada y propiciaban una pista segura para el ascenso del lenguaje creador. Juan Sánchez Peláez mediante hallazgos convulsivos, desdeñaba la flatulencia sentimental, el soneteo, la serenata y el discurso de cumpleaños. Sus libros posteriores (Animal de Costumbre, Filiación Oscura y Lo Huidizo y Permanente) confirmaron la madurez de una exploración verbal, llevada ahora, en sus últimos trabajos, a extremos rigurosos, donde delirio y exigencia se dan la mano en una sólida unión de los contrarios.

Poetas de dos generaciones posteriores admiten su deuda con Juan Sánchez Peláez. Son ellos los que trabajan en una línea idiomática abusiva y expectante: Francisco Pérez Perdomo (Fantasmas y Enfermedades, Los Venenos Fieles, La Depravación de los Astros) pasa de la ironía a la lógica falaz, de la narración simple a las menciones ocultas, para luego ejercer sobre el cuero pelado de la palabra una suerte de maroma expresiva; Rafael Cadenas (Los cuadernos del Destierro, Falsas Maniobras) convoca viejas dolencias, pone a chocar soledades, y su irrevocable decisión de no tratar con el mundo

sirve para estructurar recias construcciones que cada vez avanzan hacia una apretada y misteriosa destilación; Eugenio Montejo (Elegos) resolvió el peligro anecdótico por vías de una elaboración semántica que está a salvo de la dureza y el laboratorio por la floración constante de gratas o acechantes alucinaciones.

Ramón Palomares (El Reino, Paisano, Honras Fúnebres) saltó de un primer ejercicio de precisiones y elegancias, una ajustada maniobra de edificación en el poema, al vitalismo pleno, revelado a través de las profundas resonancias del habla regional y el encuentro con un enlace fantasmagórico de la tierra. Esto solo, confirma la legitimidad de una poesía que quiere identificar los seres y las cosas nombrándolos a todo riesgo, a espaldas del habla llamada culta o gramatical. Luis Alberto Crespo (Si el verano es dilatado) y Jose Barroeta (Todos han muerto) ensayan, con diferencias, esa dirección, y en base a una simplicidad que se hace insólita de puro simple, nos recrean el universo cotidiano y la vivencia aldeana se convierte en una fabulación trascendente. El costado de la protesta y el compromiso lo encara Víctor Valera Mora (Amanecí de Bala), puesto a cubierto del pánfeto tradicional y la tontería oratoria, para golpear, por vías de la violenta ironía, los lugares comunes del sistema y el contra-sistema. Por su parte, Luis Camilo Guevara (Festejos y Sacrificios) se extravía, adrede, en fulgurantes asociaciones vitales y construye el buen engarce entre lo experiencial y lo lingüístico, resumen pleno de todo ejercicio poético que, como aquel famoso y esotérico l.q.g.d., era lo que queríamos demostrar.

Adriano González León.

Juan Sánchez Peláez (1922)

Entre ambos

A la intemperie nuestro candor. La figura de nubes en el espejo de tu casa mira mi abrigo eterno y mi desnudez. Bonito está el mundo, mis mayores en paz, y yo estoy hecho un ovillo. Valor entre ambos, Tristán Tzara, coloca tus juguetes de juglar en el pasto crecido, no aguardemos a remolque ningún obstáculo que inhíba nuestra frágil chalupa.

Caballo

El caballo que olisquea mi sombra a ras de suelo, apoya su pata delantera entre muchas hojas y abismo. Caballo, fábula de muerte en el viento, mientras la muerte se disipa en blancos páramos. Oh mientras gimo por dentro y río por fuera, el rumor de tu noche negra en mi duermevela a través de luciérnagas.

Poema

De esta suavísima tierna relampagueante palabra hay un oscuro susurro, ella vuela sin cascos como la perdiz o se recoge en el hueco de tu mano; hasta que no la halles continuarás en el reflejo, en la mitad, en lo entrevistado, o revolverás tus legajos, lleno de atribulado silencio, mientras no sabes si apagas o no tu endecha fuera de tono, o calientas con el borde luminoso de tu mejilla una campana.

(del libro «Declive cortado a pique».)

El objeto permanece invariable

El objeto permanece invariable
 asediado rodeado por palabras
 lamido por lenguas descomunales
 resiste la terrible invasión de vocablos
 de términos festinantes y en marcha
 el objeto se levanta en punta de cola
 culebrea
 y su ser y su esencia empero
 inmutables permanecen
 en el tumulto y profusión de los vocablos
 palabras sanguíneas
 incisivas
 suntuosas
 ladinas
 harapientas
 desgrefiadas
 taradas
 vindicativas
 andróginas
 inconsolables
 palabras con ojos de lechuza
 con risas de Bacante
 palabras que husmean en cuclillas
 se rascan la cabeza
 sacan los dientes
 aletean y chocan contra los muros de su cuarto
 y cada una de ellas
 lo define sin violarlo
 señala el objeto invencible
 sus límites tutelares y ancestrales
 pero cuando las palabras se reiteran
 se muerden la cola
 caen en prolongados letargos
 se convierten en Fórcidas
 se confunden
 se repiten y en una sola se transforman
 entonces el objeto invencible
 comienza su velada
 empieza a dividirse y se convierte en otros
 infinidad de objetos designados por un solo vocablo
 a quien la multitud de objetos
 órficamente señala

envuelve y determina
 y cuando los objetos se reiteran
 se muerden la cola
 caen en prolongados letargos
 se convierten en Fórcidas
 se confunden
 se repiten y en uno solo se transforman
 entonces se multiplican las palabras
 proliferan
 avanzan y retroceden
 declinan
 sin punto de reposo inofensivas se hacen
 y el objeto permanece invariable.

Se instalan en mis ojos

Inquiero sobre mis párpados.
 Unos rostros vehementes y sesgados,
 entrevistados como a través de las hendiduras
 del sueño,
 al parecer suspensos de la niebla,
 enardecidos y semejantes al delirio,
 buscan en un punto de la noche
 rehacer sus rasgos extraviados.
 Flotan como insectos
 en la atmósfera del cuarto
 y se desesperan por reconstituir
 su existencia anterior,
 al amparo de silenciosas lámparas.
 Saltan hacia atrás
 sobre los duros escollos
 de la edad ;
 de espaldas caminan
 sobre los crujidos de mi vigilia
 y entran en bosques ilesos
 de fuentes especulares y suspirantes árboles,
 en estaciones abolidas
 que, no obstante, resurgen de sus escombros
 y entre cenizas agitan sus alas inmortales.
 Se instalan en mis ojos,
 hiperbóreos, con máscaras radiantes,
 y alzan los coros sepultos en sus lenguas
 hacia la pura eternidad.

Nombres

te llamas hoja húmeda, noche de apartamento solo,
vicisitud, campana, tersura y lascivia,
ingenuidad, lisura de la piel, luna llena, crisis
oh mi cueva, mi anillo de saturno, mi loto de mil
pétalos
Eufrates y Tigris, erizo de mar, guirnalda. Jano,
vasija, tórtola, S y trébol
ovípara
uva, vellocino y petrificación
podrías llamarte Blándula o Cupida o Fontícula
pero tu nombre es
lecho, lavabo, dentífrico, café, primer cigarrillo,
luego sol de taxis, acacia, también te llamas acacia
y six pi em—em—o half past six o seven,
cerveza y Shakespeare
y vuelves a llamarte hoja húmeda, noche de
apartamento solo, etc.
día tras día,
sí, tienes tantos nombres
y no te puedo llamar
todo tan absurdo como esas mañanas sin amor que
el espejo de los baños recoge y protege
todo tan desoladamente inabordable
todo tan causa perdida.

Vigilancia

Los ojos,
aves intensas.
Detrás
una sombra desaparece.
Lo que existe,
reina.
No llega quebrada
la luz
a este habitar
—el fantasma
apenas vive.
El dueño ya no es dueño.
Cuando renace de sus cenizas
alguien lo observa
en silencio.

Había una vez un padre

Había una vez un padre y yo era su hijo,
el alud de su muerte y su primera eternidad.
Vivíamos en los harapos del abismo, uno en el otro
y nada, salvo el tiempo en común. A su paso
toqué el organillo de los antípodas, auscultaba
el invierno a la boca de imbormal. Restos de infancia
hacinada en lo hondo del ser levantan cenizas de estupor.
Ave Rey, faraón doméstico, mi padre sorbe el café
de su ayer. Palpa en los pliegues de sus manos un
tacto mío por venir. Se levanta, otea el arcoiris,
cavila en mi nacer. Si yerro, cae la piedra de Dios.
Sus ojos vuelan y me muerden. Giro, me acodo tumefacto.
En mi cuerpo las estrías del poema como flores en las
costillas del santo.
Había una vez un hijo y él era mi padre,
el sobrepadre de los días, el padre y dos.
Nos unimos en las levitaciones de la infancia.
Yo venía del azar elegido por su raza, nimbado,
en el fondo del sueño y retomaba el atabal.
Ese roce con que la eternidad arma las piezas
fugitivas nos ató hasta el final. Había una vez
un padre, un bosque de sol, una razón de porvenir.
Todo cae a la lluvia en remoto cordaje de laúd.
¿Fuiste feliz?—Pregunta el loro subjetivo.
Yo callo y recojo los fastos con que sonrió a la muerte
por toda filiación.

El Gran Vestido

La ramita eneldo dio la vuelta por su cuerpo y llegó hasta
su corazón
allí buscó largo rato
Que a que no te acordás del Vestido de Blanco, el Grande—dijo
Entonces apareció un pueblo largo, muy largo :
venían tres muchachas por su calle

diciendo

—Las canciones que cantabas anoche
sabían a rosas

—La manera como cantabas
estaba llena de sentimiento

Se montaron cada una en su caballo y siguieron

Las muchachas desaparecieron

El pueblo se fue

Sólo el Gran Vestido de Blanco de vez en cuando vuelve

Luis Alberto Crespo (1941)

Gente mala

El puente los dejaba pasar : bigotudos, paleadores de burros.
De noche, por plata, tiraron a un viejo en los peñones del río,
en el paso del ganado.
El barrial del Cardonalito y los caños
lo echaban en las casas de comercio.
Vendían ropa buena, aguardiente de otras partes, pistolas.
Eran de donde sale el diablo. En Jebe Tuerto
lo tenían de compadre.
Detrás de ellos estaban unos cardones negros, unos rollos,
como lona, de polvo.
Pasaron por unas tierras arrugadas. No miraban a nadie.
A quién, con tantos montes pelones, tanto camino de culebra encima
como venían.
Olían a cagajón, a monga de yabo.
Algunos llegaban de otros lados, de partes verdes,
porque traían bojotes de paje.
En los botiquines de terrones le gritaban a una mujer
que se les había ido, que los dejó.
Pero siempre eran verano, esa mortecina de salón de chivo
y saliva oscura.

Como dijo el señor Eliot

Esa muchacha, la hermana de Efraín El Tabaco,
ahogada en Don Benito cuando mi familia visitaba los monumentos
en San Juan, y nosotros escarbando la tierra de la plaza,
viéndola irse para la parte honda, sin volver a salir,
llena de agua, y la gente la buscaba en las raíces de la orilla,
en el fondo, de noche, de día
y ella sin salir, tan jovencita, la hermana de Acasio,
de Efraín, tan seria.
Nos vimos muertos en el Paseo de la Llave,
un día de estos—como dicen en mi casa—en el remolino,
iguales a Jacobouuuu
y el río trae borracheras.

José Barrdeta (1941)

Una rusa

Tania Voroshilov
es la rusa a quien hablo soñando.
El oso de sus pies me seduce y vuélvese nieve
todo el amor.
Todo ha sido soñar y recorrer con ella
la estepa,
todo ha sido echarme en las flautas
de su cabeza.
Todo el cuerpo de Tania Voroshilov lo he conseguido
soñando.
Al apagar la luz de mi cuarto ya la tengo,
cerca de mí, en Leningrado. Y en las aceras de la ciudad
que lleva el nombre del gran jefe,
Tania Voroshilov baila desnuda. Me entrega su iluminado sexo
en forma de alcohol.
Tania Voroshilov es como el nombre de mis lecturas
de los quince años. Allá en la mesa de aldea que humedece
la lluvia,
la foto del camarada Lenin se confundió entre libros
y yo esquí sobre su helada y calva cabeza, siempre tomado
de la mano de Tania Voroshilov.

Todos han muerto

Todos han muerto.
La última vez que visité el pueblo
Eglé me consolaba
y estaba segura, como yo,
de que habían muerto todos.
Me acostumbré a la idea de saberlos callados
bajo la tierra.
Al comienzo me pareció duro entender
que mi abuela no trae canastos de higo
y se aburre debajo del mármol.
En el invierno
me tocaba visitar con los demás muchachos
el bosque ruinoso,
sacar pequeños peces del río
y tomar, escuchando, un buen trago.
No recuerdo con exactitud
cuando empezaron a morir.
Asistía a las ceremonias y me gustaba
colocar flores en la tierra recién removida.
Todos han muerto.
La última vez que visité el pueblo
Eglé me esperaba
dijo que tenía ojeras de abandonado
y le sonreí con la beatitud de quien asiste
a un pueblo donde la muerte va llevándose todo.
Hace ya mucho tiempo que no voy al poblado.
No sé si Eglé siguió la tradición de morir
o aún espera.

Víctor Valera Mora (1936)

Siempre en Domingo

Aquel cuya identidad es un águila tatuada
con un silbo de moda entre los dientes
nos toma de los pies
y agitando trapos de sol manchados de betún
detiene la melodía y se desata para explicar
« porque no es fácil sacarle brillo
al lomo de un elefante y puedo hacerlo
Pulir zapatos también tiene su técnica
se deben dominar las dos manos así
y conozco el oficio y gano lo suficiente para no morir
pero no lo suficiente me falta la vida toda
mire usted el otro día un carro azul corría velozmente

y los muchachos que lo ocupaban disparaban sus metralletas
contra las radiopatrullas que los perseguían
Entonces apreté el cajón contra el pecho
y me tiré al suelo pero no estaba en el suelo
yo iba en el carro azul disparando contra la policía
Después supe que eran muchachos de las FALN
y le habló así porque sé quien es
en pareja jugando « maquinita » en el Recreo
Usted decía cosas contra el gobierno
como le digo
gano lo suficiente para no morir
pero no encuentro la vida
Vale la pena buscarla como los terroristas ».

Mustang

Yo que jamás he atormentado mi cerebro
que nunca le he parado a la Psicología
que ante todo test mental me muero de la risa
hace ya tiempo estructuré un esquema teórico
dentro del cual toda persona
que ande tenga o maneje un Mustang
es altamente sospechosa de ser oligofrénica
Pero resulta que la mujer de ojos insoslayables
anda y tiene y maneja un Mustang
Ojalá sea la excepción que la confirme.

Luis Camilo Guevara (1937)

Incesante carroza de la noche

En altas temperaturas elevo el tallo
por encima de los vientos contrarios
vapuleado por fantasmas electrónicos muy seguro
de unir la incesante carroza de la noche
al núcleo de lo que nunca se verá libre
fuegos perversos atados por mis vértebras
humo plantas carnívoras países flotantes espejismos
inefable cuestión de vivir
en los inmediatos lares
donde no termina el repliegue marino ni sus voces
Días de julio y señorean ranas
pájaros y tripulaciones fuertes
Contemplo esos escombros esas fallas geológicas

los deslumbrantes faros que someten todo rigor
 al vicio de lo desconocido
 mordidas reptantes del lenguaje
 mi zumbido es una imagen estrafalaria rebotando desde el paraíso
 Esta frágil invención me hospeda en la tierra como un tigre
 Cuando abro la puerta no descanso
 Subyuga el desatino
 mi límite se hunde pero va resuelto
 Fiesta fiesta para mí que amo y apuesto contra sombras

Delta

A Wilda

Siempre habrá un escondite
 para no destruir el cie'
 y dejarlo allí en un buen reposo
 hasta jamás

Tengo la idea exacta del exterminio
 pero frecuente esta dicha absoluta de tí
 que es otra ilusión tan perfecta
 como la muerte
 En el sueño posees otro nombre otra cintura
 otros dignos manantiales blanquísimos
 otra intención venenosa otro natal principio
 confundido a veces con el fondo terrible de las aguas
 más

las que fueron un tiempo mis pecados
 Solicito el afecto de ese tiempo y me destierra
 a los mismos herbarios habitables
 a la única locura
 del regreso ya imposible de entender
 Cuando hablo de tí la realidad resiste la melancolía
 del tormento visible y fermenta como un licor
 tomado en ese Delta imborrable.

Saúl Yurkievich

Poética

¿poesía liberada o deliberada?
 vale la pena probar
 antes que decir lo indecible
 digo todo lo decible
 tirabuzón conjetural
 descontar lo que se corta
 decidido decidor
 si todo está dicho
 me callo
 con las palabras vaciadas ¿qué hacemos?
 ¿las damos que nos las llenen
 o las rellenos?
 prohibido declamar
 accione lentamente
 y con delicadeza las palancas
 conciencia vigilante escrutadora
 ajusta la relojería de tu corazón
 esa glándula petulante
 analítica avaricia vital
 cortacircuitos graduales
 refrigeración diferenciación
 pero vienen los visitantes tenebrosos
 y cariacontecido me regodeo
 con siniestros simulacros
 como tener un feto muerto en la conciencia
 como se tuerce el fósforo carbonizado
 tejo fantasmas al crochet
 para pudrirse pida tapaporos
 luego el molino de la libido
 tornadizo muele libidinoso
 hasta empalagarme
 humanísimo revoltijo
 empalaga empalabrado
 batifondo
 prohibido empapelar
 una cura de silencio
 quizás
 para las palabras mutiladas
 reposo por las gastaduras
 tienen la piel irritada
 ajado el cutis
 de tanto maquillaje barato
 maquinaria de la imaginiería
 basta de tus sonatas
 de coquetería
 de ensoñación
 de patetismo
 ¿retortijón o retablo?
 imágenes motoras artefactos
 volatería ilusionismo pirotecnia
 hálitos
 hilitos de música a lo lejos

palabras palpo peso preno parto
 soplo palabra que se lleva el viento
 aviento palabras
 la musa suma asoma
 morosa asoma la suma musa
 probemos
 revientacaballos
 zarzaparrilla
 matalascallando matamoscas
 mescalina vaselina parafina
 saltó el saltamontes siete setos
 (homofonía es homología)
 semitono terso modo veladura
 susurrara su siseo se alisase
 pluma la ondulando bruma malva
 morigere sobre blando la corola
 sibilante volandera se difuma
 perfumada difundida levedad
 ¡alto! ningún desperdicio de energía
 pavadas ritmadas
 melodiosas futesas
 como una inmensa boquera
 como bocanadas de humo
 ¿qué querés? se segate
 no hay más que eso
 detrás no hay nada
 delante nada
 aquí termina el recorrido
 viene la muerte
 conjunciones disyuntivas adversativas
 pronombres irreflexivos
 verbos intransitivos
 oraciones subordinadas
 complementos indirectos
 adjetivos indefinidos
 adverbios de negación
 pasó el tiempo de las armonías
 de la ilusoria reconciliación
 del acorde acordado
 del acorde concorde
 del acuerdo mesurado
 del bien temperado concierto
 no conciertan
 desconciertan
 no entonan
 desentonan
 no componen
 descomponen
 no concatenan
 desencadenan
 no esperan
 desesperan

no complotan
 explotan
 reverendo reventón de resabios
 rastrojo ripio raspadura rabadilla
 prohibido recitar epopeyas
 omnipotencia omnipresencia
 omnicairencia omniolvido
 chonchos rechonchos farfullan
 no mascan ni lo pastoso
 no dentan les falta hueso
 nos creímos hacedores
 y fuimos amasijados
 uno niega no ninguno ni una nada
 no se irrite inútilmente
 irrite se útilmente
 es inútil irritarse
 inutillicese irritablemente
 entre la disidencia y la convergencia
 oscilo
 entre algo y nada
 entre poco y nada
 entre nada y nada
 entre sol y noche
 entre alumbramiento y ceguera
 entre palpitación y muerte
 pasó el tiempo de las simetrías
 poesía cerebral glandular intestinal
 pelleja subcutánea intravenosa
 pedicura pectoral peluquera pelotera
 penetrable penetrante peñascosa perdiguera
 peregrina pentoria perinola
 poesía periscopio
 ¿pespunte o petardo?
 retruque retumbo remanso
 no remedio sino remedo
 endulzado y salazón
 una risita de ajo agrio limón crujiente saca las
 propenso a prorrumpir en prosaímos
 la palabra capitalista es fea
 dicen que no conviene a la poesía
 sobre todo lírica
 peor debe ser plusvalía
 obstinada ruptura de la probabilidad
 que la indeterminación
 sea también conocimiento
 equivoca discontinuidad
 continuidad ¿garantía de verdad?
 la palabra ¿prueba de existencia?
 referencias verídicas que no llegan
 a configurar un objeto
 Periodista—¿Por qué hay tanta sangre en sus
 [films?

Jean-Luc Godard—No es sangre, es pintura roja,
 comprensible según su modo
 de entretenerse
 tantas perspectivas como espectadores
 tantas lecturas como lectores
 versa y viceversa
 ateo por Arabia iba raro poeta
 odiar las adargas no consagradas al raído
 a la gorda drógala
 ella te detalle
 hacen amasijos
 se dicen acertijos
 al más vacío vacío
 al más lleno de los llenos
 cada cual con su sonaja
 no se sofrene amigazo
 no se contente con ser librepensador
 sea también libreactor
 un corte vertical

descanso
 deja que el texto respire
 un pensamiento azul y amarillo
 de cuatro pétalos
 no un pensamiento una visión
 las palabras chisporrotean vislumbres
 equilibrio ludibrio arbitrio de vidrio
 alivio briosa brasa brisa risa turbio libro broma
 cabe besa rima rema brota brega brinca
 diccionario visionario
 empiece por donde quiera
 íntegramente comestible
 abundo en detalles
 para que la ilusión sea más vívida
 para que se confunda con la realidad
 el realismo no
 la realidad
 el absurdo de lo real quebranta
 todo realismo
 agítese antes de usar
 con signos consigno designo
 memoro momentos
 obligadamente antropomórfico
 movable siempre versado
 prosista o versista a pedido
 converso con versos
 al anverso y al reverso
 tergiverso perverso
 el diverso universo del verso
 dativos transidos destilan
 la pulpa de su experiencia
 secretan extracto personal

dicen que son únicos
 que todo hombre es único
 (toda mosca también)
 «La frase de Rilke sobre la muerte propia
 se ha convertido en una burla sangrienta
 a quienes han sido asesinados
 en los campos de exterminio

a quienes caen en Vietnam.» Teodor W. Adorno
 perdonénnos los otros
 por habernos sentido exclusivos
 perdonénnos
 por habernos sentido excepcionales
 perdonen los otros la arrogancia
 y admitannos

José Emilio Pacheco

Tres Poemas Canadienses

El estrecho de Georgia.

El bosque junto al mar
Arriba un águila
en la punta del pino
Era el crepúsculo
El sol se hundió en la isla de Vancouver

La isla fue el Aztlán de los meshicas
De allí partieron siete tribus
y una
fundó el imperio azteca

De Aztlán sólo quedaron ciertos nombres
sembrados en la costa como piedras
Nanaimo

Malahat

Tsawassen o Kaptana

El águila fue hallada en la maleza
no heráldica
no ardiendo en el crepúsculo
en descomposición
tres semanas de muerte
se alimentó con peces
que han afectado pesticidas
basura
desechos industriales

Sobre Vancouver ya no vuelan águilas

Hoy la gente ve monstruos en la playa

Los aztecas creyeron que el dios sol
diariamente moría en forma de águila
viajaba por la tierra de los muertos
luchaba con la luna y las estrellas
para reaparecer al día siguiente
(fortalecido por la sangre humana)
como jaguar a la mitad del cielo

Los indios de Vancouver habitan
en the Musqueam reserve
donde el Fraser entrega el agua dulce
de la montaña al mar que abre las alas
El estrecho de Georgia une y separa
de tierra firme a Aztlán
el paraíso azteca que está muerto
como Tenochtitlán
en el centro del lado de la luna

En the Musqueam reserve
hay tres campos de golf
Los antiguos señores de la tierra
cargan los implementos deportivos
de los monstruos marinos

El águila descende
y el jaguar
¿ha bebido la sangre de la noche?

The new english bible.

Cuando hemos terminado de amarnos
furtiva y un poco tristemente, muchacha,
encuentro
en el hotel barato de una noche
la Biblia,
dejada allí por misioneros de una Iglesia sin ros-
[tro.

Busco algunos versículos,
recuerdo
su sonido en mi idioma :
Emptiness, emptiness, says the Speaker,
emptiness, emptiness, all is empty...
charm is a delusion and beauty fleeting...
Why should the sufferer be born to see the light?
Why is life given to men who find it so bitter?...
For we ourselves are of yesterday and are tran-
[sient;

our days on earth are a shadow...
Y sin embargo,
en este reino de ceniza y de llanto,
Let us praise your love more than wine,
and your caresses more than any song...
How beautiful you are, my dearest, how beautiful...
The curves of your thighs are like jewels...
and your breasts are the clusters of dates.
Ven.
Junto al Apocalipsis aún resuena
el eco de un deseo tan hondo
como para sobrevivir cuatro mil años :
Fuerte como la muerte es el amor
y la pasión, tan cruel como la tumba.

Goodbye Canada.

El olor de madera mojada
La playa en la mañana y sus troncos
La arena gris que en el volcán ha sido llama y

El sol de niebla

La montaña de musgo
Islas y su alarmada población de gaviotas
El peso de la nieve que es semejante al paso del
[tiempo
Un jardín de cristal bajo los fuegos de la lluvia
[nocturna

[catástrofe

El mar que nos aleja y permanece
serán acaso en la memoria tu olvido
un arcón de marchitas postales y mapas que se
[rompen de viejos
necia basura que roba el aire a la existencia : el
[recuerdo
pero tu nombre tendrá el rostro o la sombra
de la muchacha a la que dije adiós para siempre

Notas y documentos

Nicolás Suescún

Trascendental declaración

Marta Traba

Primera bienal latinoamericana

Primera jornada socialista
de la ciencia y la cultura

Notas de lectura

Trascendental declaración

De nuestro corresponsal,

Nicolás Suescún.

Bogotá, martes 30. *El siguiente es el texto completo de la alocución del presidente de la república ante los miembros de la A.P.M.A., la A.N.P.C., la A.N.P.A., la M.N. y la A.P.P.*

«Señoras y señores: No he venido esta noche a decirles que la situación ha mejorado o que la subversión ha quedado enterrada, como le dije al país la otra noche en la televisión.

Estimé de máxima urgencia, por el contrario, convocar esta reunión secreta para trazar un perfil exacto de la gran conjura que se cierne sobre nosotros bajo la forma engañosa de una serie de problemas aparentemente inconexos que asedian la nación y oscurecen sus horizontes, provocando el pánico y sembrando la confusión en nuestras filas. Mi objetivo no es, como lo ha sido en otras ocasiones, el examen detallado del problema estudiantil, del problema del costo de la vida, del problema del desempleo, del problema de los bajos precios del café o del problema de las elecciones de 1974.

He venido con un propósito más general y de más largo alcance. Hoy, en este momento decisivo, es absolutamente necesario meditar en las contingencias del porvenir y prepararnos para cualquiera de ellas. Mi gobierno no se ha cruzado de brazos ante este gran desafío del futuro. Con trémula angustia hemos escogido prioridades e identificado objetivos para asegurarle al país un desarrollo armónico que no esté sometido al soplo caprichoso de los vientos ocasionales.

Sin embargo, antes de exponer ante ustedes la estrategia de salvación que nos hemos trazado, les ruego que me permitan hacer un breve y superficial recuento del desarrollo de los acontecimientos en los últimos años.

Ustedes recordarán sin duda que la República ha tenido sus momentos amargos.

La violencia dejó hondas heridas, pero estas habían quedado restañadas por la alianza de los partidos tradicionales que en hora feliz para la patria depusieron antiguas querellas, pactaron el sistema de la alternación y crearon el Frente Nacional.

Las emboscadas cesaron, y en el monte, donde fue más dura la lucha, se acallaron los últimos disparos. Se establecieron dos mercados de divisas extranjeras, se modificó el sistema genérico de estímulo a las exportaciones y se creó un fondo para su exportación.

Un clima de confianza reemplazó a la zozobra,

pero trágicamente para nosotros ese clima, que en otras circunstancias hubiera sido saludable y benéfico, nos indujo a minimizar las dimensiones verdaderamente catastróficas que iba adquiriendo el problema de la población, con sus graves secuelas de desempleo crónico, de marginalismo, de insuficiencias en la dieta alimenticia, de falta de espacio habitable para evitar la promiscuidad y de graves obstáculos al mantenimiento del orden.

Nos deteníamos en estériles polémicas. Algunos ganaderos opinaban que había que traer la población a las ciudades. Algunos industriales conceptuaban que era preferible dejarla en el campo. Algunos comerciantes pensaban que la píldora resolvería todo, y el resto conjeturaba que para mantener en alto la bandera del orden había que atenerse a la acción eficaz de todos aquellos instrumentos que son el brazo ejecutivo del gobierno.

Todos pensábamos que conocíamos la historia del país como las palmas de nuestras manos y muy pocos teníamos la convicción de que había que escudriñar todos los peligros, todas las posibilidades y todas las contingencias, simultáneamente con cualesquiera soluciones factibles para el caso de que nos viéramos abocados a una batalla decisiva en defensa de esta democracia nueva y fresca, ejemplo para el mundo libre, que nosotros, la minoría pensante del país, hemos creado a costa de grandes sacrificios, con el sudor de nuestras frentes y el libre juego de nuestra libertad creadora.

Eramos ingenuos, demasiado ingenuos. Pensábamos que bastaba sembrar mucho, sembrar ideas, sembrar virtudes, sembrar esfuerzos, sembrar granos, sembrar en la tierra y en el espíritu.

Eramos generosos, demasiado generosos. Queríamos un gobierno que propiciara el entendimiento entre el capital y el trabajo, sin crear prerrogativas desorbitadas para el trabajador, y sin permitir al mismo tiempo que el empresario angustiara al obrero o al empleado, negándole la justa retribución por su trabajo.

Nosotros mismos, en otras palabras, nos estábamos encargando de incubar en la periferia de nuestros grandes centros no sólo el descontento sino la revolución violenta. Ante nuestros propios ojos se multiplicaba la delincuencia infantil, alimentando luego las más graves formas de descomposición social. Y no hacíamos nada, o hacíamos demasiado poco, para modi-

ficar el estado de cosas donde todo ello se origina.

Por otro lado, los entendidos en la materia nos dejaban con ganas de saber más sobre ese gran movimiento que estaba agrietando los cimientos de nuestras casas y nuestros edificios.

Los Esfuerzos del gobierno.

Lo que pasaba era simplemente que no teníamos una visión global, que no conocíamos a fondo este pueblo nuestro : por eso nuestra imagen no había penetrado lo suficientemente en el abismo del alma colectiva. El pueblo no se identificaba con nosotros, no nos amaba, no nos quería.

Yo me dí clara cuenta de esto en mis visitas a los peores tugurios y en mis innumerables contactos con las fuerzas vivas del país, y al aceptar la primera magistratura el estudio del alma colombiana se convirtió en la primera de las preocupaciones de mi gobierno.

Se crearon numerosos grupos de estudio, se conformó un sistema nacional integrado de documentación e información, se revisaron nuestras opiniones sobre el desarrollo turístico de la nación, se hicieron miles de sondeos de opinión y se implementó la formación de científicos sociales, de verdaderos aritméticos de humanidad que nos mantuvieran a los dirigentes al corriente del movimiento de la historia.

Se estudiaron minuciosamente los censos ganaderos y los censos de población, se consultaron los boletines del Banco de la República y del Departamento Nacional de Estadística, se acudió a los estudios de planeación para los seguros sociales y a los planes de crédito supervisado para los municipios, y se importaron, para la elaboración de estudios y de encuestas, a científicos extranjeros como el profesor Currie y el profesor Vogelvogel.

Y leímos libros, señoras y señores, libros y artículos y panfletos, entre los cuales recuerdo en este momento « El analfabetismo en Colombia » de Alberto Ruiz Gómez, « Los cielos oscuros » de Robert Murphy, « El 9 abril en palacio » de Mariano Ospina Pérez, « La universidad debe ser un laboratorio » de Roberto Pizano de Brigard, « Los cien años de la universidad » de Gerardo Molina, « El libro de la raza » de Manuel Serrano Blanco y « Las características

de la personalidad masculina y femenina en Taganga » de Alicia de Reichel.

Los resultados de todas aquellas investigaciones fueron apabullantes. El profesor Vogelvogel, por ejemplo, descubrió, tras una de las más exhaustivas encuestas que jamás se haya llevado a cabo en el territorio nacional, que la población colombiana posee un índice muy alto de heliotropismo, es decir, que prefiere la luz a las tinieblas.

El gobierno inmediatamente trató de darle una respuesta a este grave problema a través de un diálogo permanente con todas las capas inferiores de la sociedad. Se creó el Frente Social con la intención de que fuera una marcha solidaria de pobres y ricos para el progreso común, un proceso de liberación de energías y de dinamismos atrofiados, una movilización del país en la dura empresa contra la miseria, contra la ignorancia, la enfermedad, el desempleo y la tristeza. Sin embargo, esta generosa iniciativa inexplicablemente desembocó en nuevos actos de fuerza y en más brotes de perturbación. Tuvimos que poner al país en permanente estado de emergencia. Tuvimos que tomar medidas urgentes de carácter práctico para preparar la entrada definitiva de la nación a la era de los computadores, de las comunicaciones, de la conquista del eterno frío del espacio y sus planetas.

Se financió la compra de fusiles al día, de cascos de plexiglás y de subametralladoras y ametralladoras automáticas. Se adquirieron tanques y bazucas medianas, cañones de corto y largo alcance de dispositivo automático y cincuenta aviones Mirage de propulsión a chorro. Se le impartieron nuevas instrucciones a la policía y se combatió por todos los medios el espíritu de aficionados de nuestros oficiales. Se fortalecieron las juntas de defensa civil y se les ordenó que eliminaran a cualquier desconocido que encontraran andando por la calle sin ningún motivo aparente. Se cerró la universidad y se incrementó la exportación de artículos de paja. Y le pedí a la población lo que pudiera sintetizar en dos palabras : tranquilidad y solidaridad. Les rogué que tuvieran fe en Dios, porque en una época como ésta, caracterizada por tremendas presiones y angustias, los hombres han buscado siempre un soporte y han mirado a Dios, porque su fe en El constituye, principalmente para las gentes en miseria, la única esperanza y quizás la única razón de su existencia.

Y quise al mismo tiempo, en todos y cada uno de los mensajes que le he dirigido a la nación desde entonces, que los miembros de esta sacrificada minoría que me ha correspondido representar ante el tribunal augusto de la historia entendieran que lo que está en juego es el gobierno mismo, es decir, todo lo que implican nuestras instituciones, las tradiciones que siempre defendimos y nuestra dignidad e integridad personales.

Pero mis continuos llamados y mis angustiadas advertencias han caído en el vacío. Nadie parece darse cabal cuenta de que nos encontramos ante el enfrentamiento decisivo de dos sistemas de gobierno : la democracia, con sus factores esenciales de libertad, de paz, de justicia social cristiana, y del otro lado, una forma de gobierno imprevisible.

¿Cuál es el enemigo.

Nos encontramos en medio del fragor de la más decisiva batalla que jamás hayamos librado y la mayor parte de nosotros se acuesta al abrigo de nuestros altos muros como si nada estuviera sucediendo. Ni siquiera nos damos cuenta de la naturaleza del conflicto. Ni siquiera sabemos quién es el enemigo.

El enemigo, señoras y señores, no es la inflación, no es el desempleo, no es el descontento juvenil, ni el problema de la balanza de pagos, ni el problema neurálgico del comercio internacional, ni el comunismo, ni el surgimiento de un partido populista evidentemente fuerte. El enemigo es algo más vasto y más grande. Es la encarnación y la suma de todos estos problemas.

Es un enemigo que no tiene manos, ni pies, ni ojos, ni orejas, nariz o garganta y que no es varón ciego o cojo, o mutilado o sobrado, o varón con quebradura de pie o rotura de mano, o que sea jobobado o enano, o que tenga nube en el ojo, o que tenga sarna, o empeine o testículo magullado.

Es un enemigo en quien no hacen mella las ametralladoras, que tiene en nada a los agentes del orden y se burla de nuestros tanques.

Porque el enemigo es, simple y llanamente, la población, la gente, señoras y señores. Hay demasiada gente. Gente que circula por las calles, que se reproduce mediante uniones casi animales bajo la inconsciencia de los excesos alco-

hólicos, que ocupa espacio, que consume oxígeno, que ensucia el medio ambiente, que voluntaria o involuntariamente se convierte en el agente trasmisor del microbio revolucionario, que exige techo, comida y dinero, nuestros techos, nuestra comida y nuestro dinero.

Día tras día, innumerables promociones de hombres y mujeres ignorantes, amargados, muchos ya contagiados por el vicio y el delito, se incorporan a la edad adulta y conforman la nueva sociedad colombiana.

Nosotros hemos apelado a todos los medios para controlar su multiplicación. Hemos recurrido a la iglesia, a las fuerzas armadas, al D.A.S., al F2, a los consejos de guerra, a las juntas de defensa civil, a la justicia social ordinaria. Hemos convertido al país en el líder mundial de la campaña de planificación familiar. Hemos tratado de colmar los abismos que nos separan, no por demagogia ni por un ingenuo desconocimiento de las desigualdades propias de la naturaleza humana sino por mero instinto de conservación. Hemos hecho lo posible y lo imposible para llevar nuestra imagen hasta las tribus indígenas, hasta los colonos de regiones remotas, hasta los grupos afectados por la desocupación en el campo y en las ciudades, hasta los minifundistas, aparceros y arrendatarios, hasta los habitantes de los tugurios urbanos, hasta los niños carentes de toda tutela y de todo recurso y hasta los infantes y jóvenes que no pueden concurrir a la escuela.

¿ Y cuál ha sido la consecuencia de este ímprobo esfuerzo ? Que la población, revelando su verdadero cariz, rehusa la cuota de participación que le ofrecemos, que se convierte en un grupo de silencio que nos mira con desvío y escepticismo, que no vota por nosotros, que rechaza las formas democráticas, la armonía y las buenas maneras.

Se ha hecho materialmente imposible conservar por medio de los instrumentos a nuestro alcance el sano equilibrio ecológico que ha imperado en el país desde aquel inolvidable y glorioso día en el que nuestra patria comenzó a contar su vida de nación independiente, y es seguramente la oscura y sorda intuición de este hecho catastrófico lo que ha venido creando entre nosotros una atmósfera de confusión política inenarrable que a veces nos hace desear abstenernos de todo trato y comunicación con la gente, o exiliarnos definitivamente.

Pero no podemos en esta trágica coyuntura dejarnos llevar por el escepticismo y la falta de fe. Tenemos que recobrar la confianza en nosotros mismos y la fe en nuestras propias fuerzas. Y tenemos que reflexionar : los países se pierden muchas veces por la falta de un minuto de reflexión !

Nosotros hemos hecho esta república : sus leyes, sus instituciones y sus grandes conquistas sociales son todas nuestras. Tenemos una impecable tradición de progreso que nos llena de autoridad para reclamar el manejo del futuro. ¡ Tenemos que darle igual justicia a la minoría oprimida del país !

Una solución histórica.

Yo he venido esta noche para solicitar su apoyo a la solución que el gobierno nacional ha encontrado tras de extensos estudios, investigaciones, proyecciones, deliberaciones e incontables y angustiosas noches en blanco. Se trata de una idea inédita, de una estrategia sin precedente en nuestra historia, pero yo quiero recalcar que este nuevo mundo en el que estamos entrando requiere ideas más atrevidas y el abandono de postulados desuetos.

—¿ Lo que la democracia colombiana necesita para sobrevivir histórica y políticamente es la unión con los Estados Unidos ! Si somos pobres, la solución es hacernos ricos. Si somos pequeños, la solución es hacernos grandes. Si no contamos con la técnica necesaria para derrotar al enemigo, la solución es apropiarnos de esa técnica.

—¿ Y qué mejor manera hay, para crecer, para aprender, para enriquecernos que la unión estrecha y definitiva con la primera potencia mundial ? ¿ Una unión que sería, por lo demás, la conclusión lógica de nuestra evolución histórica ?

Son múltiples las tendencias y los hechos históricos y sociológicos que nos unen a nuestro vecino del norte.

La compra de un pedazo de tierra inutilizable y separado del país por numerosos factores históricos y geográficos fue, ya hace varias décadas, la primera prueba de una amistad que ha venido creciendo con el tiempo, y que sólo ahora se ve amenazada por la cruenta lucha comercial entre los países desarrollados.

Durante la segunda guerra mundial, los estados americanos, estuvimos de acuerdo en establecer

un sistema de cooperación destinado a la mutua defensa ante el peligro común. Esta cooperación debía continuar después de la guerra con el propósito de eliminar los riesgos internos producidos por la pobreza y el subdesarrollo.

Más tarde, los hechos se encargaron de comprobar que la amistad de los Estados Unidos y Colombia era cada día más efectiva y sincera porque los dos pueblos comprendieron que los unen intereses espirituales y económicos, y especialmente porque entendieron que sus respectivos gobiernos siempre han desarrollado las relaciones internacionales y la gestión interna sobre los postulados insustituibles de la democracia, postulados que las fuerzas armadas de las dos naciones supieron sellar con su sangre y con el sacrificio de muchas vidas en los lejanos campos de Corea.

En los últimos años, nosotros encaminamos toda nuestra política económica hacia el aumento de nuestras exportaciones a los Estados Unidos, porque dedujimos que en el futuro vamos a contemplar el establecimiento en América Latina de industrias de uso intensivo de obra para abastecer los mercados de aquel país.

Sabemos que sin las inversiones norteamericanas nosotros no habríamos sido capaces de explotar nuestro subsuelo ; que sin su ayuda a través de las agencias internacionales quizás no contaríamos hoy con las industrias que son motivo de orgullo y satisfacción para todos nosotros ; que sin la invaluable ayuda técnica que le han prestado a nuestras fuerzas armadas quizás éstas no habrían estado en condiciones de mantener a raya la violencia comunista.

Y como si todo esto fuera poco, ese generoso y gran país ya ha admitido a decenas de miles de compatriotas entre quienes casi todos nosotros contamos con parientes y amigos que forman parte integral de ese gran conglomerado humano que ha llevado a la humanidad a su más alto grado de desarrollo y que son como una vanguardia de lo que habrá de ser nuestra contribución a la defensa de la cultura de occidente. Porque nuestra oferta de anexión no va a ser simplemente el llamado de auxilio de un desvalido, sino un ofrecimiento de ayuda de cooperación.

Los Estados Unidos están pasando por una de las más graves crisis espirituales de su historia. El mismo presidente Nixon se ha visto obligado a meditar una y otra vez en el aciago destino de

todas las grandes civilizaciones del pasado, que al enriquecerse perdieron su voluntad de sobrevivir y fueron víctimas de la decadencia.

Y en el campo del espíritu, señoras y señores, Colombia no está a la zaga de ningún país. Todo lo contrario. Nosotros poseemos un inmenso caudal de recursos espirituales, un tesoro casi ilimitado de tradiciones cívicas, una extraordinaria abundancia de leyes justas, un altísimo concepto de los valores democráticos, y ni un sólo problema religioso, porque todos somos católicos.

Colombia, como la definía el señor Caro, no puede ser una potencia material, pero es, ha sido y nosotros lucharemos porque sea en el futuro, una fuerza moral. Colombia, con su pasión por la libertad, con su amor a la justicia, con su respeto por el derecho, con su irrevocable vocación de igualdad humana, es una potencia que se puede medir en pie de igualdad con cualquiera de las grandes potencias.

Además, existen en el país un sinnúmero de posibilidades para la construcción de hoteles, moteles y paraderos turísticos. No sólo poseemos una de las floras más ricas del mundo y una infinita variedad de pájaros, sino también inmensas cantidades de aire puro. Y tenemos riquísimos tesoros indígenas escondidos bajo la tierra y en el fondo de nuestras lagunas.

La anexión que proponemos garantizará de una vez por todas nuestra estabilidad económica e institucional. La bandera del orden es la misma del desarrollo y esta sociedad colombiana sólo puede proseguir su camino hacia una etapa de mayor prosperidad bajo una administración y un control firmes y estables, no sujetos a amenazas y extorsiones. Un país anarquizado y pequeño no será más que una prolongación indefinida de la pobreza, la inestabilidad, la inflación y el movimiento acumulativo descendente, que es el camino más rápido hacia la catástrofe definitiva.

¿ Pero será esta oferta una humillación y un reconocimiento de abandono y derrota ? ¿ No equivaldrá a una inmólación de la libertad en aras de la seguridad ?

De ninguna manera : la libertad en el mundo contemporáneo no consiste únicamente en expresar unas ideas, sino en no ser vulnerado en la vida, la honra y los bienes.

¿ Y una humillación ? ¿ Una derrota ? De ningún modo. El día en que nosotros consolidemos

aquella alianza, le probaremos al mundo entero que nosotros, los depositarios de la civilización, los abanderados del poder verde, podemos todavía ser el alma y los nervios de un gran acontecimiento histórico.

Porque ese día seremos los primeros en marcar la pauta que ha de seguir todo el continente al sur del Río Grande.

Porque ese día podremos empezar a contar una vida nueva, una vida libre de este duro trabajo de controlar a la población, de esta labor que no admite descanso, que fatiga como ninguna otra, y que es más arriesgada que todas las demás y menos, mucho menos perdurable.

Porque ese día habremos derrotado definitivamente al enemigo, eliminando de un tajo los insultos, las afrentas, el bandolerismo, la subversión inmoral y las expropiaciones indebidas, y esta fatigosa vigilancia que nos quita nuestro sueño y no nos deja ni un solo momento de tregua y ni un asomo de alivio para nuestra angustia.

Porque ese día, en fin, habremos asegurado no sólo nuestro futuro, y el futuro de nuestros hijos y el de los hijos de nuestros hijos, sino también la supervivencia de todas aquellas ideas que siempre hemos defendido y que en tan grave peligro están ahora : el orden constitucional contra la dictadura, la legalidad contra las vías de hecho, la propiedad legítima contra la usurpación, la confiscación y el robo, la moral del cristianismo y sus doctrinas contra el materialismo y el ateísmo, la seguridad contra la arbitrariedad, la justicia contra la dictadura de clases, la libertad contra la opresión.

Una copia del texto del documento que servirá de base a nuestra oferta les será entregada a la salida. Yo les ruego encarecidamente que lo estudien con el mayor cuidado y que se dirijan a cualquiera de los grupos de consulta que se han constituido para hacer todas las preguntas y sugerencias que consideren necesarias, antes de la votación que será llevada a cabo en fecha que les será comunicada oportunamente. El gobierno nacional no desea tomar la más trascendental decisión que jamás se haya tomado en toda la gloriosa crónica de nuestro devenir histórico, sin antes contar con el apoyo franco y unánime de todos los ciudadanos de bien, de todos y cada uno de los integrantes de esta vilipendiada y martirizada minoría.

Finalizadas las palabras del presidente, que fue-

ron recibidas con entusiastas aplausos, el presidente de la A.P.P. calificó el discurso de « importantísima contribución al estudio de la realidad

nacional » y de « vital aporte al estudio de este fenómeno que tanto interés despierta actualmente entre los colombianos. »

CeDInCI

Marta Traba

Primera Bienal Centroamericana

Acepté ir de jurado a la Primera Bienal centroamericana de pintura organizada por el Consejo Superior Universitario Centroamericano en San José de Costa Rica, porque por más que pase y repase por Centroamérica, no logro organizar su mapa. Me refiero al mapa que uno mismo puede hacer de una región o un país, apilando y poniendo en orden datos, circunstancias, conceptos, hasta que dichas zonas comienzan a funcionar en la memoria y en la razón (también en la sensibilidad, por supuesto), como estructuras de sentido.

Con Centroamérica no acaba de ocurrirme esto. Salgo hacia allá como el Fray Servando de Mier de Reynaldo Arenas, empujada por quien sabe qué imprudentes y extrañas alucinaciones y, aunque no me ocurre ninguna de las cosas espantosas que la extraordinaria imaginación de Arenas le hace padecer a su protagonista, la sensación de caos, de que me faltan piezas claves para entender qué está pasando, me domina por completo. Nunca acepté, por otra parte, llegar a conclusiones generales valiéndome de generalizaciones. Quiero decir que por haber visto en El Salvador una réplica de Versalles no diré que las casas particulares de la gente adinerada son *todas así*; como tampoco que *todo* el pueblo vive en cañadas fétidas mirando pasar carros espectaculares por las altas avenidas; ni que en *todos los aeropuertos* las ratas se comen la estopa de las sillas, como vi una vez en Managua; ni que la sensación de suciedad y desesperación aplastada como una mosca por el golpe de sol se vuelve enteramente inseparable de cualquier visión. No; estos son, precisamente, fragmentos oscuros de un mapa que no logro definir y que tienen como contrapartida, igualmente espantosa, casas asépticas, espectaculares y armadas hasta el último cenicero por decoradores norteamericanos y otros escenarios baratos-caros, también sin aire y sin vida.

La Bienal organizada por « Cauca » se llevaba a cabo en el único país centroamericano que nunca había tocado, Costa Rica. Diré inmediatamente, como corresponde, que la situación cambia. También me gustaría decir, para evitar cualquier malentendido, que si el « reino alucinante » me parece terrible y peligroso, siento por la clase media una aversión que sólo se justifica siendo un producto converso y renegado de la clase media y viviendo ahora en un país

de clase media como es el Uruguay. Comparaciones e inferencias pueden matar para siempre la imagen de un país; seguramente fue un enemigo del Uruguay quien dijo por primera vez que el Uruguay es la Suiza de América (noción que hoy, felizmente, aunque la realidad sea bien angustiada, ha desaparecido verticalmente); y un enemigo de Costa Rica quien la llamó el « Uruguay » de Centroamérica, o sea una Suiza todavía más desleída y atemperada, sin vacas. Estas injusticias que asolan a los países y fijan sobre ellos imágenes de postales idiotas, son rápidamente desmentidas por la realidad. Que es un país de clase media no hay la menor duda, porque los habitantes lo dicen sin cesar, así como recuerdan a todo visitante que *no* hay ejército, que *sí* hay educación y que el presidente y el soldado de la guardia son la misma cosa, lo cual lo pude comprobar cuando Figueres entraba y salía por una puertita por donde entraba y salía todo el que le daba la gana; cosa que, debo confesarlo, contradice mis placeres derivados de ritos y ceremonias y me incomoda profundamente. En todo se nota el profundo deseo de parecer demócrata hasta un grado en que se vuelve injustamente sospechoso el gesto de un niño interrumpiendo la conversación en rueda de casa presidencial—cómo en las casas de las tías—, para pedir un bizeocho.

Estas impresiones pueden parecer extemporáneas para un jurado de artes plásticas, pero depende siempre que qué jurado sea y qué es lo que busque. Yo creo que un jurado es un ser humano capacitado para ver y oír como los otros, quizás en un mayor estado de alerta que los otros, que va a examinar con más atención que los distraídos espectadores, cómo se expresan determinados grupos llamados artistas. Creo, obviamente, que para que esa expresión revista valor no se puede separar de su contexto (y por eso detesto a los jurados europeos o norteamericanos que los pobrecitos latinoamericanos invitan a sus certámenes, para ir del hotel a la sala de exposición y viceversa, y juzgar cosas tan extrañas para ellos como las piedras lunares); que la visión e impregnación del contexto, aunque sea forzosamente veloz e intensa, es imprescindible para emitir algún juicio sobre las obras.

Así, aunque el jurado no sea un experto en cuestiones centroamericanas, debe saber qué espesa dependencia paraliza todos los países

(inclusive Costa Rica, pese a su subrayada bonhomía pequenoburguesa); si está al tanto de su cruel historia pasada y presente, de sus inútiles intentos de liberación, del tratamiento despiadado y despectivo del imperio y de los atroces cacicazgos de tantos « señores presidentes » debe saber que no es en un tablado sostenido en el aire, sino en un escenario ferozmente terrestre, donde los pintores resuelven expresarse. ¿ Hasta qué punto dicha pintura está contaminada, hasta qué punto es hija de la conciencia y la cólera, del repudio o la desesperación, sin que esto nada tenga que ver con una obligación ni explícita ni implícita, de meterse en el callejón sin salida de artes políticos, realistas o simplemente comprometidos ?

Esto es lo que fuí a averiguar al certamen de Costa Rica, donde presumiblemente, (después averiguamos que se produjeron omisiones aunque, en realidad, no modificaban sensiblemente el conjunto), las autoridades del Consejo Superior Centroamericano convocaron los pintores más representativos de Costa Rica, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Guatemala, exceptuando Panamá por razones histórico-geográficas.

Pienso que también fue eso lo que movió a Fernando de Szyszlo y a José Luis Cuevas a aceptar integrar el jurado, aunque en ningún momento hablo en su nombre, sino sólo en el mío.

La primera revisión de la muestra me resultó lamentable. Sin embargo, había de todo; obras abstractas y figurativas, collages, informalismo, arte óptico. Nada que pudiera clasificar dentro de las nuevas antifórmulas; conceptual, « povero », espacios, « antis » de cualquier pelaje, como tampoco ni « pop » ni « Minimal »; o sea, en el tiempo, una pintura correspondiente a diez años atrás. Aclaro enseguida que esto no me parece un defecto ya que, como lo he escrito sin cesar, los diez últimos años representan la escalada norteamericana para lanzar y difundir sus vanguardias sin sentido; mientras que por el contrario, el año más verídico y esperanzado del arte latinoamericano fue (en riguroso pasado), el sesenta. Por consiguiente, la impresión de inutilidad general de la muestra no partía del uso de elementos considerados ya perimidos, sino del uso de dichos elementos, o bien para decir cosas enteramente insignificantes o bien para no decir nada.

Entre las obras resultantes de la primera actitud se alineaban los hijos espirituales de Guayasa-

mín (Quiroz, « El Grito »; Lainez « Rostros de la tierra dura »; Canales « Lenguajes diferentes »; Gallardo « El recolector de basura » y algunos otros horrores igualmente innombrables).

En la segunda, los pintores con oficio e información; Lola Fernández, (de la mano—sin explicaciones plausibles—, del colombiano Obregón); Icaza, (de la mano de los informalistas españoles de hace diez años); Vargas, (de la actual, aburrida e incambiable mano del argentino Tomasello). Desde luego que no es posible ponerlos en el mismo nivel, ya que los primeros no son pintores y los segundos sí, al menos profesionalmente. Pasando por alto una tercera posición, la de presentar cualquier cosa « audaz » por hacer caer en la trampa al jurado (Morales, « Símbolos »), (que pasa al margen de la discusión por entrar en la categoría de la estafa), lo tremendo de los pintores y no pintores es que quedaban nivelados por la inutilidad de sus esfuerzos.

Creo que en este período en que la pregunta ¿ « para qué ? » ha cesado de formularse frente a la obra de arte, es el momento de replantearla. Sobre todo, ¡ Dios mío, si se vive sobre los volcanes reales y simbólicos de Centroamérica, e inclusive si uno pertenece a la arcadía sin ejército y con maestros de escuela y presidente compañero.

La respuesta al « ¿ para qué ? » en esta Bienal, era una sola; para nada.

Con la excepción solitaria de Leonardo Castellón en Nicaragua, y la excepción casi colectiva de la delegación de Guatemala.

Con todos los defectos del autodidacta, y, en especial, el defecto inevitable de la especie, como es el mal gusto, este pintor nacido en Managua en 1937, armó meticulosamente, al menos en los únicos tres cuadros que le conozco, un mundo muy particular; por una parte, relacionado con fuertes y rituales recuerdos de imágenes precolombinas; por otro lado socavando ese mundo de cosas compactas y de una pieza, en infinitos fragmentos laberínticos. Pese a que sé que « contar » un cuadro es una enormidad, no veo forma distinta a la descripción par referirme a una obra que no parece demasiado sistemática y cuya técnica es limitada y defectuosa; por lo cual su mérito y encanto radica en repensar la tradición formal indígena como un laberinto y hacer añicos los

altares, las imágenes y las danzas. No supe por qué lo hacía y en el fondo, eso importa poco; llegó en bus desde Managua, a recibir su premio nacional (un premio enorme, mil dólares) y no dijo nada, aunque de vez en cuando sonreía, de un modo casi tan remoto como sus altares.

Con un figurativo muy Cuevas (Elmar Rojas, « Los desaparecidos »), un expresionista semiabstracto (Ixquiác Xicara, « Serie 71 »); un violento en desorden (Ramírez Amaya, « Decretos... »); un violento en orden (Luis Díaz, las « Guatebalas »), y un collagista muy refinado y sensible (Roberto Cabrera, « Susana »),—apelativos que sólo tienen vigencia respecto a las obras presentadas en esta Bienal—, Guatemala operó como equipo, como cuerpo con cabeza, cuerpo, extremidades, y también, por suerte, carne y hueso.

De todas estas obras de buena calidad y, sobre todo, cierta explosiva fuerza latente, cierta rabia mal disimulada que radicalizaba los elementos empleados tornándolos desafiantes y agresivos, sin duda la más original y coherente con dicho estado de ánimo (y con la imprescindible organización estética de tal estado de ánimo), era la secuencia de Luis Díaz. En un rombo inicial, luego un díptico y luego un tríptico, que funcionaban como conjunto de cinco grandes rombos, una figura de metal, claveteada al bastidor pintado, iba siendo, progresivamente, acribillada por las balas. Empleando con habilidad la inconsecuente gracia del « pop », carteles y ambientes, Díaz presentaba ese tiroteo imaginario como un hecho trivial, como un *horror decorativo*, siguiendo la mejor y más eficaz idea de los talentos jóvenes americanos; cargar un lenguaje que descargaron en Estados Unidos, de tal modo que el significante, o soporte formal, o aparente vanguardia, pueda circular libremente, pero rebobinado por dentro, pesado, incómodo. Se trata, además, en un mundo de compulsión estética donde el que no inventa muere, de hacer algo donde se reconozca al menos un mínimo margen de invención. Por eso Ramírez Amaya, con un furor muy valiente, masticado y conciente, falla en los « Decretos », cuyas manchas han sido vistas mil veces en todo el gestualismo, no importa que él las lance, algo ingenuamente, sobre armas o mochilas.

Discutiendo y conversando por muchas horas con Szyszlo y Cuevas acerca de los premios (que

al fin fueron declarados desiertos con excepción de Guatemala y Nicaragua, salvada por Castellón), repetimos una y otra vez que no había derecho a tal pasividad, a concepciones tan exánimes o conformistas por parte de los pintores centroamericanos; por que si los artistas se apagan, ¿ quién aclara ese espeso tejido de tinieblas ? No serán, por cierto, los centroamericanos que trabajan en Nueva York, demasiado expuestos al clima de terror, de *pista de la muerte*, en que viven las actuales vanguardias. Constanza Calderón, Margot Fanjul, por ejemplo, fueron tragadas por la vanguardias. Se necesita la solidez mental de Armando Morales o la terquedad de Abularach, para persistir en obras—pausada una, bloqueada la otra—, sordas a la confusión y a la gritería externas. Lo demás acerca de la Bienal pasa a ser episódico. Creo que es episódico que hayamos dado un premio fuera de concurso al costarricense Francisco Amighetti, un expresionista honrado nacido en 1907, cuyas cromoxilografías que podrían figurar bien en cualquier optísculo del « Die brücke », fueron arrasadas por esa menaguada y vacía modernidad de las generaciones subsiguientes. También es episódico que mis dos queridos compañeros de jurado escurrieran el bulto en el momento fatídico en que me tocó leer, frente al presidente, al organizador « fuera de serie » que es Sergio Ramírez, y a los ministros casi ahogados por el « compañerismo » popular, que Costa Rica no había merecido, en nuestro concepto, premio alguno; esto, después del Himno Nacional y las habituales palabras exaltadoras de la cultura local, produjo un silencio de muerte y la infaltable agresión a la habitual víctima (José Luis Cuevas), por parte de los habituales enardecidos.

A pesar de que el equipo de pintores guatemaltecos parece trabajar en una clara relación causa-efecto con la atroz situación política que padece su país, ahora me gustaría ir a Guatemala para estudiar sobre el terreno por cuáles razones pudieron escapar de la enfermedad endémica del indigenismo, nativismo y realismo social tardíos; cómo están tan al día en cuanto a los argumentos de base del lenguaje actual del arte; por qué caminos, individuales o colectivos, resolvieron cargar lo descargado. Tema en disponibilidad, cuya investigación daría relevancia a esa zona que sin cesar nos escamotean, nos malversan y nos borran.

Primera Jornada Socialista de la Ciencia y la Cultura

Cuando ya existían núcleos de iniciativa directamente vinculados a la idea, en Caracas y en trece ciudades del interior, el Comité Organizador de la *Primera Jornada Socialista de la Ciencia y la Cultura*, integrado por los economistas Armando Córdova, Francisco Mieres y Manuel Rodríguez Mena, los dirigentes políticos Pompeyo Márquez y Freddy Muñoz, los arquitectos urbanistas Marcos Negrón y Fernando Travieso, los periodistas Eleazar Díaz Rangel y Luis Evaristo Ramírez, el psicólogo Eduardo Santoro, el historiador y periodista Manuel Caballero, el pintor y cineasta Jacobo Borges, el sociólogo José Agustín Silva Michelena, el escritor y antropólogo Alfredo Chacón y el escritor Adriano González León, la anunció al país en los siguientes términos.

El proyecto

« ¿ Porqué una *Jornada Socialista de la Ciencia y la Cultura* ? Porque los centenares de profesionales, técnicos, científicos, escritores y artistas de toda Venezuela que en ella vamos a participar, estamos convencidos de que es necesario y posible plantearle al país una razón y un modo diferentes de relacionar la investigación científica, la inventiva tecnológica y la imaginación creadora con la acción socialista frente al actual sistema de explotación, violencia y dependencia capitalista.

« Una manera de relacionar ciencia, cultura y política que es *necesaria* porque sólo la integración de estos tres planos permite concebir correctamente y ampliar progresivamente la participación colectiva en el enfrentamiento global del actual sistema de dominación ; que es además *diferente* por el hecho de que no intenta repetir ninguno de los esquemas que hasta ahora han frustrado la interpenetración del trabajo científico, cultural y político en nuestras organizaciones y procesos revolucionarios, y que es *posible* en la medida que su búsqueda responde a un imperativo real del desarrollo social y es alentado por un amplio sector de venezolanos que se han propuesto esta empresa sobre la base de costosas experiencias propias.

Objetivo inmediato

Sobre esta base programática y en consecuencia de la disposición de numerosos núcleos intelectuales

insertados en todos los aspectos de la vida venezolana, la *Primera Jornada Socialista de la Ciencia y la Cultura* se propone un objetivo muy definido, pero que sólo representa una parte de un proyecto más amplio.

Este propósito inmediato consiste en discutir y acordar, sobre la base de las ponencias presentadas, las líneas generales y los puntos específicos de un *esquema para el diagnóstico de la sociedad venezolana y para la definición del modelo socialista alternativo y antagónico al orden establecido*.

En tal sentido, la *Jornada* contará con el aporte no solamente de ponencias elaboradas sobre la base de investigaciones personales y colectivas, sino también de proposiciones solamente esquemáticas que permitan orientar la discusión en los términos más amplios posibles. A partir de estos materiales y de las conclusiones de la discusión que sobre ellos se haga, se espera obtener resultados tentativos que puedan ser integrados en el proyecto de esquema para el diagnóstico general y puedan ser desarrollados ulteriormente, a través de sucesivas investigaciones y discusiones.

El comienzo de un extenso movimiento

Precisamente, la continuidad de este esfuerzo constituye el objetivo de mediano plazo de esta *Primera Jornada*. Por lo tanto, los núcleos que hasta el presente han motorizado su realización actuarán en ella partiendo de este acuerdo fundamental : seguir trabajando en esta dirección más allá de ella, comenzando por prolongarla en el tiempo y el espacio a través de dos medios iniciales. Uno, la realización inmediatamente posterior de Jornadas Socialistas Regionales de la Ciencia y la Cultura ; otro, fundar en distintas ciudades Institutos para el estudio crítico de la realidad nacional y del contexto histórico y social en relación con el cual habrá de decidirse nuestra existencia colectiva en un futuro cercano.

Así, mediante la actuación de estos núcleos regionales lo que se pretende es la articulación de un verdadero movimiento nacional que permita al nutrido y calificado sector de avanzada de nuestros científicos, escritores, profesionales, técnicos y artistas concentrar sus esfuerzos y recursos en favor de la transformación de Venezuela en una sociedad sin explotados y explota-

dores, sin el envilecimiento y la frustración de sus posibilidades colectivas que le impone la subordinación, a través de las clases dominantes, al imperialismo norteamericano.

La realización

De acuerdo con estos lineamientos generales, se llevó a cabo tanto la instalación como las deliberaciones de la *Jornada*. El acto de instalación, celebrado en el local de un cine y concurrido por mil doscientas personas, consistió fundamentalmente en una concisa ambientación audiovisual y en breves intervenciones orientadas a presentar el carácter y los objetivos de la *Jornada*, ya en su totalidad (Alfredo Chacón), ya desde los puntos de vista específicos de las ciencias sociales (José Agustín Silva Michelena), las ciencias naturales (Luis Hernández), el arte y la literatura (Luis Britto García) y la política (Freddy Muñoz).

Las deliberaciones mismas se desarrollaron durante los dos días siguientes en la sede de la Asociación Venezolana de Periodistas, contaron siempre con un número de participantes que osciló entre 250 y 300 y giraron en torno a los temas y ponencias que a continuación se especifican, junto con extractos de las conclusiones a que se llegó en las Comisiones.

La Comisión nº 1, Problemas del desarrollo económico, se subdividió en las siguientes Subcomisiones y trató los siguientes temas : *Aspectos del diagnóstico* (petróleo y minas, industrias, agricultura, sector terciario, comercio exterior, global) y *Políticas alternativas de desarrollo* (nacionalización, socialización, autogestión, centralización y descentralización). Discutió a partir de las siguientes ponencias : « Venezuela 60-70. Una década de estancamiento económico-social », por Francisco Mieres ; « La industrialización en Venezuela. Algunas consideraciones », por Manuel Rodríguez Mena ; « Nacionalización del petróleo y desarrollo económico », por Armando Córdova y « La nacionalización de la actividad petrolera antes de 1983 », por D. F. Maza Zavala.

De las conclusiones : « Las ponencias presentadas a la Comisión y la discusión de las mismas dejaron en evidencia, a pesar del crecimiento económico que señalan las fuentes oficiales, la incapacidad cada vez mayor del sistema para garantizar un crecimiento autosostenido del ingreso y de las condiciones de vida de la pobla-

ción venezolana y sobre todo, la imposibilidad cada vez mayor de los sectores capitalistas para incorporar a la totalidad de la fuerza de trabajo al reparto de los frutos del crecimiento. En consecuencia se constató como perspectiva probable la desaceleración del crecimiento dentro de la presente etapa de sustitución de importaciones y la marginalización creciente de una parte importante de la población venezolana. Tales apreciaciones coinciden, por lo demás, con las conclusiones de diferentes estudios realizados por organismos como la CEPAL, que subrayan la gravedad de las perspectivas del desarrollo latinoamericano durante la presente década.

Entre los aspectos que se discutieron para fundamentar la apreciación general que antecede, figuran los siguientes : 1. El fracaso de la política desarrollista-reformista en sectores tales como agricultura, petróleo, distribución del ingreso, la sustitución de importaciones, etc. 2. El carácter despilfarrador e imprevisivo de la política fiscal y en especial la de endeudamiento externo, que ha venido creando una carga creciente sobre las posibilidades futuras de desarrollo. 3. El módulo de asignación, de recursos y el carácter monopolista de la formación de los precios determinan un alto grado de ineficiencia y carestía de la producción y la carga inflacionaria de sus efectos sobre las grandes mayorías bajo la forma de precios especulativos. 4. En suma, los indicadores analizados y otros también significativos ponen de manifiesto que la economía venezolana ofrece rasgos de una creciente ineficiencia, deformación y dependencia, no sólo debido a la reducción de la participación del país en los ingresos petroleros sino también a la limitada capacidad de absorción productiva de esos ingresos por parte de la economía en su conjunto. En consecuencia, al sistema económico vigente se le hace cada vez más difícil superar los obstáculos que se imponen a un aumento en la tasa de crecimiento, así como absorber con eficiencia mayores niveles de gastos públicos y privados. 5. Una visión global del problema permite pronosticar un agravamiento de los aspectos críticos tales como el subempleo y el desempleo, la marginalidad, el carácter regresivo de la distribución del ingreso, el endeudamiento externo, etc. En este marco de condiciones, la única posibilidad visible, que sería el aumento de los ingresos

petroleros para su utilización interna, en modo alguno contribuiría a resolver estos problemas, ni aun logrando, en el mejor de los casos, un aumento de la tasa de crecimiento.

La constatación de la incapacidad e indeseabilidad del modelo de desarrollo vigente, conduce a la necesidad de proponer otras vías de desarrollo, entre las cuales el modelo socialista aparece como el que mejor satisface las aspiraciones de las grandes mayorías nacionales. Se plantea sin embargo, la conveniencia de definir, después de un análisis detenido de la realidad de nuestro país, la naturaleza particular del modelo socialista más adecuado y los métodos para su implementación.

En efecto, la Comisión estableció que nuestro conocimiento de la realidad venezolana es todavía insuficiente a estos fines, lo cual pone en primer plano la necesidad de profundizar en el estudio de un conjunto de problemas y situaciones concretas, entre las cuales se hizo especial énfasis en las siguientes : a) El proceso de reversión, nacionalización y socialización del petróleo, planteado como una coyuntura inmediata por el próximo vencimiento de las concesiones petroleras. Este proceso puede ser la espina dorsal de la lucha del pueblo venezolano por el rescate de su patrimonio colectivo, hoy usufructuado por una minoría nativa y extranjera. b) El estudio del fracaso de la Reforma Agraria y de los graves problemas creados por la concentración capitalista en el campo. Sin descuidar el enfoque general, debe profundizarse en los aspectos concretos de índole regional y sectorial, así como en las nuevas contradicciones clasistas que aquél proceso genera. c) Evaluar, con el mayor rigor posible, la potencialidad positiva, para el sistema, de pequeños cambios en la estructura, especialmente en el sector agrícola, pues ello contribuye a posponer el estallido de las crisis generadas por el sistema mismo.

La Comisión nº 2, Problemas socio-políticos :

Aspectos políticos y sociales (clases sociales, partidos y grupos de presión, movimientos sociales, papel del Estado, nacionalismo, estructura del poder) y *Aspectos jurídico-institucionales* (estructura institucional, análisis de las instituciones, carácter de la justicia venezolana, iglesia y ejército, la asistencia pública). Ponencias : « Clases sociales », por José Agustín Silva Miche-

lena ; « La justicia del subdesarrollo », por Colectivo de Investigación sobre la Justicia en Venezuela.

De las conclusiones : *Clases sociales*. « Se identifican algunos problemas de investigación que es necesario dilucidar por su significado para la definición de una política coherente y efectiva de la lucha de clases : a) Estudio de los mecanismos de la dominación, coacción y cooperación que utiliza la clase hegemónica para minimizar los efectos provenientes de la estructura social desigualitaria y restrictiva característica del sistema capitalista dependiente. Entre estos estarían la operación de los grupos de presión y la manipulación de las capas marginales.

b) Caracterizar los diversos sectores medios y definir su papel en la lucha de clases. c) Estudiar el problema de la incorporación del proletariado al sistema, mediante el examen de : las formas y mecanismos mediante los cuales el sistema capitalista « aísla » al obrero de sus verdaderos cometidos de clase y lo reduce a las meras luchas reivindicativas ; los efectos de la tecnología importada sobre el nivel de vida del obrero, y su reflejo en la doble alienación que experimenta por la vía de la explotación de que es objeto y por la vía de la dependencia tecnológica ; las relaciones entre los obreros y las capas « marginales », competencia entre obreros (como sector privilegiado) y amenaza de su posición que representan las capas marginales.

d) Estudiar el problema de la marginalidad en cuanto a : el status teórico del concepto ; examen de los orígenes y estructura interna de estas capas sociales. » *Justicia y sociedad*. « El estancamiento de los estudios e investigaciones en relación con la esfera jurídico-política por parte de la intelectualidad revolucionaria ha determinado un atraso sustancial de la teoría marxista en el campo del Derecho. Históricamente las clases dominantes han utilizado el ordenamiento jurídico como uno de sus principales instrumentos de conservación. En las metrópolis, la adecuación de las normas jurídicas a las necesidades internas y externas se ha realizado de manera en general satisfactoria, en tanto que en los países dominados por el imperialismo es común encontrar que esa adecuación está atrasada, tanto en el terreno de la reflexión teórica como en el de la aplicación. En Venezuela, en particular, donde el subdesarrollo da lugar a una

heterogeneidad estructural, el ordenamiento jurídico sufre un atraso manifiesto. Esto se manifiesta en : 1) La corrupción exacerbada del aparato judicial, que supera con creces los niveles propios de una sociedad burguesa ; 2) la falta de aplicación y la aplicación deficiente de algunos sectores del ordenamiento jurídico ; 3) la creciente militarización de la justicia, que desvirtúa los mismos fundamentos del Estado de Derecho burgués. » *Grupos de presión*. « Los grupos de presión más determinantes en Venezuela y que se convierten en los agentes más activos de la vida nacional, son, en un primer intento de análisis, la Federación de Cámaras de Comercio y Producción (Fedecámaras) y la Confederación Venezolana de Trabajadores (CTV). Proponemos los siguientes puntos para ser investigados : a) Quien condiciona la superestructura ideológica dominante ; b) quienes resultan beneficiados por esta superestructura ideológica ; c) cuál es la relación existente entre Fedecámaras, CTV, partidos políticos y Gobierno ; d) Fedecámaras, CTV, partidos políticos y Fuerzas Armadas como factores de apoyo del actual sistema político ; e) los sectores marginales : ¿ cuál es el grado de efectividad de sus demandas ? ¿ tienen canales efectivos para articularlas ? »

La Comisión nº 3, Problemas de la organización del territorio y del medio ambiente :

Problemas de la organización del territorio (el desarrollo regional, el desarrollo urbano) y *Problemas de la organización del medio ambiente* (saneamiento ambiental, obras públicas y vivienda, conservaciónismo : reservas forestales e hidráulicas). Ponencias : « Venezuela problema. Aspectos regionales y urbanos », por Fernando Travieso ; « Contaminación ambiental », por Grupo de Investigación en Ingeniería ; « A propósito de la investigación de los problemas físicos y espaciales del desarrollo a diferentes niveles de análisis », por Marcos Negrón.

De las conclusiones : « La Comisión considera que el enfoque metodológico de las ponencias presentadas referentes al desarrollo regional y urbano constituye un planteamiento válido, que debe continuarse desarrollando. Se señala en particular la convicción de que las deformaciones presentadas en el desarrollo regional y

urbano de Venezuela tienen su origen en su condición de país capitalista dependiente y que, en consecuencia, son insuperables hasta tanto no se supere esa condición. (...) La Comisión atribuye especial importancia a la consideración de que el enfoque propio del análisis regional implica un estudio integral de los problemas, exige y facilita el examen de las relaciones intersectoriales y permite evidenciar con considerable claridad las relaciones causa-efecto existentes entre los diversos sectores. »

La Comisión nº 4, Problemas de la cultura, la educación y la investigación :

Problemas de la educación (carácter de la educación venezolana, papel de la educación en el cambio social, requisitos de una nueva educación, educación y producción) ; *problemas de la investigación* (carácter de la investigación en Venezuela, investigación y tecnología, investigación y producción) ; los *medios de comunicación de masas* (carácter de los medios de comunicación de masas en Venezuela, comunicación de masas y dependencia cultural, comunicación de masas e ideología) ; *integración socialista de ciencia, cultura y política*. Ponencias : « El problema de la educación en Venezuela », por Esther Gamus ; « Algunas reflexiones sobre la ciencia y la tecnología venezolanas », por Grupo de Investigación sobre la Ciencia y la Tecnología ; « La comunicación colectiva. Primera parte : Esquema para un proyecto de investigación del fenómeno comunicacional en Venezuela. Segunda parte : Los medios de comunicación social en Venezuela socialista », por Eleazar Díaz Rangel y Gloria Cuenca de Herrera a nombre del grupo Prensa Libre ; « Hacia una mayor ideologización de los medios de comunicación social », por Jesús Moreno ; « Sobre la integración socialista de ciencia, política y cultura », por Alfredo Chacón. Intervenciones en la Cuarta Subcomisión : Ludovico Silva, acerca de División del trabajo social y trabajo intelectual ; Adriano González León, en pro de la revisión de los criterios usuales en torno del carácter elitescos o popular de la literatura ; Anibal Isturdes, sobre la necesidad de un teatro vigencial, y Jacobo Borges acerca del cine del Tercer Mundo como antagónico a la cultura de la dependencia. De las conclusiones : *Educación*. « La crisis educativa es un resultado de la crisis general del

sistema capitalista dependiente, la cual se manifiesta en los procesos económicos, sociales y culturales que ocurren en el país. En efecto, como se afirma en la ponencia presentada a la consideración de esta Subcomisión : Mientras más se acentúan los rasgos capitalistas dependientes del sistema, a través de la desnacionalización de la economía, la dominación política y la alienación cultural, más se acentúan también sus necesarias consecuencias : la agudización de las disparidades en los niveles de ingreso, el aumento de la marginalidad social y política, la desigual distribución de los beneficios sociales del desarrollo, entre los cuales se encuentra la educación. Esta crisis se traduce concretamente en los siguientes fenómenos, entre otros :

- La reducción de la capacidad de absorción del sistema educativo, que se manifiesta en : una tendencia al aumento del déficit y un aumento de los índices de deserción escolar en todos los niveles.
- Aumento de la brecha educativa generacional, social y regional.
- Atrazo de los contenidos educacionales en relación al tipo de desarrollo del país.

Históricamente la educación ha sido un instrumento de perpetuación del sistema y está organizada para servir al mismo. La dependencia estructural de la educación con respecto al sistema de dominación vigente y su función de sostenedora de aquel plantean a los sectores revolucionarios de Venezuela dos tareas principales :

- la lucha en general contra el sistema capitalista dependiente;
- la lucha en particular contra los contenidos ideológicos del sistema educativo burgués.

El cumplimiento de esta segunda tarea implica la implementación de labores concretas para la denuncia de y la lucha contra los mecanismos que desarrolla el sistema educativo existente. A este efecto se propone la formación de un equipo que elabore un plan de trabajo y defina los mecanismos para desarrollar un proceso de discusión y de participación conciente de todos los sectores de la comunidad afectados por el problema educativo. (...) Con el objeto de iniciar esta labor se sugieren los siguientes puntos de análisis, para definir cómo opera el sistema educativo burgués en Venezuela :

- la educación como condicionador político;
- la educación como instrumento de control político;
- utili-

zación de la educación para crear mitos que mitiguen las tensiones sociales; d) la educación como caballo de Troya dentro de las clases sociales marginadas; e) los fracasos de esa educación y su posible utilización para la lucha por la transformación de la situación actual.» *Medios de comunicación de masas.* « 1) Es necesario acentuar nuestros esfuerzos por el estudio e investigación de los problemas relativos al fenómeno comunicacional en Venezuela, al régimen de propiedad, estructura y dependencia económica de los *medios masivos de información* y a la influencia determinante que en los mismos ejercen, a través de la publicidad, los grupos que dominan nuestra economía. 2) No puede existir una desarticulación entre estas investigaciones, sus resultados y la acción política concreta. Estas investigaciones deben estar al servicio de la acción política y entre sus objetivos debe plantearse la necesidad de contribuir a la formación de una opinión pública revolucionaria. 3) Proponer la integración de un equipo de investigación del fenómeno comunicacional, integrante del equipo multidisciplinario dedicado al estudio de la realidad nacional, que organice, promueva y coordine trabajos de investigación sobre los medios de comunicación, el mensaje y sus efectos y otros aspectos colaterales.» *Integración socialista de ciencia, cultura y política.* « 1) Investigar la estructura, el sentido y la función social de la ideología dominante, especialmente en lo que se refiere al condicionamiento de la realidad y de las formas de expresar las distintas experiencias de ella. 2) Vincular el proceso mismo de la investigación con los problemas sociales inmediatos y propiciar la participación en este tipo de proyectos de las colectividades involucradas en dichos problemas. 3) Ello con el propósito de propiciar que los resultados generen respuestas políticas correspondientes y formas de acción concretas.»

La Comisión nº 5, Problemas de la juventud.

Durante el desarrollo de las discusiones se integró en la Primera Subcomisión de la Comisión nº 4. Su temario comprendía : caracterización de la juventud venezolana, la juventud y el cambio social, la juventud venezolana ante los problemas de la educación y el trabajo.

La Comisión nº 6, Problemas de metodología de la investigación multidisciplinaria :

Esquema para la investigación multidisciplinaria de la realidad venezolana y La incorporación de la población a la investigación de su propia realidad. Ponencia : « Anteproyecto para la constitución de un equipo multidisciplinario dedicado al estudio de la realidad nacional », por varios autores.

De las conclusiones : « La Comisión considera el Anteproyecto presentado como un buen punto de partida para realizar la investigación que se propone. Debe tomarse como una matriz flexible de referencia donde se inserten los esquemas específicos elaborados por los diversos grupos, correspondientes a disciplinas diferentes. La dinámica misma de la investigación multidisciplinaria debe ir generando las modificaciones necesarias.»

Proyección y continuidad

Este informe sólo ha pretendido dar una idea de como se desarrolló la *Primera Jornada Socialista de la Ciencia y la Cultura*; o más bien, de como la realización misma de esta *Jornada* es significativa de posibilidades político-culturales que la trascienden en mucho y que de hecho constituyen el marco de referencia para los esfuerzos ulteriores que es necesario hacer. En este sentido, las deliberaciones del 12, 13 y 14 de

noviembre fueron el resultado preliminar de las iniciativas que dentro de las condiciones de tiempo y recursos entonces disponibles, se pudieron coordinar hacia un proyecto semejante; pero sobre todo, ellas son el punto de partida de una convergencia mucho más amplia y definida.

Por lo pronto, baste con indicar que se cuenta con los elementos mínimos para intentar convertir esta primera convergencia en el movimiento nacional que ahora muchos más personas y grupos alientan como objetivo posible y necesario. Por una parte, prácticamente todas las Comisiones quedaron constituidas como equipos de trabajo, tanto en Caracas como en las principales ciudades del interior del país. Estos equipos, además, tienden a crecer y a hacerse más orgánicos. Por otra parte, en Caracas se cuenta con un amplio local para la coordinación y realización de tareas, especialmente aquellas mediante las cuales los grupos de trabajo ya existentes habrán de entrar en relación de colaboración con los sectores más inquietos entre los obreros, los estudiantes, los marginados. Se dispone también de la revista « S, del subdesarrollo al socialismo ». De una edición especial de las conclusiones de la *Jornada*. Y de un plan de trabajo destinado a dinamizar y multiplicar las relaciones previstas entre estos elementos.

Caracas, diciembre 1971.

Notas de lectura

Juan Goytisolo.

Don Julián.

Ed. Joaquín Mortiz, 1971.

Bien lo sabemos, la historia de España—la España eterna, apostólica y romana, claro—empieza con la Reconquista y se afianza en las firmes columnas católicas de Isabel y Fernando, cuando fueron expulsados hasta—casi—el último, moros y judíos. En cuanto a la Conquista—la de los moros capitaneados por Tariq, el bravo beréber—se funda en la traición y la venganza de honor de un hombre, el conde don Julián, gobernador godo de Ceuta, cuya hija fue deshonrada en la corte de Toledo por el rey Rodrigo. Este es el pecado original, pecado carnal, esta es la culpa que desde entonces expían colectivamente los españoles. Ya que todo resulta de eso : el entredicho sexual, la sensualidad culpable, la dialéctica del honor, el cristiano caballero perfecto, la exaltación de lo austero y de lo fúnebre, la Inmaculada Concepción, el sentimiento trágico de la vida, cierta idea de la hispanidad y, como cruz de remate, la imprescindible referencia estoica, la invocación al primer gran homo hispanicus : Séneca. Esta sarta de embustes y leyendas alrededor de don Julián y la Cava, su hija, estos « hechos de cultura » en sentido freudiano, son lo que constituye la mitología de España, la de El Escorial y de Felipe II, la de Calderón, Lope y Tirso, la de Unamuno y la generación del 98—que volvió a dar vida a toda esa mufiquería de ideas recibidas y prejuicios, exaltando al digno campesino de Castilla, investigando la esencia de España y del casticismo—, la de—last but not least—Primo de Rivera y la ideología vigente que consolidó los cimientos del Imperio al encarecer todos esos mitos.

Contra esa mitología Juan Goytisolo arremete, pluma en ristre, en su última novela, *Reivindicación del conde don Julián*, añadiendo una dimensión nueva, actual, a aquella amplia empresa de demolición nacional que su obra anterior anunciaba ya : la demitificación del lenguaje. Goytisolo que domina la lingüística moderna y ha leído a Benveniste y los formalistas rusos, bien sabe que no se puede separar la lengua de la historia y que no se puede actuar sobre ésta sin hacer efecto en aquélla. Por eso su obra es doble y nos ofrece bajo una forma literaria sumamente original—novela o metanovela—al mismo tiempo un manual de historia, un tratado psicoanalítico, un libelo político-lingüístico, una aguafuerte goyesca, un comentario dirigido de literatura española, y hasta un magnífico poema.

Un hombre desterrado en Tánger contempla desde las alturas de la ciudadela las costas de su « tierra

ingrata, entre todas espuria y mezquina » : España, su « Madrastra inmunda », donde impera « la ubicua potestad de Tonelete ». Este es el punto de partida. Una riada de imágenes sumerge de amargura y odio al contemplador : he allí « la futbolera, tauroromáquica multitud », el pueblo ebrio de panem et circenses, abúlico, esclavizado, adorador de sus cadenas, ese pueblo español que pudo gritar al acceso al trono de Fernando VII « vivan las caenas » ; he allí los « carpetos » en los que « el garbanzo ha inmovilizado sus mentes y su sustancia flatulenta sustenta su antigua y natural sinrazón », cuyo símbolo y guía es « Garbanzote de la Mancha » ; he allí « el coso taurino, ombligo de la nación hispánica » donde se ilustraron los mayores espadas : Séneca, « el nietzscheano torero de la virtud », el « estoico Lagartijo » y el « pitagórico Manolete » ; he allí, imprescindibles y lustrosos, los « tricornios de charol » que obsesionaron las noches verdes de Lorca. Y es que este país—como lo sugirió magistralmente el poeta catalán Salvador Espriu no es más que una vieja « piel de toro » ensangrentada « rezumando pus y grandeza por entre agrietadas costras de cicatrices ». En ese magma de rencor y acritud, ninguna gloria sale a salvo entre las que crían moho en las estanterías polvorientas de la biblioteca hispánica de Tánger. El hispanizante reconocerá en ese flujo verbal un famoso diálogo del Alcalde de Zalamea, una invectiva acerba de Quevedo, y en la cúspide de esas cenizas, Unamuno, « valetudinario y yacente : con la mano apoyada en el corazón : hierático frente a las absortas multitudes : ¡ ah, me duele España ! » Lo cual resulta bien natural si pensamos que el filósofo—Séneca o el rector de Salamanca—más que ningún otro es creador de mitos y dispensador de ideologías falaces. Por eso el novelista, al final de su novela, agradece a los grandes nombres de la literatura española, desde Alfonso X el Sabio hasta Vélez de Guevara, pasando por Azorín y Teresa de Ávila, por su « participación póstuma o involuntaria ».

Necesita, pues, el autor la violencia del iconoclasta, o, mejor dicho del mitoclasta. Este libro nos cuenta, en realidad, rabiosamente, el sueño de la razón y el delirio orgánico, la agresión faunésca planeada contra su propia cultura por un exiliado español, un periodista, el fotógrafo de *Señas de identidad*, este Alvaro a quien encontramos de nuevo aquí, ya maduro, y que asume, para hacerlo, la personalidad atractiva e inquietante, legendaria y mítica, de don Julián, ese traidor que abrió

las puertas de España al árabe. Desde lo alto de su promontorio tangerino, Alvaro-Julián clama su llamada al djihad : « ¡ a mí, guerreros del Islam, beduinos del desierto, árabes instintivos y bruscos ! : os ofrezco mi país, entrad en él a saco ». Y el libro se organiza como un juego de pim-pam-pum liberador, que arremete contra el « lechuguino concepto », derribando todas las glorias y vanaglorias, mancillando con saludable delectación los folios apergaminados de los maestros del idioma, de los heraldos del « bello siglo de Cartón Dorado ». Hay que mencionar la escena extraordinaria cuando el narrador se transforma en cazador de insectos : moscas, abejas, arañas, toda clase de bichos dípteros e himenópteros, luego con su botín buñuelesco va a la biblioteca de la ciudad en cuyos estantes, dice Goytisolo, « cuatro siglos de podredumbre te contemplan », y allí, tomando a Lope, tomando a Alarcón, tomando a todos los genios literarios de España, aplasta entre sus hojas abejas y tábanos y ¡ zas ! con una furia mitoclasta sumamente libertadora, como lo es toda guerrilla.

Y es que este nuevo « fou d'Elisa » que es Goytisolo se apasiona por otra cosa muy distinta de la cultura enmohecida, de esos mitos rancios, de este « viejo alcázar lingüístico » que es la lengua española. Quiere forzar los vocablos, quebrar la semántica, violentarlo todo para encontrar su verdadero idioma, al fin, libre, liberado. Tiene que descolgar « el austero crucifijo Kierkegaardiano », tiene que desterrar al Cid, a Manolete, a Jimena, a todos los muñecos del teatrillo fúnebre. Guerrillero del lenguaje, tiene que reconquistar la tierra de antes del pecado, el Edén, la Atlántida, y borrar definitivamente la « venenosa cicatriz » que separa España de Africa.

Entre todos los libros de Juan Goytisolo, éste es por cierto el más profunda y violentamente comprometido. Con técnica nueva—empleo sistemático del tú y del futuro, ausencia de mayúsculas, puntuación a base de dos puntos—el autor crea una forma literaria verdaderamente abierta que concierne directamente y pone a su lector en situación agresiva, lo cual le permite expresar atinada y eficazmente la incesante machaconería de la demitificación de la hispanidad. Así que Goytisolo trasciende las aproximaciones realistas de *Juegos de mano* o *Campos de Nijar* y supera sus límites pobremonte contestatarios. Para él no se puede luchar sino cambiando radicalmente las estructuras de la lengua y rechazando el « castellanismo »,

esa « pesadilla estética », según la expresión de J.-M. Castellet. Conviene al revolucionario encontrar una voz revolucionaria. En este enfoque, *Don Julián* constituye ciertamente el ejemplo más convincente.

Albert Bensoussan.

Ian Gibson.

La represión nacionalista de Granada en 1936 y muerte de Federico García Lorca.

París, Ruedo Ibérico, 1971.

Mucho se ha escrito ya sobre la muerte de García Lorca, destacándose las aportaciones fundamentales de Gerald Brennan y Claude Couffon. Los libros que Jean-Louis Schonberg escribió sobre el poeta de Granada están inspirados por el empeño de explicar lo mismo la obra que la muerte del poeta por su homosexualidad, llegando hasta deformar, en las traducciones fragmentarias citadas por él, el sentido de los textos. Hoy nadie puede tomar en serio las tesis de Schonberg, rebatidas por todos los investigadores serios, y recientemente en el libro—algo confuso y atropellado—de Marcelle Auclair. El estudio de Ian Gibson ofrece, a base de una documentación de primera mano, la versión más convincente del asesinato de García Lorca. El investigador inglés pasó un año en Granada ; repasó las colecciones de los periódicos locales, logró recoger testimonios orales de varias personas que todavía no habían hablado a nadie de las circunstancias en que se encontraron mezcladas al trágico acontecimiento, especialmente de Angelina, la niñera de la familia de Montesinos, y de muchas otras que, por razones obvias, no le es posible nombrar. Incluso cumplió el « tour de force » de conseguir una entrevista del ex-diputado derechista Ramón Ruiz Alonso ; queda demostrado que, a pesar de sus confusas justificaciones, fue el primer culpable de la detención del poeta. No cabe duda ahora, gracias a las pacientes investigaciones de Gibson, que José Valdés Guzmán, gobernador civil de Granada en las primeras semanas del levantamiento, es el mayor responsable de la muerte de Lorca.

El objeto del libro ha sido, según dice el autor en su *Introducción*, « colocar el asesinato de Gar-

cía Lorca dentro del contexto general de la represión nacionalista de Granada». Esto es quizá uno de los aspectos más interesantes del estudio de Gibson, aspecto que nadie había examinado tan minuciosamente como él. El clima político de la ciudad andaluza está estudiado con criterio científico, y a base de documentos y datos fidedignos que permiten poner de relieve las rivalidades entre la C.E.D.A. y la Falange. Los acontecimientos que tuvieron lugar en Granada durante los días infortunados al 18 de julio de 1936 están presentados casi hora por hora, gracias a las noticias encontradas en el periódico *Ideal*, así como el fracaso del núcleo de resistencia al pronunciamiento que se formó en el Albaicín, y la consiguiente cruel represión de que fueron víctimas los vencidos por su fidelidad al régimen republicano. Gibson analiza también—y por primera vez—la campaña propagandística de la prensa franquista que quiso primero imponer la absurda versión del fusilamiento de Lorca por los «rojos» en Madrid o en Barcelona, y luego trató de quitar a la Falange la responsabilidad de su muerte, anunciando la falsa noticia del asesinato de Benavente, lanzada el 20 de agosto de 1936 por Queipo de Llano en las ondas de Radio-Sevilla. Por fin el autor examina las varias polémicas a que dieron lugar posteriormente las versiones contradictorias de la muerte del poeta. Su conclusión está bien clara: «En definitiva, Federico, como tantos de sus amigos y como millares de granadinos menos conocidos que él, cayó víctima del odio de la Iglesia española y de la «peor burguesía de España» a la que había aludido el poeta en su entrevista. Federico García Lorca fue asesinado por la mentalidad tradicionalista española.»

Este trabajo no es pues sólo un libro más sobre Lorca; es el fruto de una investigación sistemática, realizada con todo rigor científico, acerca del trasfondo histórico del asesinato del poeta, de las circunstancias que lo provocaron, de las personas que contribuyeron a ejecutarlo y de las razones que les movieron. Bastante meritorio sería el que Gibson hubiera aclarado definitivamente lo que fueron los últimos días del poeta. Pero su libro es muchísimo más: es una contribución fundamental a la historia de los comienzos y antecedentes de la guerra civil española en la ciudad andaluza, un libro imprescindible para los historiadores de este trágico momento de España.

Robert Marrast.

José María Gironella.

Condenados a vivir.

Premio Planeta 1971.

Pocos escritores españoles de la posguerra han alcanzado un éxito comparable al de José María Gironella. «Un millón de muertos» y «Los cipreses creen en Dios» han encontrado millones de lectores, casi tantos como el semanario «Marca». Ahora Gironella acaba de recibir por segunda vez el Premio Planeta con su novela «Condenados a vivir», pulcramente editada en dos pequeños volúmenes al módico precio de 350 pesetas.

¿Cuál es el tema de la novela? La realidad. ¿Qué parte de ella? ¡No faltaba más! La realidad en su totalidad: la conclusión de la guerra, el Congreso Eucarístico de 1952, la cuestión regional, la flamencología y los toros, París, el plan Marshall, la arquitectura y el Concilio, las drogas, la infidelidad y los placeres infantiles, el bloqueo a España, la bomba atómica, la masturbación y el existencialismo, el turismo, el problema generacional, la cuestión femenina y el Tibidabo. Algo así como si dijéramos Tolstói, Balzac, Baroja, Faulkner, el descubrimiento de América y la caída de Constantinopla condensados en una novela de 700 páginas. Y todo eso por sólo 350 pesetas! Se venderá como el pan, a no dudarlo.

El mundo de Gironella es esencialmente idéntico al de Cenicenta y el Príncipe Feliz. Sus personajes pertenecen a la alta burguesía. Son grandes capitalistas. Uno de ellos, incluso, ha hecho dinero montando una cadena de «mueblados» en Barcelona. Pero capitalistas, traficantes o tratantes de blancas, todos tienen un gran corazón. Poseen el don de la ecuanimidad, son inteligentes, perspicaces y generosos, incapaces de albergar un mal pensamiento con respecto a los demás. Sus respectivas mujeres son cultas, bellas y no menos inteligentes. Paseando por París, hacen una graciosa reverencia ante la estatua de Montaigne. Aunque a veces sufren curiosas lagunas. Por ejemplo, no consiguen explicarse el problema de los judíos en la Alemania de Hitler. Claro que hay algún malvado suelto por allí. Se trata naturalmente de un anarquista (Los anarquistas, como es de todos sabido, son malos, sucios, feos y asesinos; además no les gusta el trabajo), pero para eso está la policía.

Están también los hijos. Van a un colegio de pago donde, no obstante, una tercera parte de los alumnos son becarios pobres. Los hijos son uno depu-

ta y otro intelectual. Dignos hijos de tan excelentes padres, son por supuesto el mejor deportista y el más notable intelectual del colegio. Son, en suma, talentos privilegiados. Primogénitos de familias ricas, los frailes los llaman «señor Vega» y «señor Ventura». El resto son simplemente Pérez y González. Ahora bien, como en el mundo de Gironella las cosas son siempre perfectas, en la enseñanza, la iglesia o, al menos, el colegio Bonanova, no existe la menor discriminación. El mismo respeto merece el hijo del banquero que el hijo del barrendero. ¿Como en un sueño, verdad? Gironella es siempre conciso y directo. Nunca resulta innecesariamente retórico. A diferencia de Joyce, Proust y otros literatos exquisitos y más o menos decadentes, no le gusta andarse por las ramas. Escribe como su madre hablaba, según estipula el venerable aforismo de Jiménez. Así sus personajes, en vez de crisis de angustia existencial, sufren el patatús, y luego la pasan bomba, o chanchi. «El resto, ni pum», o «Ni fu, ni fa!» Estos y otros arabescos verbales, artística y estratégicamente distribuidos, decoran con innegable sentido de la originalidad las páginas de la novela.

En fin, es de suponer que, a semejanza de las anteriores, también esta novela de Gironella llegará a tirar 200 000 ejemplares (casi tantos como el semanario «Marca»). Como decía Pascual, el público a veces tiene razones que la razón no alcanza a comprender. Aunque personalmente no la consideraría como una novela. «Condenados a vivir» es algo menos que un libro: es más bien el testimonio de que no todo funciona tan bien como debiera en este mundo que quizá no sea tan perfecto como Gironella se imagina.

Juan Carlos Curutchet.

Joaquín Casaldueiro :

Por fin, sin esperanza

Ediciones La Isla de los ratones.

Colec. Poetas de Hoy. Santander, 1971.

Para la gran mayoría del público, el nombre de Joaquín Casaldueiro va unido, casi exclusivamente, a la obra de un profesor e investigador literario, de un ensayista y de un historiador de nuestra literatura. Muy pocos serán todavía los que le

conocen como poeta—circunstancia que se explica por su tardía y muy reciente llegada al mundo de la propia creación poética. Por lo menos en lo que concierne a libros y poemas publicados, ya que el hecho de no haber empezado hasta ahora su publicación con cierta regularidad no implica, ni mucho menos, el que no escribiera poesía desde antes. Lo más probable es que ocurriera precisamente así, pues una de las características de sus obras poéticas es la madurez y la seguridad, cualidades que sería raro encontrar conjugadas en un poeta improvisado o de última hora.

Cronológicamente, Casaldueiro es contemporáneo—a uno o dos años de distancia apenas—de Emilio Prados, Cernuda y Alberti, aunque por su vida y profesión está más cerca de Jorge Guillén, de Salinas y de otros profesores poetas en que abundó la promoción llamada del veintisiete. De todos los citados le distingue la sorpresa de una vocación inesperada y tardía. Pero con todos comparte, en cambio, un mismo alejamiento prolongado de España—quizá uno de los países del mundo que cuenta con una literatura «peregrina» y ausente más importante, por unas u otras razones.

En efecto, casi toda su vida la ha pasado Casaldueiro fuera de España: primero como profesor en universidades europeas, y a partir de los veintiocho años, instalado en Estados Unidos, enseñando en diversas universidades de este país, en donde lleva ya cuarenta años. Lejanía, apartamiento que quedan compensados más que por los viajes de contacto con la tierra nativa, por las exigencias de la propia profesión, que le obliga a ocuparse sin cesar de nuestra literatura y a través de ella de toda nuestra existencia como nación y pueblo: arte, sociedad, pensamiento... De esta forma Casaldueiro se convirtió en especialista y comentarador de algunas de nuestras figuras y obras literarias más representativas y de primer plano: Cervantes, Espronceda, Galdós, el mundo de los libros de caballerías, la comedia... Quizá la propia lejanía, al apartarle del bronco ruido cotidiano, le proporcionó una perspectiva más amplia desde la que ha podido adquirir una comprensión más aquilatada, un estudio más sereno y de vuelo más alto.

Ahora, su última y reciente incursión pública en el terreno de la poesía, nos lo muestra igualmente lúcido y grave; es decir, lo contrario del profesor que ejercita la poesía a modo de pasatiempo o distracción a la que dedica, de vez en cuando, sus ratos de ocio. En Casaldueiro el ejercicio poético es algo importante; tanto, si no más, que la labor

crítica e interpretativa de grandes obras literarias. Ahora se trata de interpretar la vida misma, y de interpretarse a sí mismo. Ni ensayos técnicos, ni puro juego. El lector *siente* que está ante el fruto maduro de una larga, soterrada experiencia de la que el autor ha sacado personales conclusiones.

Su primera salida poética « pública » se remonta, que sepamos, a 1925; pero se trata de una traducción al francés de un poema, y como a partir de 1931 dejó de publicar poesía hasta 1967, podríamos decir que es sólo desde la última fecha cuando su labor poética se manifiesta con cierta regularidad y continuidad (al menos públicamente). En 1967 publica *Poema que se llama* (Málaga, A. Caffarena). Luego, en la revista « Papeles de Sons Armadans », aparece en abril de 1970 *Un cerro que padece y nada más*. En fin, en la colección « Poetas de Hoy » de Santander, se publica en 1971 la colección poética titulada *Al fin, sin esperanza*—que es una especie de suma o compendio en donde recoge el autor casi todos los poemas ya citados, completándolos con otros.

El título de este libro puede parecer pesimista: *Al fin, sin esperanza* traduce a primera vista el abandono, la pérdida de toda esperanza. Pero no hay que olvidar que el autor mismo—después de citar a Cervantes—nos dice que su libro hay que leerlo afirmativamente; y no hay que omitir, a este respecto, el valor expresivo de *Al fin*, locución que por sí sola indica la llegada de algo esperado, el cumplimiento de un deseo. Es decir, que la esperanza perdida es precisamente la que por imposible e idealista no podía ser realmente esperanzadora. De ahí la necesidad de abandonar todo idealismo « irreal » o « trascendente » para comprender al fin que se está, que estamos todos en la tierra, sobre ella y con ella para siempre—en tanto que simples figurantes de su propia aventura. Sólo a partir de tales realidades puede surgir una nueva esperanza a nuestro alcance y medida, que en vez de irse trasponiendo y demorando incesantemente a un mañana cada vez más lejano, se sitúe en el hoy, mientras vamos realizando nuestra propia obra *al fin, sin esperanza*.

Esta idea aparece como una constante—o como tema principal—en diversos poemas a lo largo de las ochenta páginas del libro. *El hombre está en la tierra/con el tiempo* (p. 20). *No hay mañana sin ahora/sin vida/sin obra realizada/la esperanza la creamos nosotros* (p. 14-15). *De la leyenda se pasó*

a la historia/y ahora entramos en la realidad, obra del hombre (p. 38)...

El libro encierra una gran riqueza y variedad de sentidos, de temas subsidiarios, recorre una amplia escala de tonalidades. En unas ocasiones es dramático; sarcástico en otras e incluso cínico,—aunque de un cinismo templado de humor y sonriente irreverencia, a lo fáustico: *Dios Padre « siempre » eterno se aburría/La paloma también* (p. 35). El dato biográfico aparece en diversos lugares, cosa lógica tratándose de una obra en la que entra el examen retrospectivo, la nostalgia de *la vida que se fue*. Por ejemplo en el poema *No me siento extranjero me sienta extranjero* (p. 44). Y en fin no podía faltar la preocupación de España—de su historia, arte y hombres, en tan buen conocedor de causa. Recuérdese la « suite » *Orquesta de mármoles y bronces*, espléndida estampa de atabales y trompetas entre oropeles y estatuas yacentes, en medio de la gusanera de Austria (p. 65-66).

Obra densa, trabajada en profundidad. Variada y, al mismo tiempo, ajustada a un ritmo propio, consecuente y sostenido. Entre el enigma, la melancolía, la burla, la crítica aparecen deslumbrantes imágenes, suben a la superficie sentires y estados de ánimo bellamente expresados, como esa *tristeza de sentirse con vida/y ya vencido* que tiembla entre las palabras. El tono dominante lo da la sobriedad, la concisión; aquí la fuerza expresiva no proviene de la acumulación sino más bien de la economía de medios. Pero el propio autor nos da una clara visión de su poética en el poema final titulado: *No poeta, poeta*.

J. Corrales Egea.

Los poemas de Ernesto Cardenal

Hace tan sólo unos cuatro o cinco años el nombre de Ernesto Cardenal era únicamente conocido en pequeños círculos literarios de América Latina y de España. Se recordaba su paso por Madrid, un Madrid sórdido, sin turistas y con cartillas de racionamiento. De aquellos años finales de la década de los cuarenta datan sus primeros poemas, desperdigados en revistas y aún no recogidos en libro por entonces. Pero sobre todo se le asociaba al prólogo de la antología que se publicó en 1949 titulada *Nueva poesía nicaragüense*, prólogo que en realidad era su tesis de grado al licenciarse

en Filosofía y Letras. Posteriormente se le perdió la pista, y de cuando en cuando, a través de amigos que regresaban de Nicaragua, se iban conociendo, posiblemente algo fantaseados, algunos retazos de su vida. Se sabía que tomó parte activa en la política de su país, luchando en la clandestinidad contra la dictadura de Somoza, que fue detenido a raíz de descubrirse un complot para acabar con la vida del Presidente, y que más tarde, hacia 1957, experimentó algo así como una conversión religiosa, noticia que se confirmó al poco tiempo cuando se supo que había ingresado en el monasterio trapanese de Our Lady of Gethsemani, en los Estados Unidos, en donde por dos años fue discípulo de Thomas Merton. Por este tiempo aparecieron sus primeros libros *Hora O, Epigramas y Gethsemani, Ky*, que pese a contener muestras de una buenisima poesía, tuvieron poca difusión. Cuando se hablaba de Cardenal se citaban, junto con el suyo, los nombres de José Coronel Urtecho y Pablo Antonio Cuadra, mayores que él, y también los de sus compañeros Carlos Martínez Rivas y Ernesto Mejía Sánchez. De ese extraordinario quinteto de poetas nicaragüenses fue finalmente Cardenal el que logró de un modo espectacular el favor de la crítica y de los jóvenes lectores de poesía en estos últimos años. Todo sucedió a partir de la publicación de su *Oración por Marilyn Monroe y otros poemas*, en 1965. Por entonces Cardenal ya había realizado estudios sacerdotales en México y en Colombia, y había sido ordenado de cura en Nicaragua. Este libro, y en particular la composición que le da título, es realmente una deslumbrante muestra de emocionada poesía, novedosa, inquietante, que daba cauce a muchos de los intentos de sacar a la lírica castellana de cierto tipo de provincianismo en el que había caído, y del que se salvaban únicamente algunos cuantos nombres ya consagrados. Pero, recordando los anteriores libros de Cardenal, no se nota un decisivo salto cualitativo en su *Oración...* que justifique la especie de « descubrimiento » de su calidad que se produjo casi como una explosión. Entonces se le volvió a leer, ahora ya con más detenimiento, y sus poemas fueron reeditados en libros, revistas y antologías. Lo que ocurría es que se habían acumulado factores de diverso tipo para hacer brillar la limpia voz de Cardenal en su forma de enfrentarse con la realidad a través del lenguaje. Cardenal no hace distinción alguna entre temas o expresiones tradicionalmente reconocidas como poéticas y otras que se consideran más propias de la prosa, del perio-

dismo, de los anuncios publicitarios, de la jerga coloquial o de los modismos o giros coloquiales que pone en boca de los personajes que aparecen en sus poemas. El resultado es una amalgama de datos históricos, conversaciones, crónicas, apuntes y descripciones bellísimas de plantas y animales de su tierra, retratos inolvidables de tipos como Sandino, Bernal Díaz o José Dolores Estrada, epigramas y poemas de amor, salmos e imprecaciones. Todo, presentando una visión lúcida y cruel de un mundo bello y cambiante, en el que contrastan la miseria de los desheredados de América con la vertiginosa hermosura de las luminosas autopistas y ciudades de U.S.A., o la fría traición del esperpéntico Somoza con la aparente sencillez de la anécdota del *campista* Joaquín Artola, persiguiendo con su yeguada a los yanquis por el llano de Ostocal. A este increíble cura nicaragüense, para mejor comprender el significado total de su obra, debe situarse—como también ocurre con el fabuloso Nicanor Parra—en una línea que difiere tanto de la poesía *grande* o *trascendental* como de las experiencias de los distintos grupos vanguardistas que existen en América Latina. No es la suya una poesía religiosa, pese a que él sí lo es; no es poesía política o comprometida—en el sentido que habitualmente se le da a estos términos—y sin embargo los temas políticos y aún su propia postura combativa están continuamente presentes en su obra; no es tampoco poesía narrativa, aunque Cardenal emplee esa técnica o la del relato o relación en muchos de sus poemas. Hay algo más profundo en toda su obra que escapa a cualquier tipo de clasificación al uso y que deja perplejos a críticos, ensayistas y antólogos. Cardenal adopta en cada poema un modo de expresión que el propio tema, la situación o los personajes le imponen: es cronista con Gonzalo Fernández de Oviedo; predicador en el responso a Marilyn; conspirador revolucionario al recordar a su amigo Adolfo Bález Bone, asesinado por la dictadura; poeta enamorado cuando se dirige a las muchachas que algún día leerán emocionadas sus versos; repórter fotográfico al describir un atardecer en Managua; evangelista al contar en su *Apocalipsis* el monstruoso cuerpo metálico de la Bestia y el fin del mundo en una próxima guerra nuclear... Todos estos rostros, y aún muchos otros más, ofrece Cardenal, verdadero mago en metamorfosar su identidad como escritor y como hombre. Con un dominio absoluto del verso, un riquísimo lenguaje vivo, una admirable falta de respeto hacia la construc-

ción convencional del poema y un don maravilloso de saber transmitir al lector la emoción y hasta la importancia de los sucesos más nimios, Cardenal aparece en el contexto de la poesía castellana actual como uno de los autores más dinámicos y llenos de verdadera capacidad para recrear el idioma. En sus *Poemas*, selección antológica publicada en Barcelona por la *Colección Ocnos*, aparecen muestras de sus primeros libros, antes citados, y también composiciones de sus más recientes obras *El estrecho dudoso*, *Homenaje a los indios americanos* y *Vida en el amor*. El favor que en España—como en toda América Latina—está teniendo su poesía es comparable al que, en su día, tuvieron los primeros poemas de Neruda o de Vallejo, y expresa muy directamente la angustia y el sometimiento en que vivimos tantos millones de hispanoparlantes, y también la esperanza en una revolución total que devuelva la dignidad perdida, si es que alguna vez la tuvimos, revolución que en el ámbito concreto del idioma este cura nicaragüense llamado Ernesto Cardenal, desde su colonia de retiro en el archipiélago de Solentiname, inició y continúa sin descanso, y en la que están empeñados también unos cuantos novelistas y poetas actuales que han conseguido para la literatura en castellano, una audiencia mundial.

José Agustín Goytisolo.

Cuatro libros sobre novela española

Gonzalo Sobejano, *Novela española de nuestro tiempo*, ed. Prensa Española, Madrid 1970. J. Corrales Egea, *La novela española actual*, ed. Guadernos para el Diálogo, Madrid 1971. Edenia Guillermo y Juana A. Hernández, *La novelística española de los 60*, ed. Eliseo Torres, New York 1971. Rafael Bosch, *La novela española del siglo XX*, II, ed. Las Américas, New York 1971.

Que en menos de doce meses hayan aparecido estos cuatro títulos, constituye una muestra más del creciente interés que la narrativa española de nuestros días está despertando en la crítica y en el público lector en general. En este sentido, el papel desempeñado por la nueva novela latinoamericana, en cuanto a revalorización del español como lengua literaria, me parece claro. Primero, porque desde un punto de vista estrictamente literario esta revalorización es incontrovertible.

Segundo, por haber coincidido con una favorecedora coyuntura editorial creada por el consumismo, que ha hecho posible, al menos en parte, el tan traído y llevado «bum». No traigo a colación estos fenómenos para hablar de «oportunismo» por parte de la última narrativa española: siento defraudar a más de un lector y crítico. Los menciono, simplemente, para, después de recordar lo que cierta escritura española cotermporánea tiene de *encuentro* con la hispanoamericana—Fuentes dixit—, señalar así mismo motivaciones y ambiente que pudieran explicar la atención que la novela española de hoy suscita.

Los cuatro trabajos que aquí comentamos son muy distintos en calidad, enfoque crítico y materia abarcada. Necesario, pues, el tratamiento por separado después de algunas consideraciones generales.

Bien sea por falta de perspectiva histórica, bien por dificultades de la materia objeto de estudio, a por la profusión de interferencias extraliterarias que con frecuencia han venido cayendo sobre la última literatura hispánica, lo cierto es que todavía carecemos de un análisis coherente de la producción novelística de los últimos treinta años. Falta un estudio formal de la evolución de la estructuras narrativas que nos explique el camino que media de *Nada a El Jarama* o entre *Tiempo de Silencio* y el reciente *Don Julián*. Por falta, falta una buena monografía, un buen artículo, sobre *Pascual Duarte*, *La Colmena* o la singular obra de Martín Santos—por citar tres ejemplos significativos. Careciendo de esta labor crítica de base, el estudioso de la novela contemporánea, al intentar abarcar en un libro el acontecer literario de un tercio de siglo y someterlo a análisis, necesariamente tiene que enfrentarse con dificultades y limitaciones de todo tipo. De ahí que todavía permanezcamos en un estadio muy próximo al repertorio ordenado de novelas y novelistas, con problemas metodológicos de clasificación, con delimitaciones de «olas» y «contraolas».

En diferente grado y de diferente manera, estos últimos libros continúan adoleciendo de rudimentarismo crítico, probablemente determinado por la pobreza de los estudios predecesores que antes mencionábamos. No sería justo, sin embargo, dejar de señalar las aportaciones, planteamientos nuevos y lagunas borradas que varios de estos recientes trabajos nos ofrecen. Procederemos a ello, seguidamente, en los comentarios dedicados a cada obra.

El libro de Gonzalo Sobejano me parece el más completo y analíticamente agudo de los cuatro; sin duda, el que más escapa a las deficiencias críticas arriba citadas y, hoy por hoy, uno de los trabajos más útiles de que puede disponer el lector interesado en estos temas. Después de un primer ensayo sobre la guerra española como objeto de novelas, prosigue Sobejano su estudio con *Pascual Duarte* (1942) para llegar en un largo recorrido hasta las últimas manifestaciones narrativas de los años sesenta. La obra está dividida en dos grandes secciones bajo los rótulos de «novela existencial» y «novela social»; dentro de estas categorías generales se distinguen y estudian con cierto detalle subdivisiones, tendencias y problemas particulares, para finalizar cada sección con una síntesis de los caracteres comunes entre las novelas y escritores agrupados bajo un mismo signo.

La división bipartita entre novela existencial y novela social imagino que responde a la inquietud del autor por establecer criterios ordenadores frente a la enumeración confusa, cuando no caótica, de algunos trabajos críticos publicados hace ya tiempo. Ponderación, amplio conocimiento, inteligente criterio de selección, encontrará el lector en cada página de este apretado volumen. No obstante, he de confesar que no comparto el enfoque general del estudio. Las dos amplias categorías que Sobejano maneja, apuntan de forma clara hacia criterios de clasificación que no creo que sean los que más convienen a la narrativa española actual y al análisis de su evolución. Este método de trabajo conduce al tratamiento común de novelas tan dispares en composición y sentido como *El Jarama* y *Señas de identidad*, al tiempo que obliga a distanciar, por ejemplo, *La Colmena* de los intentos neorrealistas de jóvenes escritores en la década de los cincuenta.

Hemos asistido en los últimos años a una fuerte corriente de negación y desprecio por el realismo social de mediados de siglo, infravalorando más de una vez varios de sus mejores logros. En este sentido, la ecúanime vindicación desarrollada por Sobejano de una parte de la producción literaria socialrealista, resaltando sus aportaciones y búsquedas formales, me parece oportuna. Sin embargo no creo pertinente situar en la misma dirección *Central eléctrica* y *Tiempo de Silencio* en base a ciertas actitudes de denuncia social adoptadas por sus respectivos autores. No es casualidad que el ámbito socio-espacial donde Martín Santos desa-

rolla su novela sea casi el arquetípico de la novela realista que le precedió. Tampoco implica la similitud temática una simpatía estética. La identidad de situaciones con opuesto tratamiento funciona como recurso ideal para la labor desmitificadora y destructiva de la literatura anterior: pensemos en el papel desempeñado por situaciones caballerescas y pastoriles en el Quijote de 1605.

En 1956 agota Sánchez Ferlosio toda una línea narrativa llevando a los últimos extremos sus postulados estéticos y posibilidades técnicas. En 1962 Martín Santos le asesta el golpe de gracia al tiempo que abre las puertas a una nueva forma de manipular la ficción, continuada después por Goytisolo, Benet, Delibes, etc. Es posible que entre una y otra época las inquietudes sociales del novelista permanezcan si no invariables igualmente intensas. Pero las preocupaciones literarias, las vías de creación, los valores estéticos del presente, han resultado ser considerablemente distintos. Sobejano, que no pasa por alto este cambio de rumbo, no parece tenerlo en cuenta en toda su trascendencia. El estudio de Corrales Egea tuvo su origen en unas conferencias ofrecidas en la Universidad de Nancy y, no obstante la redacción en forma de libro, sus páginas se resienten algo del primitivo fin con que fueron concebidas. *La Novela Española Actual* abarca un período muy similar al recorrido por Sobejano en la obra que anteriormente comentábamos, aunque de forma menos detallada y, a veces, demasiado esquemática. Por razones de fecha de publicación, el trabajo está más actualizado, incluyendo en sus páginas observaciones sobre novelas aparecidas hasta principios de 1970.

Distingue Corrales Egea siete momentos en la historia narrativa española de los últimos treinta años, procediendo a este respecto de manera más minuciosa que otros críticos. Generalizando, estas fases podrían reducirse a tres etapas principales: primeros intentos por restaurar el realismo (1942-1951); la nueva novela del realismo objetivista (1951-1962); la «contraola» y la liquidación del realismo (1962-1970).

Las secciones dedicadas a la producción de postguerra y a la joven literatura de mediados de siglo; me parecen, con diferencia, las más acertadas. La significación de *La Colmena* y su función promotora de la novela inmediatamente posterior están estudiadas con buen criterio, si bien no es el primer autor en señalarlas. Excelentes, también, las páginas en que se analizan las peculiares características, sentido y razón de ser histórico-literario,

del realismo objetivo en la literatura peninsular. Original y certera, la bifurcación del género observada entre 1958 y 1960, « primeros signos de sofoco » que permiten comprender mejor el clima que hace posible, o que al menos prepara, el experimento de Martín Santos.

Combina Corrales, en gran parte de su libro, sensibilidad crítica con el conocimiento directo que posee del quehacer narrativo (el autor es también novelista de mérito). Por ello extraña más la incomprensión que revelan los últimos capítulos de la nueva trayectoria emprendida por los novelistas españoles durante la década pasada.

Al llegar a *Tiempo de Silencio*, choca la poca atención prestada a una novela de tan indiscutible importancia y sin embargo despachada en menos de tres páginas. De igual manera, al comentar la novelística reciente, sorprende la escasa valoración de las últimas novelas de Benet, Delibes o Juan Goytisolo y, sobre todo, la falta de penetración y ligereza con que se tratan realizaciones tan conseguidas como *Volverás a Región* o *Don Julián*.

En contra de lo que el autor opina, no veo el carácter esencialmente mimético de la nueva narrativa, y menos aún si por modelo se toma al *nouveveau roman* francés. Tampoco creo que el realismo sea « lo que mejor se adapta a nuestra tradición literaria » y, desde luego, estoy en total desacuerdo con la idea de que lo antiobjetivo y discursivo esté en contradicción con « la estructura misma de nuestro pensar ».

A la hora de escribir estas líneas, llega a mis manos un artículo de Corrales sobre *La Reivindicación del Conde Don Julián* publicado en *Ruedo Ibérico* hace pocos meses, donde se observa un cambio de actitud crítica frente a esta novela y una comprensión mucho más amplia de las nuevas experimentaciones narrativas.

El trabajo escrito por Edenia Guerrero y Juana Amelia Hernández es un entusiasta estudio de la novela española de los años sesenta, centrado sobre seis obras: *Tiempo de Silencio*, *Últimas Tardes con Teresa*, *Cinco Horas con Mario*, *Señas de Identidad*, *Volverás a Región* y *La Trampa*. Las páginas de introducción a los ensayos monográficos, aunque algo desiguales, revelan en general buen entendimiento del significado y aspiraciones de la última narrativa. Adolece de cierto simplismo el tratamiento que las autoras hacen de las relaciones contenido-forma en la obra literaria, y en más de una ocasión barajan conceptos socio-históricos cuyo sentido no acabo de penetrar, tales como « realidad

nacional cambiante sustentada en sus viejas raíces eternas », « búsqueda de lo genuinamente español », etc.

El carácter autocrítico del lenguaje en la novela de nuestros días y las preocupaciones lingüísticas de los narradores actuales están abordadas con acierto en esta introducción, al tiempo que señalan a la crítica venidera caminos de investigación apenas transitados en España y de primera necesidad para una comprensión cabal de la literatura presente.

Los ensayos dedicados a *Señas de Identidad* y *Volverás a Región* son probablemente los más logrados, prestando atención a la disposición de niveles discursivos, al funcionamiento de voces narrativas y a la utilización de personas y tiempos verbales. Todo ello sin perder de vista la significación histórica de cada obra y su contestación o diálogo con textos literarios anteriores.

Es lástima que, en otras ocasiones, los ensayos denoten una lectura precipitada y poco cuidadosa de las narraciones objeto de análisis. Me refiero de forma especial al estudio de *Tiempo de Silencio*, en donde parece obvio que ciertos aspectos importantes de la acción no se han entendido correctamente; por ejemplo, la doble cualidad de padre-amante que ostenta « el Muecas » en las relaciones con su hija, de cuyo embarazo las autoras hacen equivocadamente responsable a otro personaje.

Como decíamos al comienzo de estos comentarios, este tipo de trabajos monográficos son muy escasos en nuestra bibliografía crítica y, no obstante, resultan indispensables para realizar después estudios globales e historiar períodos literarios.

Y llegamos, por último, al singularísimo libro del tiberismo de « izquierdas » y merecedor de un puesto estelar en los edificantes *shows* que Luis Carandell colecciona y publica.

Sabido es que el solar español fue siempre tierra abonada—con fertilizantes de siglos—para todo género de manifestaciones inquisitoriales, censorias o policíacas, y cualquiera que se asome a la historia de nuestra cultura encontrará un apretadísimo catálogo de incomparables muestras. En el campo específico de la crítica literaria moderna, como es natural, hay también toda una escuela que arranca de algunos cientos de páginas de los miles que escribió Menéndez Pelayo, hasta llegar a los novísimos celadores de las buenas y castas letras en el período (?) franquista, pasando por los inolvidables Padre Blanco García y Ladrón de Guevara de finales de siglo y principios de éste, respectivamente.

Y discúlpe-se me la equiparación de autores de tan distinta capacidad intelectual, pero me interesa apuntar algo parecido a lo que cierto sector de la historiografía francesa contemporánea denomina fenómenos de *longue durée*.

Como comprenderá el lector, esta predisposición histórico-cultural que sobre todo español pesa por tradición escolar-familiar-universitaria-social, condimentada con los rudimentos de la « doctrina » (así la llama el autor) lukacsiana, es fácil que dé por precipitado una explosiva mezcla que, bajo un pretendido signo marxista, resulte ser en realidad un auténtico Índice vaticano de libros « sanctos » y « non-sanctos ».

En la nota preliminar—casi programática—del libro, escribe el profesor Bosch: « La idea básica es que, a partir de la fecha inicial de nuestro estudio, 1927, toda novela de algún valor tiene como perspectiva explícita o implícita, pero en todo caso indeclinable, el reflejo más o menos objetivo de la lucha de clases en la España contemporánea con carácter especial de imagen, directa o indirecta, de las batallas y reivindicaciones de la clase obrera ». Semejante afirmación es ya de por sí un claro dislate crítico, se haga desde un punto de vista marxista o no; pero las cosas se agravan aún más porque el autor, al pasar revista a la producción narrativa de este siglo, parece exigir un testimonio de las luchas populares mucho más explícito y directo de lo que sus declaraciones programáticas anuncian en un principio. Resultado: *El Jarama* le parece al autor una obra « de poca altura », « un monumento a los vicios del naturalismo » en donde, « además, no se menciona la batalla del Jarama ni los nidos de ametalladora que todavía quedan allí »; y, naturalmente, *La Huelga* de Isabel Álvarez de Toledo, será « uno de los máximos logros de la novela española contemporánea ». No menos curiosos que estos juicios, determinados por aquellos criterios, resultan también las distinciones entre novelas con « buena intención » y novelas « malintencionadas », así como el carácter eximente-literario que Bosch otorga a las primeras.

El capítulo de libros « buenos » y « malos » tan sólo es una de las cinco partes que componen la obra, y el lector interesado podrá encontrar en sus bien nutridas páginas estudios teóricos, análisis estilísticos, crítica de la crítica, un catálogo internacional de novelas socialrealistas, ensayos monográficos, una sabrosísima conclusión final y, a modo de broche, una discusión con Vargas Llosa—polémica « que

hubo que acabar porque el escritor ya no nos seguía » (pag. 369). Por descontado que escribe estas notas—mucho menos perito en cuestiones de novela que el autor de *Conversaciones en la Catedral*—tampoco « sigue » las peroratas, por así decirlo, teórico-críticas, del ilustre profesor.

... En resumen, una aportación considerable al género crítico de sacristía, que estoy seguro hará las delicias de ministros, diáconos y subdiáconos.

Antonio Ramos Gascón.

Relatos de Luis Loayza.

Pocas, muy pocas páginas ha escrito Luis Loayza y no obstante *El Avaro*¹ (publicado en 1955, vuelto a editar ahora en Las Palmas) obtuvo y preservó el prestigio de una rara calidad, el renombre de su valor notable dentro, fuera o al margen de la tradición narrativa peruana. El refinado ejercicio verbal de estas escasas 22 páginas convierte a este brevísimo libro en una escandalosa pieza marginal de la literatura peruana. *La casa de cartón*, de Martín Adán, y *El Avaro* conforman una sección solitaria y sin continuidad en una biblioteca peruana: no requieren ser referidos a ningún contexto literario local, no de modo evidente por lo menos; son libros que colindan con la poesía, con la escritura poética más bien, y que por lo mismo sólo podemos leer como obras de ficción autónoma cuyo lenguaje implica una opción anti-naturalista.

De Luis Loayza hemos dado en pensar casi como de un autor porfiadamente inédito: su obra (esta *plaque*, algunos cuentos, su novela corta *Una piel de serpiente*, algunas críticas) es espaciada, lacónica y en su misma parquedad supone una táctica actitud crítica; y sin embargo, o por ello mismo, está rodeada por la curiosidad de algunos lectores que no dudarían en reprocharle « haberse tomado demasiada confianza con el silencio ». La relectura de *El Avaro* otra vez nos vincula, sin énfasis alguno, de modo breve pero durable, con un lenguaje suscito y agudo donde la resonancia interior y el refinado cálculo expresivo sugieren la nitidez absorta y la velada delectación de un mundo propio más bien elusivo. Tal vez sea ésta la cualidad más valiosa de Loayza: la destreza y la sugerencia de un lenguaje personal; ese

ejercicio doble es un mismo instantáneo y resistente deslumbramiento: la brevedad y la concentración de estas páginas de inmediato las multiplica en la lectura, y por eso nada sería tan vano como el intento de explicarlas, ya que en las paradojas de la brevedad son brevemente inagotables.

Al terminar esta relectura de pronto sospechamos que son más de 22 las páginas que hemos leído: de algún modo este libro supone una obra más extensa, de la cual debe ser el irónico producto referido; de algún modo el catálogo de una biblioteca apócrifa que Luis Loayza ha leído y no comparte. Estas páginas son también como fragmentos de un discurso más amplio: instantes de una situación de extrañeza que proviene de una opción que configura un destino, pero ese destino no se prolonga y más bien se sugiere. Extrañeza y asociaciones que en su ejecución verbal nos entregan las resonancias de un mundo percibido que no irá a ser desarrollado. Y esa percepción es otra actividad de la medida: la tonalidad tiende a ser neutra, la dición es dócil y reflexiva pero también aguda y precisa. La mirada no se abandona a su registro y captura, prefiere sugerir y retirarse, fijado ya el diseño dentro de un vértigo maduro, si bien el oído del lector no deja de adivinar otra resonancia casi suntuosa detrás de la medida. En la trama espléndida de significación implicada y hábil referencia, estos textos eluden el desenlace y son la versión única y también múltiple de una mirada penetrante y exacta. Pero aun en la misma exactitud advertimos que el tono es una interiorizada voz que se dice familiarmente, y por eso el artificio expresivo no es deliberado sino una necesidad más de esa voz enriquecida por la contemplación, agudizada por el juego intenso de su diseño.

Tampoco es casual en estos textos el asomo del trazo lúcido, la sospecha de la glosa, la ironía liviana. Porque estas páginas colindan por igual con la mirada y su espejismo, con la verdad íntima y su desdoblamiento ficticio. Así, la imagen de una biblioteca no sólo se refiere a las resonancias internas que multiplican este libro, sino también a la tradición que este libro alude, en la glosa irónica o en el marco ficticio; porque en un primer plano estos textos aparecen como ejercicios verbales de una tradición fantástica que aquí vuelve a actualizarse. Algunos textos utilizan la fórmula de las parábolas de iniciación, las fábulas del aprendizaje interior: pueden recordar fórmulas recuperadas por Kafka, atmósferas desarrolladas extensamente por Hesse,

pero también marcos más hundidos en un mundo tradicional como la parábola del Zen, que tiende a la paradoja. Un texto como «El héroe» incluso parecería la glosa o el doblaje irónico de algún mito clásico. Pero en todos ellos la derivación personal, el sesgo del autor, establece de inmediato otras valencias que se van complementando, acaso sin proponérselo, como una coherencia interna.

Así, la lección de «El Avaro» no podía ser más radical: un hombre atesora sus riquezas no por su valor de mediación sino por un valor más arbitrario y total: las monedas mismas; esta actividad es por eso solitaria y en la delectación secreta es también paradójicamente una operación ascética: el avaro que acumula monedas no para adquirir un mundo exterior, deja de ser un avaro y se convierte en un solitario; por eso, las monedas tienden a ser una parábola de cualquier atesoramiento que reclama la privación, el ascetismo. Sin embargo, no habría que ver en ese texto un desenlace sino un gesto ya modificado por el texto anterior: «Palabras del discípulo»; aquí la lección de la sabiduría ha sido anotada prolijamente por un discípulo puntual; y no obstante esa sabiduría sólo exteriormente se manifiesta en una biblioteca desafortunada donde hay un libro por cada año: en el fondo, el discípulo ha aprendido también que ese conocimiento es efímero. De este modo, la biblioteca se derrumba, se deshace: es otra vanidad percedera. No es menos desencantada la culminación de «El Visitante». Aquí el solitario, otro aprendiz, otro discípulo, aguarda una señal, una prueba, la confirmación final de su iniciación. La aguarda en vano de los otros: un hombre se apodera de su soledad y finalmente le destruye. En otro texto el joven solitario se margina para entregarse a una comunicación más viva en un bosque original; su opción no es un desenlace sin embargo: podría ser muerto, podría volver a la ciudad: «Está bien. No habré perdido mis años contando monedas, inclinado sobre escrituras, escuchando palabras inútiles.» «El héroe» implica otro extrañamiento: es un falso héroe, su relación con el medio sólo es una mascarada, su cara real una humillación. En «La bestia» un personaje elemental habla de su marginación expectante: informe, vigila a los hombres que viven en sociedad; acaso ganar la forma de esa gente aplacar su extrañeza. En «El monte», un lugar pleno y original-semejante al bosque de un texto anterior—parece signado con el privilegio de la permanencia, de la firmeza, pero tal vez sea precario también, acaso está amenazado por la fuga-

cidad, como todo. En «La estatua» hay una camino al templo, alorada como emblema de todo sentido, y luego olvidada y execrada: las significaciones parecen también precarias desde este emblema vacío. En «El éxodo» un pueblo descubre malos agujeros en el oráculo y, atemorizado, se apresta a buscar otras tierras: el desastre del cambio se cierne también sin motivación, como un acto arbitrario y fatal.

La coherencia interior de estos textos es, por cierto, honda y múltiple, pero tal vez se cumple también en otro nivel; en la escritura de Luis Loayza percibimos un doble movimiento: el exceso de una fe interior en un diálogo callado con la realidad se expresa al mismo tiempo que el desencanto de esa misma relación; permanencia y fugacidad se religan otra vez: la misma escritura es un acto fugaz y acaso precario para suscitar ese religamiento que la palabra ha prometido en la tradición. Por eso las mismas bibliotecas resultan excesivas y sólo breves anotaciones dan testimonio de un diálogo, siempre espléndido y siempre escaso, con el mundo. En esa parquedad podemos reconocer, por ello mismo, la aguda conciencia que permite estas memorables páginas de solitario brillo.

(1) Las Palmas, *Inventarios Provisionales*, 1970.

Julio Ortega.

Mario Vargas Llosa.

García Márquez. Historia de un deicidio.

Barral Editores S. A.

Monte Avila Editores, C.A.

Es imposible leer el gigantesco estudio que Mario Vargas Llosa le ha dedicado a García Márquez sin sentir la tentación de hacer una afirmación superlativa y decir, de una vez por todas, que *García Márquez. Historia de un deicidio* es uno de los libros más extraordinarios que se hayan publicado recientemente acerca de la nueva literatura latinoamericana. Producto evidente de algo muy parecido a lo que Dante, al referirse a su trato con Virgilio, llamó un «lungo studio» y un «grande amore», la obra de Vargas Llosa es, además, algo que todos necesitábamos en nues-

tra vida literaria: la primera gran obra crítica acerca de un novelista latinoamericano de profesión realizada por otro novelista latinoamericano de profesión. Hago hincapié en lo del oficio porque estoy absolutamente convencido de una verdad que los críticos académicos frecuentemente rechazan: la del creador crítico de sí mismo y de otros creadores. Vargas Llosa prueba una vez más—siguiendo todo un linaje de artistas capaces de meditar intensamente sobre su arte, linaje que empieza con Poe y Baudelaire—que nadie puede hablar más apasionadamente y con mayor conocimiento de causa acerca del misterio de la creación artística que el artista. Y no solamente acerca de ese misterio, sino también acerca de los momentos sucesivos en los que el misterio inicial, el pecado original, la expulsión del paraíso, el satori en París, o lo que sea, se van convirtiendo lenta y penosamente en una obra de creación.

Este es uno de los temas principales del estudio de Vargas Llosa. El autor, digámoslo con sus propias palabras, no pretende «analizar la vida y la obra de un narrador de talento, sino, más bien, intentar una descripción del proceso de la creación narrativa a partir de un autor concreto: cómo nace la voluntad de creación, de qué experiencias se alimenta, mediante qué procedimientos transforma los materiales del mundo real en elementos del mundo ficticio y las similitudes y contrastes que estos dos mundos mantienen.» Vargas Llosa parte de la idea de que todo gran novelista es un deicida, un hombre que se rebela contra la realidad creada por Dios y que trata de corregirla, de poner en su lugar la realidad creada por él. La vocación del escritor surge de un sentimiento de insatisfacción con respecto a la vida, y cada novela, por lo tanto, es «un asesinato simbólico de la realidad» (p. 85), un volver a crear el mundo a semejanza del artista con la intención de mejorarlo. El crítico tiene primero que todo que buscar el trauma, el momento en que el artista siente que algo ocurre en el mundo en que vive con lo que él no puede estar de acuerdo. En el caso concreto de García Márquez (pero recordemos que el método es válido para un estudio sobre cualquier escritor) el núcleo de experiencias traumáticas que están a la raíz de su vocación es—como el mismo García Márquez lo ha revelado—su regreso a Aracataca, su ciudad natal, a los quince años y después de varios años de ausencia. Lo que García Márquez ve allí no

se parece en nada a lo que dejó o pensaba haber dejado. «¿El tiempo destruyó realmente el pueblo o fue su propia memoria lo que el tiempo alteró?», se pregunta Vargas Llosa. Y responde: «No importa: el adolescente, confrontado con ese desmentido brutal que le inflige la realidad, se siente súbitamente privado de lo que más ansiosamente añoraba, de lo mejor que tenía: su infancia. Un «demonio» que no lo abandonará más acaba de afirmarse en él, y allí permanecerá, azuzándolo, hasta que él sienta que lo ha exorcizado del todo y lo instale a su vez en el título de un libro: la soledad.» (p. 92). Comienza aquí el diálogo entre las dos realidades, entre lo que Vargas Llosa llama con gran acierto la «realidad real» y la «realidad ficticia», diálogo que culmina en ese recuento total de la creación que se intitula *Cien años de soledad*.

¿Cuál es pues la labor del novelista? «Toda novela es un testimonio cifrado: constituye una representación del mundo, pero de un mundo al que el novelista ha añadido algo: su resentimiento, su nostalgia, su crítica. Este elemento añadido es lo que hace que una novela sea una obra de creación y no de información, lo que llamamos con justicia la originalidad de un novelista.» (p. 86. El subrayado es de V. L.). ¿Cuál es el trabajo del crítico? Pues nada más y nada menos que examinar las dos realidades con las que dialoga el escritor y ver de qué manera el destructor-creador llega finalmente a construir su mundo total.

¿Qué interviene en la destrucción del mundo real y en la construcción del mundo del libro? Intervienen los «demonios» que asedian al artista y que, para Vargas Llosa, son de tres tipos: los demonios personales (es decir, las experiencias que afectan específicamente a la persona del «suplantador de Dios»), los demonios históricos (por ejemplo, la fundación de un pueblo, una guerra civil) y los demonios culturales (la lectura de una novela, el recuerdo de un cuadro visto en un museo, etc.) Se trata, sobre todo en el tercer caso, de las consabidas «influencias» y el término de «demonios» escogido por Vargas Llosa para referirse a todo ese complejo de cosas que van dándole forma a la vida creadora del artista me parece sumamente acertado. Acertado en la medida en que reduce al absurdo toda una serie de interpretaciones que se han hecho de la obra de García Márquez (entre ellas la de Asturias) y porque al mismo tiempo pone de relieve una vez

más el hecho de que el arte no es mera imitación de la realidad sino el producto de un doble proceso de destrucción y de creación. Es aquí donde entran en juego las semejanzas y las diferencias entre la realidad real y la realidad ficticia: así nos explica Vargas Llosa cómo las dos guerras civiles a las que sobrevive Don Nicolás Márquez se convierten en las treinta y dos que pierde el coronel Aureliano Buendía; cómo un texto de Faulkner o de Camus o de Defoe puede servirle de impulso inicial al joven García Márquez; cómo un aguacero tropical se convierte en diluvio bíblico. Las páginas que dedica Vargas Llosa a su teoría de los «demonios» han de tener una importancia básica para nuestra futura interpretación del fenómeno literario.

Pero Vargas Llosa no se detiene aquí. Pasa a hacer un análisis exhaustivo y escrupuloso de todas las obras de García Márquez, desde los primeros cuentos hasta el *opus magnum*. Lo que más sorprende con respecto a su análisis es la tenacidad con la que Vargas Llosa siempre tiene presente los temas de los que ha partido y la amplitud crítica con la que se enfrenta a la novela destinada a darnos una versión de la «realidad total», la novela en la que García Márquez crea «la ilusión de que nada existe fuera de la propia realidad ficticia», (p. 542). Esta tenacidad y esta amplitud encuentran su razón de ser en la existencia de cierto número de obsesiones temáticas en la obra de García Márquez y en las descomunales dimensiones de su proyecto único. Es decir: el método crítico de Vargas Llosa se ha adaptado cabalmente a la obra que analiza y se ha mantenido a su altura por más de seiscientos páginas. Esto bastaría para justificar el interés del lector en *Historia de un deicidio*. Pero hay más. Si toda novela es un mundo cifrado, si toda novela nos propone una concepción del mundo o, como diría Donoso, una «versión del caos» (pues a veces el suplantador de Dios se ve obligado a confrontarnos con el caos), todo libro de crítica nos propone a su vez—o en los mejores casos debería proponernos—un método crítico, una concepción de la crítica. Efectivamente, Vargas Llosa, tanto aquí como en «Carta de batalla por *Tirant lo blanc*» (Prólogo a *Tirant lo blanc*, Alianza Editorial, 1969) y en *Historia secreta de una novela* (Tusquets Editor, 1971), nos propone un método crítico que entra en polémica con ciertas presuposiciones básicas de la crítica formalista

rusa y del *new criticism* norteamericano actualmente en boga en Europa. La polémica implícita en los trabajos críticos de Vargas Llosa puede resultar fructífera en este momento en que, por diversas razones, algunos críticos latinoamericanos se sienten obligados a darnos imitaciones de un psitacismo que frisa en lo ridículo de los más abstractos críticos formalistas. Vargas Llosa, por el contrario, ha tomado un camino diferente: se ha negado a tratar la obra literaria únicamente como una red de funciones formales sin relación específica con la realidad y ha empleado un método genético-dialéctico que, sin desdeñar lo mejor de la lección estructuralista, no deja ni por un momento de tener los pies muy bien plantados en la tierra: en el hombre, en la historia, en la literatura. Libro extraordinario, pues, este *García Márquez. Historia de un deicidio* que nos invita a leer Mario Vargas Llosa.

Francisco Rivera.

Alfredo Bryce Echenique.

Un Mundo para Julius.

Barral Editores, 1970.

Un mundo para Julius, de Alfredo Bryce, es, bajo la superficie de un relato terso, lineal, sin chillantes artificios técnicos, una novela compleja y densa en la que se imbrican estratos diferentes de significación y de interés. El núcleo de la narración, o su hilo conductor, es la historia de una infancia. Julius, el menor de los hijos de una familia de la alta oligarquía limeña, descubre primero la muerte, luego la injusticia y la soledad, sin comprenderlas ni aceptarlas, en una actitud perpetuamente interrogativa. La infancia inquieta, reacia a aceptar el mundo paralizado de los adultos está toda en los ojos asombrados y en las grandes orejas inteligentes de Julius, y en las iniciativas de los juegos de su hermana Cinthia, cuando «entierra» a Bertha, su ama, juegos impensados con la muerte y contra la injusticia, a los que asiste el autor, igual que el chofer Carlos, «entre sonriente y respetuoso». Lo que ha impresionado a Cinthia es que cuando murió su padre sacaron el cuerpo por la puerta principal del palacio, mientras que el ataúd de Bertha salió por la puerta falsa. Más tarde Julius, recordando el episodio, se las arreglará, no ya como

un juego sino en la realidad, para que el ataúd de la otra criada muerta, Arminda, salga como el de una señora por la puerta principal. Ambos episodios anuncian en forma simétrica el inicio y el fin de la infancia de Julius, al principio y al fin de la novela. Fin de la infancia, porque esta intervención del niño que modifica una situación real preanuncia la sumisión a toda la situación real, con la primera oscura cobardía y la primera oscura aceptación de la injusticia: la primera trampa, el primer compromiso a pesar suyo, cuando Julius comprende al fin lo de su hermano y de la otra criada, Vilma, que se ha hecho prostituta y, ahogando el impulso de rebelión, constata que no pasa nada, absolutamente nada. Nada, sino que la prostitución de la criada se agiganta con la aceptación del niño, ya casi maduro para su mundo de señor. Aquí el autor abandona a Julius a su destino. Nadie puede saber lo que será de él después.

Bertha, Arminda, Vilma: la servidumbre; y, no enfrente, sino tocando este mundo por todos lados, casi en ósmosis sobre todo por los niños, el mundo de los amos. En la primera parte de la novela—la mejor, para nosotros—el mundo en que vive Julius es el de los sirvientes que lo fascina y, a la vez, materialmente, lo repele y lo desencanta. La imaginación del niño, cuyos lazos afectivos con los sirvientes son fuertes, se representa la parte de la casa en que éstos viven como un mundo fabuloso, superior. El primer choque con la realidad se produce cuando por primera vez Julius entra en la «sección servidumbre» del palacio: «Miraba hacia todos lados: todo era más chiquito, más ordinario, menos bonito, feo también, todo disminuía por ahí. (...) Estaba oliendo pésimo». Poco a poco el niño se instalará en su mundo, el mundo material hecho para él, amplio, hermoso y que huele bien. Hasta que al fin no entrará ya ni siquiera en la cocina. Pero los mutuos lazos afectivos persisten, mezclándose con un impreciso sentimiento de rebelión por parte del niño quien, por lo demás, extenderá su interés, fuera de sus propios criados, a otros representantes de las clases pobres o de la sociedad exterior a los círculos de su familia: los mendigos de Chosica, el pintor, los obreros de la construcción, el negro Gumersindo...

El autor revela innegable maestría en la difícil descripción de estas relaciones hechas de tensiones sociales y de afect elemental humano. Es éste uno de los aspectos de lo que llamábamos

líneas más arriba la complejidad de la novela. Por debajo de los movimientos afectivos más o menos hondos, más o menos superficiales que caracterizan fundamentalmente a los personajes de uno u otro mundo como seres humanos, se trasluce el drama de los contrastes sociales que el autor subraya en lo que tienen de intolerablemente injustos, aunque sin enfocarlos como objeto exclusivo y unilateral del tema de la obra; la injusticia y los contrastes resaltan aún más por la ambigüedad de una situación en que los sirvientes colaboran en cierto modo en la explotación que sobre ellos ejercen los señores, situación que al contrario suscita la impotente reprobación del niño rico. La inocencia exige justicia.

La presentación de estos contrastes es evidentemente inseparable de la descripción moral y material de los medios y clases sociales de Lima, por los años 50-60; por una parte, la oligarquía, cuyo modo de vida el autor describe con lujo de detalles, y en sus dos grandes divisiones: la antigua, con sus antepasados, sus tradiciones, sus cuadros, sus carrozas de recuerdo, y la nueva, la de la burguesía ascendente, a la que parece pertenecer Juan Lucas, ligada a la industrialización y al boom de la harina de pescado. El ocaso de la antigua oligarquía está señalado, sin insistencia, aquí y allá, a lo largo del libro: «Claro que no faltaban las de apellidos más antiguos, un poco más finas o conservadoras que las otras, a veces, pero también otras veces ya no tenían tanto dinero y por eso quizá no protestaban; hasta se daba el caso de que llegaran invitadas: pobres, ese era su lugar (el Club de Golf) pero había el problema de la cuota de ingreso; no podían, pues, estarse fijando en las vulgares y en las inmorales». Toda esta gente distinguida se pasa el tiempo jugando al golf, viajando por Europa y hablando de toros o de cualquier cosa. Al otro extremo, el medio material de las clases pobres y paupérrimas, barrios pobres y barriadas, adonde los sirvientes son rechazados en cuanto los señores deciden prescindir de sus servicios. Frente a la prolija descripción del mundo de los ricos, el de los pobres se nos muestra por toques sucesivos, rápidos, pero sumamente eficaces: «...barrios

feos, antiguos, pobres, ¿Lima?... calles extrañas, hostiles, viejas ... niños (...) curiosos, odiosos, pobres». Las dos páginas que el autor consagra a «las Limas» que atraviesa el Mercedes de la familia, desde el opulento San Isidro a la miserable barriada de Arminda, son un modelo de agilidad y concisión descriptiva.

Por lo demás, la novela progresa con un ritmo lento, conglomerante, repetitivo, bajo el cual destaca la presentación insistente y en general excesivamente prolija de gestos y actitudes que caracterizan a los personajes, estereotipándolos. Este aspecto técnico está vinculado con la tenaz ironía que, del principio al fin, subraya la escritura de la novela y le confiere su clima particular. El autor presenta cada personaje acompañado de una apelación característica o repitiendo un gesto característico: «Susan, linda», «la tía Susana, horrible», «Juan Lucas, vestido para la ocasión», etc. Si bien este procedimiento contribuye a acentuar la intención irónica del autor, su abuso la deforma y llega a hacerla enojosa; algunos personajes aparecen tan estereotipados que frisan en la caricatura, tal el ridículísimo Juan Lastarria (éste, después de todo, es un personaje de comparsa), pero también, hasta cierto punto, Juan Lucas, figurón todo hecho de exterioridad, el cual, desempeñando un papel principalísimo en la novela, nos hubiera gustado menos figurón y más personaje.

Aparte de estos trazos demasiado cargados, la novela se caracteriza más bien, y justamente, por lo matizado y ambiguo de las situaciones humanas, en las que lindan perpetuamente la ridiculez de las actitudes convencionales, la emoción tenaz que las rebasa y el horror inminente que las desrealiza. El autor aprovecha con certero dominio los recursos del lenguaje, en particular por un magistral empleo del adjetivo y la humorística distribución de diminutivos y aumentativos, bien limeño esto último.

Una buena novela que, una vez leída, se puede leer, quizás aún con más agrado, una segunda vez, y si hay tiempo, una tercera, por lo de la densidad y la complejidad. Siempre aparecerán perspectivas nuevas.

Américo Ferrari.

Roberto Mesa.

Las revoluciones del Tercer Mundo.

Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1971.

La conjunción de dos décadas, las de los años cincuenta y sesenta, trajeron al mundo dos hechos de singular importancia que, de una manera palpable contribuyeron a configurar de distinta forma la convivencia internacional. En 1959 se producía la toma del poder por el ejército revolucionario cubano. La revolución triunfaba en Cuba y, poco a poco, se iría consolidando. Un año después, Patricio Lumumba alzaba su voz acusadora en nombre del Congo belga. Era la voz de África a la búsqueda de su propio encuentro. Sin embargo, los intereses imperialistas no se dejarían ganar la batalla que doce meses antes habían perdido en las Antillas. Lumumba sucumbiría y con él, todo un pueblo secularmente reducido a la condición de esclavo. África ganaría la independencia formal, pero, sólo muy escasamente, la independencia humana.

De aquel hecho que a los jóvenes de entonces hizo descubrir bruscamente que éramos cómplices del crimen perpetrado por el colonialismo, yo me atrevería a destacar un recuerdo en cifras que me llamó poderosamente la atención: en tres cuartos de siglo de dominación belga solamente catorce congoleños habían cursado estudios universitarios, según publicó la prensa de entonces. Ignoro si la cifra responde a la realidad, pero, en cualquier caso, no me parece necesario averiguarlo.

Recuerdo también que, unos años después en Bruselas, ante el monumento romano erigido en memoria de Leopoldo II, rey y propietario de los vastísimos territorios congoleños desde que le fueran adjudicados en la conferencia de Berlín de 1885, descubrí, elementalmente, la clave del hecho colonizador. En una inscripción al pie del monumento se hacía, muy sucintamente, la defensa de la empresa colonizadora emprendida por el monarca, y se concluía, si no me falla la memoria, diciendo que había sido llevada a cabo «pour le bien de la Belgique et de la civilisation occidentale». Nunca mejor dicho, en verdad. La raíz del colonialismo estriba en la privación de todo lo que puede facilitar el progreso del colonizado, e

inversamente, en todo lo que puede enriquecer al colonizador. La formación intelectual, obviamente, constituye una parte importante de este engranaje, y por tanto, se procura evitarla por todos los medios posibles. Roberto Mesa se refiere a este aspecto de la colonización en el prólogo a la edición española de la obra de Albert Memmi «El retrato del colonizado»: «Además, continuando con el clisé o con el cromó colonialista, dice Mesa, el indígena es «poco inteligente»; su escaso desarrollo cerebral se prejuzga racialmente, le impide ascender unos mínimos peldaños en el proceso educativo al que tan fácilmente accede el europeo, o, al menos, el perteneciente a determinada clase social; no son, por tanto, necesarias en las colonias escuelas primarias, ni secundarias, ni mucho menos universidades. La escasa educación otorgada se dispensará, por añadidura, en la lengua extranjera» (1).

En efecto, el mantenimiento de la empresa colonialista requiere un cinismo gárrulo para encubrir con frases lo que es un simple comercio de hombres, y la actitud del intelectual europeo de izquierdas frente a este problema no siempre ha sido unánime en cuanto a la aplicación de una lucidez radical. Desde la utilización de métodos antropológicos periclitados según los cuales el indígena es una «cosa» para ser estudiada, hasta el histerismo de una acción impulsada por la mala conciencia que se disuelve en la inacción, hay toda una larga serie de ofuscaciones, «incomprensiones» y, también, justo es decirlo, actitudes ejemplares que ilustran sobradamente los perfiles de un conflicto global. Pero, tras los acontecimientos que desembocaron en la independencia de Argelia, y ante la guerra de liberación que mantiene el pueblo vietnamita, al intelectual de izquierdas no le quedan más que dos alternativas dignas que oponer frente a la dominación imperialista del mundo subdesarrollado: o ponerse humildemente a disposición de los explotados y luchar codo con codo junto a ellos, o denunciar sistemáticamente la opresión de que son objeto. Pienso que esto último es lo que hace Roberto Mesa.

Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid, y especialista desde su iniciación en la docencia en los temas del Tercer Mundo, Mesa, tiene ya, tras de sí, una larga serie de estudios y publicaciones que avalan su competencia y preocupación. Articulista fecundo, mantiene desde hace años una relación asidua con el lector, fruto de la cual es esta obra

«Las Revoluciones del Tercer Mundo», que contiene una colección de artículos publicados entre 1965 y 1970. Africa, el Oriente Medio y Vietnam son los tres puntos de fricción acerca de los cuales están elaborados. La forma de acercarse a los temas, o para decir mejor, la perspectiva bajo la cual son analizados por el autor no está exenta de una de esas alternativas a que hacíamos alusión. Mesa no adopta una postura neutral: «Sin embargo, uno mismo no puede quedar fuera de juego; bien está que se busque como meta el suscitar una inquietud, el despertar una curiosidad e incluso el estimular un compromiso con el tiempo; pero no sería tan honesto el eludir una responsabilidad que se aspira a que los demás asuman» (p. 169).

Ya dijimos al principio de estas líneas que Africa había ganado durante los últimos quince años la independencia formal, pero no así la independencia política. El drama de la descolonización africana encierra esta trampa. Porque las soberanías extranjeras han sido sustituidas por las oligarquías nacionales enajenadas a los mismos intereses políticos y económicos que antaño detenían la facultad de hacer ondear su bandera en las colonias. ¿Los mismos perros, entonces, pero con distintos collares? La frase, tal vez no sea muy exacta para analizar el grado de independencia que hoy disfrutan los países africanos sometidos a la tutela de sus minorías dirigentes, pero sí lo suficientemente explicativa para entender el fenómeno de una existencia política a todas luces precaria. Roberto Mesa se formula esta interrogante en términos radicales: «¿Qué valor tiene para los pueblos del Tercer Mundo este tipo de autonomía política?» Y responde: «Uno tan sólo: el mantenimiento de las mismas estructuras socio-políticas anteriores a la independencia, ya que el poder detentado por uno de esos grupos (se refiere el autor a las minorías dirigentes) no posee más que un significado simbólico; estos gobernantes son los representantes, los comisionistas de los intereses económicos extranjeros que permanecen en sus posiciones a pesar de la descolonización...» (p. 240).

Con esta visión de una descolonización traicionada, se estudian en el primer capítulo del libro lo que pudiéramos considerar como la otra cara de la moneda, o más precisamente, tres de las figuras africanas de la independencia burlada: Frantz Fanon, Kwame Nkrumah y Mehdi Ben

Barka. Nombres que, junto al de Lumumba pertenecen ya a la historia reciente y paradigmática de los pueblos que todavía luchan por su encuentro decisivo. Africa, sin embargo, encierra una complejidad étnica, cultural y política difícilmente mensurable desde este lado del estrecho de Gibraltar, y en su configuración, los pueblos árabes están jugando un papel que, en varios sentidos reúne allá de las fronteras geográficas para aglutinarlos caracteres específicos, haciéndolos trascender más en comportamientos políticos y sociológicos.

Las vicisitudes por que atraviesa en la actualidad el mundo árabe son analizadas en los capítulos segundo y tercero. Detengámonos en el que se dedica al conflicto palestino, encuadrado bajo el significativo epígrafe «La lucha de liberación del pueblo palestino». Se inicia el estudio con un buceo histórico sobre los orígenes del problema y la creación del Estado de Israel, llegándose a continuación, a las causas que desencadenan la guerra de los «seis días» y la creación de los movimientos de liberación de Palestina.

Hay dos aspectos que merecen ser destacados en el análisis de Mesa para entender cabalmente la entidad del problema. De una parte, la actitud de los gobiernos árabes, celosos guardianes de unas estructuras heredadas también de un pasado colonial (salvo alguna excepción, como Argelia y Egipto) y empeñados en una guerra con Israel que sirve de tapadera a los numerosos problemas existentes en sus respectivos países. Guerra, hay que decirlo, que por sus características demagógicas y fanatizantes, además de su planteamiento antipopular, adquiere vinculaciones de tipo imperialista. De la otra, la actuación israelita que, poco a poco, va cambiando las posturas hasta pasar de víctima histórica a verdugo: «Desde 1959 comienza la inversión de la historia, o la construcción de una historia ignorada, dice Mesa, cuando no hábilmente ocultada: el pueblo secularmente víctima se convierte en pueblo opresor. Y con una agravante más, originada por las contradicciones de la época: la comunidad judía instalada en Palestina (entre 1948 y 1951 llegan a la tierra prometida 687 000 nuevos judíos) goza del prestigio de un vago socialismo no marxista heredado de un pasado reciente.» Y más adelante: «Surge otro nuevo tipo de prejuicio que en realidad no constituye novedad alguna: el árabe es indolente, perezoso, inactivo, odia el trabajo y se encuentra fanatizado por una religión

reaccionaria. Se le pasa al pueblo árabe la cuenta y la mitología del colonialismo franco-británico», (p. 101).

Frente a estos dos contendientes, gobiernos árabes e Israel, ya en camino de un entendimiento total, se encuentra la víctima propiciatoria, el pueblo palestino, que tras su toma de conciencia convierte la operación de guerra clásica en guerra revolucionaria. Pero Mesa nos viene a decir que esta guerra no es posible sin antes llevar a cabo la transformación de las estructuras de los países contendientes. De esta forma, el enemigo del pueblo palestino no es solamente Israel, si no también, y decisivamente, los gobiernos árabes. La última parte del libro está dedicada a la guerra de Vietnam. Mesa, al igual que en el capítulo anterior, enjuicia la situación con una doble perspectiva histórica y actual. Así, inicia su ensayo en el momento en que empieza a deteriorarse la dominación francesa en Indochina y la de los acuerdos de Ginebra de 1954, para detenerse en el papel imperialista desempeñado por los Estados Unidos y su política agresiva que, lejos de detenerse en el Vietnam, se extiende hasta Laos, Camboya y Tailandia. Digamos, finalmente, que «Las Revoluciones del Tercer Mundo», cuyo amplio título puede hacer creer lo contrario, no se ocupa de una vasta zona de la geografía mundial que por su importancia y mutación permanente merece una atención muy precisa. Nos referimos, naturalmente, a América Latina. No obstante, el autor es consciente de ello y así lo hace constar en el prólogo. Pero en su descargo, anotemos que la penetración colonialista en América Latina no es materia virgen para él. En 1967 publicó un espléndido ensayo («El colonialismo en la crisis del XIX español») (3) en el que se estudian los últimos vestigios del colonialismo español en Cuba.

Luis Saavedra.

NOTAS

- (1) Albert Memmi: «El retrato del colonizado». Prólogo de Jean-Paul Sartre. Ed. Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1971.
- (2) Roberto Mesa: «Vietnam, conflicto ideológico». Ed. Ciencia Nueva. Madrid, 1968.
- (3) Roberto Mesa: «El colonialismo en la crisis del XIX español». Ed. Ciencia Nueva. Madrid, 1967.



Monte Avila Editores.

Libros de Venezuela y el Mundo para Venezuela y el Mundo.



Jean Franco.

Introducción a la Literatura Hispanoamericana.

Claude E. Magny.

Ensayos sobre los límites de la literatura.

Carlos Noguera.

Historias de la calle Lincoln. (Premio Internacional de Novela Monte Avila 1971.)

Sader Pérez, Egaña, Maza Zabala,

Monsalve Casado, Córdova,

Rodríguez Eraso.

Nacionalización Petrolera de Venezuela.

Solicítelos a Monte Avila Editores.

Apartado 70 712 (107) Caracas, Venezuela.

Mantengase en Vanguardia, Siga a Barral.



Agosto.

Jacques Monod : *El azar y la necesidad.*
Breve biblioteca de Respuesta.

Setiembre.

Mirko Lauer : *I Ching.* Ediciones de bolsillo.

Octubre.

George Jackson : *Soledad brother. Cartas de prisión.* Breve Biblioteca de Respuesta.

Noviembre.

Mirko Buchin : *Chechela.* Hispánica Nova.

Diciembre.

Mario Vargas Llosa : *García Márquez : historia de un deicidio.* Breve Biblioteca de Balance.

Enero.

Franco Basaglia : *La institución negada.* Breve Biblioteca de Respuesta.

Febrero.

Alexandre Solzhenitsin : *Agosto 1914.* Breve Biblioteca de Literaturas.

Marzo.

Bruno Bettelheim : *Diálogos con las madres de niños normales.* Breve Biblioteca de Respuesta.

Abril.

Alberto Cousté : *El Tarot o la máquina de imaginar.* Ediciones de Bolsillo.

Mayo.

Gabriel García Márquez : *La increíble y triste historia de Cándida Eréndira y de su abuela desalmada.* Hispánica Nova.

Junio.

Yogasutras. Breve Biblioteca de Respuesta.



Siga a Barral Editores.
Balmes 159, Barcelona 8, España.



Monte Avila Editores.

Libros de Venezuela y el Mundo para Venezuela y el Mundo.



Virgilio Rafael Beltrán.

El papel de las Fuerzas Armadas en América Latina.

Francis Ponge.

De parte de las cosas (Edición bilingüe).

Jean de Milleret.

Entrevistas con Jorge Luis Borges.

Nuevos libros de poesía :

José Barroeta.

Todos han muerto.

Juan Sánchez Palédez.

Un día sea.

Reinaldo Pérez So.

Para morirnos de otro sueño.

Luis Camilo Guevara.

Festejos y sacrificios.

Solicítelos a Monte Avila Editores.

Apartado 70 712 (107) Caracas, Venezuela.

NOVEDADES DEL PRIMER TRIMESTRE SEIX BARRAL

BIBLIOTECA BREVE

I. M. LEWIS, <i>Historia y antropología.</i>	300
CARLOS PEREGRÍN OTERO, <i>Evolución y revolución en romance.</i>	300
NÉSTOR SÁNCHEZ, <i>Siberia blues.</i>	120
NIVARIA TEJERA, <i>Sonámbulo del sol.</i>	160

PREMIO BIBLIOTECA BREVE 1971

NUEVA NARRATIVA HISPÁNICA

J. LEYVA, <i>Leitmotiv.</i>	240
Libro conmemorativo del Año Internacional del Libro.	

BIBLIOTECA FORMENTOR

PIERRE DRIEU LA ROCHELLE, <i>Memorias de Dirk Raspe.</i>	150
--	-----

BIBLIOTECA BREVE DE BOLSILLO / LIBROS DE ENLACE

FRANCISCO AYALA, <i>Historia de macacos.</i>	60
TERENCI MOIX, <i>La torre de los vicios capitales.</i>	90
LEO NAVRATIL, <i>Esquizofrenia y arte.</i>	60

BIBLIOTECA BREVE DE BOLSILLO / SERIE MAYOR

GABRIEL CELAYA, <i>Tentativas.</i>	150
NICANOR PARRA, <i>Antipoemas.</i>	125
JOHN REWALD, <i>Historia del impresionismo. Vol. - I.</i>	150
JOHN REWALD, <i>Historia del impresionismo. Vol. - II.</i>	150

EDITORIAL SEIX BARRAL, S.A.

Provenza, 219. Barcelona, 8.



Sumario

- 4 Entrevista con Gabriel García Márquez.
16 Entrevista con Jorge Luis Borges.
22 *Freddy Téllez*.
Lezama Lima o el juego de la escritura.
29 *Pompeyo Márquez*.
Del dogmatismo al marxismo crítico.
35 *Carlos Delgado*.
Significado político y social del proceso revolucionario peruano.
44 Discusión con Héctor Béjar por *Heinz Rudolf Sonntag*.
53 *Manuel Maldonado Denis*.
Puerto Rico : sociedad colonial en el Caribe.
71 *Julio Ramón Ribeyro*.
Los Jacarandás.
80 *Lizandro Chávez Alfaro*.
Una red de agujeros.
83 *Francisco Arturo Alvarado*.
Tololín.
87 *Antonio Ramos Gascón*.
Textos breves.
92 *Antología*.
Nueva poesía venezolana.
103 *Saúl Yurkievich*.
Poética.
106 *José Emilio Pacheco*.
Tres poemas canadienses.

- 109 *Nicolás Suescún*.
Transcendental declaración.
115 *Marta Traba*.
Primera Bienal Centroamericana.
118 *Documentos*.
Primera Jornada Socialista de la Ciencia y la Cultura.
124 Notas de lectura.
Don Julián, de *Juan Goytisolo*.
La represión nacionalista de Granada en 1936 y La muerte de Federico García Lorca, de *Ian Gibson*.
Condenados a vivir, de *José María Giro-nella*.
Por fin, sin esperanza, de *Joaquín Casald-duero*.
Los poemas de Ernesto Cardenal.
Cuatro libros novela española.
Relatos de Luis Loaiza.
García Márquez. Historia de un deicidio, de *Mario Vargas Llosa*.
Un mundo para Julius, de *Alfredo Bryce Echenique*.
Palabras de la tribu, de *José Angel Va-lente*.
Las revoluciones del tercer mundo, de *Roberto Mesa*.

Libre

Revista crítica trimestral para el mundo de habla española.

Oficina de Información :

26, rue de Bièvre, Paris 5^e, tel. 325.26.45.

Sede social : Domaine de Sien, Echandens, Vaud, Suiza.

Suscripciones y pedidos

Países de América Latina :

26, rue de Bièvre, Paris 5^e.

Otros países :

Editions du Seuil, 27, rue Jacob, Paris 6^e, tel. 326.84.70, por giro postal C.C.P. 3-042-04 Paris, por cheque bancario, o por mandat lettre.

Valor del número : 18 francos.

Suscripciones para cuatro números : 70 francos.

Distribuidores en América Latina.

Argentina Librería Galerna, Tucumán 1 225, Buenos Aires.

Bolivia Editorial Difusión, Mariscal Santa Cruz 1 224, La Paz.

Colombia Bogotá y Oriente del país, Librería Tercer

Mundo, Apartado aéreo 4 817, Bogotá. Occidente y costa

atlántica, Librería Nacional, Carrera 5a n° 11-50, Cali.

Ecuador Wagner Adoum, Casilla n° 3 853, Quito.

Guatemala Librería Universal, 13, calle 4-16, zona 1, Guatemala.

Honduras Juan R. Funes, calle Las Damas, casa n° 620,

Tegucigalpa.

México Editorial Oasis, Oaxaca 28, México 7, D. F.

Paraguay Estudio 70, Presidente Franco 670, Asunción.

Perú Norma Angles, General Cordova 1 776, Lince, Lima.

Puerto Rico Librería La Tertulia, Amalia Marín esq. av. González, Río Piedras.

República Dominicana Librería Paz y Alegría, Apartado 841, Santo Domingo.

Uruguay Editorial Alfa, Ciudadela 1 389, Montevideo.

Venezuela Distribuidora Latinoamericana de Ediciones, C. A., Apartado 50 304, calle San Antonio, Sabana Grande, Caracas.

Pagos por concepto de distribución y publicidad deben hacerse por giro o cheque al Banque Crédit Suisse, Ginebra, para abonar en la cuenta n° 225 093 de Editions Libres, S. A.

Advertencia

Salvo mención contraria, los materiales publicados en Libre son inéditos en español. Se prohíbe su reproducción total o parcial sin autorización previa. Todas las colaboraciones deben ser dirigidas a la oficina de información, 26, rue de Bièvre, Paris 5^e. La revista no se hace responsable de manuscritos no solicitados. Las opiniones expresadas en los textos firmados sólo comprometen al autor.

Imprimé en France sur les Presses de l'U.P.I. - Bordeaux.

en Francia
cuando alguien
desea un libro
en lengua española
lo pide a

EDICIONES
HISPANO
AMERICANAS

26, rue Monsieur le Prince
Paris VIe

CeDInCI